

The background of the cover is a painting of a woman with long, dark, wavy hair, seen from the back and slightly to the side. She is wearing a light blue, long-sleeved dress with puffed sleeves. She stands on a stone path that leads into a wooded area with bare trees. The lighting is warm and golden, suggesting a sunset or sunrise. The overall mood is contemplative and nostalgic.

PILAR CABERO

de

*El destino  
también juega*

Lectulandia

Francia, 1722. Desde que sufrió el accidente por el que se lo licenció del ejército, Gastón Bonnet se dedica a cazar delincuentes, mientras ahorra para terminar de pagar y dejar en condiciones el caserón que compró años antes en su Auvernia natal.

Émilie Laforet, una joven del lugar, ha rechazado a su último pretendiente. Su padre le da un ultimátum: o se casa con el hijo de un amigo, que vive en Pamplona, o toma los hábitos. Émilie termina aceptando la boda. Puesto que los caminos están llenos de salteadores, el coronel Laforet contrata a Gastón para que les acompañe. Pese a que el viaje no presenta dificultades, Émilie terminará complicándolo y Gastón deberá protegerla hasta llegar a Pamplona.

Pero ¿quién los protegerá de los juegos del destino?

**Lectulandia**

Pilar Cabero

# **El destino también juega**

**Boudreaux - 3**

ePub r1.0

Titivillus 05.09.2018

Título original: *El destino también juega*  
Pilar Cabero, 2014

Editor digital: Titivillus  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

*En memoria de mi tía Sole Cabero.  
Allá donde estés, es fácil imaginarte bailando.  
Te echo de menos.*

*Montbonnet, Francia, 1720*

La tarde invitaba a dar un paseo por el prado, bajo un sol que coronaba el cielo azul del otoño. El heno había sido recogido y guardado en los almiarés. Émilie Laforet se dirigió a la única parcela que aún mantenía la hierba alta entre los campos segados circundantes. Como las últimas lluvias habían estropeado las flores del jardín de su madre, iba a buscar flores silvestres con que adornar su dormitorio.

Se adentró en el campo caminando entre los altos tallos, que le llegaban casi hasta la cintura y se mecían con la brisa, formando olas de tonos ocre, verdes y dorados. Recogió algunas espigas de avena que habían crecido de forma espontánea en aquella tierra abandonada.

El relincho de un caballo la alertó. No esperaba ver a nadie por aquel lugar. El animal pastaba, ajeno al sol inclemente que caía sobre su cabeza. Debió de considerar que ella no presentaba ninguna amenaza, pues siguió rumiando la hierba con tranquilidad.

Era un caballo de guerra, alto y fuerte, de pelo rojizo; puesto que estaba ensillado, Émilie dedujo que su dueño no andaría muy lejos. Miró alrededor por si lo veía, pero al no encontrar a nadie frunció el entrecejo con suspicacia, dispuesta a dar la vuelta y dejar las flores para otro momento. Unos gemidos la detuvieron. ¿Podía estar herido el dueño del caballo?

Sin darse cuenta ya había avanzado unos pasos en dirección a aquellos quejidos, que aumentaban de volumen. Un murmullo volvió a detenerla y una risa sofocada la impelió a agacharse entre las altas hierbas, para avanzar sin ser vista.

Era una pareja, tumbada en el heno. Desde su posición, Émilie solo podía ver a un hombre con las nalgas al aire, que se mecía entre las piernas desnudas de una mujer.

El sonrojo le cubrió la cara al comprender qué estaban haciendo. Debía marcharse de allí antes de que la vieran. Era lo más adecuado. Pero la curiosidad venció al recato y permaneció agazapada, con el corazón retumbando en el pecho a un ritmo cada vez más acelerado, mientras observaba el vaivén de aquel trasero.

Nunca había presenciado algo así. Se sentía extrañamente acalorada y seducida por aquella visión. Se fijó en el hombre; era alto y rubio. Su cabello brillaba con mechones de distintas tonalidades doradas; largo hasta los hombros y liso como la crin de su caballo.

Era un soldado; su casaca, su sombrero y el cinturón con la espada descansaban en el suelo, no muy lejos de los amantes. No se había desnudado, salvo por los calzones; los llevaba enrollados a la altura de las rodillas, dejando ver las nalgas y las piernas musculosas, que contrastaban con la blandura de las piernas expuestas de la mujer.

La reconoció enseguida. Era la hija del carnicero. Llevaba la casaca desabrochada y sus orondos pechos, expuestos, se sacudían con cada embestida que recibía. Le vio llevarse uno a la boca y lamer el pezón como un dulce manjar.

Émilie inhaló, sobresaltada por sensaciones extrañas y debilitantes que la estremecieron entera. Sus propios pezones se irguieron como buscando atención, al tiempo que un latido convulsionaba su bajo vientre. Se llevó la mano a la boca para apagar cualquier sonido que pudiera escapar de ella. Debía marcharse de allí antes de que terminaran y la descubrieran.

Reacia a apartar la mirada de aquella boca y de aquella lengua que jugaba con el pecho de la joven, se mantuvo agachada, con el corazón palpitante y el cuerpo dolorido por el deseo recién descubierto.

El gemido de la mujer rasgó el aire, seguido por el gruñido del soldado, que se apartó de ella y quedó boca arriba, respirando con rapidez.

Émilie no pudo evitar un jadeo cuando vio el apéndice que sobresalía orgulloso entre las piernas del hombre. Se tapó la boca con la mano, pero el soldado ya la había oído y empuñaba la espada con aire fiero, al tiempo que se subía el calzón con la otra mano.

Sus ojos, verdes como los campos en primavera, se clavaron en ella; al reconocer que era una mujer se arrugaron en las comisuras, al tiempo que se le formaban un par de hoyuelos en las mejillas.

«¡Santo Dios, qué guapo es!», pensó Émilie, antes de echar a correr con las faldas remangadas hasta las rodillas.

Las carcajadas de él la persiguieron hasta que dejó muy atrás el campo sin segar.

*Montbonnet, Francia, marzo de 1722*

El resplandor del fuego de la chimenea mitigaba la oscuridad en la habitación. Gastón Bonnet acariciaba distraídamente el brazo de Odette, mientras recuperaban el resuello tras una sesión de intensos juegos amatorios.

Su mente divagaba sobre las reformas que le quedaban por hacer en la vieja casona, que ya casi era suya. Con el dinero que había ganado en la última misión, lograría hacer el último pago al coronel Laforet y ya podría considerarse amo y señor. ¡Qué ganas tenía!

La compra de la casa había sido un capricho que aún hoy le sorprendía. Dos años antes, durante las semanas de permiso que le había concedido el duque de Berwick, había querido visitar a su familia en Le Puy. Al pasar por Montbonnet se había fijado en una casa a la salida del pueblo; parecía abandonada, pero aún guardaba la elegancia de tiempos pasados. Durante los cinco días que pasó en el hogar de sus padres, con su familia, no volvió a pensar en aquel edificio. A decir verdad, la insistencia de su madre y hermanas para que se casara y formase una familia lo había mantenido demasiado ocupado como para pensar en otra cosa que no fuera zafarse de sus múltiples estrategias en pos de ese objetivo; especialmente cuando, en esos cinco días, trataron de presentarle a todas las muchachas casaderas en varias leguas a la redonda y se vio obligado a exprimir al máximo sus dotes caballerescas, a fin de eludir sin ofender a las pobres muchachas que buscaban marido.

Sus cuñados, cuando les pidió ayuda para librarse de aquel asedio, se habían limitado a alzarse de hombros. Tampoco sus hermanas cesaron en el intento de verlo emparejado antes de que regresara a España, por mucho que insistió en su falta de aptitudes para el matrimonio. Al finalizar su estancia, había preferido enfrentarse a un batallón de soldados sanguinarios a seguir luchando contra aquellas casamenteras.

En el camino de regreso, al volver a pasar frente a la casa, se había detenido para admirar su ajada belleza. Cuanto más la miraba, más interesado estaba en ella. A juzgar por el deterioro de la propiedad, por la tierra y las ramas que cubrían los peldaños de la entrada, era evidente que allí no vivía nadie desde hacía mucho tiempo. Se imaginó cómo habría sido en sus buenos momentos y sintió la necesidad de devolverle su antiguo esplendor. La idea lo caló tan hondo que se adentró en la población para preguntar por el dueño.

El coronel Laforet, ya retirado, estuvo dichoso de recibirle; al enterarse de que Gastón era capitán de caballería, se mostró sumamente complacido y dispuesto a venderle la propiedad a un precio razonable. Un precio que todos sus ahorros no alcanzaban a cubrir y que era desorbitado para su sueldo en el ejército. Pese a todo, el



coronel le convenció de que confiaba en él y le permitió pagar el resto a plazos. La certeza de que sus hermanas no pararían hasta verlo casado, convirtiendo sus días en el hogar familiar en una batalla por llevarlo al altar, le indujo a comprar aquella casa, que lo mantendría a una prudente distancia de las maquinaciones de las mujeres de su familia. Desde aquel día se concentró en ahorrar todo lo posible para pagar la deuda. Al regresar a España no dijo nada a sus amigos. Sabía que se habrían sorprendido mucho al saberlo. Hasta él se asombraba.

El sonido de algo metálico que caía en algún lugar de la casa le devolvió al presente. Los criados estaban recogiendo para acostarse. Ya era hora de regresar. Dio un beso a Odette y salió de la cama para buscar sus ropas, que sembraban el suelo de la habitación. La rodilla derecha protestó con el movimiento y él aguantó un gesto de dolor.

—¿Ya te vas? —protestó su amante—. Apenas nos hemos desfogado —insinuó, mimosa.

—Es tarde, Odette —contestó, escueto, poniéndose el calzón.

—¿Por qué no te quedas a pasar la noche? —ronroneó ella—. Hace cuatro meses que no nos vemos. ¿Tan pronto te has cansado de mí?

—Sabes que nunca me quedo a pasar la noche y ya es hora de que vaya a mi casa —aclaró, remetiéndose la camisa por la cinturilla—. Aún no he pasado por ella. He venido directamente aquí.

—Lo sé —protestó Odette, con un mohín—. Pero siempre tienes esa casa en la cabeza. Cualquiera diría que es una amante más complaciente que yo.

Gastón le sonrió sin ganas, antes de sentarse en la cama para ponerse las botas. Odette empezaba a exigir más tiempo y eso no le atraía nada. Tenían un acuerdo, pero ella parecía haberlo olvidado. Quizá ya iba siendo hora de poner fin a esa relación antes de que las cosas se estropearan.

Una vez completamente vestido, se abrochó el cinto con la espada. Con el sombrero en la mano, se acercó a su amante para darle un casto beso en la frente.

—¿Nunca cambiarás ese hábito? —preguntó ella, incorporándose en la cama sin molestarse en cubrir su desnudez. Le tiró del faldón de la casaca para detenerlo, al tiempo que Gastón daba un paso atrás. El gesto le provocó un dolor lacerante en la maltrecha rodilla—. ¿Cuándo te quedarás a pasar la noche entera? —indagó ella, sin reparar en su rictus crispado.

—Ya conoces mis costumbres, Odette —recordó con los dientes apretados, aguantando las punzadas—. Nos vemos mañana. Que pases una buena noche —se despidió antes de salir, cuidando de no ser visto.

No había llevado el caballo para no despertar a las malas lenguas, así que caminó hasta su casa. Las nubes habían cubierto el cielo y no era improbable que en cualquier momento se pusiera a llover. Apretó el paso todo lo que su cojera le permitió; no quería mojarse. Ya lo había hecho de sobra en los días que había dedicado a perseguir a René Bourget. Lo había atrapado más por suerte que por otra

cosa. El maldito ladrón era tan escurridizo como una anguila y tan rastrero como una serpiente. Pero ahora sus días de salteador de caminos se habían acabado y él tenía una bolsa de relucientes monedas con las que cubrir la deuda.

—¡Me lo habíais prometido! Dijisteis que podría elegir marido y que no interferiríais en mi decisión —protestó Émilie. No podía creer que su padre fuera a faltar a su palabra.

—Te lo prometí antes de saber que llegarías soltera y sin compromiso a la avanzada edad de veinticinco años. ¡Eres una solterona! —bramó Louis Laforet, rojo de ira—. ¿A qué estás esperando, muchacha? El señor Neville era un buen hombre para ti; no sé por qué has rechazado su proposición.

—Louis, querido, no debes alterarte. Sabes que tu corazón... —susurró su esposa, tratando de apaciguar el mal humor de su esposo. El hombre asintió sin dejar de mirar a su hija con seriedad.

—Padre, me llega por el hombro y no hacía otra cosa que mirarme... que mirarme... —calló, incapaz de concluir lo que iba a decir—. ¡Pero si casi babeaba! —mencionó, roja como las amapolas—. Y cuando me ha besado la mano, he notado sus labios gruesos y húmedos... —Con cara de asco, agitó la mano, como si quisiera retirar cualquier rastro de aquel hombre—. Ha sido muy desagradable, padre. Sin duda no querríais que me casara con alguien así.

—Llegado este momento, solo quiero que te cases de una vez por todas, muchacha —sentenció, perforándola con sus ojos grises—. Con tus continuos rechazos únicamente me has dejado una salida. Tú misma me has obligado a tomar esta decisión.

—Louis, querido... tal vez sería mejor que lo habláramos —trató de serenarlo su esposa.

—No, Marie, ya no puedo esperar más. Tu hija es una solterona. Cuanto más tiempo pase, menos propuestas recibirá.

—Vos os casasteis con más años, padre.

—Yo soy un hombre. Y no te atrevas a replicarme, muchacha.

Émilie aguantó con estoicismo la mirada furibunda de su padre. No iba a dejar que la amedrentase con su mal humor. Sabía que en el fondo él la quería y que únicamente ansiaba lo mejor para ella; lástima que ella no compartiera su misma idea sobre lo que era mejor.

—Hace dos años ibas a casarte con el señor Dominé. Casi habías aceptado cuando, de buenas a primeras, lo rechazaste. El señor Dominé quedó desolado. No sé qué te hizo cambiar de opinión. Confieso que, en el fondo, me alegré de que no te casaras con él. No lo consideraba lo bastante seguro de sí para controlarte. Pero ahora, en vista de la situación, me gustaría que no lo hubieras hecho —terminó, cansado.

—Louis, nuestra hija desea casarse por amor —explicó Marie, acercándose a su esposo, que se calentaba las manos junto a la chimenea—. Igual que hicimos nosotros.

—¡Madre! —protestó—. No deberíais haberle contado eso.

—Hija querida, no te aflijas; tu padre lo comprenderá. —El dueño de la casa gruñó como respuesta, pero su esposa continuó como si tal cosa—. Nada nos complacería más que verte felizmente casada, pero debes entender que cuanto más lo retrases más difícil te resultará encontrar esposo. A los hombres no les gustan las muchachas que han perdido su juventud.

—¿Has echado el ojo a algún pretendiente? —indagó su padre, visiblemente interesado.

—¡No! —contestó Émilie demasiado deprisa. Él la miró con suspicacia—. No, no hay ningún muchacho que me interese —confesó, sin faltar a la verdad.

—En ese caso no tendrás inconveniente en que yo te elija marido —aclaró el hombre, tan tieso como si aún estuviera pasando revista a sus tropas—. Estoy seguro de que sabré encontrar al hombre adecuado.

—¡No, padre! ¿Y si me niego a casarme con él?

—En ese caso te casarás con Dios y pasarás el resto de tu vida entre los muros de un convento —sentenció, los ojos acerados echando chispas—. Me obedecerás, muchacha.

Émilie no podía creer que su padre se hubiera puesto tan intransigente. Le había prometido que la dejaría elegir a su marido. Sí, era cierto que en los dos últimos años había rechazado siete propuestas, pero es que no podía casarse con cualquiera que la pretendiera. No después de haber visto lo que sucedía entre un hombre y una mujer. Nunca podría consentir que su marido le hiciera *eso*. Cada vez que llegaba un pretendiente no podía evitar imaginárselo en esa situación tan íntima y... ¡no! Era demasiado desagradable.

Salió corriendo de la estancia y se encerró en su habitación.

La culpa la tenía el maldito capitán Bonnet. Al verlo aquella tarde entre las hierbas, retozando con la hija del carnicero, había pensado que era un soldado de paso y que jamás lo volvería a ver. Poco podía imaginarse que solo seis días más tarde lo encontraría en su propia casa, cómodamente sentado en uno de los sillones, hablando con su padre.

Al parecer estaba interesado en comprar la casona de las afueras del pueblo. «Su casona». Ella siempre había imaginado que cuando se casara viviría allí, que sería parte de su dote; jamás pensó que no fuera de ese modo.

Su padre, complacido con el visitante, estuvo encantado de presentarla. El capitán Bonnet la reconoció al instante y en sus mejillas se formaron aquellos hoyuelos que la habían trastornado días antes. Él no dijo nada, pero el brillo verde esmeralda de sus ojos la hizo enrojecer hasta la raíz del pelo. Si una mirada pudiera abrasar, sin duda sería la de ese hombre.

Era demasiado apuesto para ser real. Apuesto y peligroso. Y desde luego, mucho menos maleable que su pretendiente, el señor Dominé. Despertaba en ella deseos hasta ese momento desconocidos, que la enardecían por dentro.

Los modales exquisitos del capitán conquistaron a su madre. Su padre quedó entusiasmado al saber que tendría un vecino con el que compartir los relatos y estrategias militares de batallas vividas.

Desde aquel día, cada cierto tiempo, él volvía por el pueblo y se quedaba a comer o a cenar en casa, donde les relataba la situación de la guerra contra los españoles y les contaba anécdotas divertidas, con ese aire pícaro que le caracterizaba. Sus padres estaban encantados con esas veladas y ella disfrutaba secretamente de tenerlo cerca.

A finales del año anterior había vuelto tras recuperarse en parte de un accidente. Les contó que le habían licenciado del ejército, pues su rodilla no había quedado bien y le fallaba en el momento menos indicado. Deseaba dedicarse a restaurar la casona, pero hasta que la pagase del todo alquilaría su destreza con la espada a quien lo necesitase. Como el coronel conocía a mucha gente, no le faltaron encargos. Pero el capitán ya no era el mismo. Se acabaron sus bromas, sus gestos pícaros y hasta los hoyuelos apenas se dejaban ver en sus esporádicas sonrisas.

Émilie sabía que el dolor de rodilla había contribuido a que el carácter del capitán Bonnet se agriara. De cualquier modo, saber que ya no era un ser tan perfecto, en lugar de disminuir su atracción por él, no había hecho más que aumentarla.

Circulaban rumores de que se acostaba con la viuda Odette, pero nunca les habían visto juntos, por lo que desconocía si era solo un chisme. En cualquier caso, Émilie sabía que él nunca sería su pretendiente y suspirar por él no tenía sentido. Claro que era más fácil decirlo que lograr apartarlo de su mente. Tampoco sería un buen marido. Era demasiado mujeriego y ella esperaba que su esposo le fuera fiel. Cualidad que, estaba segura, el capitán Bonnet desconocía por completo.

«Ya lo sabes, ¿no? ¡Pues deja de pensar en él!», se recriminó, como tantas otras veces.

Y ahora, su padre quería buscarle pareja él mismo. Tembló solo de imaginarse casada con un baboso como el señor Neville o encerrada en un convento el resto de su vida. La perspectiva no era nada halagüeña.

Le hubiera gustado no ser mujer. A los hombres no se les exigía casarse. Podían hacer lo que les viniera en gana sin más problemas.

¡Cómo odiaba a los hombres! En especial al capitán Gastón Bonnet, por haberle abierto los ojos y por haberle hecho descubrir su propio deseo.

Debía convencer a su padre de que desistiera de esa decisión tan extrema.

Pese a la chimenea encendida, en el dormitorio hacía frío. El vaho se escapaba de su boca como humo blanco. Las mantas de la cama eran insuficientes para mantenerlo caliente y, además, olían a humedad y a cerrado. Gastón casi se lamentó por haber dejado una cama calentita con una dama complaciente dentro. Se frotó con brío la rodilla, para ver si paliaba en parte ese dolor agudo que a veces lo volvía loco y que con ese tiempo no hacía sino empeorar.

La lluvia estaba arreciando y golpeaba con fuerza los postigos de la ventana, como si quisiera colarse dentro. En la habitación de al lado, Hubert Duval, antiguo sargento de caballería, trasteaba con ollas, baldes y vajilla que había subido de la cocina para recoger el agua de las goteras que tenía en su cuarto. A Luc Rousseau no se le oía, pero ese muchacho era capaz de dormir en medio de una batalla. Probablemente no se había enterado siquiera de que estaba lloviendo.

Conocía a Hubert desde antes de que les licenciaran, a Gastón por lisiado y al sargento por edad. Desde entonces compartían casa y trabajo. Luc se les había unido poco tiempo después de dejar el ejército, cuando lo encontraron vagando por el bosque con las ropas chamuscadas.

Una gota le cayó justamente sobre la frente, luego otra y otra más.

—¡Por las barbas del demonio! —bramó Gastón, al comprender que tenía una gotera justo encima de su cabeza.

Al saltar de la cama, su rodilla se dobló como si fuera de trapo y le hizo caer, desmadejado, al lado del lecho. Masculló una blasfemia capaz de sonrojar al soldado más curtido. Con cuidado trató de incorporarse. Al notar que esta vez la pierna resistía, soltó un suspiro y comenzó a arrastrar el mueble para apartarlo de la gota insidiosa. Solo le faltaba que empapara el colchón.

Fuera de las mantas, el frío caló aún más en su cuerpo desnudo y lo hizo estremecer de pies a cabeza.

Hubert entró descalzo, con una camisa larga hasta las rodillas y una media a modo de gorro que tapaba su cabeza calva; en las manos, un cazo de hierro y un bol de madera. Gastón se hubiera reído, pero su aspecto no era mucho mejor. La piel empezaba a ponérsele de un tono morado poco atractivo y temblaba tanto que tampoco habría podido reír. Para colmo, la humedad, junto con el frío, agudizaban la debilidad de su rodilla.

—¿También vos tenéis goteras? —preguntó Hubert, con su voz aguardentosa—. Este tejado parece un colador y la casa está más fría que la piel de un muerto.

—Pensaba que las habíamos solucionado la última vez que subimos al tejado.

—Es evidente que no lo hicimos, capitán —concluyó, colocando uno de los recipientes bajo la filtración.

Gastón le había pedido que no lo tratara con tanta deferencia; ya no estaban en el ejército, pero bien parecía que al antiguo sargento le costaba cambiar viejas costumbres.

—Pues no. Evidentemente tendremos que mandar su reparación a alguien que sepa hacerlo. —Hizo cálculos de las magras monedas restantes una vez saldada la deuda y maldijo entre dientes.

—Sí, será lo mejor.

—Lástima que, cuando mañana pague el último plazo al coronel Laforet, no me quedará lo suficiente para cubrir ese gasto —se lamentó, volviendo a meterse en el lecho—. Vuelve a la cama, Hubert. A la luz del día evaluaremos los desperfectos.

—A la orden, capitán.

Lo vio salir renqueando, con la punta del calcetín balanceándose a su espalda y el cazo en la mano. Si se hubiera quedado en casa de Odette, ahora estaría calentito en más de un sentido. Claro que, de haberlo hecho, ella empezaría a hacerse ilusiones. Y eso no podía ser.

Dispuesto a dormir como fuera, se arrebujó entre las mantas, esperando que el calor rebajara el dolor hasta límites tolerables. El sonido de la gota de agua al caer en el recipiente de barro lo arrulló como una nana.

Ya por la mañana y al contrario que en su casa, en la del coronel Laforet la temperatura era tan agradable que por un momento se sintió amodorrar, sentado en aquel cómodo sillón.

El dueño escanciaba coñac en una copa, satisfecho por haber cobrado toda la deuda. Tenía el pelo cano atado con una cinta a la nuca; la calidad de sus ropas hablaba de su más que holgada economía. Pese a los muchos años pasados desde que se había retirado del ejército, seguía teniendo la apostura de un coronel, aunque algo entrado en carnes.

—Imagino que ya os sentís satisfecho por haber abonado el importe completo —dijo, antes de entregarle una jarra de cerveza—. Seguíis prefiriendo esta bebida, ¿no?

—Sí, lo prefiero —contestó Gastón.

—Una lástima, este es un excelente coñac... —Lo paladeó con satisfacción. Luego volvió a mirar al capitán—. Sabía que lo conseguiríais, joven. Nunca lo puse en duda. Me recordáis demasiado a mí cuando tenía vuestra edad. Y decidme, ¿no habéis pensado en casaros?

Gastón, que estaba dando un sorbo a la cerveza, evitó por muy poco espurrar toda la bebida sobre la alfombra.

—No, señor. Considero que el matrimonio no está hecho para mí —contestó una vez que consiguió tragar el líquido.

—Eso mismo pensaba yo. Luego conocí a mi Marie y se me metió en la sangre —recordó con aire soñador—. Tarde o temprano querréis sentar cabeza y tener hijos.

No podéis seguir saltando de cama en cama, arriesgándoos a que un padre o un marido os meta una bala en el cuerpo. ¿No tenéis miedo?

—Será difícil que un marido lo quiera, señor. Tengo por norma no enredarme con mujeres casadas ni con vírgenes; por lo tanto, no tengo nada que temer ni de unos ni de otros. —Decidió no pensar en la única vez que incumplió la primera de esas reglas.

—Una buena norma, si me permitís decirlo —aseguró, al tiempo que se sentaba.

—No sé si lo será, pero puedo decir que hasta ahora me ha ido bien. Excelente cerveza, señor.

—Me la regalaron hace unos días —contestó el dueño de la casa, con una media sonrisa; se había dado cuenta de su artimaña para cambiar de tema—. ¿Os quedaréis a comer con nosotros?

—Me temo que hoy no podrá ser; debo buscar un buen techador para que arregle el tejado. Anoche descubrimos que tiene más agujeros que un colador —explicó. Luego depositó la jarra vacía en una mesita adyacente.

—Os recomiendo al señor Rameau. Sabe bien su oficio.

—Muchas gracias, señor. Hablaré con él. Otro día de lluvia y saldremos nadando de allí.

—Buen día —saludó la señora Laforet al entrar en la sala. Los hombres se pusieron en pie—. ¡Cuánto me complace veros, capitán Bonnet!

—Vuestra presencia es toda una alegría, señora. —Se apresuró a besarle el dorso de la mano—. Os veo tan encantadora como siempre.

—Sois un adulator, capitán —protestó la mujer, algo sonrojada. Sus gordas mejillas brillaban como manzanas maduras—. Sin duda, un peligro para toda jovencita que se cruce en vuestro camino.

—Nada de eso. Las jovencitas nada deben temer de mí —aclaró, colocándose mejor los volantes de la camisa bajo el puño de la casaca—. Soy manso como un corderillo.

La risita de la mujer le demostró que no le creía ni un ápice de lo que acababa de decir.

—Madre, Agnès pregunta si debe poner un cubierto más. —La voz se oía más clara conforme su dueña se acercaba por el pasillo—. ¡Oh! Buen día, capitán —saludó al llegar al salón y verlo allí.

Era el *duende*, pensó Gastón. Aquella criatura que, el día de su llegada al pueblo, lo había pillado en el campo en medio de un revolcón con la hija del carnicero.

En aquella ocasión, alarmado al oír el susurro de las plantas, se había apresurado a coger su espada para luchar contra quien fuera que estuviera espiándolos. Al principio pensó que era un joven, pero después los ojos grises, tan luminosos como el lucero del alba, y el glorioso cabello del color del nogal le sacaron de su error. Justo en ese momento, ella pareció salir del trance y partió corriendo con las faldas remangadas, dejándole una visión bastante perturbadora de unos bonitos tobillos.

Un carraspeo seco le devolvió al presente. El coronel le miraba con fijeza.

—Encantado de volver a veros, señorita Laforet —logró murmurar, avergonzado por haber tardado tanto en responder. A veces la presencia de esa joven conseguía alterarle de alguna manera.

Ella le dedicó una rápida inclinación de cabeza. Sus hermosos labios, fruncidos en una mueca de fastidio, pero eso no era nuevo. Esa joven siempre fruncía la boca cuando lo veía. Él imaginaba que aún recordaba sus burlonas carcajadas, aquella lejana tarde, cuando ella huía por el campo.

—¿Y bien, madre? —insistió, ignorándole—. ¿Qué le digo a Agnès?

—Capitán Bonnet, ¿existe alguna posibilidad de que os quedéis a comer con nosotros? —preguntó la madre, con una sonrisa.

—Lo siento mucho, señora, pero debo rechazar vuestra encantadora oferta. Como ya le he explicado a vuestro esposo, debo encontrar al señor Rameau lo antes posible.

—En ese caso no os entretenemos más. Espero que vengáis a comer o a cenar algún día de estos —sugirió la mujer.

—Muchas gracias, señora, será un placer. Bien, será mejor que me ponga en marcha. Os deseo buen día —se despidió Gastón, con una inclinación de cabeza.

—Lo mismo os deseamos, capitán —contestaron los padres. La hija permaneció muda y eso arrancó una sonrisa a Gastón. Tenía grabada en su mente la expresión de sorpresa de ella al verlo medio desnudo. Había cosas que no se olvidaban.

La comida transcurrió en completo silencio por parte de Émilie. No quería llamar la atención de su padre. No hasta que estuviera segura de que ya había olvidado la proposición rechazada del día anterior. Era mejor no provocar su cólera.

Su madre, por el contrario, no dejaba de hablar de todo un poco. Siempre había sido muy parlanchina y los años no habían mitigado esa afición.

—No hay duda de que el capitán Bonnet sigue siendo un joven apuesto.

—Ya no tan joven, madre —se apresuró a contestar y se amonestó interiormente.

Siempre que salía el tema de ese hombre, ella se ponía a la defensiva. No quería que ellos supieran lo mucho que la afectaba el capitán. Pero si no tenía cuidado acabarían por imaginarlo, de todos modos. Su padre ya la vigilaba con ojo de halcón; no deseaba darle más motivos para sospechar.

—No seas desagradable, Émilie. No es un anciano —la amonestó su madre, dejando los cubiertos sobre la mesa para mirarla con seriedad—. No sé por qué no puedes ser más amable con él. Siempre tienes el entrecejo fruncido; terminará pensando que eres una persona intransigente y malhumorada.

—No tiene ninguna importancia lo que el capitán piense de mí, madre. Al fin y al cabo, no es un candidato a prometido, ¿no es cierto?

—Bueno... querida... eso nunca se sabe.

—Sí, en el caso del sujeto que nos ocupa, madre —sentenció, repentinamente sin



apetito. Estaba a punto de abandonar el postre cuando se percató de lo silencioso que estaba su padre. Sintió su mirada especulativa clavada en ella y se apresuró a tomar una porción de las natillas para disimular su repentino malestar.

—Es evidente que el capitán no está buscando esposa, así que mejor nos olvidamos de él —masculló el coronel—. Necesito un candidato... —continuó, dándose golpecitos, rítmicamente, con las yemas de los dedos en la barbilla—. No puedes seguir soltera mucho tiempo más.

Émilie se terminó el postre como si se lo fueran a quitar. No veía la hora de salir del comedor. Una rápida ojeada le mostró que su padre seguía absorto en sus pensamientos pero debió de notar que era observado porque clavó sus ojos en ella. Émilie se obligó a mirarle de frente y regalarle una enorme sonrisa que estaba muy lejos de ser verdadera.

Él se la devolvió, pero casi podía oírlo pensar y eso no era nada halagüeño. Estaba tramando algo. Sin duda.

El tiempo había mejorado bastante, pero el humor de Gastón seguía inestable y poco amistoso. Tanto Hubert como Luc, que lo conocían bien, le habían dejado tranquilo hasta que se le pasara.

Sentado en uno de los desvencijados sillones, miraba las figuras que formaban las lenguas de fuego en la chimenea. Adelantó el cuerpo, incapaz de recostarse y descansar. No podía permitírselo, como tampoco podía permitirse el gasto que iba a suponer arreglar el maldito tejado. El señor Rameau le había dado un presupuesto que escapaba totalmente a sus posibilidades.

Con los codos apoyados en las rodillas, se pasó repetidas veces las manos por el pelo. Debía buscar una solución lo antes posible. De lo contrario todo el interior de la casa se echaría a perder. Era evidente que el verano anterior, pese a sus intentos por arreglar los desperfectos del tejado, lo habían dejado peor de lo que estaba. ¿Quién le mandaría meterse a techador cuando no tenía ni idea?

Con un suspiro de derrota, se levantó de un salto, pese a las protestas de su rodilla, y comenzó a pasear por la estancia, sorteando los recipientes ubicados en el suelo para recoger el agua. Miró a sus compañeros; jugaban al ajedrez y no parecía molestarles que apenas se pudiera dar tres pasos sin tener que esquivar uno de aquellos cacharros.

Al dar el siguiente paso, volcó uno de los dichosos potes. El agua recogida empapó su bota y se esparció por el suelo como una pequeña marea.

—¡Por los clavos de Cristo! —bramó, sacudiendo la pierna para retirar las salpicaduras—. Me marchó —anunció, demasiado agobiado para permanecer ocioso.

—Con Dios, capitán —murmuraron Hubert y Luc sin apartar los ojos del juego. En su favor, Gastón tuvo que admitir que habían aguantado bien el tipo sin soltar la carcajada. Solo el modo de apretar los labios les traicionaba.

Se puso una capa de lana sobre la casaca y salió dispuesto a visitar a Odette. Un buen revolcón le ayudaría a olvidar por unos momentos que debía conseguir dinero para el arreglo. Eso siempre había funcionado.

Caminó a buen paso por la parte trasera de las casas del pueblo, ignorando las punzadas en su rodilla derecha. Debía guardar las apariencias por Odette, aunque estaba convencido de que su *affaire* era de sobra conocido. Aún no era de noche, pero sabía que ella no pondría pegas a recibirle.

Estaba en lo cierto. Cuando dio unos golpecitos a la ventana del salón donde Odette cosía, su amante se apresuró a señalarle el piso de arriba con un gesto imperceptible de la cabeza.

Gastón no perdió el tiempo y trepó por la espaldera que sujetaba una hiedra a la fachada. La pierna solo le falló una vez; algo de lo que alegrarse. Esperó, paciente, a

que la dueña de la casa le abriera la ventana para entrar en el dormitorio.

—Vaya, querido. No te esperaba hasta más tarde —fue el saludo con que le recibió.

—Necesitaba otra compañía que no fuera la de Hubert y Luc —declaró, una vez dentro—. Tú eres mucho más apetecible que ellos.

Odette rio con coquetería y, con dedos diestros, le ayudó a desprenderse de la capa. Sí, un rato en sus brazos lograría que olvidase sus problemas.

—¿Creéis que cuando regrese tendrá mejor humor? —preguntó Luc al acabar la partida—. Pocas veces lo he visto así.

Hubert pensó que el capitán había olvidado lo que era el buen humor. El accidente, con sus consecuencias, le habían convertido en un hombre taciturno, irónico y malhumorado la mayor parte del tiempo. Como Luc no conocía al antiguo capitán, ignoraba su carácter bromista, picaruelo y juguetón. Claro que, posiblemente, ese hombre había desaparecido para siempre. «Una lástima, la verdad», pensó Hubert.

—Al menos vendrá más suave —contestó, en cambio, encendiendo su pipa—. Si quería quedarse algunas semanas aquí, el arreglo del tejado no lo va a permitir.

—Yo prefiero quedarme. Me recuerda la casa de mis padres.

—Lo sé, muchacho. Pero seguro que no tardaremos en estar vagando por estos mundos del Señor.

Luc se había criado en una granja que, desgraciadamente, se había quemado hasta los cimientos por un rayo caído durante una tormenta. Su familia pereció en el incendio; solo él había sobrevivido.

No era un joven muy despabilado, pero a su modo era listo y voluntarioso. A veces les asombraba con deducciones sorprendentes en alguien con una inteligencia algo limitada. No sabían si siempre había sido así o si la tragedia vivida lo había dejado en ese estado. En cualquier caso, era un buen compañero.

—Alegraos, mi sargento; ahora lo peor del invierno ya ha pasado y los días empezarán a ser más largos y cálidos —manifestó el joven, volviendo a colocar las piezas en el tablero—. Al menos no nos encontraremos nieve por los caminos.

Hubert se dedicó a dar chupadas a la pipa y a formar aros con el humo. Él también habría preferido quedarse un tiempo descansando en Montbonnet. La edad no perdonaba y empezaba a notar en sus huesos las interminables jornadas a caballo, las noches al raso y los días de lluvia, nieve o granizo. Había rebasado los cincuenta años, una edad perfecta para pasar los días al amor del fuego y las noches, junto al cuerpo cálido de una mujer.

Quizás algún día. Tal vez nunca.

Se levantó para echar otro leño a la lumbre. Se le había quedado la espalda rígida por estar tanto tiempo sentado. Menos mal que ya no hacía frío en la casa.

—Iré a echar de comer a los caballos. Si tienes ganas de desfogar esa energía que parece desbordarte, ven y ayúdame a limpiar el establo.

—A vuestras órdenes, mi sargento.

Luc se levantó de un salto. Sin molestarse en ponerse ni una triste casaca sobre la camisa desgastada, salió de la casa. Hubert se maravilló de la predisposición y las ganas que tenía el muchacho para realizar los trabajos que se le encomendaran. Tratando de enderezar su dolorida espalda, lo siguió hasta el establo, ubicado en la fachada trasera del caserón.

El joven, horca en mano, ya estaba sacando la paja sucia de los compartimentos de los caballos y amontonándola en el muladar, fuera del establo, al tiempo que silbaba una tonada picante. A veces, a Hubert esa generosa energía de la juventud le tocaba las narices. Renqueando tomó uno de los sacos de grano y vertió un poco en los pesebres.

Los caballos se lo agradecieron con un suave relincho, al tiempo que asentían con la cabeza.

Suspiró con resignación. Sus planes de traer a Margot con él volvían a posponerse.

—Querido, ¿cuánto tiempo piensas quedarte esta vez? —indagó Odette, incorporándose sobre un codo en el lecho. Su cabello, rubio como el trigo en verano, se derramó por el hombro y le cubrió los pechos como un manto protector—. La otra noche te marchaste con tanta precipitación que no pude preguntártelo.

—Muy poco. En cuanto salga algo, me iré.

—Cada vez pasas menos tiempo. Sabes que te añoro cuando no estás. Estoy deseando que empieces a espaciar tus salidas y te quedes definitivamente aquí.

Gastón se separó de ella como picado por sus últimas palabras; aquello no pintaba bien. Salió de la cama para comenzar a vestirse. Por una vez, su rodilla se comportó y no le hizo pasar un mal rato.

—La casa necesita reparaciones con urgencia. Hasta ahora he invertido todo en pagar al coronel Laforet, pero ahora debo conseguir dinero para arreglarla —explicó mientras se vestía. Tenía un sexto sentido para adivinar cuándo una mujer buscaba algo más que un revolcón de vez en cuando y esta era una de esas veces—. El tejado parece un colador y el señor Rameau me pide el rescate de un rey para arreglarlo.

—Sabes que yo tengo suficiente dinero para arreglar esa y varias casas más —ronroneó ella desde la cama, pasando el dedo por el hueco que él acababa de abandonar—. Si quisieras no tendrías que salir en busca de misiones para...

—Odette, no sigas. Te agradezco tu ofrecimiento, pero conoces mis sentimientos hacia el matrimonio.

—Pensaba que habías cambiado de opinión. Llevamos juntos... —hizo cálculos antes de volver a hablar, sin dejar de mirarle a los ojos—, más de un año. Desde que volviste para pagar el primer plazo de la dichosa casa —frunció los labios con disgusto—. Tú mismo me has dicho que nunca has estado tanto tiempo con ninguna mujer.

—Y es cierto. Tú has sido la primera, pero eso no significa que no haya estado con otras mujeres mientras tanto —confesó Gastón con su habitual sinceridad, calzándose las botas—. No he sido célibe.

—Lo sé, querido. Jamás esperarí que me fueras fiel. Eres demasiado fogoso para estar sin una mujer. —Bajó la mirada—. Yo, en cambio, sí lo he sido. No he estado con ningún otro.

—Nunca te he pedido fidelidad, Odette —dijo, antes de ponerse la casaca sobre la chupa—. No puedo exigir algo que yo no estoy dispuesto a dar —añadió, apartándose unos mechones de la cara; luego la miró detenidamente. Quería que ella entendiera sin la menor duda lo que iba a decirle—. Creo que ha llegado el momento de poner fin a esta relación. Eres una mujer encantadora y aún puedes volver a casarte. No necesitas estar con una persona como yo, que solo busca pasar un rato agradable. Sin

compromisos de ningún tipo.

—¿Y si quiero casarme contigo? —musitó ella. Se sentó en la cama después de cubrirse con la sábana—. No puedes negar que hacemos buena pareja y que en la cama... somos capaces de incendiar las mantas.

Gastón sonrió ante sus palabras; eran ciertas. Odette era una amante magnífica. Allí desnuda bajo la tela, con el cabello suelto como un glorioso velo dorado, era una visión que en otro momento le habría hecho volver a la cama para hacerle el amor hasta quedar exhaustos. Ahora ya no era posible. Ella esperaba más de lo que él estaba dispuesto a dar.

—Es cierto, querida. Pero no estoy buscando esposa.

—¡Oh! Está bien, Gastón; si no quieres casarte, no nos casaremos. Dejemos las cosas igual —masculló con un mohín—. Para de vestirte y vuelve a la cama; empiezo a tener frío.

—Lo siento, Odette. Me voy. Es mejor de este modo. Si continuamos, terminarás odiándome por no ser lo que tú quieres. —Cuando ella abrió la boca para protestar, él la silenció posando un dedo en sus labios—. No digas nada que después te avergüence. Seamos vecinos y nada más.

Se agachó para darle un beso en la frente; recogió su sombrero y la espada y, con una última sonrisa, salió del dormitorio por la ventana, cuidando de que no le vieran los criados. El sonido de que algo, presumiblemente un zapato, golpeaba contra la madera le hizo mover la cabeza con desánimo. Odette no iba a llevar bien el fin de la relación.

Émilie apretó el paso para llegar lo antes posible. La noche era fría y desapacible. Tapada con una mantilla y con la olla apretada contra el pecho, recorrió las últimas casas hasta llegar a la de Marguerite.

Llevaba la cena a la anciana que la había cuidado cuando era niña. Ahora, demasiado mayor para atenderse ella sola, dependía de la buena voluntad de la familia Laforet. Todas las noches pasaba a visitarla, la ayudaba a acostarse y no se marchaba hasta asegurarse de que todas las velas estuvieran apagadas.

Una sombra descendió por la fachada de la casa de la viuda Odette Fourier. Al principio creyó haberlo imaginado, pero la luz de la luna llena, que las nubes dejaban escapar, se reflejó en la empuñadura de una espada y le aclaró el malentendido. Hizo una mueca al reconocer al dueño de esa espada. Solo un hombre utilizaba las ventanas en lugar de las puertas: Gastón Bonnet. Soltó un bufido nada femenino y se encontró con los ojos del capitán. En realidad no había claridad suficiente para verlos, pero el brillo era inconfundible.

Al llegar al suelo, el muy pícaro se quitó el sombrero y le hizo una burlona reverencia. Su cabello se veía plateado a la luz de la luna.

—Tenéis la costumbre de encontrarme en circunstancias... digamos, poco

ortodoxas —murmuró él, con voz igual que la seda, al incorporarse.

No lo podía ver, pero estaba segura de que su sonrisa llena de hoyuelos adornaba su apuesta cara.

«¿Es que siempre tengo que encontrarlo en momentos parecidos?», se lamentó Émilie, cerrando los ojos un instante. La imagen del capitán retozando en la hierba con la hija del carnicero se coló en su mente. Al abrirlos, él había desaparecido entre las sombras. ¡Mejor así!

Alzó la cabeza y continuó hasta la casa de Marguerite, maldiciendo el ardor que notaba en su cara. Menos mal que no había bastante luz para que él se hubiera dado cuenta. Se preguntó cuánto tardaría en volver a marcharse y rezó para que fuera más pronto que tarde.

«¡Ojalá mi padre le encuentre un trabajo! —suplicó, abriendo de golpe la puerta del hogar de su antigua niñera—. Así no tendré que volverlo a ver. Y quizá lo olvide de una vez por todas.

»¡Pobre ilusa!»

—Buenas noches —saludó al entrar.

—Buenas noches, querida. ¿Acaso te persigue el demonio? —preguntó Marguerite, parpadeando ante la intrusión. Estaba sentada junto a la rueca. La vista ya no le dejaba realizar trabajos que requirieran agudeza visual.

—No... no... es que hace frío fuera —masculló Émilie. Dejó la olla sobre la mesa y fue a buscar un plato a la alacena para no seguir hablando de eso.

—Pues para hacer tanto frío como dices, vienes bastante acalorada. ¿Seguro que es el frío lo que ha dado ese color a tus mejillas, muchacha?

La anciana era demasiado perspicaz y nunca se daba por vencida.

—¿Qué otra cosa podría ser?

—Cosa no sé, pero sí sé de alguien... He oído que ha regresado y que su techo tiene más agujeros que un queso. ¿Te has encontrado con él? —indagó, antes de levantarse con torpeza para acercarse a la mesa.

—Marguerite, tenéis mucha imaginación —protestó. Luego, al oír el bufido de la anciana, terminó por admitir—: Sí, lo acabo de ver. Salía de la casa de Odette...

—¿Salía? ¿No sería mejor decir que se escabullía? Dudo mucho de que ese joven haya salido nunca de esa casa por la puerta como todo el mundo —terminó, soltando una risa desdentada y algo rasposa.

—Es un mujeriego —criticó Émilie.

—Pero es muy apuesto, querida. Tú lo sabes muy bien. —Le hizo un guiño—. Cojo y todo, es capaz de hacer suspirar a cualquier hembra. Si yo tuviera muchos años menos...

Nunca tendría que haberle contado lo que había visto en el prado aquel día. Marguerite podría ser vieja, pero aún conservaba una memoria prodigiosa; sobre todo para los chismes. Menos mal que su lealtad estaba a la altura de su memoria.

Sirvió el estofado en un plato y lo puso delante de ella.

—Humm, huele de maravilla. Esa Agnès cocina muy bien. —Tomó la cuchara y empezó a comer, disfrutando del guiso—. ¿Te ha dicho algo tu padre sobre quién será el prometido que te ha buscado?

—No. —Se estremeció—. De momento no me ha dicho nada. Espero que se le olvide —confesó sin convicción.

—Lo dudo, querida. Tu padre es hombre de palabra. No debes temer nada. Seguro que ya ha encontrado el hombre ideal para ti.

—¿Cómo podéis pensar así? Me había prometido...

—Muchacha, te ha dado tiempo más que suficiente para que tú misma lo eligieras. Mi padre ni siquiera me dio esa opción. En cuanto consideró que ya tenía edad suficiente, me buscó marido.

—Pero fuisteis muy feliz con el señor Pierre.

—Sí. Lo fui. Jamás habría podido elegir un esposo mejor que él. Mi padre me conocía tanto que acertó. El tuyo es muy inteligente. Te conoce y sin duda sabrá encontrar el marido ideal para ti.

—Me aterra la idea, Marguerite.

—Nada debes temer, muchacha. Ya lo verás.

Émilie no lo tenía tan claro, pero guardó silencio y rezó para que su padre lo olvidase. Algo altamente improbable.



Dos semanas más tarde Gastón seguía preocupado. Continuaba sin concretar nada con el señor Rameau y estaban en época de lluvias. Había ido a visitar a su familia a Le Puy para alejarse de Odette, que, tal y como imaginó, no se había tomado muy bien la separación y empezaba a mostrarse muy poco discreta en su acoso. Con unos días apartado de ella quizá lograra apaciguarla.

Sus hermanas lo recibieron encantadas de verlo. Su madre, como siempre, no perdió tiempo en invitar a toda muchacha soltera de varias leguas a la redonda. Nunca se cansaba de buscarle esposa y desde que quedara lisiado, había redoblado esfuerzos. Decía que, más que nunca, necesitaba una mujer que lo atendiera.

Ahora estaba allí, en el salón de la casa, tratando de entretener a varias jovencitas ruborosas y a sus ávidas madres.

—¿Tenéis pensado estableceros en Montbonnet, capitán...? —inquirió una de las matronas.

—Solo entre una misión y la siguiente, señora —contestó, cortés.

—Vuestra madre nos ha dicho que habéis comprado una casa allí y que estáis arreglándola —empezó otra—. Sin duda, lo siguiente es buscar esposa...

—Os equivocáis, señora. No tengo ninguna intención de casarme —soltó, ante la mirada desilusionada de aquellas jovencitas y el gesto contrariado de sus madres.

«¿Es que no se dan cuenta de que a duras penas logro mantenerme yo? ¿Cómo podría mantener una esposa y no digamos una familia?», pensó, malhumorado.

—Permitidme que os diga, capitán, que eso es porque no habéis encontrado a la dama adecuada —sugirió una mujer entrada en años. Era la abuela de una de aquellas chiquillas—. Todo hombre termina claudicando.

—Lo dudo... —musitó, dispuesto a levantarse y salir lo antes posible de allí.

—¿Desean más bizcocho? —preguntó su hermana Annette, decidida a cambiar el tema de la conversación—. Nuestra cocinera hace unos bizcochos extraordinarios.

Gastón tomó nota mental de darle las gracias a Annette. De sus dos hermanas, ella era la que más le conocía.

Las visitas no tardaron en prepararse para partir de allí. Reunidas en la entrada de la casa, parecían una bandada de polluelos custodiada por gallinas. Fue un alivio verlas marchar.

—Si te decidieras por una, seguramente te librarías de todas las demás —susurró Annette, de pie al lado de su hermano.

—Ya, pero entonces nunca me libraría de la elegida.

—¿Y por qué querrías librarte de ella si es la adecuada? —inquirió su hermana—. Piénsalo, hermanito. Ya va siendo hora de que tengas una mujer en tu vida.

—Tengo varias...

—Hablo en serio, Gastón —le cortó—. Una mujer, una esposa, la madre de tus hijos. Alguien con quien compartir tus problemas, tus alegrías... —Le tomó de la mano—. Creo que ya ha llegado el momento de renunciar a saltar de flor en flor.

—Es que es más divertido —señaló él, con una sonrisa picaruela.

—Cuando encuentres a la mujer ideal, no creo que tengas necesidad de saltar de cama en cama —vaticinó Annette, sin recato.

—¡Esas palabras, hermana! Harás que me sonroje —murmuró, batiendo las pestañas como una debutante—. Cuida ese lenguaje; no querrás que madre te lave la boca con jabón.

—No cambies de tema, Gastón. No te valdrá conmigo. Cuando menos lo esperes...

—¡Calla! ¡Dios no te oiga, hermanita! —Fingió estremecerse.

—Sé que desde el accidente te consideras...

—Un lisiado. Puedes decirlo. No me vas a herir más de lo que estoy —le cortó de malos modos, echando a andar hacia el establo.

—... más torpe —continuó como si el estallido de su hermano no hubiera tenido lugar. Y lo siguió—. Si le dedicaras más tiempo a esa rodilla, podrías lograr que se curase mejor. La maltratas intentando demostrar que estás bien.

—Y no lo estoy, ¿verdad? —masculló con amargura.

—No seas impertinente. Sabes a qué me refiero —aseguró con seriedad, caminando a su lado—. Debes descansar. Eso mismo te dijo el galeno la última vez que lo consultaste.

—No tengo tiempo para descansar. —Entraron en el establo. El olor de los caballos impregnaba el lugar—. Debo ganarme la vida.

*Rouge* relinchó al oír su voz. Gastón se acercó para acariciarle en el cuello. El caballo giró la cabeza y dejó a la vista su ojo derecho, ciego.

—Sigues conservándolo —musitó Annette a su espalda—. Sabía que no lo sacrificarías.

—No. No puedo hacerlo. Es un buen caballo y responde a mis indicaciones como si viera perfectamente. El accidente nos desgració a los dos. —Continuó, acariciando su lomo de reflejos rojizos—. Hemos pasado muchas cosas juntos y no puedo deshacerme de él solo porque no esté en plenitud de facultades. Yo tampoco lo estoy. Pero aún podemos presentar muchas batallas, aunque el alto mando del ejército no lo considerase así.

—Nunca lo he dudado, Gastón —agregó Annette, poniéndole la mano sobre el hombro—. Ni por un momento.

—Lo siento, coronel. El capitán Bonnet está en casa de sus padres, en Le Puy —explicó Hubert, tieso como una estaca, con los arneses que había engrasado colgando de la mano.

—Descanse, sargento. Ambos estamos retirados... —murmuró el coronel Laforet. Se lo veía contrariado por la noticia. Golpeó con el tacón del zapato el suelo cubierto de paja—. ¿Sabéis cuándo regresará?

—No creo que tarde, señor —aseguró Hubert, sin abandonar su postura marcial—. Lo esperamos de un momento a otro. Nunca pasa demasiado tiempo allí y ya hace una semana que se marchó.

—Haced el favor de decirle que me visite lo antes posible. Tengo un trabajo para él.

—Así lo haré, señor.

—En ese caso, me marchó. Buen día.

Hubert lo vio alejarse con prisas y se preguntó adónde les mandarían esta vez y si tardarían mucho en volver a la tranquilidad de Montbonnet.

—Lástima de juventud perdida —murmuró, volviendo a trabajar con los arneses—. Quién iba a pensar que preferiría quedarme en casa a vagar por ahí en busca de aventuras. Me hago viejo. —En ese momento los caballos relincharon como si quisieran darle la razón—. No os reiréis tanto cuando os toque dormir al raso en una noche lluviosa.

Gastón terminó de subir la colina y refrenó al caballo. Desde aquella atalaya podía ver su casa. Pese a saber que su tejado tenía tantos agujeros como un cedazo y que aún le faltaba mucho para recuperar el esplendor de antaño, inspiró reventando de orgullo. Era su casa, enteramente de su propiedad.

—Será mejor que repare los desperfectos, si no quiero que se convierta en un montón de escombros —protestó, al tiempo que se sacudía el polvo del camino de las mangas de su casaca.

Necesitaba dinero. No lo había pedido a su familia, aunque estaba seguro de que se lo habrían prestado sin poner ninguna pega. La fortuna de sus parientes provenía de la agricultura y de la ganadería, actividades que estaban supeditadas a las inclemencias del tiempo y a las epidemias. De ningún modo podía privarles de unos ahorros que ellos pudieran necesitar más adelante.

Por otro lado, era cuestión de orgullo: prefería lograrlo por sus propios medios. Más aún en las condiciones que se encontraba tras el accidente.

Instó al caballo a reanudar el camino, disfrutando de la apacible tarde. Enfrente el sol ya había iniciado su ocaso y apenas quedaban horas de luz. Tenía ganas de llegar y acomodarse en un sillón frente a la chimenea, sabiendo que ninguna reunión de jovencitas casaderas vendría a interrumpir su tranquilidad. Que no tendría que buscar temas de conversación intrascendentes y aburridos para entretener a las invitadas de su madre. Se había cansado de hablar de cintas, volantes, estilos de mangas y tipos de sombreros. Si alguien mencionaba algo sobre moda, posiblemente bramaría.

Frunció el ceño al recordar los días pasados en casa de sus padres. Cada vez era

más duro, quizá porque su madre cada vez era menos transigente con su negativa a buscar esposa. Solo la intervención de Annette le había dado el sosiego necesario para permanecer inmune a los tímidos avances de aquellas muchachas, deseosas de cazar un marido, o a los más descarados de sus madres; aquellas habían sido persecuciones en toda regla, algo que ni el mismísimo duque de Berwick habría sabido repeler. Annette le había dado fuerzas para quedarse y no salir de estampida ya desde el primer día.

Su hermana pequeña, por primera vez, parecía comprender su negativa a casarse de buenas a primeras con una jovencita con la que no tuviera nada en común. Habían hablado mucho durante esos días y, sorprendentemente, esas conversaciones fueron de lo más reveladoras.

Quizá porque él era el mayor, siempre había visto a Annette como una chiquilla; ni siquiera verla casada y con dos hijos colgados de sus faldas a todas horas le había cambiado esa imagen. Pero ya no pensaba igual. Annette le había demostrado ser una mujer inteligente y con un sentido común digno de tomar en cuenta. Iba a echar de menos esos paseos con ella.

De no ser porque estar en casa de sus padres equivalía a permanecer sitiado por unas matronas con más tesón que un sargento, habría pasado más tiempo allí. Siempre le había resultado gratificante estar con su familia. Se llevaba bien con sus dos cuñados. Lástima que cada vez fuera más difícil convencer a su madre de que casarse no entraba en sus planes inmediatos.

Tal vez, cuando su casa estuviera en condiciones, cuando hubiera conseguido el dinero necesario para crear el criadero de caballos... Quizás entonces se lo pensaría, pero ahora no tenía ni tiempo ni ganas para ello.

—¿Me habéis mandado llamar, padre? —preguntó Émilie, al entrar en el salón de su casa.

Su padre permanecía con un brazo cómodamente apoyado en la repisa de la chimenea, mientras tamborileaba con los dedos en la madera. Su gesto de preocupación no presagiaba nada bueno.

Su madre, por el contrario, sentada en uno de los sillones, se dedicaba a bordar un cojín con más concentración de la habitual. Aquello no pintaba nada bien y Émilie tuvo la certeza de que estaba a punto de suceder algo trascendente. Un escalofrío le recorrió el centro de la espalda.

—Sí, querida. Pasa y siéntate. Debo hablar contigo. —La voz de su padre tenía la cadencia de su antiguo cargo.

Hizo lo que le ordenaban, pero se sentó al borde del asiento, incapaz de relajarse. Cada vez estaba más convencida y más asustada por la sensación de cambio inminente. Miró a su madre, pero ella solo le dedicó una breve sonrisa antes de volver a su labor.

—Imagino que recordarás lo que hablamos hace tres semanas —empezó su padre, serio.

«¡Dios mío!», pensó aterrada. Contuvo las ganas de pasarse las manos, repentinamente húmedas, por la falda a la altura de las rodillas.

—S-sí —tartamudeó—. Sí, lo recuerdo, padre —añadió, tratando de serenarse.

—En ese caso, imaginarás por qué te he mandado llamar. —No esperó a que ella asintiera para continuar—. Sabes que desde hace años mantengo correspondencia con un antiguo capitán de mi regimiento. El capitán Rodin. Hace tiempo que Phillipe me comunicó su intención de casar a su hijo mayor. Después de tu desplante al señor Neville, le escribí para ofrecerle tu mano.

Émilie inspiró sin apartar los ojos de la boca de su padre. Escuchaba sus palabras, pero era como si las dijese otra persona. Miraba sus labios para convencerse de que realmente él estaba diciendo eso. Las manos, entrelazadas fuertemente sobre el regazo para impedir que le temblaran. Un sudor frío como los dedos de la muerte le recorría la espalda. Quería escapar de allí. No deseaba escuchar el resto de una historia que, a buen seguro, sería fatal para ella.

—Hoy he recibido su respuesta. —Clavó en Émilie sus ojos grises, implacables—. Está dispuesto a tomarte como esposa. Tienes dos opciones: o aceptas a Phillipe Rodin como marido...

—No podéis hablar en serio, padre —musitó Émilie.

—O ingresas en el convento de las clarisas en Le Puy —continuó, como si ella no hubiera dicho nada—. La madre abadesa estará encantada de recibirte. Te tiene

aprecio.

«¡Noooo!», gritó en su mente, mientras miraba a sus padres, consternada.

—¡Madre! ¿Acaso no vais a decir nada? —suplicó Émilie, arrodillándose ante ella.

—Hija, tu padre solo quiere lo mejor para ti. —Émilie negó con la cabeza—. Es cierto —aseguró su madre con dulzura—. Conozco al capitán Rodin y es un buen hombre. Estoy segura de que serás dichosa al lado de su hijo.

—¿Lo conozco? —susurró, acongojada.

—No lo recuerdas. Eras una niña cuando Phillipe y su padre nos hicieron una visita.

—¿Qué... qué edad tiene? —Hizo la pregunta, pero en realidad no quería saber que su futuro marido podría ser su padre.

—No te asustes. No es un viejo decrepito ni nada parecido. Tendrá unos cuarenta años —aclaró su padre.

—¿Y os parecen pocos? ¡Casi me dobla la edad!

Debía de estar soñando. No podía pasarle eso a ella.

Se levantó de un salto y, con las manos en la cadera, se enfrentó a su padre.

—No me casaré con ese hombre, padre. ¡No lo haré!

—Bien, en ese caso, partirás a Le Puy.

No fueron las palabras sino la frialdad que empleó para decirlas lo que hizo estremecer a Émilie. Dio un par de pasos hacia atrás, hasta que sus pantorrillas chocaron con el escabel donde su madre reposaba los pies. Casi perdió el equilibrio, pero en el último momento consiguió enderezarse y encaminarse a la salida. No podía seguir allí.

—Alto ahí, señorita. Aún no he terminado. —La voz de su padre a su espalda la clavó en el suelo a unos pasos de las puertas dobles—. Prepara tus baúles para dentro de un par de días. Tú decidirás si a Le Puy o a Pamplona. Marie, ordena que preparen los nuestros.

—¿Pamplona? —se atrevió a preguntar en un hilo de voz, sin volverse.

—Sí. Phillipe vive allí. Posee un almacén de vinos y licores.

Émilie no supo cómo llegó a su dormitorio. De pronto se encontró tirada en la cama, llorando sin parar.

Jamás había pensado que algo así pudiera sucederle a ella. Ante sí tenía un futuro tan negro como la noche; dos opciones, a cuál más horrible.

Ella no tenía espíritu de monja. Saber que nunca podría salir de entre los muros del convento le resultaba angustiioso. Le gustaba tanto pasear por el campo... Disfrutar de los espacios abiertos. Encerrada, se moriría. Tampoco podría tener hijos y ella quería ser madre. Quería tener un bebé entre los brazos, verlo crecer...

Ese deseo la empujaba al matrimonio. Pero ¿casarse con un desconocido? ¿Dejar que ese hombre la tocara íntimamente? ¿Que hiciera con su cuerpo lo que le viniera en gana? Solo de pensarlo se le agarrotaba el alma de miedo y repulsión.

«Si fuera el capitán Bonnet no pondrías tantas pegas», admitió, consternada.

Arreciaron las lágrimas y el cuerpo se le convulsionó por el llanto.

¿Qué podía hacer? ¿Cómo librarse de un destino así?

Se imaginaba al tal Phillipe con la nariz colorada por el exceso de bebida, los ojos inyectados en sangre y una barriga como un tonel. Se lo imaginaba con labios gruesos y mirada lasciva. Acercándose a ella con intenciones...

—¡Basta! —se reprendió. No podía torturarse de ese modo. Su padre no podía estar de acuerdo en desposarla con un hombre de esa calaña, ¿o sí?

Oyó que abajo llamaban a la puerta de entrada. La voz de Clarisse, la doncella, y después el timbre inconfundible del capitán Bonnet. Se secó los ojos con el dorso de las manos y escuchó atentamente.

¿A qué habría ido el capitán a su casa?

Ya no tenía mucha importancia. Dentro de poco ya no...

«¡Ojalá mi padre le encuentre un trabajo! Así no tendré que volver a verlo».

El deseo que había tenido unos días atrás, al pillarle saliendo de casa de la viuda Odette, le vino a la memoria, junto a la advertencia preferida de Marguerite: «Ten cuidado con lo que deseas, puede convertirse en realidad».

Gimió. Al fin iba a tener lo que había querido aquella noche: no volvería a verlo, pero a cambio tendría que pagar un alto precio.

«¿Y de verdad no querías volver a verlo?», se preguntó, redoblando el llanto.

—Perdonad mi indumentaria. Acabo de llegar y Hubert me ha dicho que deseabais verme, señor.

El coronel Laforet le había recibido en su despacho. Eso significaba trabajo, dinero y, por consiguiente, tejado arreglado. Gastón tenía ganas de sonreír, pero no era el momento. Se limitó a colocar mejor los puños de su casaca.

—Sí, capitán. Tengo una misión para vos —declaró el coronel, tomando asiento tras el escritorio—. Sentaos, por favor. —Esperó hasta que Gastón le hubo hecho caso—. Deseo que nos escoltéis hasta Pamplona. Partiremos en un par de días. ¿Podréis hacerlo?

—¿Escoltaros? —indagó intrigado y, distraído, se llevó la mano a la rodilla para masajearla.

—Sí, ya sé que no soléis hacer ese tipo de trabajo. Últimamente os dedicáis más a la captura de delincuentes, pero he prometido a mi hija con un amigo de allí y llevaremos su dote. No deseo que termine en manos de un salteador de caminos.

Así que el *duende* se casaba. Saberlo no debería haber supuesto nada para él, mas para su sorpresa, sintió un leve pinchazo de tristeza al saber que ya no volvería a verla sonrojarse por pillarlo en los momentos más inoportunos. Se preguntó cómo sería el hombre que había conseguido arrancarle un sí. Desde que la conocía había dado calabazas a muchos pretendientes.

Se dio cuenta de que el coronel esperaba una respuesta y que él llevaba demasiado tiempo en las nubes. Los ojos grises del dueño de la casa, tan parecidos a los de su hija, lo estaban observando con atención.

—Por supuesto, señor —se apresuró a contestar—. Tratándose de vos y vuestra familia, bien puedo hacer una excepción. —Sonrió—. No será complicado. Seguiremos el camino de Santiago. Es el más directo y el más concurrido. ¿Puedo preguntar cuántas personas iremos?

—Por supuesto —convino el coronel, apartando la mirada. Gastón casi suspiró de alivio al verse libre de aquel escrutinio—. Mi esposa, mi hija, la doncella Clarisse y yo. Iremos en el carruaje; es más grande y más cómodo para un viaje tan largo. Nuestro cochero nos acompañará.

—¿Será necesaria una carreta para los baúles?

—No sé qué deciros, capitán. Mi hija deberá llevar todas sus pertenencias y mi esposa querrá disponer de un amplio vestuario... —Lo meditó un momento—. Sí, será necesario. ¿Algún problema?

Un segundo vehículo era otra cosa que proteger y ellos solo eran tres hombres. No quería contratar a nadie más. Más hombres significaba más porciones a repartir del pastel. Si ahora, después de dividir el sueldo, apenas le alcanzaría para cubrir el presupuesto del tejado, con un par de hombres más seguiría sin poder permitirse el pago.

—Un segundo vehículo complica las cosas, pero no es nada que no se pueda arreglar —admitió Gastón, sopesando qué hacer. Debería hablar con Hubert y con Luc, a ver qué opinaban ellos.

—Lo dejo en vuestras manos. Sé que sabréis hacerlo a la perfección.

—Os agradezco la confianza, señor. No os preocupéis. Trazaré un itinerario y calcularé las jornadas que nos llevará recorrer todo el trayecto. Mañana lo tendréis.

—¿Qué tal os ha ido por Le Puy? —indagó el coronel, cambiando por completo de tema.

—Como siempre. Sitiado por un montón de madres deseosas de casar a sus queridas hijitas. Abrumado por tanta cháchara intrascendente sobre complementos de moda —reveló con una mueca.

—Debo interpretar que ninguna de aquellas muchachas ha logrado encandilaros.

—No, señor. Demasiado dóciles y maleables.

—Vos necesitáis una esposa con carácter.

—Mejor que eso: no necesito ninguna esposa, con carácter o sin él —concluyó Gastón, cansado de que trataran de emparejarlo—. Ahora que habéis conseguido prometer a vuestra hija, no querréis hacer de casamentero conmigo, ¿no? —profirió, espantado.

El coronel soltó una carcajada y sacudió la cabeza.

—¿Queréis quedaros a cenar?

—Os lo agradezco, pero no he venido vestido adecuadamente y, además, debo



organizar el viaje. —Se levantó, dispuesto a marcharse—. Por cierto, ¿no es un poco precipitado? ¿Les dará tiempo, a vuestra esposa y a vuestra hija, a preparar el equipaje?

—Estoy seguro de que sí.

—En ese caso, nos vemos mañana, coronel.

—Que tengáis una buena noche, capitán.

—Lo mismo os deseo, señor —asintió Gastón, poniéndose el sombrero.

La claridad de la mañana despertó a Émilie. Al fin había conseguido dormir, tras pasarse la mayor parte de la noche llorando por su destino. Aún no podía creer que su padre la hubiera traicionado de ese modo. Siempre había creído que la quería. Pero a la luz de los nuevos acontecimientos, tenía serias dudas al respecto.

Su madre tampoco era de gran ayuda. Tiempo atrás le había confesado su deseo de casarse por amor. Anhelaba un marido que la quisiera y al que amar. Creía tener el apoyo de su madre. Nunca se imaginó que, ante la locura de su esposo, permanecería callada o, lo que era peor, lo secundaría.

Volvía a llorar, como si todo lo que había llorado esa noche no hubiera sido suficiente. Como si jamás pudiera dejar de hacerlo.

Llamaron a la puerta y Clarisse entró con una bandeja en la mano.

—Buen día, señorita —saludó con una sonrisa—. ¡Santa Coleta! Se os ha hinchado la cara —exclamó, dejando la bandeja sobre una mesita para acercarse y examinar el rostro de Émilie más cerca.

—¡No! No... men-menciones a esa... santa. Mi... padre qui-quiere meterme en... su convento —balbució entre llantos.

—¿En las clarisas? No os preocupéis más; seguro que vuestro padre no tiene esa intención. Seguro que todo es fruto de un enfado momentáneo —parloteó Clarisse. Se dirigió a la jofaina.

Émilie no le hizo caso. Su padre no tomaba decisiones a la ligera. Si la había prometido con ese Phillipe era porque lo había meditado concienzudamente. Algo que lo hacía aún más demoledor.

La doncella volvió a acercarse y le puso en la cara un paño empapado en agua fresca.

—Esto os aliviará y bajará esa hinchazón. Os subiré patata para que os la pongáis en los párpados. Es mano de santo. Para la hora de la comida estaréis presentable.

—No... no deseo estar presentable, ni a la hora de la comida ni nunca —se lamentó, sin levantarse de la cama. No se sentía con fuerzas para afrontar lo que le esperaba.

—Vuestra madre me ha ordenado que guarde vuestras cosas. Hay mucho trabajo por hacer. Me ha dicho el cochero que el capitán Bonnet nos escoltará hasta Pamplona —declaró, abriendo uno de los baúles—. Aquí hay ropa que hace tiempo no os ponéis. Vuestro padre me ha indicado que ahora llevemos lo más imprescindible; el resto os lo enviará una vez que estéis casada.

Émilie no quería escucharla. Deseaba desaparecer. Encima debería soportar que el capitán Bonnet viajara con ella y fuera testigo de su caída.

«¡Maldito capitán!»

Él tenía la culpa de su situación. Si no lo hubiera visto aquel día, posiblemente ahora estaría casada con el señor Dominé y quizás hasta tendría un hijo. Viendo lo que le esperaba, ya no lo veía tan desagradable. Tal vez se había precipitado al rechazar su oferta de matrimonio. Pero ya era tarde. Demasiado tarde.

—Señorita, debéis aprovechar el día de hoy para despediros. Seguro que vuestro padre querrá salir mañana temprano, para beneficiarse de las horas diurnas.

«Marguerite —pensó de pronto—. Tengo que despedirme de ella».

Se apartó el lienzo de la cara mientras saltaba de la cama. No perdió mucho tiempo en lavarse y ponerse ropa para salir. Echaría de menos a aquella anciana. Las lágrimas volvieron a humedecerle los ojos, pero no lloraría. No daría a su padre la satisfacción de verla hundida. Ella era Émilie Laforet y tenía su orgullo. Aunque eso fuera lo único que le quedara.

—Esperad, señorita. Os subo la patata —anunció la doncella, antes de salir del dormitorio.

Émilie se miró en el espejo y gimió al ver los estragos que habían hecho el llanto y una noche sin dormir. No podía dejar que nadie la viera en ese estado.

—¿Seguís creyendo que nosotros tres podremos con todo? —preguntó Gastón a Hubert y a Luc—. Sé que anoche lo creíais así, pero...

Estaban sentados alrededor de la mesa de la cocina. Acababan de tomar el desayuno y se dedicaban a ultimar los detalles de la partida.

—Yo sigo opinando lo mismo. Luc, ¿tú qué dices? —indagó Hubert con su voz aguardentosa.

—Muchos hombres, mucho tesoro... Cualquiera se daría cuenta.

Gastón cabeceó ante la perspicacia del muchacho.

—Es cierto. Por eso he estado pensando en viajar como si no fuéramos todos juntos.

—¿Cómo es eso, capitán? —Hubert se frotó el mentón recién afeitado.

—Yo puedo ir delante, con el carruaje. Vosotros conduciréis la carreta con el equipaje —explicó Gastón—. Lo ideal sería disimular los baúles con paja por encima.

—No estamos en época de siega, capitán —anunció Luc; aún no había olvidado sus años de granjero—. Unos barriles con la mezcla de salmuera y orines para curtir cueros huele tan mal que nadie querrá acercarse a husmear.

—Este muchacho tiene una buena cabeza sobre los hombros —atestiguó Hubert, palmeando la espalda del joven que, ruborizado, se limitaba a jugar con las migas que había sobre la mesa.

—Desde luego que sí. Es una buena idea —convino Gastón, satisfecho con lo bien que se estaba organizando todo. Se pasó la mano para retirarse el pelo de la frente—. No creo que al coronel le parezca mal.

—Al coronel, no; a su esposa y a su hija será otro cantar —murmuró Hubert, cargando con tabaco la cazoleta de su pipa—. Si uno de los barriles tiene una fuga y moja los baúles, la ropa quedará inservible. —Soltó una carcajada antes de acercarse al tabaco una ramita encendida.

—Pues en ese caso habrá que asegurarse de que los barriles sean estancos —espetó Gastón, con una mueca a modo de sonrisa—. ¿Te encargarás tú de conseguir esos barriles? —preguntó a Luc—. Con un par será suficiente. Si empapamos las duelas por fuera, el olor ahuyentará a cualquier curioso.

—A la orden, capitán —entonó el joven. Se levantó, dispuesto a cumplir con su cometido—. El curtidor es amigo mío.

Sus compañeros sonrieron; para Luc, todos eran amigos suyos; en verdad, caía tan bien a la gente que no les habría extrañado nada que así fuera.

—Será mejor que vaya a hablar de la organización con el coronel, antes de que se haga más tarde. —Se puso en pie.

—Buena idea, capitán —dijo, sin dejar de mirar a Luc, que salía de la casa—. Ese joven habría llegado muy lejos —musitó Hubert, chupando su pipa—. Tiene imaginación y ganas de comerse el mundo. Una lástima que su cabeza no acompañe.

—Hablas como un anciano, sargento.

—Capitán, hace tiempo que dejé atrás mis años mozos.

—¿Estás pensando en establecerte?

—Confieso que lo he pensado más de una vez, capitán. Ya no sé qué excusa darle a Margot para seguir separados.

—Cuando terminemos este trabajo podrás quedarte en la casa —le animó Gastón. Apoyó las manos en la mesa y miró a Hubert—. Comprendo que tienes responsabilidades y ya es hora de que las asumas. —Puso una mano en el hombro de su amigo y se lo apretó en un gesto de camaradería—. Además, me vendrá bien alguien que se encargue de que todo marche bien, cada vez que me ausente.

—Os lo agradezco mucho, capitán —aseguró, sonriendo—. Seguro que Margot disfrutará mucho en esta casa.

El coronel Laforet había vuelto a recibirle en el despacho y parecía complacido con las explicaciones que le estaba dando. Gastón respiró tranquilo. Deseaba que esa misión saliera a pedir de boca. Ya habían acordado una paga lo bastante generosa para, una vez repartida entre sus hombres y él, poder reparar el dichoso tejado.

Con un poco de suerte, a la vuelta podría encontrar otra misión para la gendarmería de Le Puy. Había descubierto que cazar delincuentes era muy lucrativo. Lástima que ya no pudiera contar con Hubert.

—Entonces, ¿consideráis que en poco más de quince días estaremos en Pamplona? —indagó el coronel, tras tomar un sorbo de su coñac.

—Sí. A menos que haya algún contratiempo, no creo que nos lleve más —aseguró Gastón, pasando un dedo por el borde de su jarra de cerveza—. La carreta nos retrasará, pero no creo que la diferencia se note mucho.

—Bien, pues todo arreglado. En ese caso, escribiré al capitán Rodin, avisándole de nuestra llegada. Me consta que está deseando que se celebre la boda.

Gastón no pudo evitar recordar la cara de la señorita Laforet cuando la sorprendió entre las hierbas. Por un momento se la imaginó entre los brazos de su futuro esposo y la imagen le resultó... ¿desagradable? Repentinamente incómodo, bebió un trago de cerveza ante la atenta mirada del coronel.

—Buena idea, señor —se apresuró a apuntar, dejando la jarra vacía sobre el escritorio—. Será mejor que me ponga en marcha. Aún hay muchas cosas por organizar antes de la partida de mañana. —Se incorporó, cuidando de no apoyar todo el peso en la pierna derecha, y comprobó que toda su indumentaria estuviera bien colocada. Alisó las inexistentes arrugas de los faldones de su casaca, sacudió una mota de polvo de la manga y volvió a mirar al coronel—. Creo que las ocho de la mañana será una buena hora para comenzar el viaje. Todavía oscurece muy pronto y conviene aprovechar las horas de luz.

—Por supuesto, capitán. Daré aviso a mi esposa y a mi hija para que estén preparadas a esa hora.

—Hasta mañana, señor —se despidió Gastón, con una inclinación de cabeza.

Caminó hasta su casa, pensando en todos los detalles que aún quedaban por cerrar. Al amanecer, Luc había ido al taller del curtidor para comprar la salmuera. Ya habían acordado que fuera la más usada y próxima a desechar. A estas horas ya habría vuelto.

Hubert organizaría los enseres para llevar. Esta vez se alojarían en posadas; por lo tanto, no haría falta llevar todo el equipamiento que era imprescindible cuando iban tras algún delincuente y debían dormir al raso la mayoría de las noches. Sin duda, eso alegraría al viejo sargento.

La carreta, junto con su yunta de percherones, ya estaba alquilada. El dueño del establo había aceptado, por un módico precio, hacerse cargo de los caballos de Hubert y de Luc hasta que regresaran.

Alzó la vista al cielo. Ninguna nube manchaba el azul ni ensombrecía al sol, que caldeaba el ambiente. Esperaba que las lluvias fueran poco copiosas durante el trayecto. No había nada tan desagradable como estar parando cada dos por tres para desatorar las ruedas del barrizal.

«No seas agorero», se reprochó. Y con una sonrisa satisfecha por el dinero que ganarían al final del trabajo, anduvo los pocos pasos que faltaban hasta su casa.

Marguerite hilaba mientras Émilie, a sus pies, le describía todo lo acontecido desde el día anterior en su casa. De vez en cuando debía parar para sonarse la nariz y enjugar las lágrimas, que seguían manando como si fueran incapaces de parar.

—Pequeña mía, seguro que todo se arregla. Ten fe —murmuró la anciana, acariciando el pelo de la muchacha.

—¿Que tenga fe? ¡Es imposible! —Se levantó para caminar por la estancia como un torbellino loco.

—No blasfemes, niña —la reprendió.

—Marguerite, ¿acaso no lo entendéis? Mi padre me ha puesto un ultimátum: o me caso con ese Phillipe Rodin o... ¡me caso con Dios! —gritó agobiada, encarándose a la mujer—. ¡Yo no puedo ser monja! ¡Me moriría! Y él lo sabe. Le tengo aprecio a la madre superiora, pero de ahí a tomar el velo... ¡No!

—Imagino que tu padre tiene buenos motivos para haber tomado esa decisión tan drástica.

Su amiga no lo entendía. No comprendía el dolor y la decepción que sentía en ese momento. Se sentía engañada. Como si todas las cosas bonitas que su padre le había dicho no hubieran sido más que mentiras. ¿Tanto le había decepcionado como para que ahora la despreciara de ese modo? ¿Como para que no tuviera en cuenta sus deseos?

—Sí, claro. El mayor motivo: deshacerse de mí. No hay otra cosa —aseguró con rabia. Luego dejó caer los hombros y, con el mentón trémulo, añadió—: No entiendo qué ha podido pasar para que me trate así. Soy su única hija; ¿cómo puede condenarme de esa manera?

—Es muy posible que ese señor Rodin sea un buen hombre y tu padre haya visto en él al marido perfecto para ti —alegó la anciana—. No llores más, pequeña. Seguro que dentro de unas semanas lo verás todo de distinta manera.

—Lo dudo, Marguerite. Me moriré de desdicha.

—No seas melodramática, mi niña. Nadie se muere de eso —aclaró, volviendo al huso con sus manos artríticas y temblorosas—. Espero que me escribas cuando ya te hayas asentado. Me gustará saber de ti. Le pediré a Agnès que me lea las cartas.

—¿Queréis que os cuente lo desgraciada que soy con un marido viejo y posiblemente borracho?

—Demasiada imaginación para una muchacha —musitó, chasqueando la lengua—. Te hace sufrir por algo que ni siquiera sabes si será verdad. Espera a verlo, espera a hablar con él, a conocerlo, y luego opinas. No antes.

Émilie se dejó caer en una silla, agotada y agobiada por unas circunstancias que escapaban a su control. ¿Qué vida le esperaba al lado de ese desconocido? ¿Qué iba a hacer en Pamplona? Allí no conocía a nadie; no tendría siquiera el consuelo de una voz amiga. Apenas sabía un puñado de palabras en español, no podría comunicarse con nadie más que su prometido y la familia Rodin. Suspiró, desamparada, sin poder dejar de llorar.

—Muchacha, si sigues torturando tu cabecita con mil ideas a cuál peor, terminarás por enfermar.

—No puedo evitarlo, Marguerite. Si cierro los ojos veo a un hombre viejo, con la nariz colorada y que huele a licor.

La anciana soltó una risa carrasposa y dejó de hilar, incapaz de aguantar las carcajadas.

—Ay, querida. ¿Has visto tu propia nariz? Parece un pimiento colorado. Tus párpados tienen el mismo color. No creo que seas la más indicada para quejarte de la cara de nadie.

Émilie imaginó su aspecto tras todo el llanto derramado en las últimas horas y no pudo menos que esbozar una sonrisa. Sí, seguro que estaba horrible.

—Anda, muchacha. No te tortures más. Al final todo se arreglará. Ten fe en la vida. No desesperes.

—Lo dudo —musitó con un bufido—. Nada cambiará...

Los golpes a la puerta cortaron lo que iba a decir. Se levantó para abrir. Un chiquillo con el gorro en la mano saltaba de un pie a otro con nerviosismo.

—¿Qué sucede, Pierre?

—Vuestro padre, señorita Émilie. Se ha puesto enfermo. Vuestra madre me ha pedido que os venga a buscar.

Émilie no escuchó el resto. Se había quedado estancada en las palabras «padre» y «enfermo».

—Anda, ve, muchacha —conminó Marguerite—. Ve a ver qué ha pasado. El corazón de tu padre no está tan fuerte como antes.

Las palabras de la anciana la sacaron de su estupor y, con una leve despedida, salió corriendo en pos del chiquillo.

En el dormitorio principal, a un lado de la cama donde descansaba el coronel, la señora Marie Laforet lloraba enjugándose los ojos con un pañuelito de encaje. Su hija, con el rostro congestionado, contemplaba el semblante serio y un tanto macilento del ocupante del lecho.

Gastón se había acercado a la casa sin pérdida de tiempo. Suponía que el viaje quedaba pospuesto hasta la recuperación del coronel. El chiquillo que le había ido a buscar no supo explicarle lo sucedido.

—¡Ah, capitán! Me alegra que hayáis venido —dijo el enfermo, como sin fuerzas.

—Buen día, señoras. Buen día, coronel —saludó, colocándose enfrente de las mujeres, al otro lado de la cama—. Es lo menos que podía hacer, señor. ¿Qué os ha ocurrido?

—El galeno dice que un fallo en el corazón —musitó. Su esposa redobló el llanto—. Por Dios, Marie, no estoy muerto. Deja las lágrimas —ordenó, pero sin su anterior fortaleza—. Querida mía, este corazón aguantará mucho más.

—No sabía que tuvierais el corazón...

—Digamos que ya no es lo que era, muchacho —aseguró, moviendo la mano como si espantara moscas—. No es más que un lamentable contratiempo. El viaje sigue en pie.

—¿Cómo? Perdonad, señor, pero no creo que en vuestro estado debáis viajar y menos durante tantas jornadas —protestó Gastón, sorprendido.

—Yo no iré —aclaró el coronel—. Escultaréis a mi hija y a la doncella.

—¡Padre! No podéis estar hablando en serio —espetó la joven, los ojos abiertos de par en par—. No iré sin vos.

—Émilie, deja de protestar y haz caso de tu padre. Irás a Pamplona. Ya le he enviado una carta a tu prometido. Te estará esperando.

—Pero...

—No hay peros que valgan, jovencita —la cortó airado. Gastón se preguntó si la cara congestionada de ella se debía a la enfermedad de su padre o al destino que le esperaba en Pamplona—. El mes que viene te casarás con Phillipe Rodin en la iglesia de San Saturnino. Ya está todo organizado. En cuanto llegues, se dará aviso para que empiecen a leer las amonestaciones. Y ahora salid de aquí. Debo hablar con el capitán Bonnet.

—Pero, padre. No es decoroso que viaje con el capitán Bonnet —empezó a decir la joven—. Él es... él es... —No se atrevió a continuar.

Gastón esbozó su mejor sonrisa.

—Podéis estar tranquila, señorita Laforet. Pese a mi fama de conquistador, nunca he abordado a ninguna mujer a la fuerza y no tengo intención de cambiar ese hecho.



—Aunque intentó emplear un tono displicente, en el fondo le había dolido la falta de confianza de aquella joven. Detestaba que pusieran en duda su honorabilidad. Claro que ella lo había visto en situaciones un tanto... No era de extrañar que tuviera sus dudas respecto a él.

—Ya lo has oído, Émilie —manifestó el padre.

—¡Madre! ¿No vais a decir nada? —suplicó con la mirada. Gastón casi se apiadó de ella.

—Émilie, querida. Debes obedecer a tu padre. Él solo busca lo mejor para ti —murmuró la señora, sin apartar el pañuelo de sus ojos.

—No puedo creer que...

—Basta, Émilie, ya has dicho suficiente —prorrumpió el coronel, incorporándose a medias en el lecho. Su mirada tormentosa no presagiaba nada bueno—. Sé una buena hija y déjanos solos.

Las dos mujeres salieron del dormitorio, una llorosa y la otra golpeando el suelo con sus pasos airados.

«Pobre *duende*», pensó por un momento.

—Vos diréis, señor.

—Lo que he dicho es cierto. Mi hija contraerá matrimonio en el plazo de un mes. Necesito saberla bien casada por si me pasara algo. Cuento con vos para que llegue sana y salva junto a su prometido.

—Nunca he hecho un trabajo semejante. Perdonad que os lo diga, pero no soy una dama de compañía. No creo que sea buena idea...

—Os repito que confío en vos —recalcó, con los ojos grises clavados en Gastón—. Sé que cuidaréis de ella. —La advertencia estaba clara: confiaba en que él no trataría de seducirla. ¡Como si una idea así se le hubiera pasado por la cabeza!—. Por supuesto, os compensaré por el nuevo contratiempo. Además del estipendio que habíamos acordado, cubriré el costo de la reparación del tejado.

Gastón hizo un esfuerzo sobrehumano para no dejar caer la mandíbula como un tonto. Aquella era una oferta muy difícil de rechazar. Con el dinero ganado podría terminar de arreglar el interior de la casa, amueblar... Luego estaban las tierras; había que volver a hacerlas productivas, tras varios años de abandono. El criadero de caballos... ¿Se estaría haciendo ilusiones como la lechera del cuento?

—Intuyo que la idea os satisface. —La voz del coronel penetró en sus planes y le devolvió a la realidad—. Creo que es un trato justo. Si queréis, yo mismo pediré al señor Rameau que comience con la obra. A no dudarlo, a vuestro regreso ya estará terminado.

No quería hacer de niñera. Nunca lo había hecho. Solo había escoltado a delincuentes y con ellos no había muchos miramientos. Por otro lado... ¡su casa tendría tejado nuevo!

Con la sensación de estar cometiendo un gravísimo error, asintió con la cabeza.

—Bien, muchacho. Habéis hecho un buen negocio —musitó, agotado—. Y no

podría desear a otra persona mejor para escoltar a mi hija.

—¿Iremos de todos modos? No puedo creer que el coronel siga con esa idea —masculló Hubert, rascándose el mentón—. ¿Estáis seguros de que el ataque ha sido en su corazón y no en su cabeza? Bien parecería que no le funciona muy bien. ¡Escoltar a su hija y a la doncella! ¡Qué absurdo!

Reunidos a la mesa, daban cuenta de la cena mientras ultimaban los detalles de la partida a la luz de las velas.

—Eso es lo que me ha dicho —masculló Gastón, retirándose el pelo de la frente—. Deberemos tenerlo todo listo para mañana a las ocho. No nos compete a nosotros juzgar los deseos del coronel. Ya os he dicho que, además de la paga, cubrirá los gastos del tejado. Es un trato muy generoso.

—Sargento, pensad en que esta vez dormiremos en posadas y viajaremos por caminos. Será mejor —vaticinó Luc antes de rebañar el cuenco de estofado—. ¿Ha sobrado algo más?

—Muchacho, ¿es que no te llenas nunca? —masculló Hubert. Y le señaló la olla que aún pendía sobre las llamas—. Algo queda. —Luego, volviéndose al capitán, continuó—: Por supuesto. No me quejo de las ganancias; es que nunca hemos cuidado de una mujer y su doncella.

—Bueno, alguna vez tendrá que ser la primera. Supongo que no será tan complicado. ¿Qué problemas pueden surgir?

¿Otra vez? No podía creerlo. El carruaje había vuelto a detenerse por quinta vez. A ese paso nunca llegarían a Saint-Alban-sur-Limagnole a pasar la noche. Solo habían recorrido algo más de tres leguas y ya estaba a punto de perder la paciencia con aquella muchacha exasperante y caprichosa.

Gastón se acercó con el caballo hasta el vehículo parado en medio del camino. Miró al cochero y el hombre se limitó a alzarse de hombros: sabía tan poco como él sobre el motivo de la pausa. Apretando los dientes, abrió la cortinilla de la puerta.

—¿Qué sucede ahora? —preguntó con sequedad a las dos ocupantes del coche.

—Capitán, la señorita Laforet quisiera dar un paseo para estirar las piernas — anunció la doncella sin inmutarse, al tiempo que retiraba la manta del regazo de la joven.

—No —contestó Gastón.

Las dos mujeres le miraron, asombradas por la brusquedad de la respuesta.

—Capitán Bonnet, no estoy acostumbrada a pasar tanto tiempo en un lugar cerrado. Necesito caminar un poco —aseguró la joven, con voz encantadora.

—No —volvió a repetir. Su tono no admitía discusión. No se dejaría tentar por ella otra vez. Lo había engatusado con su mirada plateada para que la dejara bajar a coger unas flores. Más tarde fueron unas vacas que pastaban cerca del camino; después, la necesidad de aliviarse tras unos árboles; luego, la vista del río Allier que discurría paralelo al camino. «¡Se acabó!», pensó. Si seguían a ese paso, jamás llegarían a su destino.

—Capitán Bonnet. —Volvió a la carga—. No creo que mi padre esté de acuerdo con mantenerme recluida como a una prisionera.

—Señorita Laforet, vuestro padre me ha confiado vuestro cuidado —esclareció Gastón, tratando de mantener la calma—. He consentido que nos detuviéramos las cuatro veces anteriores, pero ninguna más. Yo decidiré cuándo y dónde pararemos. He de cumplir con la fecha acordada y no voy a admitir más demoras por vuestros caprichos.

—Capitán Bonnet, no podéis...

—Señorita Laforet, puedo —cortó, al borde del enfado. Su caballo se revolvió inquieto y él le palmeó en el cuello para calmarlo—. Os aconsejo que dejéis de importunar en lo que queda de viaje.

—Pero...

—He dicho que no, señorita —recalcó antes de cerrar la cortinilla de un tirón—. Prosigamos, señor Dubois.

El cochero, gruñendo por lo bajo, hizo restallar el látigo sobre las cabezas de los caballos y el vehículo volvió a reanudar el camino. Era evidente que estaba enfadado

por tantas pausas sin sentido.

Gastón siguió parado un rato más. La carreta donde viajaban Hubert y Luc, más lenta, ya les había alcanzado otra vez. El olor a salmuera y orines era tan intenso que apestaba a distancia. A sus amigos no parecía afectarles, pues los dos sonrieron al verlo. A Gastón no le gustó nada el gesto guasón en la boca del antiguo sargento.

—No se te ocurra decir nada, Hubert —advirtió, cabalgando al pie de la carreta.

—No era mi intención, capitán —se apresuró a contestar el aludido, pero su mirada no engañaba a nadie—. Me preguntaba qué era esta vez.

Gastón tuvo ganas de gruñir; en cambio se limitó a mascullar:

—«Su alteza» quería estirar las piernas.

—Capitán, vos siempre habéis sabido cómo conquistar a las damas. Parece que esta se os resiste.

—Hubert, no es mi intención conquistar a esa joven, ni ahora ni después —informó, enderezándose el sombrero—. Compadezco al pobre diablo con el que se va a casar. Nunca habría imaginado que fuera tan mimada y caprichosa. No me extraña que su padre haya decidido desposarla de una vez por todas.

—¿Cuándo vamos a parar a comer? —preguntó Luc, frotándose la barriga—. Hace un buen rato que ha pasado el mediodía...

—Tienes razón, muchacho —convino, después de mirar la posición del sol—. Estamos bajando a Monistrol d'Allier. Allí encontraremos una posada donde comer. Calculo que no quedará más que media legua. Será mejor que regrese al carruaje —añadió al comprobar que el vehículo ya se había alejado bastante de la carreta—. No quiero pensar en lo que será capaz de idear esa joven.

Espoleó al caballo para escoltar a la fastidiosa muchacha y a su doncella.

—Creo que habéis acabado con la paciencia del capitán —murmuró Clarisse. Luego descorrió un poco la cortina de la puerta para mirar al exterior—. No me extrañaría que nos llevara sin parar hasta dondequiera que haya decidido pasar la noche.

—¡No se atreverá! —profirió Émilie, más molesta que enfadada por no haber conseguido su objetivo—. Los caballos deberán descansar en algún momento.

—Pues será por ellos que nos detengamos. Por la mirada que os ha echado, yo diría que vuestra comodidad le importa muy poco.

No hacía falta que la doncella se lo recordara: ella también lo había visto. Para su sorpresa, el capitán Bonnet también se enojaba y, afortunadamente, cuando eso ocurría, sus hoyuelos no hacían acto de presencia. Pese a todo, aún enfadado y con el ceño fruncido, seguía siendo demasiado atractivo. Había deseado no verlo más, pero durante unos días no solo no lo perdería de vista, sino que lo vería a todas horas. Así, ¿cómo iba a olvidarlo?

Se frotó la frente, buscando otra manera de retrasar el viaje. Sabía que hacerlo era

una tontería, pues tarde o temprano llegarían a Pamplona, pero era su manera de protestar por las circunstancias que le estaba tocando vivir. Su capricho de parar el carruaje tantas veces solo le había reportado el desagrado del capitán. A partir de ese momento él no consentiría más sus antojos. Era evidente que, por mucho que se empeñase, él la llevaría junto a su prometido, le gustara a ella o no.

—¡Ah! Ahí llega el capitán Bonnet. ¡Qué buena planta tiene ese hombre! — exclamó Clarisse, con su habitual desparpajo.

Émilie meneó la cabeza; la doncella era un caso perdido: no sabía comportarse con propiedad. Aún no entendía por qué su madre había aceptado que ella fuera su acompañante durante el trayecto. Después de todo no llevaba mucho tiempo trabajando en la casa y era evidente que nunca antes había desempeñado esa labor. Su madre la había admitido recomendada por Eloïse, la antigua doncella. Al parecer Clarisse se había quedado viuda y necesitaba trabajar para ganarse la vida. Como Eloïse dejaba el empleo al casarse, su madre no dudó en contratar a Clarisse para no quedarse sin ayuda.

«Tampoco habías imaginado que tu padre quisiera casarte con un desconocido», se recordó, malhumorada.

—El siguiente pueblo es Monistrol d'Allier —oyó que el capitán decía al cochero—. Nos detendremos a comer en alguna posada.

—Como gustéis, capitán Bonnet. A los caballos les vendrá bien descansar un rato. Volver a retomar el camino tras parar en medio de la pendiente desde Saint-Privat ha sido duro para ellos.

«¿Cómo no pensé en los pobres animales cuando decidí detener el carruaje?», pensó Émilie, avergonzada por su falta de consideración.

—Por fortuna, ahora tenemos cuesta abajo hasta Monistrol —oyó que añadía el cochero.

—Bueno, pues después de todo no nos tendrá confinadas aquí dentro hasta la noche —entonó Clarisse, sin dejar de mirar por la ventana—. Aún no se le ha relajado el ceño, pero sigue igual de guapo —susurró para que el objeto de su escrutinio no la oyese—. Agnès me ha contado que en Le Puy tiene a varias mujeres suspirando por su regreso.

—No me interesan los chismes, Clarisse —aseguró con remilgo—. Y deja de espiarlo.

—Ay, señorita; el capitán tiene planta para ser observado. ¿Os habéis fijado en lo bien que le sienta la casaca? Dice Agnès que en la casa donde trabaja su hermana hay una doncella que ha tenido amoríos con él y que, cojo y todo, sigue siendo un hombre muy deseado.

—¡Clarisse! Pareces olvidar que soy una joven soltera —puntualizó Émilie.

—No os escandalicéis tanto, señorita. —Clarisse se volvió para mirarla—. En pocas semanas estaréis casada y saber unas cuantas realidades de la vida os vendrá bien —terminó, alzándose de hombros y volvió a observar por la ventana.

—Si mi madre supiera que me hablas así...

—Ella es la primera en querer enterarse de los chismes que a Agnès le cuenta su hermana por carta. Y delante de ella siempre he cuidado las formas —aclaró; luego se apartó de la ventanilla—. En fin, si no queréis enteraros, guardaré silencio.

Émilie se preguntó cuántas cosas sabría Clarisse sobre el capitán.

«¡No se te ocurra preguntarle!», se ordenó, antes de volverse hacia la ventanilla de su lado para admirar el paisaje.

Las pocas veces que había salido de Montbonnet había sido para ir en sentido contrario, a Le Puy. Por lo tanto, ese paisaje era nuevo para ella. Tal vez nunca volviera a pasar por allí, así que esa sería la única ocasión de verlo.

El camino descendía por la ladera de un monte cubierto de vegetación y árboles. Adelantaron a varias personas que hacían el peregrinaje a Santiago de Compostela, en España. Ella estaba acostumbrada a verlos pasar caminando por Montbonnet. Muchos venían desde Alemania, tan ilusionados por ir a besar al santo que aceptaban sus pies ampollados como parte del pago por conseguir su bendición.

Más abajo se veía el río, serpenteando entre los montes, y un pueblo pegado a su margen. Émilie supuso que sería Monistrol y el río, el Allier. Desde la distancia se lo veía caudaloso.

El cielo se estaba cubriendo de nubes y por el horizonte llegaban cada vez más oscuras, presagiando lluvia. Esperaba que el aguacero les diera tiempo a llegar a la posada antes de descargar sobre sus cabezas. Tal vez, si llovía mucho, el capitán decidiera quedarse allí y no continuar el camino hasta el día siguiente.

«Mejor no sueñes, así no te llevarás una decepción», pensó con tristeza.

La cuadra de la posada estaba seca y calentita. Fuera llovía como si no fuera a parar nunca. René Bourget se recostó en la paja, sin dejar de observar a los que iban entrando. El mal tiempo invitaba a los caminantes a parar en la posada para refugiarse hasta que escampara.

Distraído, se frotó las muñecas. Las había tenido en carne viva por las sogas y, aunque ya estaban curadas, en algunos momentos sentía el escozor de las heridas, como si aún siguieran llagadas.

«¡Maldito Bonnet!», pensó al recordar a quien le había apresado.

Se quitó la casaca y la tendió sobre la paja para que se fuera secando. En realidad tenía toda la ropa empapada, pero aquello era mejor que estar preso en la prisión de Le Puy. Aún se felicitaba por la suerte que había tenido al escapar de allí. Suerte y astucia. Había sido muy fácil engañar al joven carcelero que sustituía al bárbaro habitual. El pobre muchacho le creyó cuando él fingió estar ahogándose, atragantado con la bazofia que les daban para comer, y entró para asistirle. Reducirle y dejarlo encerrado en la celda le había llevado muy poco tiempo.

Nunca antes había estado recluido y no quería volver a pasar por ello. De ahora en adelante trataría de andar con cuidado.

Un hombre, con la ropa empapada, entró en la cuadra; su caballo llegaba cabizbajo tras él, chorreando agua de las crines. Algo en la figura del individuo le trajo malos recuerdos. Cuando el recién llegado se quitó el sombrero para sacudirle el agua no tuvo duda de quién se trataba: Gastón Bonnet.

René apretó los dientes y ahogó un gruñido. No podía creer que aquel maldito cazador de recompensas estuviera allí. Lo observó mientras él entregaba las riendas de su caballo al mozo de cuadras.

—Ten cuidado, muchacho; *Rouge* tiene problemas en un ojo y no ve bien —oyó que decía al mozo, al tiempo que retiraba el petate de la silla de montar. Luego regresó al exterior. ¿Estaría solo?

La intriga lo obligó a salir de entre la paja. Se puso la casaca antes de dirigirse a la puerta. El joven estaba quitando la silla al caballo, que se dejaba hacer, moviendo las orejas en todas direcciones.

«¿A quién se le ocurría tener un caballo medio ciego?», se preguntó con una mueca de desagrado. Después, al recordar que lo había atrapado llevando ese mismo podenco, la mueca se llenó de resentimiento. ¡Era una vergüenza! Esperaba que nadie se enterase.

¡Debía vengarse por semejante afrenta!

Fuera llovía con fuerza, por lo que se mantuvo a resguardo bajo un árbol que crecía cerca de la puerta de la posada.

Un carruaje se había detenido y el mismísimo Bonnet ayudaba a descender de él a una joven, que lo miraba con sequedad.

«¡Vaya!, una mujer que no cae rendida a sus pies», saboreó René, al tanto de las múltiples conquistas de quien lo había capturado.

Tras la joven, bastante atractiva por lo que pudo ver, bajó la que sin duda era la doncella.

Los tres entraron en la posada y René regresó a la cuadra. El cochero no tardaría en entrar y quería ver si podía sacarle alguna información.

El salón de la posada olía a una mezcla de perro mojado, humedad, comidas y cerveza fermentada. Desde el rincón donde les habían dado sitio solo podía oír la algarabía. El capitán, frente a ella y de espaldas a la pared, mantenía una pose indolente, aunque ella sabía que andaba escrutando a todos los parroquianos.

Se le había secado el pelo y ya no le goteaba sobre el cuello y los hombros de la casaca. Era evidente que no le agradaba nada haberse empapado, pues nada más sentarse había pedido una toalla y se secó tanto como pudo.

Ellas tuvieron más suerte. Los chales las habían resguardado al salir del carruaje.

Los platos, ya vacíos, descansaban sobre la mesa. Pese a que era hora de ponerse en marcha, el sonido de la lluvia contra las ventanas de la posada no invitaba a abandonar el refugio.

—Capitán, llueve demasiado; ¿no sería mejor quedarnos a pasar la noche en este lugar? —sugirió Clarisse, limpiándose las comisuras de los labios con un pañuelo—. Los caminos estarán impracticables...

Bendita Clarisse; proponía lo que Émilie más deseaba y no se atrevía a decir.

—Sí, será lo mejor; aunque hubiera sido estupendo que ya hubiéramos llegado a Saint-Alban —contestó él, mirando directamente a Émilie con aquellos ojos tan verdes como la hierba y el entrecejo fruncido—. Lástima que nos hayamos entretenido tanto.

—Si nos hubiera pillado el aguacero entre pueblos hubiera sido peor —mencionó, dispuesta a no dejarse amilanar por aquella mirada tan intensa—. Solo nos hemos retrasado unas horas. No creo que sea tan importante.

—Señorita Laforet, he acordado que os llevaría junto a vuestro prometido en poco más de quince días y eso es lo que pienso tardar.

—No creo que a mi padre le moleste que nos retrasemos uno o dos días...

—A vuestro padre es posible que no, pero a mí sí —sentenció, incorporándose—. Voy a ver si quedan habitaciones libres. No os mováis de la mesa —ordenó desde su imponente altura.

Émilie trató de no quedarse mirando con la boca abierta. Clarisse llevaba razón: el capitán Bonnet tenía una planta imponente. Pero ella ya lo sabía, por mucho que hubiera intentado olvidarlo.



Se volvió y lo vio caminar hasta el mostrador con seguridad, pese a la leve cojera, para hablar con el posadero. El hombre empezó negando con la cabeza, pero terminó aceptando cuando el capitán le puso unas monedas en el mostrador. Una mujer, con la cara empolvada y los labios de un rojo rabioso, se paró junto al capitán y le colocó una mano sobre el hombro, sonriendo de manera provocativa. Él se le acercó para hablarle al oído. Los ojos de la mujer se iluminaron, mientras en la cara del capitán se formaron ese par de hoyuelos con los que Émilie soñaba muchas noches.

Mortificada, se volvió antes de que el capitán regresara. Lo que menos deseaba era que él la pillase observándolo mientras coqueteaba con las mozas de taberna. Ya se había reído de ella una vez, ninguna más.

—Parece que les queda una habitación libre —anunció Bonnet cuando llegó a la mesa. Sus hoyuelos habían desaparecido y en su lugar volvía a lucir ese ceño que le ensombrecía los ojos—. Es la última. Imagino que no será la más cómoda, pero como parece que preferís quedaros aquí en lugar de continuar el camino... —Calló un instante, sin dejar de mirarla—. Me ha dicho que podéis instalaros cuando deseéis.

—En ese caso, si sois tan amable de indicarnos el camino... —sugirió Émilie con sequedad. Solo la perspectiva de demorar la partida logró que se le endulzara el carácter.

Clarisse y ella lo siguieron cruzando el salón, donde los parroquianos bebían en medio de estruendosas risas. Algunas mujeres se paseaban entre las mesas; sus blusones, exageradamente escotados, mostraban más de lo que ocultaban a los hombres que se las comían con los ojos. Émilie no era tan inocente como para no saber cómo se ganaban un sobresueldo aquellas mozas. La que había estado hablando con el capitán un instante antes lo saludó con la mano y le lanzó un beso con total falta de pudor.

Émilie, sonrojada, siguió a Clarisse, manteniendo la mirada baja. Subieron por unas escaleras angostas, de peldaños algo torcidos. En el pasillo del primer piso, una hilera de puertas a ambos lados conducía a las habitaciones. Allí el olor era menos penetrante que en el salón, pero así y todo resultaba desagradable.

Cruzaron todo el pasillo hasta llegar a la última puerta. El capitán la abrió y dejó que ella pasara primero.

Nada la había preparado para lo que vio. Era un cuartucho diminuto, con una ventana tan pequeña que no habría pasado ni un gato famélico. Bajo el camastro, con más bultos que la tierra hollada por todo un regimiento de caballería, se veía un orinal desportillado y un tanto oscurecido por el uso y la mala limpieza.

Émilie se volvió para expresar su completo desagrado, pero la ceja alzada del capitán le quitó las intenciones.

—Espero que la *habitación* sea de vuestro agrado.

¿Había una nota de humor en aquellas palabras?, se preguntó ella, dispuesta a no evidenciar nada. Pero sí, no había duda de que él estaba disfrutando con aquello.

—Sí, por supuesto. Tiene todo lo necesario —manifestó con frialdad—. Si podéis

pedirle al posadero un par de mantas más para Clarisse, os estaré muy agradecida.

—No hay problema, *alteza*. —La última palabra fue dicha en un susurro, aunque lo suficientemente alto como para que solo ella lo oyera.

Émilie fingió no haberlo escuchado y terminó de entrar en aquel cuchitril, cuidando de no tocar nada. Clarisse, que hasta ese momento no había visto nada por estar tras el capitán, no tuvo remilgos en expresar lo que pensaba de aquel sitio.

—¿A esto le llamáis habitación? He visto cochiqueras más limpias que esto.

—Era la última. O esta o dormir en el carruaje —masculló él con los brazos cruzados, como un coloso.

—Y vos ¿dónde dormiréis? —indagó Clarisse sin dejarse amilanar.

—En la puerta.

—¿Fuera? ¿En el suelo?

—¿Acaso preferís que lo haga dentro? —preguntó, mostrando los hoyuelos como un chiquillo.

—¡Por supuesto que no! —gritó escandalizada la doncella—. Es solo que estaréis incómodo...

—Estoy acostumbrado a dormir donde sea. No os preocupéis por mí.

René aún no había podido hablar con el cochero, pues el hombre estaba muy ocupado repasando todos los rincones del carruaje, sin dejar de refunfuñar entre dientes, así que se acercó a la posada. Antes de entrar, espío por la ventana, cuidando de no ser visto. Las mujeres que habían llegado con Bonnet estaban sentadas a una mesa, mientras el capitán departía con el posadero. No tardó en verle acompañarlas al piso superior.

«¿Qué se traerá entre manos? —se preguntó—. Lo que está claro es que el capitán y esa pollita no se llevan muy bien».

¿Era posible que se hubiera casado? Sería una estupenda ironía que su esposa no lo aguantase. Se lo tendría bien merecido, el maldito.

No podía quedarse allí; el viento empujaba la lluvia hasta la fachada del edificio y él terminaría empapado. Con decisión, entró en el establecimiento dispuesto a tomarse un estofado que lo calentase por dentro. No tenía mucho dinero. Aún no había podido desplumar a nadie con una bolsa importante.

En una de las mesas, un grupo de peregrinos jugaba a los naipes. Quizás una partida le ayudara a aumentar el peso de su propia bolsa. Contento ante la perspectiva, se sentó muy cerca de ellos, atento a la presencia de Bonnet.

La angosta ventana apenas dejaba pasar la luz de la luna creciente que se colaba por entre las nubes. Émilie empezaba a sentirse aprisionada allí dentro. La oscuridad la cubría como un sudario asfixiante. No podía descansar y estar tumbada en el suelo tampoco mejoraba la situación.

A la hora de acostarse había discutido con Clarisse para que se quedara con el jergón, mientras ella dormiría en el suelo. No podía dejar que una mujer que podría ser su madre —de hecho era mayor que Marie Laforet— durmiera en la dura superficie.

Ahora, con la espalda dolorida y agobiada por la falta de luz y espacio, no estaba tan segura de haber elegido bien.

«Si a mí me lastima, ¿cómo estaría ella?», se preguntó, al tiempo que intentaba enderezarse para ponerse en pie.

Clarisse resoplaba en sueños, ajena al malestar de su protegida.

Émilie necesitaba aire fresco; el del cuarto estaba demasiado viciado. Apenas habían salido en toda la tarde de aquel reducido lugar, salvo para cenar y vaciar el orinal. Tantas horas allí metida era más de lo que podía soportar sin volverse loca. Tal vez, si abría un poco la puerta, el ambiente cargado se despejaría. Con esa idea dio un paso —no había más distancia— hasta la puerta, giró la manilla y... la madera se le vino encima. Se apartó en el último instante para evitar que la golpeará.

Luc, que había estado con la espalda apoyada en la puerta, se precipitó al interior. La tenue luz del candil del pasillo lo alumbró tumbado en el suelo, medio cuerpo dentro del cuarto, medio fuera.

—¡Oh! Lo siento, Luc. No sabía que dormías ahí —se excusó Émilie, preocupada.

El muchacho sacudió la cabeza para intentar despejarse y la miró. Luego se levantó con presteza. Era alto y bien parecido. Sus ojos azules siempre tenían una mirada limpia y amistosa.

—El capitán me ha ordenado que vigile la puerta —declaró, sacudiéndose el polvo de la ropa—. ¡No me he dormido! Debo cuidaros. —Se lo veía indignado por la acusación.

—Vaya, Luc. Siento haber creído que te habías dormido; seguro que estabas vigilando.

—Sí, tal y como me habían ordenado, pues la puerta no tiene cerrojo ni pestillo —dijo, más tranquilo—. El capitán no tardará en llegar. Ha ido... ha ido... a hacer unas cosas —terminó el joven algo sonrojado.

A Émilie no le cabía ninguna duda de qué «cosas» eran las que había ido a hacer y con quién. Apretó los dientes sin darse cuenta. Seguro que estaba con la pelandusca

del salón. Con ella o con otra cualquiera. Al capitán no parecía importarle con quién fuera.

«Y a mí tampoco debería importarme.

»Y no me importa.

»No, claro que no. Por eso estás tan irascible.

»Déjame en paz».

Gastón se adecentó la ropa con una ligera sonrisa. Acababa de pasar las mejores horas de un día por lo demás pésimo.

Recordar la jornada le borró la sonrisa. Esa joven había tratado de fastidiar todo lo posible. Solo le consolaba saber que, por sus caprichosas paradas, habían llegado tarde para conseguir una habitación decente y ahora debía dormir en un cuchitril. Le estaba bien empleado. Esperaba que aprendiera la lección y no volviera a importunar más.

—¿Te vas, buen mozo? —susurró la mujer desde la cama—. ¿No quieres volver a repetir?

—No puedo; mañana debo continuar el viaje y necesito descansar en algún momento —aseguró él, guiñándole un ojo—. Cuando regrese intentaré parar aquí para saludarte.

—«Saludarme» y todo lo que quieras —cacareó la mujer—. Buen viaje —murmuró, esperando a que se marchara para seguir durmiendo.

Una vez satisfecho con su atuendo, salió del cuarto, dispuesto a relevar a Luc. No quería que el pobre muchacho pasase mucho tiempo sin dormir; de lo contrario, al día siguiente no habría quien consiguiera ponerlo en marcha.

Los candiles, dispuestos a intervalos regulares para iluminar el pasillo, le permitieron caminar sin problemas. Subió las escaleras hasta el primer piso y se sorprendió al ver a Luc conversando con la señorita Laforet en el pasillo. Notó que los ojos grises, fríos como el invierno, lo miraban con desaprobación.

—¿Qué hacéis aquí? —indagó al llegar hasta ellos—. No son horas para que andéis levantada.

—Mira quién fue a hablar —musitó ella por lo bajo. Luego alzó la voz para aclarar—: Necesitaba aire limpio. Ahí dentro no se puede respirar. Está viciado.

Gastón miró a través de la puerta abierta; en efecto, olía a cerrado. Le sorprendió ver las mantas revueltas en el suelo y a la doncella durmiendo plácidamente en la cama. Se volvió hacia ella con una ceja levantada en una muda pregunta, pero la joven desvió la mirada, ruborosa. Por lo visto *su alteza* tenía un poco de humanidad bajo aquel hermoso aspecto. Era sorprendente.

Se fijó en el vestido todo arrugado; sin duda, había dormido con él puesto. Por alguna razón que desconocía, a Gastón le enterneció ese detalle, pero se cuidó mucho de hacérselo notar.

—Será mejor que volváis a dormir. Mañana será un día muy largo y no admitiré demoras de ningún tipo.

Ella lo miró con rabia antes de entrar en el cuartucho y cerrar la puerta.

—Luc, ve a dormir. Yo me quedaré a vigilar.

—No me he dormido, capitán.

—Seguro que no, *soldado*. Siempre puedo confiar en que estarás atento a todo — lo alabó con sinceridad.

El joven se marchó a la cuadra. Seguro que dormiría como un bendito hasta que Hubert lo despertara.

Se sentó en el suelo, la pierna derecha estirada y la izquierda doblada para que le permitiera apoyar el brazo en la rodilla. Sacó el puñal de la bota y lo dejó sobre el regazo; fácil de empuñar, si lo requería la ocasión. Quedaban unas horas para el amanecer; podría dormitar un rato. Estaba acostumbrado a hacerlo como los soldados: con un ojo abierto y el otro cerrado.

Pensó en la joven y en la doncella en aquel cuartucho y se compadeció. Él tampoco habría podido respirar allí dentro. Esperó un rato para asegurarse de que la señorita Laforet se hubiera dormido. Sin levantarse, tiró de la manilla con cuidado de no hacer ruido, y abrió la puerta un resquicio, lo suficiente para que entrara el aire más o menos fresco del pasillo.

«Antes de que amanezca, volveré a cerrarla para que el *duende* no se entere de esta concesión», pensó, conspirador. Era más seguro tenerla enfadada. Si alguna vez —el Cielo no lo quisiera— le miraba con aquellos hermosos ojos con menos encono, él se vería en un serio aprieto.

Hubert oyó a Luc, que se acomodaba entre la paja para dormir. Él había elegido la carreta, para no separarse demasiado de los cofres con la dote de la muchacha. El hedor que desprendían los toneles era suficiente para espantar al más pintado, pero nunca se sabía. Era mejor prevenir.

Recordó a Margot y sonrió al imaginar que pronto podría ir a buscarla. Seguro que le gustaba vivir en la casa de Gastón. Sería un buen cambio quedarse allí para trabajar en ella y en los campos. Hacía mucho tiempo que no trabajaba la tierra, pero a un labrador no se le olvida el oficio, por muchos años que pasen, pensó.

Si no hubiese terminado enrolado en el ejército se habría dedicado a la tierra y al ganado, igual que sus padres y sus abuelos antes que él. Una vida dura, pero también llena de satisfacciones, como cuando veías crecer lo sembrado y luego llegaba el tiempo de recoger la cosecha.

Estaba deseando empezar a desbrozar los campos del capitán. Ese año no podría sembrar nada, era tarde para eso, pero se encargaría de dejar la tierra esponjosa y lista para la siembra del año siguiente.

A Margot le gustaría.

Se colocó mejor y volvió a dormirse.

Pese a que no había llovido en toda la noche, los caminos seguían enlodados y convertían la marcha en un suplicio. Cada poco, cuando no era una era otra, las ruedas se atoraban en el barro y había que sacarlas de allí a base de ingenio y fuerza.

Habían decidido que, mientras el camino no mejorase, era más sabio ir juntos para unir fuerzas a la hora de desatorar las ruedas, tanto del carruaje como de la carreta.

Se acercaba la hora de la comida y apenas habían avanzado mucho. Ese viaje era un desastre. El carruaje frenó de repente, haciendo que Émilie estuviera a punto de caer de bruces. Consiguió evitarlo en el último instante. Otra vez habían encallado. El señor Dubois soltó una imprecación capaz de sonrojar al marinero más curtido. El cochero estaba de muy mal humor esa mañana.

—Será mejor que bajemos. Habrá que sacarlo del barro —comentó Émilie a Clarisse, que no había tenido tanta suerte e intentaba enderezarse.

—A este paso mis huesos terminarán por dislocarse. Llegaríamos antes andando —protestó la doncella, mirando con desagrado el bajo embarrado de su falda—. No quiero pensar lo mucho que me costará volver a dar la cara a esta tela. No me gusta el barro.

—Pues hoy no tendremos otra cosa —musitó Émilie, sin darle valor.

El lodo era la menor de sus preocupaciones. ¿Qué importancia podían tener algunas manchas en la ropa si al cabo de unas semanas estaría casada con un desconocido? Prefería estar manchada de pies a cabeza, si con ello pudiera evitar esa boda. A menos que ocurriera un milagro, no habría forma de impedirla. Su padre se había cuidado muy bien de que eso no pudiera suceder.

Abrió la puerta del carruaje y descendió al suelo, haciendo mil aspavientos para no meter el pie en ningún charco. Una cosa era tener los zapatos manchados de barro y otra muy distinta, tenerlos empapados.

Clarisse la siguió hasta una orilla del camino, donde un grupo de piedras las mantendría elevadas del suelo encharcado.

Los hombres ya estaban tratando de sacar la rueda. Si ellas tenían los dobladillos de las faldas llenos de barro, ellos tenían los calzones y parte de las casacas echadas a perder. Varios peregrinos se ofrecieron para echar una mano; otros en cambio, aceleraron el paso por si les pedían ayuda.

Émilie se dedicó a observar a la gente que pasaba caminando en dirección a Santiago de Compostela. Había personas de todas las edades y condiciones. El día anterior había visto a un hombre viajar cómodamente en su carruaje blasonado, con la concha colgada del cuello como los demás peregrinos. Lo seguía un grupo de criados para atenderle. Los hombres que tenían dinero acometían el camino de Santiago de

ese modo. Besar al santo daba mucho prestigio, sin importar en qué condiciones realizaras el camino.

También había visto a un par de hombres con el atuendo propio del peregrino: calzas fuertes hasta la rodilla, zapatos robustos, una capa con esclavina de cuero y un sombrero de ala ancha, que lo mismo servía para aliviar del sol como para proteger de la lluvia. Una esportilla para llevar lo más necesario, la concha y el bordón con el que se defendían en caso necesario.

—¡Todos arriba! —La orden de Gastón la puso en movimiento. El carruaje ya estaba en condiciones de proseguir el viaje.

—Espero que no tardemos mucho en parar a comer. Mis tripas protestan como cerdos hambrientos —declaró Clarisse, frotándose el vientre.

Émilie sonrió. Las expresiones de la doncella eran de lo más pintorescas. La echaría de menos, una vez en Pamplona.

«No pienses ahora en eso», se reprendió.

Hubert tenía la espalda dolorida por la lucha contra la obstinación del barro por tragarse las ruedas, tanto del carruaje como de la carreta. Para terminar de redondear todos los contratiempos, la larga subida desde Monistrol tampoco facilitaba las cosas. Los caballos parecían estar agotados y no era mucho lo que habían recorrido en lo que llevaban de jornada.

El capitán tenía un humor de perros; seguro que su rodilla le estaba dando la lata. Hubert le había visto frotársela en muchos momentos, así que no tenía ninguna duda sobre el particular.

Ni siquiera el hermoso paisaje lograba mejorar los ánimos de ninguno de ellos. Solo Luc parecía disfrutar de las vistas.

—¿Creéis que tardaremos mucho en parar para comer, sargento? —preguntó el joven—. Tengo muchas ganas de probar ese queso que ha comprado el capitán en aquella granja al pie del camino.

—Paciencia, Luc. El capitán sabrá cuándo hacerlo. Pero ya no queda mucho.

Volvió a fijarse en Gastón, que cabalgaba a un lado del carruaje. Iba demasiado rígido para ir cómodo. Pasaba repetidamente los nudillos de la mano a lo largo del muslo derecho, como si de ese modo buscara aliviar el malestar.

Cuando parasen le ofrecería el láudano que llevaba en el morral. Al capitán no le gustaba porque le dejaba aturdido, pero ese día no le iba a quedar más remedio que dejar a un lado sus reticencias; si quería continuar hasta Saugues sin volverse loco, debía tomarlo.

Para alivio de Hubert, Gastón no tardó en hacer una señal, indicando que parasen en un claro que había a la derecha del camino. Por fin podrían reponer fuerzas y descansar.



La maldita humedad estaba ensañándose con su rodilla. Cabalgar le exigía tenerla flexionada y lo peor era cuando tenía que desmontar; volver a enderezar la pierna era un suplicio. Nunca estaba del todo seguro de que ese miembro aguantara su peso sin hacerle alguna vergonzante jugarreta.

Hubert le había ofrecido láudano, pero lo había rechazado. Si bien el brebaje le aliviaba el dolor, le dejaba mal sabor de boca y le embotaba la cabeza. No podía permitirse no estar todo lo alerta posible. Tenía que escoltar a dos mujeres y una cantidad de dinero nada despreciable; no estaba dando un paseo.

«¿Quién, en su sano juicio, querría dar un paseo con un camino tan enfangado como este? —protestó, frotándose la rodilla—. Con lo bien que se estaría en casa, al lado de la chimenea».

Cada día que pasaba se hacía más gruñón. Parecía un viejo cascarrabias. Al menos eso solía decirle Hubert.

El carruaje volvió a detenerse con un fuerte bandazo. Gastón gimió por dentro. Sabía lo que tocaba. Con cuidado, apretando los dientes, pasó la pierna derecha por encima del caballo y, sin soltar la silla, trató de asentar el pie en el suelo. Tal y como imaginaba, la rodilla se dobló, incapaz de soportar su peso. Por suerte aún tenía firmemente asida la silla y se pudo sujetar a tiempo para no caer en el barro. La quietud de *Rouge*, que parecía entender sus dificultades para montar y desmontar, ayudó bastante.

—Muchas gracias, amigo —murmuró a la oreja del caballo, al tiempo que le palmeaba el cuello con afecto—. Eres un buen caballo.

El animal cabeceó y frotó el morro contra el pecho de Gastón, como si le entendiese y también le diera las gracias.

Hubert había parado la carreta a escasa distancia; tanto él como Luc ya se acercaban para ayudar a sacar la rueda del charco. Se unió a ellos a tiempo de ver a las dos mujeres descender del vehículo. Al menos, no se quejaban.

La rueda trasera izquierda se había hundido hasta el eje. Iba a hacer falta toda la ayuda disponible para liberarla. Se volvió para ver si encontraba algún alma caritativa que quisiera echarles una mano, pero el camino estaba desierto.

El señor Dubois, como en las anteriores ocasiones, se dirigió a la parte delantera para tirar del ronzal de los caballos, instándoles a avanzar, cuando intentaran levantar la rueda.

Contando hasta tres, los cuatro hombres empezaron con su cometido. Pronto se dieron cuenta de que no tenían fuerza suficiente. La rueda no se había movido ni un ápice. Lo intentaron de nuevo, con idéntico resultado.

—Puñetera rueda del demonio —farfulló Gastón—. Parece que tendremos que hacerlo entre todos —anunció, mirando a los tres hombres y a las mujeres—. Hubert, Luc y tú, intentad levantar el carruaje por el lado izquierdo; el señor Dubois y yo, lo intentaremos por el derecho. Clarisse, procura hacer que los caballos cooperen.

—Lo siento mucho, capitán Bonnet, pero yo no sé nada de caballos —aseguró la

doncella con gesto de horror—. ¡Me dan miedo!

—Yo puedo hacerlo.

Gastón miró a la joven, sin creer que ella se hubiera ofrecido.

—¿Hay algún problema en que yo os ayude? —inquirió ella con orgullo.

—A la de tres, obligad a los caballos a avanzar —le ordenó Gastón con una sonrisa. «Este *duende* es una caja de sorpresas», pensó. Luego miró a la doncella—. Ponte al lado de Hubert y de Luc, a ver si entre todos logramos sacar este trasto.

Una vez cada uno en su puesto, contaron hasta tres y empezaron a izar, empujar o tirar, según les correspondiera, pero no lograron mucho más que antes.

—¡Por las barbas del diablo! —masculló Gastón. La rodilla se le había doblado en el último momento y ahora el dolor era desquiciante—. ¡Volvamos a intentarlo una vez más! —ordenó, rabioso.

Nadie se arriesgó a negarse y dieron todo de sí, entre gruñidos y palabrotas.

El crujido de la madera al romperse les dejó tan abrumados que dejaron de hacer fuerza. El carruaje se balanceó un instante sobre las ballestas, como un barco; al parar quedó un poco escorado a la izquierda. Nadie se atrevió a moverse; ni siquiera los caballos osaron relinchar. La quietud era total cuando Gastón se inclinó para ver qué había sucedido bajo el vehículo. Se lo imaginaba, pero quería verlo por sí mismo.

El eje trasero se había tronchado como una rama. Aunque logran sacar la maldita rueda del fango, no podrían continuar el viaje. Se agachó aún más y se colocó casi bajo el chasis. El modo en que se había partido era un tanto extraño.

—¿Qué demonios...? —No esperó más y salió de debajo como una exhalación—. ¡Todos a cubierto! ¡Las mujeres al carruaje!

Con la espada en la mano observó alrededor. No se veía a nadie por el camino. No había árboles que pudieran guarecer a ningún salteador, pero no había duda: el eje había sido manipulado.

—No ha sido un accidente. Alguien quería que se partiera —anunció a los hombres, alerta por si veía acercarse a alguien.

—¿Y dónde están los saboteadores? —preguntó Hubert, espada en alto, girándose para no perder ningún detalle—. ¿No deberían estar más cerca? Llevamos un buen rato por aquí.

—No lo sé, pero esto no me gusta nada. Señorita Laforet, Clarisse, subid a la carreta. Nos marcharemos de aquí enseguida. Espero que en Le Vernet haya alguien capaz de arreglar el eje; si no, habrá que preguntar en Saugues. Señor Dubois, os quedaréis junto al carruaje. Cuando esté listo nos alcanzaréis por el camino.

—Puede que tarde varios días en alcanzaros —comentó el cochero, sin discutir por esas disposiciones.

—No importa; nosotros seguiremos.

El cochero asintió, conforme.

—¿Debemos viajar en esa carreta maloliente? —protestó la señorita Laforet—. Apenas hay sitio para sentarse.

—A menos que *su alteza* desee acabar en manos de salteadores de caminos, sí — aseguró Gastón, montando en *Rouge*—. No tengo tiempo para perder ni para melindres de ningún tipo, señoras. Hay que llegar a Saugues antes de que anochezca.

Medio esperaba que ella volviera a protestar, pero para su sorpresa, la joven subió sin decir nada más. Su tormentoso ánimo no habría aguantado más desacuerdos.

René estaba muy enfadado. Más bien, furioso. La noche no le había traído las ganancias esperadas. Tampoco es que hubiera perdido gran cosa —principalmente porque no tenía mucho que perder—, pero eso le había llevado a beber más de la cuenta y para cuando despertó de la borrachera, el carruaje hacía tiempo que había partido.

Con la cabeza dolorida, continuaba por aquel camino infernal, acompañado de un caballo con el mismo carácter de una cabra, empeñado en salirse de la senda en cuanto él se descuidaba.

El capitán podría estar en cualquier lado. Aún no había averiguado adónde se dirigía, pero estaba seguro de que estaba realizando un trabajo y él quería ponerle todas las trabas posibles para que no llegara a buen término.

Le haría pagar por los días pasados en la cárcel de Le Puy.

La satisfacción de imaginar las maneras de sabotear su misión le alivió un tanto el dolor de cabeza, fruto de los excesos con el vino. Él le enseñaría que nadie se burlaba de René Bourget sin pagarlo.

Más contento, continuó el viaje.

—Y aquella es la torre del Inglés —señaló Hubert, cuando divisaron Saugues—. Casi a su lado está la iglesia.

Sus comentarios habían contribuido a hacer el trayecto más llevadero; algo de agradecer, viajando en las condiciones en que lo hacían.

—Veo que habéis recorrido mucho mundo, sargento —comentó Clarisse, sentada en la parte trasera de la carreta, junto a Émilie—. Yo solo he ido desde Le Puy hasta Montbonnet; no puede decirse que haya hecho largos viajes.

—¿Y vos, señorita Laforet? —preguntó Hubert, sin volverse. Aunque el camino había mejorado bastante, no era prudente apartar la vista, no fueran a encallar otra vez.

—No. Por desgracia, este es mi primer viaje y posiblemente, el último —contestó Émilie con amargura, mientras iba arrancando trozos de barro seco del ruedo de la falda. El silencio de quienes viajaban en la carreta la indujo a añadir—: Lo siento. No tenéis la culpa de mi situación.

—Vuestro padre es un hombre de mundo. Estoy seguro de que habrá mirado lo que es mejor para vos —aseguró Hubert—. Cuando conozcáis a vuestro prometido se acabarán todos vuestros temores.

—Lo dudo, pero gracias por intentar consolarme —musitó, agotada por el traqueteo de aquel vehículo, el barro que lastraba su falda y por saber que sus días de

libertad estaban contados.

Cuando entraron en el pueblo el sol empezaba a meterse por el horizonte. No tardaron en encontrar una posada y, lo que era mejor, una habitación digna de llevar ese nombre. Luc, siempre tan servicial, las acompañó hasta el cuarto y les llevó un baúl con ropa para cambiarse.

Una cama para dos personas, un par de sillas y una mesa eran todo el mobiliario; no era gran cosa, pero a la luz de la luna que entraba por la ventana todo se veía limpio.

Un rato más tarde les subieron una tina lo bastante grande como para que pudieran darse un baño de pie. Tras mediarla de agua caliente, se lavaron una detrás de la otra, sin perder el tiempo. Para cuando Luc subió a avisarlas de que la cena ya estaba lista, ellas estaban preparadas y con ropa limpia.

El comedor de la posada era igual que el de la noche anterior: impregnado de olor a col hervida, carnes asadas, vino y cerveza y lleno de parroquianos que cenaban, jugaban a los naipes o simplemente se dedicaban a beber. Un velo de humo flotaba por encima de las cabezas, fluctuando en el aire con movimientos sinuosos.

El capitán las esperaba sentado a una mesa. Tenía el pelo húmedo y, al levantarse para invitarlas a tomar asiento, Émilie pudo comprobar que también se había cambiado de ropa. Una leve sonrisa curvaba sus hermosos labios. A ella se le encogieron los dedos de los pies cuando sus ojos se encontraron. ¿Por qué tenía que ser tan guapo?

—Espero que la habitación esté a la altura de vuestras expectativas —murmuró, sardónico—. Y que el baño haya sido... reparador.

Esa pausa la hizo sentir como si él la hubiera visto mientras se lavaba y bajó la cabeza; sus mejillas estaban al rojo vivo. Al darse cuenta de que él había vuelto a burlarse de ella, lo miró, altiva. No iba a dejar que él se saliera con la suya.

—Todo está bien, capitán, no debéis preocuparos —contestó ella con sequedad, tratando de aminorar los latidos de su corazón.

Enseguida se acercó una joven con una blusa tan escotada que Émilie se preguntó cómo lograba mantenerla a mitad de camino entre vestirse o desnudarse. El capitán la observó divertido mientras ella servía el estofado.

«¿Es que todas las mozas de taberna tienen que ser iguales? —se preguntó Émilie, con desagrado—. ¿Acaso las alimentan de una forma especial para que salgan todas exactas?»

—Si deseáis algo más, no dudéis en pedírmelo, señor —terminó ella, mirando al capitán con ojos de cordero degollado—. Preguntad por Mimí.

Émilie se concentró en remover los trozos del guiso para no mirar de mala manera a la tal Mimí. Tampoco quería ser testigo de la deslumbrante sonrisa que el capitán estaría dedicando a la trotona.

—Lo tendré en cuenta, Mimí. —El tono bajo de Gastón podría haber puesto de rodillas hasta a una monja. ¡Maldito!

¿Por qué era tan amable con todas las mujeres, menos con ella?, pensó con abatimiento. Desde el primer instante la había tratado como a una criatura molesta; jamás le había sonreído del mismo modo que, sabía, le estaría sonriendo a...

«¡Eres tonta!, ¿para qué quieres que te sonría así? —se preguntó—. Si te estremeces cada vez que te mira, imagina cómo sería si te sonriera». Se derretiría como mantequilla al sol.

—El estofado está muy bueno —comentó Clarisse—. ¿No os gusta, señorita Laforet?

La pregunta de la doncella la sacó de sus reflexiones sin sentido.

—Aún no lo he probado, pero tiene buen aspecto —contestó con una sonrisa.

—¿El sargento y Luc no cenarán con nosotros? —inquirió Clarisse.

—Ellos ya han cenado. Alguien tiene que cuidar de la carreta. Aunque el olor ahuyentaría hasta un muerto, es mejor no correr riesgos —contestó el capitán—. Además, desde lo ocurrido con el eje no me fío de nadie.

—¿Ni siquiera de Mimí? —se encontró preguntando. El sonrojo de su cara habría sido capaz de calentar la estancia.

«Pero ¿en qué demonios estás pensando?

»Se me ha escapado.

»Vaya comportamiento.

»No era mi intención preguntárselo».

La carcajada del capitán resonó en el comedor. Hasta se le saltaron las lágrimas al malnacido.

El sonrojo de Émilie alcanzó un tono más intenso cuando la habitación quedó en silencio. Todos a la espera de enterarse de qué producía esa hilaridad en el capitán. Tuvo ganas de darle un puntapié en la espinilla bajo la mesa. Se contuvo a tiempo para no dar mayor espectáculo.

—Debo decir, *alteza*, que tenéis una capacidad impresionante para sorprenderme —barbotó, una vez que dejó de reír—. Desde el mismo momento en que nos conocimos —ronroneó; una mirada pícaro iluminaba sus verdes ojos.

Émilie achicó los suyos; si ese desgraciado era capaz de mencionar lo ocurrido aquel día, no respondería de sus actos. Por fortuna, no siguió por ahí.

—*Alteza*, cualquiera diría que estáis celosa.

—Habéis perdido la cabeza, capitán, si os creéis un Adonis capaz de volver locas a todas las mujeres —masculló ella, fingiendo una seguridad que estaba muy lejos de sentir—. Por otro lado, os agradecería que dejaseis de coquetear en mi presencia con toda moza de taberna que se os ofrezca. No creo que a mi padre le gustase saber de vuestro vergonzoso comportamiento delante de una joven soltera.

—¿Vergonzoso comportamiento? —inquirió el capitán, mostrando sorpresa—. No creo haber tenido ningún comportamiento que pudiera llamarse de ese modo.

—¿Y cómo llamaríais a coquetear con la tal Mimí? ¿Acaso no habéis quedado en llamarla si necesitáis algo? —atacó, dispuesta a no dejarse amilanar.

—Por supuesto, *alteza*. Si se nos acaba el pan o la cerveza, no dudaré en llamar para que nos traigan más, y dado que Mimí se ha ofrecido amablemente... —aseguró, todo inocencia; incluso se atrevió a parpadear con candidez.

Émilie sintió que empezaba a hervir por dentro. Aquel hombre era capaz de darle la vuelta a todo para ponerlo a su favor. Miró a Clarisse, pero ella seguía comiendo, sin perderse ni una sílaba de la disputa.

—Sabéis tan bien como yo que no os referíais a las viandas cuando habéis tenido en cuenta su sugerencia, sino a cosas más libidinosas —terminó, bajando la voz por temor a que la oyeran desde las mesas cercanas.

Él chasqueó la lengua y movió la cabeza como si estuviera ante un niño un tanto díscolo.

—Tenéis una mente demasiado sucia, señorita Laforet. Y me pregunto qué opinaría vuestro queridísimo padre si se enterara de los pensamientos... ¿como habéis dicho?, ¿libidinosos? Sí, pensamientos libidinosos que tenéis en vuestra cabecita.

—¡Ahggg! Sois tan sibilino como una serpiente.

—En ese caso, *alteza*, haréis bien en no tratar de discutir conmigo —sugirió, guiñando un ojo.

Una hora más tarde, Gastón las acompañó a la habitación y, tras cerciorarse de que la puerta se cerraba con seguridad desde el interior, se dispuso a marcharse.

—Que tengáis buena noche, *alteza*, Clarisse —dijo con una reverencia digna del mejor cortesano.

—Igualmente, capitán —musitó la doncella, mirando de reojo a la joven.

Él dio tiempo a que la señorita Laforet dijera algo, pero ella permaneció en silencio de espaldas a la puerta. No hacía falta verle la cara para saber que sus ojos echarían chispas. La había tenido de frente durante toda la cena y eso era lo que había visto: su mirada del color de los cielos tormentosos.

Soltó una risita satisfecha, más por molestarla que por otra cosa.

—Cerrad con el pestillo y con llave. No abráis a nadie que no seamos Hubert, Luc o yo —ordenó antes de cerrar la puerta.

Esperó un instante en el pasillo; una vez que oyó que llevaban a cabo lo ordenado, se marchó silbando una tonada. Quizá Mimí ya había terminado el trabajo y podían dedicarse a otros menesteres más placenteros.

«Libidinosos», recordó con una sonrisa.

Rememoró las carcajadas que le había arrancado en el comedor. La cara del *duende* había sido todo un espectáculo, pasando del rojo al blanco y otra vez al rojo conforme ella sopesaba las implicaciones de lo que había dicho.

Sin duda, a ella le podía la impetuosidad, un rasgo que debería moderar si no quería meterse en problemas. Su prometido nunca se aburriría con ella. ¡Pobre

diablo!



—Señorita Laforet, señora Clarisse, os traigo el desayuno —comentó Luc, tras golpear suavemente a la puerta.

Clarisse corrió a abrirle. Ya estaban preparadas y a la espera de que fueran a buscarlas.

Luc entró con una bandeja, que procedió a dejar sobre la mesita.

—El capitán ha dicho que quiere partir ya... —anunció el joven, con el sombrero entre las manos—. Vamos muy retrasados.

—Dile al capitán que bajaremos en cuanto estemos listas —aseguró Émilie con una sonrisa.

—Ahora mismo se lo diré, señorita Laforet —aseguró antes de marcharse.

Las dos se sentaron a la mesa y dieron cuenta de los tazones de leche, el queso y el pan que les había subido. Tenían un largo día por delante y era bueno ir con el estómago lleno.

Imaginaba que el capitán ya habría conseguido un carruaje de alquiler para continuar el camino hasta que el señor Dubois les alcanzara. El día anterior habían enviado a un carpintero y a un herrero para que arreglaran el eje. Esperaba que lo solucionaran pronto.

Un rato más tarde las dos estaban a la puerta del establecimiento, mirando con asombro la falta del carruaje. La carreta estaba preparada, con el lecho donde habían viajado el día anterior cubierto con una manta sobre una generosa capa de paja. El olor a salmuera era nauseabundo.

—Creí que hoy viajaríamos en un coche de alquiler —empezó Émilie, mirando al capitán, que las observaba montado en su caballo—. Y no lo veo por ninguna parte.

—En realidad, *alteza*, la carreta que veis es alquilada, con lo cual... —entonó, masticando una brizna de hierba con parsimonia.

—Sabéis que me refiero a un carruaje —añadió ella con sequedad—. Y os agradecería que dejarais de llamarme «*alteza*». No lo soy.

Hubert y Luc observaban su esgrima verbal sin intervenir. Clarisse fingía colocarse mejor la falda, pero sin perderse ni un detalle del diálogo.

—Siento tener que comunicaros que no hemos encontrado carruajes de alquiler. Podemos volver a intentarlo esta noche en Aumont Aubrac —explicó, sonriendo como si todo eso le pareciera muy gracioso.

Émilie trató de respirar profundo para serenarse, pero el mal genio estaba a punto de explotar dentro de ella. Si bien ahora la madera estaba acolchada con la paja, viajar otro día más en aquella carreta terminaría por destrozar todos sus huesos. Y la intensa pestilencia acabaría con su sentido del olfato.

—¿No podríamos esperar al señor Dubois? —intentó, esperanzada.

—No. Es imposible. Debemos ponernos en camino. Ya vamos con retraso. —  
Clavó en ella los ojos, verdes como los prados adyacentes, antes de añadir—: Sed una  
niña buena...

—¡No soy una niña! —le cortó ella.

—¡Pues no os comportéis como tal! Ahora subid a la carreta y no demoréis más la  
partida. —Su tono seco no admitía ninguna réplica.

Derrotada, subió al vehículo tras Clarisse. La fragancia de la paja quedaba  
eclipsada por el hedor de los barriles. Intentó respirar por la boca, tal y como había  
hecho el día anterior, hasta acostumbrarse al olor. Sentía los ojos anegados de  
lágrimas, no supo si por la rabia o por el tufo.

Al mirar al frente descubrió algo que hundió todavía más su estado de ánimo: las  
nubes oscuras que se acercaban por el horizonte no presagiaban nada bueno. ¿Qué  
más podría estropear el día?

En ese momento Mimí salió del edificio con una tela encerada doblada entre los  
brazos. Su blusa seguía tan en precario equilibrio como la noche anterior.  
Balanceando las caderas como si fuera apartando el aire a los costados, se acercó al  
capitán.

Émilie estaba segura de que Gastón, desde su altura, podía ver hasta el ombligo  
de la joven a través del escote de la blusa. Y a juzgar por la sonrisa llena de hoyuelos  
que lucía, eso era precisamente lo que estaba haciendo. ¡Maldito patán!

—Os traigo la tela que habíais pedido. Espero que os sea de ayuda —susurró  
Mimí.

—Seguro que sí, querida —contestó él, como una caricia—. Aunque no es para  
mí. Las de la carreta la necesitan más.

Émilie apretó las manos entre sí y rechinó los dientes. No aguantaba más.

—Creía, capitán, que teníamos prisa por partir —comentó, destilando falsa  
dulzura.

Mimí se volvió hacia a ella con una mueca antes de volver su mirada a Gastón.

—¿Regresaréis pronto?

—¿No teníais prisa, capitán? —insistió Émilie, acomodándose en la carreta.

La moza le dirigió una rápida mirada de rencor.

—En cuanto termine este trabajo —contestó Bonnet; toda su atención puesta en  
Mimí.

—Espero que me hagáis otra visita —ronroneó ella.

—No lo dudes, querida —añadió él, al tiempo que espoleaba al caballo para  
ponerse en marcha—. No lo dudes.

¡Cómo odiaba a ese hombre!, pensó Émilie, los dientes tan apretados que podría  
habérselos partido.

—A ti y a todas las trotonas de aquí a París —masculló Émilie, sin poderse  
contener.

La sonrisa pérfida de Mimí fue lo último que vio antes de que la carreta

comenzara a rodar y la moza le arrojara la lona directamente a la cabeza. La pesada tela la golpeó en una mejilla y le arrancó lágrimas de dolor. Las risas de aquella mala pécora retumbaron en la entrada de la posada. Cuando logró deshacerse de aquel bulto, el edificio y Mimí solo eran figuras diminutas.

El buen humor con el que se había levantado Gastón hacía tiempo que se había desvanecido.

Las nubes, que en un principio parecían muy lejanas, llevaban varias horas descargando sobre ellos. Una lluvia fría y persistente resbalaba sobre su capa encerada y le empapaba el sombrero.

Las cortinas de agua emborronaban el paisaje, cubriéndolo con una pátina lechosa y, por instantes, fantasmagórica. De momento habían conseguido seguir sin que las ruedas se atorasen en ningún barrizal, pero conforme avanzaban y el camino se hacía más lodoso, era evidente que tarde o temprano terminaría por suceder.

—Capitán —le llamó la joven. Su voz sonó amortiguada por la tela encerada que cubría la carreta y las mantenía relativamente secas—. Capitán...

—Ahora qué queréis, *alteza* —gruñó, frotándose la rodilla. El dolor era como introducir un hierro candente y clavarlo hasta el hueso.

—Es una locura continuar en estas condiciones. No deja de llover. Hubert y Luc están más mojados que secos; los animales, agotados, y no veo ninguna necesidad de continuar.

El *duende* tenía razón, por supuesto, pero por algún motivo que no era capaz de definir, necesitaba llevarle la contraria. No era lógico, desde luego, pero no podía evitarlo. Había algo en ella que lo ponía en tensión.

Esa mañana se había molestado, visto que no había posibilidad de alquilar ningún coche más adecuado, en adecentar la carreta para que ellas pudieran viajar más cómodas; incluso compró la dichosa tela encerada en cuanto vio las nubes en el horizonte. ¿Ella había agradecido algo de eso? ¡No, señor!, en su lugar, se había dedicado a protestar porque no tenía un carruaje a la puerta.

«Y luego dice que no la llame “*alteza*”», gruñó para sí.

—Capitán, ¿no me vais a contestar, siquiera? —volvió a la carga.

Era evidente que ella no iba a parar hasta que lograra una respuesta satisfactoria. A su señal, el caballo giró para ponerse detrás de la carreta. En ese momento la lona se alzó lo suficiente para que la joven asomara su cara de *duende* y él se encontró pensando cuánto mejor era que se llevaran mal; si alguna vez ella lo llegara a tratar con amabilidad o a mirarlo con dulzura, él se vería en un serio aprieto para no sucumbir ante su belleza.

«No está a tu alcance», se recordó.

En la mejilla derecha, la joven lucía un moratón del tamaño de un escudo de plata.

—¿Qué os ha pasado en la cara?

Ella se llevó la mano al pómulo; sus ojos, tan grises como las nubes que tenían sobre sus cabezas.

—Un regalo de vuestra querida Mimí... —soltó con desagrado.

—¿Mimí os ha hecho eso? —preguntó, sorprendido.

—¿Acaso no la creéis capaz de hacerlo? —dijo con burla—. Me tiró la lona a la cara... —añadió, más seria—. A propósito —recalcó.

—Vaya, lo siento. No me di cuenta. Ella no debería haber hecho algo así. Podría haberos lastimado aún más —añadió, con un deje de enfado y preocupación.

—No... no importa, casi no me duele —musitó ella, algo sonrojada—. Lo que importa es que así no podemos seguir —continuó, más segura—. No hemos estado a cobijo desde que salimos de Saugues. Hemos comido de mala manera al amparo de unos árboles. Nos merecemos un descanso. ¿Queréis que Hubert o Luc terminen enfermos?

—Debemos continuar, señorita Laforet. —La voz de Hubert les hizo mirar dentro de la lona, hasta el otro extremo—. No hay ningún pueblo lo suficientemente grande para tener posada. Hemos estado subiendo todo el tiempo. Ahora es todo bajada hasta Saint-Alban-sur-Limagnole. Seguro que iremos más rápidos.

—¿A qué distancia está ese lugar? —indagó ella, mirando a la parte delantera de la carreta.

—A unas dos leguas —respondió Gastón—. Merece la pena seguir. No nos queda más remedio.

La señorita Laforet asintió, resignada, y bajó la lona. Por un momento, Gastón se sintió desilusionado. Hubiera querido seguir hablando con ella.

En la cuadra de la posada de Saugues, René, apoyado con indolencia en el quicio de la puerta, contemplaba cómo llovía. Los pocos peregrinos que se habían atrevido a desafiar al mal tiempo corrían, empapados, al cobijo de la posada.

Él se había resguardado en la cuadra en cuanto cayeron las primeras gotas. No tenía ningún sentido salir a mojarse en un tiempo tan desagradable.

Sabía que Bonnet y su grupo habían partido esa mañana de allí, pero no tenía prisa. Conocía el destino que llevaban, por lo que tarde o temprano les alcanzaría.

El día anterior se había encontrado con el carruaje varado en medio del camino. El cochero, sentado en el pescante, fumaba en pipa. Por lo visto estaba tan aburrido que no le costó entablar conversación. Así se enteró de que esperaba a los artesanos y de que iba camino de Pamplona.

Ahora no tenía necesidad de seguir su rastro en medio del diluvio, cuando sabía que tenía más de un centenar de leguas por delante para alcanzarlo.

Los peregrinos que jugaban a los dados a su espalda estaban armando bulla con la partida. Cansado de ver llover, entró en la cuadra para probar suerte. Cualquiera

momento era bueno para llenar la bolsa.

Hubert había tenido razón: todo era cuesta abajo. Ya entrada la noche llegaron a Saint-Alban-sur-Limagnole y siguieron bajando por el pueblo hasta llegar a la iglesia. Hubert condujo a la yunta de percherones hasta la entrada de una posada.

—Será mejor que entre a preguntar si tienen sitio —anunció el capitán—. Con un tiempo tan desapacible, es fácil que las posadas se llenen.

Émilie no se molestó en decir nada. Estaba tan agotada que con gusto se hubiera quedado a dormir en la carreta. Al menos había dejado de llover, lo que era la primera nota agradable de todo el día, y por encima de su cabeza brillaban las estrellas como diamantes sobre terciopelo oscuro.

Debió de quedarse dormida, pues la despertaron las sacudidas de Clarisse.

—Señorita. El capitán dice que podemos entrar. Tenemos habitación.

Aún medio dormida, bajó de la carreta para seguir a Clarisse y al capitán hasta el interior de la posada. Apenas se fijó en el lugar, desesperada por llegar a la habitación y tirarse en la cama. Oyó vagamente que él hablaba con la doncella, pero no trató de entender la conversación. Ya se lo contaría Clarisse, más tarde.

El cuarto estaba iluminado por un candil; una joven encendía el fuego de la chimenea. Se veía ordenado y el lecho no tenía demasiados bultos extraños. Aquello era el paraíso, pensó, contenta de estar allí.

Esperó, impaciente, a que el capitán y la joven abandonaran la habitación para quitarse la ropa y meterse en la cama. Clarisse la ayudó y luego se marchó para cenar algo. Ella, demasiado cansada como para comer, cayó rendida al sueño en cuanto su cabeza tocó la almohada.

Un rato más tarde, la despertó el ruido de la cerradura.

Clarisse entraba con sigilo, pero estaba metiendo tanta bulla como si no lo hiciera.

—No te preocupes, Clarisse; estoy despierta —comentó, esperando que terminara lo antes posible y se acostara. Empezaba a desvelarla tanto trajín.

—Enseguida acabo, señorita —empezó, mientras se quitaba la ropa—. Ha sido muy considerado, ¿no creéis?

—¿Considerado? —preguntó Émilie, confundida.

—El capitán Bonnet —contestó como si fuera evidente a quién se refería—. Me ha contado Hubert que esta mañana les ordenó cubrir la carreta con paja para mayor comodidad y que compró la lona para que no nos mojáramos.

—Creía que había sido cosa de Hubert o de Luc —murmuró, pensativa—. No pensé que el capitán se entretuviera en esas cosas.

—¡Es un hombre muy galante!

—Sí, claro. Demasiado «galante», diría yo —añadió mohína.

—Y se preocupa por los demás, no hay duda —prosiguió la doncella, como si

Émilie no hubiera dicho nada—. Ha dejado que Hubert y Luc cenaran primero, mientras él se ocupaba de secar a los caballos. Los pobres animales se lo tenían ganado. El sargento y el muchacho se han ido al terminar la cena y él aún ha tardado un buen rato en venir. —Calló un momento para quitarse las medias—. Ay, si vierais cómo cojeaba al entrar en el comedor.

—Siempre cojea.

—Ya sé que tiene una ligera cojera. A veces ni se nota, pero esta noche... Esta noche parecía un anciano. No hay duda de que esa rodilla le molesta más de lo que dice. Hubert me ha comentado que se niega a tomar láudano. Le he recomendado, al capitán, que se dé friegas con pomada de árnica. La joven que ha encendido el fuego se ha ofrecido a traerle un poco.

—E imagino que a darle las friegas también —murmuró Émilie, completamente despejada.

—Señorita, cualquiera diría que estáis celosa —la riñó Clarisse, bostezando—. No os preocupéis, es difícil no estarlo con un hombre tan apuesto como el capitán. Incluso con cojera y ese carácter tan irascible que a veces se gasta, es demasiado atractivo.

Émilie hubiera protestado, pero la doncella se había quedado dormida.

«No estoy celosa —se dijo en silencio—. No lo estoy.

»Pues para no estarlo te comportas como si lo estuvieras.

»Solo me molesta que coquettee con toda fémina que se ponga por delante.

»¿Y cómo le llamas a eso?

»¡Cállate!»

Enfurrñada y sin una pizca de sueño, se dedicó a pensar la manera de no casarse con Phillipe Rodin y no terminar en el convento de Le Puy.

Si Eloïse estuviera con ella, sabría qué hacer. La antigua doncella siempre tenía buenas ideas. Era una lástima que se hubiera casado unos meses atrás. Si pudiera escapar e ir a su casa... ¿Chirac estaba muy lejos? Solo sabía que estaba en la región de Languedoc-Rosellón, pero nada más.

«Debería haber prestado más atención a las clases de geografía».

Cansada de dar vueltas en la cama, se levantó y volvió a ponerse el vestido.

En el comedor, el fuego había conseguido aliviar un poco la maltrecha rodilla de Gastón. Pese a todo, dolía con saña. Otro día tan húmedo y frío como el pasado y tendría que recurrir al láudano para resistir sin volverse loco.

La moza regresó con un pequeño pote de barro entre las manos. Sus ojos, oscuros como la noche, sonrieron al verle. Casi corrió hasta su mesa para entregarle el unguento.

—Me lo ha dado mi madre. A mi padre le va muy bien para sus dolores. Seguro que a vos os aliviará también —aseguró, sin dejar de sonreírle con dulzura.

—Muchas gracias, preciosa.

—Mi nombre es Rose. Si queréis, puedo daros friegas en la pierna. Mi madre dice que tengo manos de curandera... —se ofreció—. No tardaré demasiado en acabar aquí. Si tenéis paciencia...

Se marchó antes de que Gastón pudiera decirle nada al respecto. Un masaje en la rodilla podría obrar milagros y ¿quién era él para negarse a un ofrecimiento tan grato?

Le dio un trago a la cerveza aguada que le habían servido y se recostó en el respaldo de la silla.

No dejaba de pensar en el sabotaje del día anterior. ¿Quién se había tomado ese trabajo para no concluirlo luego? No lo entendía, era de lo más extraño.

Ese tipo de faenas abundaba en los caminos. Los salteadores estropeaban un carruaje para asaltarlo más tarde, cuando a sus ocupantes les fuera más complicado eludirlos. Entonces, ¿dónde estaban los que habían serrado parte del eje?

Se frotó la frente buscando inspiración, pero no se le ocurrió nada más.

Para terminar de rematar un día de los que era mejor olvidarse, tampoco allí había coches de alquiler. Utilizar la diligencia estaba descartado. Prefería no perder de vista a la señorita Laforet; no sabía de qué era capaz esa joven.

Al día siguiente *su alteza* pondría el grito en el cielo cuando viera que seguían sin tener carruaje. Era una niña mimada, que sacaba lo peor de él. Nunca lo hubiera imaginado. Jamás habría creído que una joven lograra sacarlo de sus casillas con tanta facilidad.

Como si la hubiera convocado, la vio descender por la escalera hasta el comedor. El cabello suelto sobre la espalda y un tanto enredado por haber estado en el lecho. ¿Qué diablos hacía a esas horas, levantada y sola por la posada?

Se incorporó para salir a su encuentro, pero la maldita rodilla le obligó a volver a sentarse. Habría aullado de dolor, si eso hubiera servido de algo.

—¿Qué hacéis aquí a estas horas? —preguntó con aspereza—. No es momento para que andéis levantada y sola.

—Ya no estoy sola. Estoy con vos —explicó ella, tomando asiento frente a él—. No puedo dormir y tengo hambre. No querréis que me muera de inanición antes de llevarme a Pamplona, ¿no?

Gastón se mordió el carrillo por dentro para no reír ante sus palabras. Le gustaba esa altivez que a veces empleaba para dirigirse a él.

—Pediré algo para vos, *alteza*, pero no os acostumbréis. A partir de ahora, si no estáis cuando se sirva la comida, no comeréis. ¿Entendido?

—Sí —musitó con sumisión, pero él no se dejó engañar.

Hizo una seña a la joven posadera para que les atendiese. Rose llegó enseguida. Apenas dirigió una mirada a su acompañante, luego le sonrió a él en una muda pregunta.

—Rose, ¿serías tan amable de traer algo para comer? La señorita no ha podido



cenar antes. —Le guiñó un ojo.

—Los fogones ya están apagados, señor. Tendrá que ser algo frío —espetó ella, al parecer, poco inclinada a atender la demanda.

—Frío estará bien, gracias —aseguró su protegida, con su pose más altanera.

—En ese caso, veré qué puedo traer. —El descaro de la moza perdió fuerza.

—Parece que a vuestra nueva «Mimí» no le gusto —comentó la señorita Laforet, una vez que Rose se hubo ido.

—No es mi nueva «Mimí», y os agradecería que no os metierais en mis asuntos.

—No tengo la culpa de que queráis retozar con toda moza que se os ponga delante.

—A vuestro prometido le encantará saber que sabéis mucho sobre retozos y esas cosas, *alteza* —señaló Gastón, con los ojos entrecerrados y sonrisa de medio lado.

Le encantó ver que ella se sonrojaba hasta la raíz del pelo. Era tan fácil hacerla ruborizar que no podía evitar hacerlo.

—Sois... no sois nada caballeroso —terminó ella. Después apretó los labios en una fina línea, como una chiquilla obstinada.

Casi estuvo a punto de soltar una carcajada, pero se contuvo a tiempo para no hacerla enfadar más. Ya se había divertido lo suficiente; no era cuestión de avergonzarla.

Rose regresó con un plato lleno de queso, pan y carne fría. Lo dejó sobre la mesa sin mucha ceremonia y se volvió para continuar con sus quehaceres.

La joven se lanzó a por el queso con satisfacción. Era cierto que tenía hambre.

—¿Aún os duele la mejilla? —indagó Gastón un rato después.

—No... ya no —contestó ella. Bajando la mirada, se llevó la mano al pómulo.

—No entiendo cómo fue que os agredió así.

—Me tiró la lona. Parece que tengo el don de molestar a vuestras conquistas —articuló, volviendo a tomar una porción de queso—. Deberíais decirles que no tienen nada que temer.

—¿Estáis segura? —preguntó con voz sugerente antes de pensarlo, siquiera.

La mano de ella quedó en suspenso entre el plato y su boca. Un rojo furioso tomó posesión de su cara, al tiempo que abría los ojos de par en par.

Debería haberla encontrado poco atractiva, tan ruborizada como estaba y con la boca abierta como un pez, pero para su sorpresa, se encontró admirando las profundidades plumizas de sus ojos, el brillo aterciopelado de su piel y la forma tan apetecible de sus labios. ¿Los habrían besado alguna vez?, se preguntó, deseando que la situación fuera diferente para probarlos. Sin darse cuenta acertó distancia, sin dejar de imaginar el sabor que tendrían...

—¿Habéis terminado de comer?

La pregunta de Rose, que esperaba junto a la mesa, le devolvió a la realidad. Carraspeó, un tanto confundido por haberse quedado tan fascinado. ¿Había estado a punto de besar al *duende*? Miró la jarra de cerveza, que aún tenía a medias. ¿Le podía

haber afectado tanto? ¡Si estaba aguada!

—Sí. La señorita regresa a su cuarto. ¿Has terminado las tareas, Rose? — preguntó, más para poner una barrera entre lo que acababa de pasarle y la realidad, que por estar interesado. No se atrevió a mirar a su protegida.

—Por supuesto. Ya estoy libre para daros esas friegas de las que hablamos antes —susurró la moza, con un gesto tan sugerente que era difícil pasarlo por alto.

—Deja que acompañe a la señorita y enseguida regreso. —Cuidando de no apoyar la pierna derecha, se levantó y miró a la señorita Laforet con toda la indolencia de que fue capaz—. Vamos, os acompañaré.

Antes del amanecer ya estaba despierta. Despierta y confundida por lo sucedido la noche anterior. Aunque en realidad no había sucedido nada, ¿o sí?

Por un momento había dejado de respirar. Ahora entendía perfectamente lo que Eloïse le había dicho sobre quedarse sin aire al mirar al ser amado. Si en ese momento el capitán se hubiera acercado más para besarla, ella no le habría puesto ningún impedimento.

¡Por Dios, hasta le hubiera alentado!

Gimió al imaginarse sus labios sobre los de ella. No pudo evitar tocárselos y cerrar los ojos con fuerza ante aquella sensación desconocida.

—¿Os ocurre algo, señorita? —preguntó Clarisse, incorporándose en la cama.

—No... no... es que tengo ganas de ponerme en marcha —mintió, sin saber otra cosa que decir.

—Pues como el capitán no haya encontrado un coche de alquiler... me temo que el viajecito será igual que el pasado.

—No lo creo. Está saliendo el sol. Seguro que hoy no llueve —señaló al levantarse y abrir la ventana.

En efecto, el sol empezaba a despuntar y apenas había nubes en el cielo. Los pájaros estaban montando mucha bulla en el patio de la posada y ya empezaban a oírse movimientos fuera. Seguro que muchos peregrinos retomaban el camino a esas horas.

No perdió más tiempo admirando el paisaje y se preparó para lavarse. Después de lo sucedido, o lo no sucedido, estaba convencida de que no podría casarse con el señor Rodin. Debería averiguar dónde quedaba Chirac y visitar a Eloïse. Más bien, escapar e intentar visitar a la antigua doncella.

Cuando Clarisse también estuvo dispuesta, bajaron al comedor. El capitán las esperaba sentado a la misma mesa. Rose revoloteaba a su alrededor como una gallina, lanzando sonrisitas y caídas de ojos capaces de marear al más pintado. Para su completa vergüenza, en cuanto sus ojos se cruzaron con los de él, Émilie se ruborizó como una niña y hubo de tener cuidado para no tropezar con sus propios pies. ¿Por qué siempre se comportaba como una tonta en su presencia?

—Buen día, *alteza*, Clarisse —murmuró Gastón, con una sonrisa de medio lado—. Espero que hayáis descansado bien.

—Estupendamente, capitán —se apresuró a contestar Émilie, con frialdad. Debía mantener la compostura y dejar de temblar igual que una hoja al viento.

—Rose ha traído el desayuno. Hubert y Luc ya están preparando la carreta. Siento tener que anunciaros que no he podido conseguir otro medio de transporte. —El modo en que lo dijo le hizo pensar en que no lo sentía en absoluto—. Os alegrará

saber que, al ir más despacio, el señor Dubois nos alcanzará antes.

No, no le agradaba. Le disgustaba tener que viajar en la carreta, con los barriles malolientes pegados a la nariz y sin posibilidad de alejarse de ellos. De seguir así — el Señor no lo quisiera—, ella misma terminaría oliendo a esa mezcla nauseabunda.

Rose regresó a la mesa con dos tazones de leche caliente; al verla volvió a dedicarle la mirada sesgada de la noche anterior, cuando puso fin, con su presencia, a aquello que había estado a punto de pasar entre el capitán y Émilie. La moza dejó con un golpe seco uno de los tazones en la mesa y a punto estuvo de escaldar a Émilie y a Clarisse.

—Ten más cuidado, muchacha —la riñó Clarisse—. Podrías habernos quemado.

—Rose, no hace falta que corras tanto, mujer —añadió Gastón, tomándola de la muñeca con firmeza—. No me gustaría que sufrieran un percance.

Émilie agachó la cabeza para ocultar la sonrisa de satisfacción ante el sutil aviso del capitán. Claro que, por otro lado, saber que todo eso era por culpa suya empañó la complacencia.

La moza se marchó sin decir nada y ellas pudieron desayunar sin más problemas, salvo el que generaba para Émilie estar tan cerca de ese hombre.

La carreta ya estaba preparada; un nuevo lecho de paja cubría la base para acomodar a las pasajeras y la lona ya había sido recogida para otra ocasión. Gastón esperaba que no hiciera falta; solo de imaginar más lluvia sintió punzadas en su rodilla.

La yunta de percherones, enganchados y listos para salir, esperaban con paciencia, mientras Hubert y Luc se afanaban en dar los últimos toques.

Él terminó de apretar la cincha a *Rouge* y le pasó la mano por el cuello, palmeándole con afecto. Antes de desayunar lo había estado cepillando hasta que el pelo brilló como cubierto de piedras preciosas. ¡Cómo le gustaba ese caballo!

La joven y Clarisse no tardaron en aparecer a la puerta de la posada. Se protegieron los ojos del sol con una mano antes de dirigirse a la carreta. Le subyugó tanto el andar ágil de la muchacha, que se quedó mirándola hasta que el rocín le golpeó en el hombro con el morro para que siguiera con las caricias.

—Eres muy mimoso, ¿lo sabías? —le susurró entre risas, intentando apartar la imagen de la joven de su cabeza—, pero debemos partir, muchacho. Ya habrá tiempo para arrumacos cuando esta noche lleguemos a la posada.

Tirando de las riendas se acercó a la carreta. Las mujeres ya habían subido y se entretenían en colocar las faldas para su comodidad. No quiso mirar a la señorita Laforet. Aún estaba extrañado por cómo se había sentido la noche anterior.

Si bien era cierto que siempre había encontrado atractiva su cara de duende, nunca se había visto tentado. Ella era el epítome de aquello que él había rehuido toda su vida adulta: una joven virgen.

Por eso su confusión era mayor.

—Si ya estamos preparados, será mejor que nos pongamos en marcha. Tenemos muchas leguas que recorrer y el tiempo es demasiado benigno para desaprovecharlo —explicó, mientras montaba en *Rouge*—. Hubert, tú primero.

El antiguo sargento instó a los percherones a iniciar la marcha. Continuaron bajando al salir del pueblo y luego comenzaron a ascender por entre praderas y bosques con infinidad de tonalidades verdes. Pese al barro que aún cubría el suelo en muchos tramos, el camino era mucho más llevadero que la jornada anterior y avanzaban más deprisa.

Durante un buen rato, Gastón continuó detrás de la carreta, rumiando su comportamiento y observando a la joven subrepticamente. Después de cavilar mucho, llegó a la conclusión de que la cerveza, menos aguada de lo que pensaba, se le había subido a la cabeza. Tomó nota mental para tener más cuidado la siguiente vez.

Años atrás, después de un episodio del que se avergonzaba profundamente y que casi costara la amistad con su buen amigo, el capitán Boudreaux, se había prometido no volver a emborracharse nunca más; no deseaba volver a perder el control. Y hasta ese momento lo había cumplido. Jamás bebía nada más fuerte que cerveza aguada o sidra. Nada de vinos y mucho menos licores.

—¿Por qué nosotros pagamos pontazgo y los peregrinos no? —indagó Émilie—. Hace unas horas hemos pagado en el puente de Les Estrets y me he fijado que a ellos les dejaban pasar sin abonar nada.

—Los peregrinos tienen una dispensa especial que les exime de pagar pontazgos. Os habréis dado cuenta de que tampoco pagan portazgos —contestó el capitán, colocando a *Rouge* a la izquierda, a la par que la carreta.

Émilie se extrañó de que él se dignara contestar una pregunta que, en realidad, no había hecho a nadie en concreto. Pero un dulce calorcillo se extendió en su vientre al saber que él no la ignoraba del todo.

—Imagino que de no ser así, solo los muy ricos podrían peregrinar —se atrevió a añadir.

—Exactamente, *alteza*. Ya que la mayoría hace el camino a pie, gozan de esa dispensa.

Estuvo a punto de llamarle la atención por ese sobrenombre odioso, pero mantenían una conversación civilizada; por esa vez lo dejó estar.

Trató de no mirarlo demasiado, no fuera a ponerse otra vez del color de las amapolas. Claro que era difícil no hacerlo con él frente a su campo visual y con una postura tan elegante. Hasta Clarisse lo miraba embobada.

Y para terminar de rematar, el maldito sonreía. Con hoyuelos y todo. Con una sonrisa capaz de tentar al mismísimo diablo.

¿Por qué tenía que ser tan atractivo?

Al darse cuenta de que se había quedado otra vez maravillada, fingió que miraba al fondo, detrás de él.

—¿Cuál es aquel pueblo que se ve allí? —Se enderezó más entre la paja e hizo una mueca ante el dolor. Estaba cansada de viajar en aquel trasto.

Él se volvió a mirar a su espalda y luego clavó sus esmeraldinos ojos en ella, antes de contestar.

—Finieyrols, supongo.

—¿Queda mucho para llegar adondequiera que tengáis pensado que paremos?

—Unas tres leguas y media. Llegaremos a Nasbinals al anochecer —precisó, con su sonrisa torcida.

Él podía sonreír, claro; no tenía el cuerpo dolorido por los traqueteos de aquel espantoso vehículo.

—¿Conocéis toda esta región? —indagó, interesada de repente—. ¿Qué región es?

—Ayer entramos en el Languedoc-Rosellón. Y sí, la conozco bastante bien.

«¡Estoy en la misma región que Eloïse! —pensó alborozada. Bajó la cabeza y se obligó a mirarse las manos, que descansaban en el regazo, para que el capitán no sospechara nada—. Solo tengo que escapar para reunirme con ella».

Tenía que enterarse de hacia dónde quedaba Chirac y a qué distancia. Pero primero debía tranquilizarse. Volvió la vista a Bonnet.

—Gracias, capitán —musitó, dando por concluido el diálogo. Era el momento de hacer planes.

Él bajó la cabeza en un silencioso saludo y se adelantó a la carreta. Clarisse, algo molesta por la marcha del jinete, se recostó en la paja y cerró los ojos. Al instante estaba dormida.

—Hubert, ¿vos también conocéis esta región? —preguntó como por curiosidad.

—Sí, señorita. El último año recorrimos muchas veces esta zona.

—¿Conocéis bien el camino hasta Pamplona?

—Eso es fácil, señorita. Solo debemos seguir la *Via Podiensis*<sup>[1]</sup> —señaló el camino que llevaban—, y nos conducirá directamente allí.

—¡Ah! ¡Qué sencillo! —murmuró, observando el baúl donde iba la dote.

—Sí, lo es. Mientras sigamos a los peregrinos, vamos bien —añadió Luc con una sonrisa satisfecha.

—Eso es, muchacho. Los peregrinos nos conducirán a Pamplona —recalcó Hubert, palmeando la espalda del joven.

—Hubert... ¿vos tenéis las llaves de los baúles? —preguntó ella con cara inocente—. Necesito un chal.

El hombre se palpó el pecho e hizo tintinear las llaves mientras se las sacaba por la cabeza. Estaban atadas a un cordel de cuero.

—No olvidéis cerrarlo bien, señorita. El capitán nos ha dicho que no quiere que

se abran, pero no creo que ponga muchas pegas a que cojáis un chal.

—No, no lo creo —masculló por lo bajo.

Por si Clarisse se despertaba o al capitán le daba por volverse a mirar, no perdió el tiempo y abrió el baúl de la dote. Si Hubert o Luc se volvían, siempre podía decir que se había equivocado. Cogió una de las bolsas que contenía y la dejó a un lado para cerrar el cofre lo antes posible. El traqueteo de la carreta contribuyó a que el ruido de la cerradura pasara desapercibido.

Luc se volvió para mirar qué hacía y ella, con el corazón desbocado, le dedicó una sonrisa de oreja a oreja para distraerlo. El joven se sonrojó y volvió la vista al frente, dándole la espalda de nuevo.

Émilie, suspirando de alivio, abrió el baúl que contenía su ropa y sacó un chal para cubrir su mentira. Una vez escondida la bolsa con el dinero entre los pliegues del chal, procedió a cerrar el baúl y a entregar las llaves a Hubert.

—Muchas gracias; empieza a refrescar y este chal me vendrá muy bien.

—Seguro, señorita —asintió el hombre, colgándose el cordel con las llaves.

No sabía cuánto dinero podría contener la bolsita, pero seguro que bastaría para ir a Chirac.

Con el corazón latiendo desaforado por la excitación, intentó observar el paisaje para tranquilizarse. Nadie se había dado cuenta de su robo.

«No es un robo —se dijo en silencio—. Es mi dote».

Mientras se vestía no dejaba de trazar planes. Tenía que escapar ese mismo día. Se estaban alejando de Chirac y no podía consentirlo. La noche anterior, durante la cena, había escuchado a un hombre preguntar al posadero por la dirección de Chirac. Émilie casi se había caído de la silla tratando de enterarse de las explicaciones que el posadero daba al hombre. Por lo visto, tenían que salir del pueblo en dirección a Montgros —el pueblo que ellos habían pasado— y después tomar el camino que salía a la derecha.

No sabía si estaba muy lejos, pero al menos conocía la dirección correcta.

Llevarse ropa estaba descartado. La noche anterior no habían subido ningún baúl, por lo que tendría que conformarse con el vestido de terciopelo gris que llevaba puesto. Se sacudió las faldas para quitar cualquier rastro de polvo.

Clarisse también estaba preparada así que bajaron al comedor de la posada para desayunar.

Puntual como un soldado, el capitán las esperaba sentado a una mesa. La «Mimí» o la «Rose» de turno ya estaba atendiéndolo como si fuera el mismísimo rey de Francia. Era la misma que les había servido la cena la noche pasada. La misma que se había ofrecido «a lo que fuera menester» con total falta de pudor. Y a juzgar por las miradas que le dedicaba en ese momento, había quedado muy satisfecha.

Émilie rechinó los dientes, pero cuando se sentó a la mesa fingió una sonrisa.

—Buen día, capitán —saludó, sin mirarlo.

—Buen día, *alteza*, Clarisse. —Los hoyuelos hicieron acto de presencia.

La doncella se ruborizó de satisfacción. ¿Cómo hacía ese hombre para conseguir que las mujeres quedaran embobadas?

Como no podía llevarse comida sin levantar sospechas, se dedicó a comer más de lo que habría sido normal.

—Veo que os habéis levantado hambrienta, *alteza*.

¡La había pillado!

—Todo tiene tan buen aspecto que no puedo evitarlo —balbuceó, nerviosa.

—Os aconsejo que penséis en el viaje en carreta que os espera. No quisiera tener que estar parando cada tanto para que vomitéis en el camino —advirtió el capitán, a medio punto entre la mofa y la amenaza.

¡Grandísimo patán! Ya le enseñaría a reírse de ella.

Tomó un pedazo de pan y se levantó antes de darse más tiempo para pensar.

—Voy a dejar el chal en la carreta. Hoy hará calor y no quiero estar pendiente de él.

Salió de la posada con el cuerpo en tensión, esperando que en cualquier momento él decidiera seguirla.



En la cuadra, Hubert y Luc habían terminado de enganchar a los percherones y cargaban unas gavillas de paja para acolchar el suelo. El caballo del capitán, ensillado y listo para partir, esperaba a la puerta.

Después de haber visto su comportamiento en los días precedentes, había confiado en que Gastón hubiera seguido su rutina, preparando su caballo para la marcha.

—Buen día, señorita Laforet —se apresuró Luc a saludarla—. ¿Necesitáis algo?

—¡Oh, no! No es para mí. Al capitán le duele la pierna y he pensado acercarle su caballo para...

—¡Pobre capitán! Esa pierna le trae por la calle de la amargura —se condolió el joven. Enseguida le tendió las riendas del caballo—. Espero que hoy el viaje no se le haga muy pesado.

Tan nerviosa que no sabía adónde mirar, Émilie tomó las riendas y salió al patio. Necesitaba un tocón o algo para poder izarse a la silla. Los estribos estaban demasiado altos para ella. Temiendo que en cualquier momento la pillaran, se encaramó en el pilón que servía de abrevadero y, sin muchos problemas, consiguió sentarse a horcajadas en la silla.

Tal y como había imaginado, los estribos, preparados para las largas piernas del capitán, eran imposibles de utilizar. Debería guiar al caballo sin ellos hasta que se alejara lo suficiente para poder regularlos a su medida.

*Rouge* corcoveó al notar un jinete diferente, pero unas palmaditas en el cuello y unas palabras suaves consiguieron tranquilizarle; al primer toque de su talón, emprendió la marcha.

Por mucho que azuzó al animal, él no quería pasar de un mero paso. A esa velocidad la alcanzarían antes de tomar el desvío. Visto que antes había funcionado, volvió a palmear el cuello del reticente caballo y le instó a aumentar la velocidad. Tras unos instantes en los que Émilie pensó que se pararía del todo, empezó a trotar.

El desvío, tal y como había explicado el posadero, estaba unos pasos por delante. Su camino a la libertad. No podía creerlo. Se sentía eufórica y llena de esperanza.

*Rouge* continuaba trotando. Hubiera preferido que galopara, pero el terco rocín no quería.

Gastón contó las monedas antes de dejarlas sobre el mostrador; el posadero no perdió el tiempo en guardarlas con presteza en su puño.

—Buen viaje, señor —barbotó el hombre, haciendo tintinear el dinero—. Volved cuando queráis.

Con un movimiento de cabeza a modo de despedida, salió del establecimiento seguido de Clarisse. El cálido sol iluminaba el patio; un perro dormía mientras las gallinas picoteaban a su alrededor, buscando alimento. Un buen día para viajar: seco y soleado. No le dolía la pierna. Al menos, no demasiado.

Había pasado la noche dando y recibiendo placer, con una mujer complaciente y llena de inventiva en el lecho. ¿Qué más podía pedir?

Marie, la moza de la posada, se asomó por una de las ventanas del piso superior y le lanzó un beso. Gastón le correspondió con otro y con una reverencia digna del mejor cortesano. Por una vez su pierna no le hizo pasar vergüenza y el gesto resultó de lo más elegante. Durante un lapso no se sintió un lisiado. ¡Algo bueno!

Fue al levantarse cuando la vio. Al principio creyó estar soñando, pero no. ¡El maldito *duende* del demonio estaba huyendo con su caballo!

Corrió a la cuadra. Necesitaba otro caballo para alcanzarla y cuando lo hiciera... Enseñó los dientes al imaginar de qué modo le haría pagar su afrenta.

Los percherones estaban enganchados y en la cuadra no se veía ninguna otra montura.

¡Por todos los diablos!

Luc lo miró boquiabierto y empezó a farfullar algo, pero él no tenía tiempo para escuchar lo que tuviera que decirle. Era imperioso detener a aquella mocosa antes de que cometiera una estupidez mayor aún que escaparse.

—¡Hubert! Salid con la carreta. Os alcanzaré en cuanto dé con... —La rabia le impidió terminar—. No nos esperéis. Ya os encontraremos. ¿Habéis entendido?

—Pero...

—¡Seguid adelante, sargento! —ordenó con sequedad.

—Sí, capitán. Como ordenéis —aseguró Hubert, confuso.

Salió corriendo sin que le importaran las protestas de su rodilla. Ahora no era el momento de preocuparse por eso.

La vio girar a la derecha.

¿Adónde diablos iba?

La espada le golpeaba la pierna con cada paso, por lo que agarró la vaina para que dejara de molestar y continuó corriendo. Una vez en el mismo camino que la joven, silbó para llamar a *Rouge*. El caballo se detuvo, pero la estúpida muchacha lo obligó a continuar cabalgando. No podía volver a llamarlo, *Rouge* podría tropezar y...

Con los dientes apretados y una sensación de fatalidad enganchada en su corazón, continuó corriendo tras la prófuga. Temía por la seguridad de los dos. Su caballo no veía bien; era muy fácil que pudiera sufrir un percance. Ella misma podría salir herida si el animal la desmontaba.

¿Acaso esa mujer era tan tonta como para ignorar el riesgo que estaba corriendo? ¿Los peligros con los que podría encontrarse?

Era evidente que no; de lo contrario no estaría cometiendo semejante temeridad. Podía entender que casarse contra su voluntad no era nada agradable —a él le daban escalofríos solo de imaginarlo—, pero era obligación de la hija obedecer los deseos del padre. Y seguro que el coronel le había buscado un buen hombre como esposo.

¡No!, nada podía justificar un comportamiento tan caprichoso e inconsciente. Cuando lograra alcanzarla se lo explicaría de manera que no volviera a intentar nada

tan estúpido.

¡Podría romperse el cuello, la muy tonta!

Émilie volvió a mirar a su espalda. El capitán seguía corriendo como si no le costara nada o como si nada le obligara a parar. ¿Por qué no la dejaba en paz?

Volvió a azuzar al caballo, pero no logró más que un mero trote. A ese paso, ese hombre testarudo conseguiría alcanzarla y si eso sucedía...

¡No quería pensarlo!

—Anda, bonito, ve más rápido —murmuró con voz zalamera, por si podía convencerlo, pero fue inútil.

Al menos el capitán no había vuelto a silbar. Casi se cae de la silla cuando lo oyó. Le había costado un triunfo lograr que el caballo continuara trotando sin volver grupas. Era un animal muy noble. Si él volvía a llamarlo, dudaba de si sería capaz de contenerlo para que no regresara con él. Bastante tenía ya con mantenerlo en el camino y que no se saliera.

Por lo visto aparte de noble, tenía ideas propias. Ideas algo dubitativas, pues ya había tropezado un par de veces. ¿Estaría cojo y no se había dado cuenta?

No, no era eso. De lo contrario ella notaría la cojera. Iba sentada encima de él, ¿no?

Otro vistazo a su espalda le mostró que el capitán seguía corriendo. ¿No le dolía la pierna?

No quería desearle ningún mal, pero en ese momento hubiera querido que la rodilla le fallase. ¡Que dejara de perseguirles!

Al volver la vista al frente se asustó con el vuelo rasante de un halcón de cacería. El ave pasó tan cerca que pudo ver el amarillo brillante de sus ojos. El caballo también debió de sobresaltarse, pues empezó a galopar como un loco, saltando del camino hacia las tierras recién aradas.

Sin poder sujetarse en los estribos, Émilie se agarró a la crin en un intento de no caer del caballo. Las riendas estaban flojas, pero no podía tensarlas sin soltarse. Debía dejar que el animal se tranquilizara por sí solo y rezar para no caer antes de que eso sucediera.

Lo bueno de todo eso era que estaba aumentando la distancia con el capitán. Ahora, sin caballo, le sería imposible alcanzarla. No le estaban saliendo tan mal las cosas. Hubiera sonreído de no ser por lo precario de su estado.

El murete de piedra que delimitaba las tierras apareció como por ensalmo. Esperaba que *Rouge* lo viera y cambiara de dirección. Si intentaba saltarlo, ella lo tendría muy complicado para mantenerse sin que la desmontara.

El pretil se acercaba y el animal mantenía el rumbo, sin aminorar la marcha y sin intención de variar la trayectoria.

Émilie se preparó para el salto y cerró los ojos, asustada.

El tiempo se detuvo para Gastón.

No se percató de que había disminuido la velocidad hasta que paró del todo y se encontró con los pies clavados en el camino. Incapaz de dar un paso y sintiendo que sus pulmones quedaban sin aire, vio al pobre rocín cabalgar directamente al murete de piedra.

Comprendía que *Rouge* no era consciente del obstáculo. Si hubiera sido él quien lo montaba, le habría avisado de que tendría que saltar en el momento indicado y él, obediente como era, lo habría saltado limpiamente. La joven no sabía nada de eso y, a menos que sucediera un milagro y lograra desviarlo, sin duda se estrellarían contra las piedras.

Los vio como si caballo y amazona estuvieran dentro de una burbuja de miel; sus movimientos, ralentizados. Las manos de ella aferradas a las crines, las riendas flameando al viento. El caballo, asustado, incapaz de obedecer órdenes.

Vio el instante preciso en que colisionó con las patas delanteras contra las piedras y las derribó.

Vio a la muchacha salir despedida hacia delante y caer al otro lado del muro como una muñeca de trapo. Su chal, desplegado tras ella igual que un colorido estandarte.

Escuchó los relinchos de extremo dolor de su querido caballo.

Oyó su propio grito desesperado.

Entonces, por fin, sus piernas parecieron obedecerle y comenzó a correr hacia el lugar del accidente. Sabiendo lo que encontraría y temiendo encontrarlo.

Lo halló tumbado sobre los restos de piedra. Sus patas traseras, a un lado del pretil, coceaban al aire con movimientos espasmódicos; sus resuellos agónicos rasgaban el aire.

Gastón saltó el muro, dispuesto a socorrer a la joven. Sabía que ya no podría hacer nada por *Rouge*, salvo aliviarle el sufrimiento, pero primero era la muchacha.

Ella yacía unos pasos más allá, boca abajo, los brazos extendidos como si hubiera querido agarrarse al aire. Se arrodilló a su lado y le tocó un lado del cuello. El latido tenue de su corazón devolvió los latidos al suyo. Cerró los ojos un momento de puro alivio. Luego le pasó las manos por todo el cuerpo, buscando huesos rotos o dislocados, sin hallar nada anormal. Satisfecho, le dio la vuelta para que descansara boca arriba.

Solo entonces se permitió acercarse al animal agonizante.

Sangraba por el pecho y las patas delanteras. Por la pata derecha asomaba el hueso astillado del radio. La izquierda colgaba en una posición un tanto extraña. Casi sintió en su cuerpo el dolor que estaría soportando el animal.

—Chsss, amigo. Ya estoy aquí —le susurró, al oírlo relinchar. Se le encogió el corazón al ver que el pobre caballo, herido y todo, intentaba incorporarse. Todo un caballo de guerra. El mejor caballo que había tenido—. Quieto, amigo. No te muevas.

Ya estoy aquí.

Le pasó por el cuello las manos, ahora temblorosas, como tantas otras veces lo había hecho. Como esa misma mañana, cuando lo estuvo cepillando sin saber que esa sería la última.

Comprendía lo que debía hacer. No podía demorarlo más. Era su obligación. Casi su deber.

Con los ojos anegados de lágrimas, sacó su pistola y comenzó a cebarla. Rabiando por la poca firmeza de sus dedos y por el sufrimiento inmerecido de *Rouge*, encendió la mecha.

Su relincho aún resonaba en sus oídos y comprendió que jamás lograría olvidarlo.

Al intentar levantarse, la rodilla se le dobló y estuvo a punto de caerse. Con los dientes apretados, lo intentó de nuevo y dio unos pasos hasta ponerse frente a la cabeza del caballo. *Rouge* levantó un poco la testuz para verle con su ojo bueno.

Gastón no podía titubear; le apuntó a la frente y rezó para que no le temblara el pulso en el último momento. Deseaba evitarle más dolor. Que fuera algo limpio y, sobre todo, fulminante.

En el momento en que apretaba el gatillo, creyó ver un brillo de comprensión y hasta de agradecimiento en el ojo de *Rouge*. ¿Aquello podía ser o simplemente lo estaba imaginando?

Un último resuello.

El sonido del disparo asustó a los pájaros que picoteaban en las tierras y emprendieron el vuelo. El olor a pólvora le quemó la nariz. El repentino silencio le dejó laxo. Sin fuerza, sin alma.

Se le doblaron las rodillas y cayó al suelo como un penitente.

Se arrastró hasta apoyar la cara en la base del cuello, aún caliente, de su querido amigo. Por un instante pudo percibir su latido y pegó más la oreja para escuchar hasta el último. Hasta notar que aquel corazón fuerte, que lo había acompañado en tantas batallas, dejaba de latir para siempre.

Luego se permitió llorar, en silencio, con lágrimas calientes y salobres que mojaban el pelo de *Rouge*. Un llanto que le desgarraba el alma, como vidrios afilados.

El grito de un halcón le recordó dónde estaba y lo que aún quedaba por hacer. No quiso mirar a la joven. No estaba preparado para ello. Ese momento era para su amigo.

Con esfuerzo, se giró un poco para soltar la cincha de la silla. Se sentía extraño al tocar el cuerpo sin vida. Rozar la panza, aún caliente, y no percibir ningún movimiento. Apretó los dientes, pues la tristeza empezaba a transmutarse en rabia. Una rabia sorda que lo consumía por dentro.

Se levantó para retirar la silla y la manta. Al notar el calor que retenía el tejido estuvo a punto de venirse abajo. No podía.

Lo dejó todo a un lado y volvió a mirar a su compañero. No podía enterrarlo. No

tenía con qué cavar la fosa. ¿Dejarlo así, a merced de los carroñeros? Le parecía un amargo final para un ser tan noble.

Las arcadas a su espalda le obligaron a dejar de preguntarse nada más.

—Sigo pensando que no ha sido buena idea dejar a la señorita Laforet a solas con el capitán —protestó Clarisse, sentada en la parte trasera de la carreta—. Es una joven soltera...

—Os preocupáis sin motivo. Ya os he dicho varias veces que el capitán tratará a la joven con toda cortesía y honorabilidad —aseguró Hubert.

—Pero siguen estando solos. No está bien. Si el coronel se entera... Solo espero que lleguen lo antes posible. Tal vez debería haberme quedado en la posada de Nasbinals hasta que ellos hubieran regresado.

—No sabemos por dónde irán. Quizá no les interese retroceder hasta la posada y vengan por otro camino —declaró Hubert, conduciendo a los percherones por el camino ascendente—. En cualquier caso, el capitán nos ordenó partir y eso es lo que hemos hecho.

La doncella frunció los labios, pero guardó silencio. Llevaba desde que habían salido repitiendo sus temores. Un poco de silencio era de agradecer.

—Al capitán no le gusta que nadie monte a su caballo. Debería haberme dado cuenta de que la señorita me estaba mintiendo —se reprochó Luc, cabizbajo—. Yo confié en ella. —Se sentía defraudado.

—Tranquilo, muchacho. Le habría pasado a cualquiera.

Hubert palmeó la espalda de Luc y el joven pareció sosegar su malestar. Tenía tanto interés por hacer las cosas bien que cuando cometía un error lo pasaba mal.

Ese tramo del camino era muy transitado. El buen tiempo había puesto en marcha a muchos peregrinos, que caminaban con alegría tras los días de lluvia.

—¿Creéis que habrá alcanzado a la señorita? —preguntó Luc.

—Seguro que sí. *Rouge*, si no es el capitán quien lo monta, no va más rápido que al paso.

—Espero que ella lo haya tratado bien. Con lo mucho que lo cuida el capitán, se enfurecerá si le hace siquiera un rasguño.

—Espero que la señorita tenga el suficiente sentido común para darse cuenta de que el caballo está medio ciego.

—¡Santa Coleta! Si le pasa algo a la señorita jamás me lo perdonaré —musitó la doncella, persignándose repetidas veces.

Émilie terminó de vomitar todo lo que había desayunado, pero seguía teniendo náuseas. Abrazada a sí misma, intentaba respirar despacio para relajarse. No se atrevía a mirar al caballo ni al dueño, demasiado avergonzada por lo que había provocado.



La habían despertado un terrible relincho y el sonido de unos resuellos estertóreos; no obstante permaneció tumbada, aún aturdida por la caída. Al principio no sabía de dónde venían unos quejidos semejantes. Luego, cuando sus ideas empezaron a aclararse, recordó la cabalgada, el murete, el caballo encabritado, el golpe...

Se incorporó un poco para mirar alrededor y entonces lo vio. El capitán, arrodillado junto al caballo, le acariciaba mientras le decía algo. No podía oír qué, pero a juzgar por la ternura con la que le pasaba la mano, debían de ser palabras tranquilizadoras.

¿Por qué el animal resollaba tanto? Era angustioso oírlo.

Estaba a punto de preguntarle cómo estaba el rocín cuando le vio levantarse con torpeza, apuntarle a la cabeza y disparar. La sorpresa la dejó paralizada. Incapaz de parpadear, siquiera.

El capitán había caído de rodillas y, casi tumbado sobre el cuello del animal, ¡lloraba! No emitía ningún ruido, pero por los movimientos espasmódicos de sus hombros estaba sollozando, no había ninguna duda.

Ella no se había atrevido a moverse. Estaba segura de que si él se sabía observado, se sentiría aún peor. Lo había visto retirarle la silla y el arnés, acariciar la manta con reverencia y luego dejarlo todo a un lado. Cada uno de sus movimientos expresaba dolor y rabia.

Luego, a Émilie le habían sobrevenido las náuseas ante la revelación de lo que había hecho con su huida.

—Espero que estéis satisfecha con lo que habéis conseguido. —Las palabras roncas del capitán sonaron como cuchillos afilados y la devolvieron al presente—. Era... era el mejor caballo que nadie pudiera desear. Noble y obediente, pese a su ceguera.

Émilie se limpió los labios con el dorso de la mano y se dio cuenta de que estaba llorando. Se sentía fatal. No sabía qué hacer ni qué decir.

—Lo siento —musitó, sabiendo que aquello no era suficiente. Nada lo sería—. Lo siento —repitió.

—¿Lo siento? —graznó él. El odio con que la miraba la hizo dar un paso atrás.

—Debéis... debéis saber que no me quedaba otra opción —empezó ella, dispuesta a hacerle entender sus razones. Desesperada por que comprendiera que se había visto obligada—. No deseo casarme así. Me siento una mera mercancía que se vende.

—No, *alteza*, estáis equivocada. Vuestro padre no os ha vendido. —Su voz estaba teñida de rabia—. Él paga para que se casen con vos.

Sus palabras la hirieron en lo más profundo. Aunque de algún modo él tenía razón —su dote lo confirmaba—, que lo dijera de ese modo era cruel y solo obedecía al interés de hacerle daño. De humillarla por haber tratado de engañarle; por obligarle a sacrificar a su caballo. Saber que ella había provocado esa situación no suavizaba el

dolor que sus palabras le habían causado.

Émilie volvió a retroceder, asustada por aquellos ojos verdes, enrojecidos por el llanto, tan fríos como los témpanos de hielo. El ceño, tormentoso. No había rastro en él de su habitual tranquilidad. Por primera vez, ella se dio cuenta de que estaban solos en medio de la nada y sintió miedo. Volvió a abrazarse para aplacar los temblores que la sacudieron entera.

Él debió de adivinar sus miedos, pues una sonrisa lobuna estiró sus labios.

—Podéis estar tranquila. No os voy a hacer ningún daño, aunque con gusto os tumbaría en mi regazo y os daría una tunda que no olvidaríais jamás. Dios sabe que os merecéis eso y mucho más, pero nunca he pegado a ninguna mujer y no voy a romper esa regla con vos. Pero ¡por todos los Santos!, si supierais lo mucho que me cuesta...

Ella guardó silencio. Le escuchó casi sin respirar, por miedo a enfurecerlo, a provocarlo.

El sol lucía en todo su esplendor, pero no conseguía calentarla lo suficiente para que dejara de tener ese frío horrible que le traspasaba los huesos. Con dedos temblorosos, muy despacio, se abrigó con el chal. Quería desaparecer, hacerse invisible.

El capitán miró al caballo. Parecía haberse olvidado de ella. Su cara, crispada por la desesperación; los puños, apretados.

Émilie le vio cerrar los ojos con fuerza y luego dejar caer los hombros, derrotado.

—Adiós, amigo mío —le oyó murmurar. Después recogió la silla y el arnés del suelo para colgárselos a la espalda.

Sin decir nada más, comenzó a andar por donde había venido, sin tocar las huellas que habían dejado los cascos de *Rouge* entre los surcos de la tierra.

—Lo siento, señor, pero no tengo ningún caballo para alquilar ni para vender — declaró el posadero de Nasbinals—. Hace tiempo que el jamelgo que teníamos amaneció tieso —terminó, riendo como si hubiera dicho algo muy gracioso.

Gastón aguantó las ganas de romperle la sonrisa de un puñetazo. Recordar a *Rouge*, abandonado como un trapo viejo en aquella tierra, era suficiente para que la sangre volviera a hervirle.

Para colmo, la carrera tras la fugitiva le había dejado la rodilla para pocos trotes y pensar que debían continuar el camino a pie, cuanto menos hasta Aubrac, era suficiente para perder la razón. Casi dos leguas de subida.

—¿Me podríais guardar los arreos hasta que regrese, en unas semanas? — preguntó, echando un vistazo a la puerta. Ella se había quedado sentada en el patio, pero no se fiaba.

—Por supuesto, señor. La moza os dirá dónde podéis dejarlo. ¡Marie!

La joven apareció tras una cortina y sonrió de placer al verlo, pero su sonrisa se ensombreció al ver el talante que traía. No quería ser tan seco con ella —al fin y al cabo habían pasado una noche estupenda—; sin embargo, no podía fingir una alegría que estaba muy lejos de sentir.

Marie le condujo por un pasillo hasta un cuartucho donde guardaban otros aperos.

—Si lo dejáis contra la pared, no molestará —murmuró ella—. ¿Qué ha pasado con vuestro caballo?

—Ha muerto —contestó, escueto, mientras quitaba el macuto donde llevaba sus cosas.

—¡Oh!

Sin añadir nada más, con el macuto al hombro, regresaron a la entrada de la posada. El dueño seguía allí y tomó las monedas que Gastón le entregó a modo de pago.

—Marchaos tranquilo, señor. Vuestras cosas estarán bien cuidadas.

Gastón cabeceó a modo de despedida, mientras murmuraba para sí: «Me conformo con que sigan en el mismo lugar». De todos era sabido que algunos posaderos tenían las manos largas y les gustaba apropiarse de lo ajeno.

La mirada de fastidio de Marie se trocó en complacencia cuando él le guiñó un ojo. La joven no tenía la culpa de su actual situación; no era caballeroso hacérselo pagar.

Al salir se dio cuenta de que el sol ya estaba alto y que debían ponerse en camino lo antes posible. Casi temió que la consentida mocosa no estuviera, pero no tardó en divisarla sentada sobre el pilón, arropada en el chal, la cabeza gacha. La imagen del abatimiento.

Caminó hasta ella. Tuvo la satisfacción de verla incorporarse de un salto en cuanto lo sintió a su lado. Era evidente que no se fiaba de él. Mejor; él tampoco se fiaba mucho de lo que pudiera hacer. Aún sentía unas irreprimibles ganas de estrangularla.

Sus ojos grises le miraron con una mezcla de temor e incompreensión. Tan pálida como la cera y aun así, hermosa.

—¿Dónde están Clarisse y los demás? —preguntó en un graznido. Tenía los ojos enrojecidos. Había llorado.

Por un momento, Gastón sintió pena por ella; pero el recuerdo de lo que había provocado borró todo vestigio de conmiseración que pudiera sentir. No merecía ni un ápice de misericordia.

—Se han marchado —se regodeó, sin dar más explicaciones.

—Pero... ¿y nosotros?

—Tendremos que alcanzarlos.

—¿Cómo? —Parpadeó, confundida.

—Andando, *alteza*.

Se dio la vuelta y comenzó a caminar en dirección a Aubrac. No se volvió a mirar si ella lo seguía. Esperaba que lo hiciera tal y como lo hizo un rato antes, al abandonar a *Rouge*.

Oyó sus pasos tras él y suspiró, más tranquilo.

El viaje iba a ser un infierno.

Estaba agotada, pero siguió poniendo un pie delante del otro para seguir caminando. Le dolían los pies. Los zapatos de tacón que llevaba eran más para pasear por un salón que para hacerlo durante leguas por tierra y piedras.

Hacía rato que marchaba sobre la hierba que crecía en las lindes, mucho más blanda que el suelo de tierra apisonada, durante siglos, por miles de pies, ruedas y cascos de caballos.

La única vez que se atrevió a quejarse por el cansancio, el capitán se mofó de ella.

—Si os hubierais portado como una persona responsable, ahora iríais cómodamente sentada en la carreta, sin más preocupación que disfrutar del paisaje —masculló, sin dejar de andar y sin mirarla.

En aquel momento había pensado en detenerse y dejar que él siguiera andando hasta el fin del mundo, si quería. No aguantaba más.

—Tened cuidado con lo que decidís, *alteza*. Os arrastraré si hace falta —soltó él, como si hubiera adivinado sus propósitos.

Por supuesto, en vez de parar había seguido andando, más por inercia que por voluntad propia. No sabía si sería capaz de llevarlo a cabo, pero por si acaso, prefería no tentar a la suerte.

Desconocía dónde estaban y cuánto faltaba para llegar adondequiera que él

tuviera a bien parar. Hacía tiempo que habían dejado atrás Belvezet, la última aldea por donde pasaran. Llevaban horas descendiendo por el camino serpenteante, entre prados con vacas pastando y bosques sombríos.

En Aubrac el capitán había intentado alquilar un caballo, pero por más que buscaron no había ninguno en alquiler ni a la venta. Lo único que le ofrecieron fue una triste mula que a duras penas se tenía en pie y que tenía sus días contados.

Debían seguir a pie.

Caminar, caminar y caminar hasta que cayera exhausta.

Él tampoco estaba muy bien. Su cojera se había agudizado y lo había visto tropezar en varias ocasiones. Aunque no por ello paró a descansar. El único momento en que había permitido una parada fue para compartir la comida que había comprado en Aubrac.

Claro que luego retomar la marcha fue un calvario. Las piernas parecían de mantequilla y los pies habían protestado por el castigo recibido.

Aún resonaban en sus oídos los resuellos de dolor del caballo. Aún veía el momento, tras el disparo, en que esos quejidos habían callado para siempre. El silencioso llanto del capitán, tumbado sobre el pobre rocín muerto.

Nunca había visto llorar a un hombre por la muerte de un animal. Nunca hubiera imaginado que pudieran hacerlo. Eso era cosa de niños, no de adultos. Al menos eso era lo que había creído siempre, pero esa mañana había cambiado de opinión. No podía ser de otro modo, a la vista de lo sucedido.

Solo tenía que recordar ese momento para que sus pies continuaran andando, pese a las ampollas, pese al cansancio o a su cuerpo dolorido por la caída. El sentido de culpabilidad la ahogaba. Constreñía su garganta y apenas la dejaba respirar.

Esa mañana, sentada en el pilón donde solo unas horas antes había subido para montar a *Rouge*, había deseado con todas sus fuerzas tener la posibilidad de volver a vivir el instante en que lo hizo, para desmontar y entregarle el caballo al capitán.

«El pasado no se puede cambiar —se dijo, apenada—. Somos esclavos de nuestros actos».

Hubert ya no estaba tan seguro como esa mañana de que el capitán no tardaría en alcanzarles. Pese a la lentitud con que habían avanzado, aún no tenían señales de él. El tiempo era magnífico. Sin una gota de lluvia que embarrara los caminos y con un sol que les calentaba los huesos.

Podrían haber llegado hasta Golighac, pero decidieron detenerse en Espalion con la esperanza de que el capitán se presentara de un momento a otro.

—¿Por qué se retrasan? —preguntó Luc, terminando de cepillar a los percherones—. ¿No creéis que deberían haber llegado ya?

—Posiblemente, muchacho, pero quizá la joven consiguiera eludir al capitán y se alejara lo suficiente como para...

—¿Acaso pensáis que no ha logrado apresarla, sargento? —se extrañó Luc. El muchacho tenía una fe inquebrantable en el capitán y en sus aptitudes.

—No. Seguro que están juntos, pero es posible que hayan retrocedido tanto que eso les retrase más. No sé adónde querría llegar esa imprudente.

—La señora Clarisse está muy preocupada por la señorita. No ha dejado de protestar todo el camino.

Luc tenía razón; la doncella estaba cual un reo ante el juez: hecha un manojo de nervios. Esperaba que el descanso de esa noche la tranquilizara lo suficiente como para no seguir insistiendo con dar la vuelta.

Si el capitán se estaba retrasando, sus razones tendría. Confiaba en su honorabilidad para con la muchacha. Siempre se había mantenido alejado de las jóvenes vírgenes y no era tan tonto como para no saber a lo que se exponía si llegaba a seducir a la señorita. Cuanto menos, el coronel Laforet lo despellejaría vivo y lo asaría al espetón.

No veía la hora de terminar con ese trabajo y regresar a Montbonnet. Margot estaría encantada de vivir con él. Tenían tanto tiempo que recuperar que no veía la hora de empezar con ello.

—Muchacho, será mejor que descansemos. Mañana nos espera otra jornada muy larga —anunció, tumbándose en la carreta.

—Seguro que mañana nos despierta el capitán —manifestó Luc. Luego preparó un lecho de paja bajo el vehículo—. Que paséis buena noche, sargento.

—Igualmente, Luc.

Una ventana en la parte alta de la cuadra dejaba ver el cielo estrellado. Al día siguiente también haría buen tiempo y no tendrían que luchar con el barro del camino. Estaban en temporada de lluvias y los días soleados eran un regalo que debían aprovechar.

René, escondido entre las carretas que descansaban en el patio de la posada, vigilaba la cuadra sin comprender el cambio.

Esa tarde les había alcanzado cerca de La Roziere. Durante varias leguas había vigilado todos los lados, pues no localizaba a Bonnet ni a la joven. Más tarde llegó a la conclusión de que no estaban con ellos. ¿Se habían separado? ¿Por qué?

Necesitaba saber dónde estaba Bonnet. La sensación de no tenerle localizado le ponía el vello de punta. No se fiaba de ese maldito hombre. Era capaz de acercarse por detrás y volver a apresarle como la otra vez.

¡Jamás!

No podía aproximarse a Hubert ni al retrasado porque ellos le conocían. Darían la voz de alarma en cuanto lo vieran. Solo quedaba la mujer, aunque sería muy difícil abordarla. Se le complicaban las cosas y a él no le gustaban las complicaciones.

Pensó en entorpecer el viaje de esos tres. Pero se dio cuenta de que no le reportaría la dicha necesaria. Era de Bonnet de quien quería vengarse. Le haría pagar por la humillación vivida en la cárcel de Le Puy.

Ante el recuerdo de estar apesado se tocó las muñecas. A veces soñaba que aún estaba en aquella maloliente celda; entonces se despertaba empapado en sudor y tembloroso. El carcelero se había regodeado al contarle que en unos días lo llevarían a la celda común, donde tendría que convivir con otros presos.

Él ya los había visto, y ellos a él. Varios le habían lanzado insinuaciones que aún le revolvían las tripas. Si no hubiera escapado, ahora sería el «juguete» de algún desalmado.

Bonnet pagaría por el miedo que le había hecho pasar. Por los sueños que le atormentaban las noches y por la afrenta. ¡Vaya si lo haría!

Oyó que resbalaba a su espalda y aguantó las ganas de volverse para ayudarla. Sabía que estaría agotada —él mismo sentía el cansancio en todos los huesos—; sin embargo, no quería mostrar ninguna piedad con ella.

La última media legua, una subida endemoniada, le había dejado la rodilla terriblemente dolorida. Si continuaba andando terminaría por destrozársela. ¿Pretendía lisiarse todavía más? Ya era hora de darse un respiro.

Con los últimos rayos de sol terminaron de cruzar el puente de Les Cambrassats y entraron en la aldea. Un simple vistazo le advirtió de que allí no encontrarían posada donde pernoctar. No había más que cuatro casas al lado del camino. Se acercó a la primera y llamó a la puerta con los nudillos.

Miró de soslayo a la joven, que parecía a punto de desmoronarse. Su chal caía desde el hombro, sin que ella hiciera nada para evitar que la prenda arrastrara por el suelo.

Gastón apretó la mandíbula y se acercó para colocárselo sobre los dos hombros.

Sus ojos lo miraron con estupor y miedo e intentó apartarse.

—¡Maldita sea! Dejad que os vista bien —masculló con sequedad.

No le había gustado esa mirada de temor.

«¡Por Dios! No voy a hacerle daño.

»Pero ella no lo sabe.

»Debería imaginar que si no la he golpeado por lo sucedido, no voy a hacerlo porque manche una maldita prenda.

»No te conoce tanto como para saberlo».

Molesto con sus pensamientos, terminó de colocarle el chal y se volvió a la casa. Al parecer no había nadie dentro.

Cojeando se aproximó a la siguiente y llamó a la puerta. Enseguida la abrió una mujer, que se limpiaba las manos en un paño.

—¿Qué deseáis? —inquirió, desconfiada.

—Busco un lugar para descansar esta noche —solicitó—. Necesitamos un lugar para dormir.

—¿Necesitamos? —preguntó ella, curiosa. Luego se asomó para ver a quién se refería. Una vez que vio a la joven pareció satisfecha—. Vos y vuestra esposa podréis dormir en la cuadra. —Gastón no quiso sacarla del error; no tenía sentido empezar a dar explicaciones—. Está un poco más adelante. Empujad la puerta. Solo está *Beatrice*, la vaca.

—Muchas gracias, señora —formuló antes de regresar junto a la joven, que seguía en el mismo lugar donde la había dejado. La imagen de una persona rota.

—¿Habéis cenado? —preguntó la dueña de la casa desde la puerta.

—No, señora.

—En ese caso, cuando os instaléis os llevaré un poco de estofado.

—Muy agradecido. Tanta caminata nos ha abierto el apetito —declaró Gastón con una sonrisa.

La mujer, más tranquila, se la devolvió y entró en la casa.

—Será mejor que vayamos a la cuadra —ordenó a la joven, pero tuvo que darle un pequeño empujón para que diese el primer paso. Al siguiente habría caído de rodillas si él no la hubiera sujetado—. ¡Maldición, mujer! ¿Por qué no me habéis dicho que estabais tan mal?

No podía creer que fuera tan terca como para no haberse quejado. A la escasa luz del ocaso pudo ver que sus zapatos estaban rotos y que había estado caminando casi descalza. Sin pensarlo dos veces, la tomó en brazos. Su rodilla protestó por la nueva exigencia; con los dientes apretados por el esfuerzo, aguantó la veintena de pasos que les separaban de la cuadra.

Tal y como había dicho la dueña, la puerta no estaba cerrada con llave. El olor a establo les dio la bienvenida. Las ventanas, en lo alto de las paredes, permitían que entrase luz. Depositó a la joven en el suelo, al lado de un montón de paja que podría servir de colchón. Ella se dejó caer sin molestarse en decir ni hacer nada.



Cuando llegó la dueña de la casa con el estofado prometido, la muchacha dormía plácidamente.

—Os he traído una manta —indicó la mujer. Luego encendió un farol con la vela que llevaba—. Las noches son muy frías...

La luz doró la estancia. Un gato que dormitaba en una de las vigas abrió los ojos con gesto de hastío. La vaca mugió, confundida por los extraños que habían entrado a importunar su descanso.

—Os lo agradezco. Sois muy amable —murmuró, deseando que los dejara solos para ver los pies de la joven. Seguro que tenía heridas que sería necesario curar—. Llevamos todo el día caminando...

—Vaya, lo comprendo. Dejaré que descanséis —dijo antes de salir de la cuadra.

Gastón intentó despertar a la muchacha para que comiera un poco, pero ella solo gimió sin llegar a despertarse. Volvió a insistir, con el mismo resultado, así que la tapó con la manta y la dejó dormir.

El estofado estaba realmente delicioso y él se lo comió con deleite. Una cosa buena que le había sucedido en un día aciago. Una vez ahíto, dejó el cuenco y la cuchara a un lado y se acercó a la joven. Con cuidado para no despertarla, le quitó los maltrechos zapatos. Una maldición, que hubiera abochornado al marinero más curtido, escapó de sus labios al ver el estado tan lamentable en que tenía la planta de los pies. Se le habían roto las medias y bajo toda aquella mugre, las ampollas reventadas sangraban. Debían de dolerle mucho; ¿por qué no había dicho nada?

«¿Le hubieras hecho caso?», se preguntó, lleno de vergüenza por el trato que le había dispensado.

Buscó agua en la cuadra. Esperaba no tener que molestar a la dueña. Por suerte, encontró un tonel lleno. Limpió con paja el cuenco del estofado y lo llenó con agua.

Se arrodilló al lado de la durmiente. Había que quitarle las medias agujereadas. No servían de nada y dificultaban la limpieza de los pies. Sin más preámbulos, le subió la manta y la falda hasta los muslos, para desatarle las ligas. Su piel blanca y suave despertó sensaciones que prefería mantener escondidas. Tal vez por eso se las quitó con más brusquedad de la necesaria. Se obligó a no mirar sus preciosas piernas, a no fijarse en los lunares que las adornaban y que con gusto hubiera reseguído con la yema de un dedo. No fue fácil, pero al final venció su cordura. Ella, ajena a las tribulaciones de su compañero de viaje, siguió dormida. Demasiado agotada para darse cuenta de algo.

Gastón le lavó los pies hasta que no quedó ni un solo rastro de tierra o sangre. Buscó un pañuelo en su petate y se los secó con delicadeza. En una cajita de madera guardaba un poco de polvo de milenrama; se lo aplicó en todas las llagas para que le cicatrizasen lo antes posible. La joven gimió en varias ocasiones, sin llegar a despertar. Debía de estar completamente exhausta.

Para vendarle los pies rasgó unas tiras de una de las múltiples enaguas. Consideró que destrozarse una de las camisas de repuesto, que guardaba en el petate, era un

estropicio innecesario.

Al finalizar la tapó otra vez con la manta, le apartó varios mechones de la cara y dejó que siguiera durmiendo.

Era el momento de atender sus propios males. La rodilla estaba hinchada y el simple roce con la tela era un suplicio. Se quitó la bota, retiró la media y se subió la pernera del calzón para masajearse con el ungüento de árnica que le había dado Rose. El dolor era tan intenso que debía contenerse para no gritar cada vez que pasaba los dedos. Cuando terminó de masajearse, estaba sudando a mares y el sufrimiento le nublaba la vista.

Con un último esfuerzo se subió la media y volvió a calzarse antes de dejarse caer en la paja a unos pasos de la señorita Laforet, que dormía como un bebé.

Abrió los ojos y se sorprendió al ver a la criatura a unos pasos de ella. Era un ratoncillo que olisqueaba el aire, sin dejar de mirarla con sus ojillos negros. ¿Qué hacía un ratón en su habitación?

Parpadeó, confusa, hasta que recordó dónde estaba. Una cuadra en medio de ninguna parte. Con los recuerdos le llegó el dolor. Era como si le hubieran dado una paliza. Le molestaba cada rincón de su cuerpo. El ratón huyó despavorido en cuanto ella empezó a moverse.

En un gancho de la pared colgaban sus medias. Las punteras rotas y tan sucias que apenas se adivinaba el blanco original. No recordaba habérselas quitado y, menos, haberlas colgado tan a la vista de cualquiera que entrara en la cuadra. Pero no había duda de que eran las suyas; las rosas de las cintas las había bordado ella el invierno anterior.

Asustada, se destapó, pensando en cuántas más prendas le faltarían. Un rápido vistazo hizo que se tranquilizara: seguía llevando su vestido de viaje de terciopelo gris y las enaguas; aunque una tenía el bajo desgarrado. Los zapatos habían desaparecido; en su lugar lucía unas vendas que le cubrían los pies. ¿Quién se las habría puesto?

Antes de que pudiera seguir haciéndose preguntas, entró la dueña de la casa. Traía un plato con pan, queso y un cuenco de chocolate humeante.

—Buen día, ya veo que estáis despierta. Vuestro esposo me ha dicho que aún dormíais. Imagino que ayer terminasteis agotada.

Émilie dejó de prestar atención en cuanto oyó las palabras: «vuestro esposo». Solo podía referirse al capitán. ¿Él le habría dicho que estaban casados?

—Un hombre muy apuesto, ese esposo vuestro —continuó la mujer, sin importarle, al parecer, que ella no dijera nada—. Apuesto y trabajador. Esta mañana se ha encargado de ordeñar a *Beatrice* y ha hecho un buen montón de leña. Aún sigue en ello. Pero comed algo. —Le colocó el plato en el regazo y le tendió el cuenco—. Él me ha dicho que anoche no llegasteis a cenar nada. Ni siquiera os despertasteis cuando os curó los pies.

«¿Él me ha curado los pies?!», pensó, enrojeciendo de vergüenza.

—Tranquilizaos, no creo que le molestase que os quedaseis dormida. —Se apresuró a añadir, malinterpretando su bochorno—. Parece un hombre muy comprensivo.

¿Comprensivo? ¿Estaban hablando de la misma persona?, se preguntó Émilie, empezando a pensar que se había vuelto loca.

—Parece que os sorprende. Quizás estéis acostumbrada, pero yo puedo aseguraros que no todos los hombres son así. Mi difunto marido no hubiera

consentido que me quedase dormida sin haberle «atendido» antes. Pese a todo, le echo de menos. Para una mujer sola es muy difícil sacar una granja adelante. Y en invierno las noches son muy frías...

Como si se percatara de que estaba hablando mucho, guardó silencio mientras miraba con apreciación la tela del vestido de Émilie y los zapatos, colocados a un lado. Después la instó a comer con un gesto.

Lo cierto era que tenía hambre. No había comido nada desde el mediodía anterior. El pan tierno le supo a gloria. El chocolate fue un manjar demasiado exquisito para dejarlo a un lado.

—Muchas gracias, señora. Os agradezco vuestra hospitalidad —dijo Émilie, al fin.

—No es nada. Comed antes de que se enfríe —le restó importancia—. Vuestro esposo me ha dicho que se os rompió el eje del carruaje y que habéis tenido que seguir andando —continuó la mujer, sin dejar de mirar los zapatos. Al fin se atrevió a coger uno. La suela colgaba como la lengua de un perro jadeante y el tejido estaba manchado de barro, pero ella lo observaba con reverencia, mientras acariciaba el tacón—. Este calzado no es adecuado para caminar...

—No. Desde luego —admitió Émilie—. Ayer se soltaron las suelas. Hoy no servirán de nada.

—Tengo unos zapatos más adecuados para el camino. Están muy viejos, pero os harán mejor servicio que los vuestros.

Émilie vio la posibilidad de un trueque y no dudó en aprovecharla. Si intentaba andar con los suyos terminaría con los pies aún más destrozados. Por muy viejos que estuvieran los que le ofrecía aquella mujer, serían más indicados que los suyos.

—Os los enseñaré.

Sin esperar respuesta, la dueña de la casa salió de la cuadra. Émilie terminó el desayuno con una sonrisa. Nada como comer caliente para saciar el hambre. Con un suspiro se miró los pies. Dejó el plato y el cuenco a un lado. Ya era hora de ver en qué estado se encontraban.

Con cuidado fue retirando las vendas, temiendo lo que iba a encontrarse, pero lo que el capitán le había aplicado, fuera lo que fuese, era efectivo, pues las heridas estaban bastante secas.

—Tomad. Una vez que os los lavéis, untad cada herida con este polvo.

Ella ahogó un grito y se cubrió los pies desnudos con el ruedo de la falda. No lo había oído entrar. El corazón comenzó a latirle a toda velocidad.

—Es un poco tarde para tantos melindres, *alteza* —señaló con frialdad, poniéndose la casaca. Tenía el pelo húmedo, peinado hacia atrás y la barbilla ensombrecida por la barba de un día, pero seguía tan apuesto como siempre.

Émilie apartó la mirada para que él no se diera cuenta de lo mucho que la afectaba su presencia. Era demasiado guapo, aun con el ceño fruncido por el enfado, lo era. Y la noche pasada le había quitado las medias. Había lavado sus pies.

Enrojeció solo de imaginar las manos del capitán tocando sus piernas... ¡Madre del amor hermoso!

—Haced lo que os he dicho. Nos marcharemos lo antes posible —ordenó él, pasándose la mano por el pelo antes de colocarse el sombrero.

—Gracias... —musitó, sin dejarse intimidar por su sequedad. Con esfuerzo apartó las eróticas imágenes de aquellas manos masculinas acariciando su piel—. Por curarme las heridas.

—No me lo agradezcáis. Ha sido egoísmo puro; no deseaba tener que cargar con vos el resto del camino.

Ella no lo creía así; le suponía con más corazón, pero la entrada de la dueña de la casa le impidió decírselo.

—Os traigo los zapatos y he encontrado algo de ropa más adecuada que la vuestra —explicó la mujer, cargando con una palangana llena de agua sobre las prendas—. Y un poco de jabón para el aseo.

—¿Cuánto debo pagaros por ello? —indagó él, mirando la carga.

—Oh, nada. Bueno... es decir... si vuestra esposa quiere, estaría dispuesta a cambiarlo por sus zapatos y el vestido —concluyó, dejándolo todo sobre la paja—. Con unos pocos arreglos, me quedaría bien.

—¿Querréis, *alteza*? —Lo preguntó como si dudara de que ella fuera a ponerse las ropas viejas de otra persona. A Émilie le dolió que tuviera esa imagen de ella.

—¿Alteza? —graznó la mujer con los ojos clavados en Émilie. Había empalidecido.

—No os inquietéis, siempre me llama así —aclaró Émilie, para tranquilizarla—. Solo es un apelativo. Estaré encantada de hacer un trueque con vos —aseguró, lanzando una mirada desafiante al hombre.

La mujer, más serena, volvió a sonreír. Sus ojos no dejaban de valorar el brillo del terciopelo.

—Aseaos. Después os sentiréis mejor.

—No tardéis mucho. Debemos ponernos en marcha enseguida —ordenó el capitán, saliendo de la cuadra cargado con el petate. Podría ser un gruñón y odiarla, pero en el fondo era un caballero considerado. Le daba intimidad para que se aseara sin que hubiera que pedírselo.

La mujer también se marchó, llevándose los zapatos estropeados como si fueran un tesoro. Un buen zapatero les devolvería su aspecto anterior sin mayores problemas.

Tras lavarse, Émilie se puso una camisola de lino, más basta que la suya de hilo, un corpiño, sus propias enaguas y una falda de paño de lana color óxido, menos pesado que su vestido. Las prendas mostraban varios remiendos y estaban desgastadas por el uso, pero olían a limpio. Se curó los pies con el remedio del capitán. Las medias de lino, con las rodillas y los talones parcheados, eran más ásperas que las suyas de seda; sin embargo, se las puso agradecida.

Escondió la bolsita con el dinero dentro del corpiño, entre los pechos. Allí no lo perdería. Debía buscar la manera de escapar. Aunque se habían alejado mucho, tal vez aún podría ir a Chirac.

La mujer no le había mentado: los zapatos habían conocido tiempos mejores, pero sus resistentes suelas planas aguantarían la caminata. Le iban un poco grandes, sin embargo, con las medias y un poco de paja en la puntera, le quedaron perfectos.

Probó a caminar; le dolían los pies, pero los zapatos no eran incómodos y podría soportarlos.

Hubert dejó que los percherones siguieran al paso. Al no tener ninguna prisa, le daría más margen al capitán y a la señorita para alcanzarlos. Tras haber salido de Espalion a primera hora de la mañana, ya bajaban con destino a Verrieres. ¿Por qué se retrasaba tanto el capitán? ¿Era posible que se hubieran adelantado?

A caballo podían recorrer más distancia que en una carreta, pues podían cabalgar campo a través sin problemas. En la próxima posada preguntaría por si les habían visto.

—¿Nos alcanzará hoy el capitán? —preguntó Luc, la cara vuelta al sol—. Seguro que ya han arreglado el carruaje —continuó con sus deducciones, sin esperar respuesta—. Así no tendrán que compartir el caballo.

—¡Dios mío! —barbotó Clarisse en la parte trasera de la carreta—. No lo había pensado. ¡Qué falta de decoro! Si el coronel llega a enterarse... ¡Ay! No quiero ni pensarlo.

—El capitán es un caballero. Os lo aseguro, señora. No hará nada que menoscabe la reputación de la señorita —precisó Hubert sin mirarla; molesto por que pusiera en duda la honorabilidad de su amigo—. De todos modos, vuestra querida señorita debería haberlo pensado antes de robar un caballo y tratar de huir. No ha demostrado tener mucha cabeza.

—Está asustada por la próxima boda. No quiere casarse —justificó Clarisse, tan dispuesta a defender a su protegida como él a Gastón—. Ha sido un comportamiento muy extraño, el del coronel.

—Ha dejado que su hija esperase demasiado para casarse. Hace años que debería haberla obligado —añadió Hubert, sin pensarlo mucho. Conocía los rechazos a los jóvenes que la habían pedido matrimonio.

—Supongo que él esperaba que ella eligiera. Por eso me resulta más chocante su decisión.

—No nos corresponde a nosotros juzgar lo que decida un padre sobre su hija —declaró, volviéndose un instante a mirarla—. Sea extraño o no, él tiene el poder de decidir.

—Sois muy estricto, Hubert. No juzgo su decisión; solo intento encontrar un sentido a ese cambio.

—Creo que no lleváis mucho trabajando en su casa. ¿Cómo podéis saber si él ha cambiado tanto o no? —Estaba intrigado por las palabras de la mujer.

—Tenéis razón, no llevo mucho tiempo. En realidad solo hace cuatro meses que empecé a trabajar allí. Desde que mi amiga Eloïse se casó y dejó su puesto —admitió—. Pero ha sido suficiente para ver que el coronel mimaba a su hija y no la presionaba para casarse.

—¿Qué hacíais antes de trabajar en la casa del coronel? —preguntó Luc, incluyéndose en la conversación.

—Me dedicaba a atender mi casa y a mi marido.

—¿Estáis casada? —Hubert volvió a mirarla. Le sorprendía que su esposo la dejara viajar durante tantos días o permitiera que viviera en otra casa.

—Soy viuda. Mi esposo falleció hace casi un año.

—Lo siento mucho, señora.

—Gracias, Hubert.

Nadie dijo nada más y se dedicaron a observar el paisaje y a los peregrinos que adelantaban.

Hubert se preguntó si Clarisse tendría hijos y dónde estarían. Tal vez con algún familiar. Le hubiera gustado saberlo, pero sonsacarle esa información le pareció fuera de lugar. Quizás ella se lo dijera más adelante, sin necesidad de preguntarle.

Entraron en Saint-Come-d'Olt por una de las puertas fortificadas. Las calles estrechas, flanqueadas por casas de piedra, les dieron la bienvenida. Se volvió un poco para mirar a la señorita Laforet, que lo seguía sin dejar de observar todo a su alrededor. En todo el trayecto, desde que se habían despedido de la mujer en Les Cambrassats, apenas habían hablado. El recuerdo de *Rouge* le aguijoneaba el mal humor. Que su rodilla protestase a cada momento no hacía que mejorase su talante.

Quizá por eso ella se había mantenido unos pasos tras él, en silencio.

Vestida como una campesina, con el cabello suelto bajo la cofia blanca, parecía aún más joven. A regañadientes, Gastón hubo de admitir lo bien que le sentaba aquella camisola escotada, que dejaba tanta piel marfileña a la vista. Era evidente que no estaba acostumbrada a mostrar tanto, pues se apresuraba a cubrirse con el chal en cuanto este resbalaba.

Cuando él preguntó por las cuadras le señalaron por qué puerta debía salir de la ciudad, ya que el edificio se encontraba fuera, extramuros. Había mercado y los puestos estaban a rebosar de curiosos que admiraban las mercaderías. Gastón vio un puesto donde vendían quesos del lugar. Una mujer elaboraba *aligot*; el aroma a queso fundido, puré de patatas y nata era tan apetecible que despertaba los sentidos.

—Huele como el Paraíso —aseguró él, al acercarse para comprar un par de cuencos de aquel manjar tan apetitoso.

—Esto es capaz de resucitar a un muerto, caballero. —La mujer le guiñó un ojo, sonriendo con su boca mellada—. ¿Queréis probarlo?

—Por supuesto, señora. Un par de raciones estaría bien —aclaró, sonriendo a su vez.

La mujer se fijó en la señorita Laforet, que observaba el campanario enroscado de la iglesia con mucho interés.

—¿Conocéis la leyenda del campanario? —preguntó la mujer. La joven bajó la vista y negó con la cabeza, mirándola con expectación. La mujer, encantada de tener público, se apresuró a seguir hablando—. Dicen que el diablo se encontraba saltando en la colina, cerca de aquí, y una ráfaga de viento hizo que su cola se enrollase en el campanario. Desde entonces está así. —Asintió con la cabeza repetidamente, para dar más énfasis a la historia.

—Gracias —entonó la señorita Laforet, interesada. Se cubrió el escote con el chal—. Me gustan las leyendas.

—Pues si os quedáis por aquí, yo puedo contaros muchas —carcajeó—. ¿Tenéis dónde echarlo? —inquirió con el cucharón en la mano, preparada para servir. Al ver que Gastón negaba, buscó un cuenco de madera bajo la mesa y sirvió dos generosas raciones—. Tendréis que compartirlo. Estoy esperando a que terminen —señaló a



varios peregrinos que comían sentados en el suelo—; no tengo más. —Les entregó una cuchara de madera tan desgastada que apenas le quedaba forma.

Gastón pagó la comida y, con el cuenco en la mano, fue a sentarse en el suelo, algo alejado de los peregrinos. La muchacha lo siguió como una sombra y se sentó cerca de él, tan cerca que podía ver el canalillo entre sus pechos, por encima del escote de la camisola. Apartó la mirada como si le hubieran pinchado. Ella era intocable. Y aunque no lo hubiera sido, la odiaba.

—Empezad vos. Yo comeré cuando acabéis —propuso, entregándole el cuenco y la cuchara. Después se recostó en la pared, con la pierna izquierda doblada para apoyar el brazo con desgana. Mantuvo la derecha estirada y comenzó a masajearse la rodilla. Le dolía mucho, pero no tanto como la noche anterior. Si conseguían un caballo, al no tener que caminar, le aliviaría más.

—Gracias. Está muy bueno —comentó ella, saboreando el *aligot* con deleite—. No sabía que tenía tanta hambre. ¿Creéis que hoy alcanzaremos a los de la carreta?

—Si consigo un caballo, seguro que sí —contestó con más sequedad de lo que hubiera pensado. El recuerdo de lo sucedido el día anterior, unido al dolor de su rodilla, lo quemaba por dentro.

—Yo... me gustaría poder cambiar lo ocurrido —musitó ella, dejando la cuchara.

—Desgraciadamente, eso es imposible.

—Lo sé. —Le pasó el cuenco. Apenas había comido nada. Volvió a taparse el escote con el chal.

—No habéis acabado vuestra ración, *alteza* —espetó, pero por primera vez, el epíteto fue más un apelativo que un insulto—. Si no coméis, no tendréis fuerzas para seguir.

—No tengo apetito —susurró, cabizbaja.

—No creo que comamos más hasta el final del día. Luego tendréis hambre y no pararé —la amenazó, más por provocarla que por otra cosa. Aun sabiendo que por mal que la tratara, *Rouge* no iba a resucitar, no podía evitarlo.

Su caballo había sido muy valioso, no solo por sus aptitudes y su valor como semental, sino por su precio. Eran animales muy caros y no estaban al alcance de cualquiera. Había pensado comprar una buena yegua y dedicarse a la cría de caballos. Le gustaban y se le daban bien. Sería una forma como otra cualquiera de ganarse la vida y él tenía terreno suficiente para montar un buen criadero de caballos. Tras la muerte de *Rouge*, eso se hacía inviable. No tenía suficiente dinero para comprar una yegua y un semental.

Cansado de ofrecerle el cuenco, desistió y empezó a comer, pero a él también se le había quitado el apetito. No obstante, no podía permitirse caer en la tentación de dejarlo. Les quedaban varias leguas por delante y debía tener fuerzas para aguantar sin desfallecer.

Ella permaneció tan silenciosa como antes, observando el movimiento de las gentes del lugar con sus luminosos ojos grises, ahora un tanto apagados.

Una vez vació el cuenco, se lo devolvió a la mujer, junto con la cuchara. Luego empezaron a descender por una callejuela hasta la salida del pueblo. El rato que estuvo sentado había dejado su rodilla un tanto rígida y le costaba bajar por aquella cuesta.

Al cruzar la puerta ojival vieron las cuadras. Era un edificio de piedra con un patio vallado para guardar a los animales. Un par de caballos descansaba junto a la valla. Eran buenos rocines. No tanto como lo había sido *Rouge*, pero al menos no eran jamelgos sin fuste.

Entró en el edificio, mientras ella permanecía junto al cercado, mirando a los animales.

Nada más ver al dueño de aquel lugar, Gastón supo que no compraría nada. No le gustaron sus ojillos codiciosos ni su postura de matón. Intentó caminar sin cojear demasiado, algo bastante difícil dada la rigidez de su rodilla.

—¿En qué puedo servirlos? —inquirió el hombre, frotándose las manos.

—He visto que tenéis dos jamelgos ahí fuera; tal vez me interese comprar o alquilar uno —empezó Gastón, restándole importancia a los animales.

—¿Jamelgos? Lo dudo, caballero. Esos son dos caballos de buena sangre —aseguró—. Los he traído de Arabia.

Gastón alzó una ceja y sonrió de medio lado. Lo más cercano a Arabia que habían estado esos caballos habría sido por la presencia de algún moro despistado de paso. Como era una tontería tratar de negarlo, pues el otro lo mantendría contra viento y marea, caminó hasta el cercado para observar de cerca a los rocines.

—Podéis ver la hermosa planta que tienen —comenzó el vendedor—. Patas delicadas, pero fuertes. Se puede ver su ascendencia árabe...

Gastón le dejó hablar sin dejar de escrutarlos, buscando defectos. Que los animales no se hubieran acercado a la valla era una mala señal: o eran muy ariscos o temían al dueño.

El hombre había seguido hablando, ensalzando unas imaginarias cualidades, cada vez más exageradas.

—¿Cuánto pide por ellos? —le cortó, cansado de tanta cháchara. Si le dejaba seguir, terminaría por asegurar que esos caballos descendían de las mismísimas cuadras del rey Salomón.

El vendedor, tras repetir todas las supuestas virtudes de sus animales, dejó caer una cifra completamente exorbitada. Una cantidad casi razonable de haber sido realmente descendientes de caballos árabes.

—Aun por la mitad, seguirían siendo demasiado caros para su categoría —declaró Gastón con sinceridad; se volvió para salir de la instalación—. Temo que hemos estado perdiendo el tiempo. Que tengáis buen día, señor.

Caminó con un brío fruto de la furia por saber que debería continuar a pie. No estaba dispuesto a despilfarrar un dinero que no poseía por cualquiera de esos ejemplares. Vistos más de cerca, no llegaban, ni de lejos, a la calidad de su viejo

amigo. Su rodilla tendría que aguantar hasta encontrar un vendedor honrado.

—¡Son caballos árabes! —gritó el hombre, molesto por que lo hubieran puesto en duda—. Y es un precio juicioso.

—Os felicito, señor, así no os costará nada deshaceros de ellos —murmuró sin dejar de andar hacia la salida. Escuchó pasos tras él, pero no aminoró la marcha.

—¿Dudáis de lo que os digo? —insistió el vendedor, al llegar a su altura. Lo miró de arriba abajo, fijándose en la espada que colgaba de la cadera y en su pose—. ¿O solo tratáis de que os rebaje el precio?

—No, no deseo que me rebajéis nada. No me interesa vuestra mercancía —aclaró Gastón fuera del edificio. Se quitó el sombrero, se peinó con los dedos y volvió a colocárselo—. Que tengáis buen día —repitió antes de despedirse con un gesto de cabeza.

La joven lo esperaba al borde del camino, haciendo dibujos en la tierra con la puntera del zapato. No le dijo nada; se limitó a seguirle cuando emprendió la partida.

—¿Qué puede saber de caballos un soldado lisiado como vos? —bramó el vendedor a su espalda.

Gastón se dio la vuelta lentamente. Los ojos entrecerrados, la postura alerta y la rabia burbujeándole en la sangre. Retrocedió unos pasos por el camino andado, dispuesto a hacer tragar aquellas palabras al codicioso vendedor. No iba a consentir que le lanzara su condición como un insulto.

El muy cobarde, al verle caminar en su dirección, perdió brío y corrió al interior del edificio para encerrarse en él.

No tenía sentido regresar para pelearse con una puerta, así que volvió a cambiar de dirección y se acercó a la muchacha, que lo miraba con los ojos tan redondos como escudos de plata. Sus manos, aferrando el chal contra el pecho.

Esperaba que no dijera nada. No se sentía capaz de contestarle con caballerosidad. Ella debió de adivinar su turbulento estado de ánimo, pues se limitó a seguirle en completo silencio.

Si había algo que suavizaba su mal humor, era saber que ella también tendría que caminar y que al final del día estaría tan agotada como él. Le estaría bien empleado que los zapatos le hicieran ampollas del tamaño de uvas.

«No seas chiquillo —se reprochó—. ¿Qué te aportaría su sufrimiento?

»Nada, en realidad.

»Lo imaginaba».

Un poco más calmado, suspiró al recordar que a esas horas el carruaje ya estaría arreglado y que tarde o temprano les alcanzaría. Solo debían aguantar hasta ese momento.

El salón de la posada de Espalion estaba a rebosar entre peregrinos y lugareños. Muchos fumaban sus pipas, charlando con sus compañeros de mesa; otros jugaban a los naipes o a los dados, armando escándalo según el resultado del juego. Era una estancia amplia, de techos de madera oscurecida por el humo. Como todas, olía a guisos y a bebidas fermentadas. El suelo estaba cubierto de paja, entre la que se veían restos de comida y suciedad de todas clases. Nada que no fuera habitual en un establecimiento de ese tipo.

El capitán y ella cenaban sentados a una mesa en la que, por una vez, él no estaba de espaldas a la pared, pues la única que había quedado libre se encontraba en medio de la estancia. Quizá por eso notaba que su desidia era más simulada que otra cosa. No dejaba de mirar de soslayo hacia los lados, controlando los movimientos de quienes tenía a la vista. En varios momentos le vio mirar a su espalda, fingiendo estirar los músculos.

Émilie se preguntó si alguna vez dejaba de estar vigilante. Probablemente, nunca.

—¿Deseáis algo más? —preguntó la «Mimí» de turno. Una joven con las mismas generosas medidas que todas las mozas de taberna y con la misma destreza para mantener el escote de la blusa a un tris de resbalar y mostrarlo todo.

«¿Se lo enseñan o es innato?»

Ella se había pasado la jornada arreglándose el escote de la camisola para no enseñar más de lo debido. Se llevó las manos al cordón que lo cerraba, para asegurarse de que estuviera bien atado.

La moza la ignoró y volvió al capitán sus ojos color cacao, con una sonrisa tan amplia que le partía la cara.

—Mi madre ha hecho unas natillas celestiales —anunció, sin dejar de sonreír—. ¿Deseáis que os traiga un cuenco?

—Por supuesto, soy muy goloso —dijo él.

«¿Son cosas mías o ya no está hablando de postres?», pensó Émilie, rechinando los dientes.

—Yo también quiero uno —solicitó, antes de poderse contener.

La moza no se molestó en mirarla, siquiera. Sin apartar la vista del capitán, que le dedicaba una de esas atractivas sonrisas suyas de medio lado, se marchó a la cocina.

Empezaba a cansarse de que siempre estuviera coqueteando con toda mujer que se le pusiera delante.

«Ya. Lo que te molesta es que coquettee con todas menos contigo.

»No me interesa que coquettee conmigo.

»¿Estás segura?

»Por supuesto. ¿De qué me sirve que hoy se muestre interesado en mí, si mañana

me habrá cambiado por otra?»

Había fantaseado muchas veces con él. Demasiadas para su tranquilidad. Era evidente que su sino era fantasear sobre cosas que nunca podría tener.

La casona que había comprado el capitán era prueba de ello. Durante años, se imaginó que viviría allí cuando fuera mayor, que sería parte de su dote. Plantaría rosales a los lados de la puerta de entrada y un huerto en la parte de atrás. Ya la había decorado por dentro y empezaba a imaginar los tejidos que utilizaría cuando su padre anunció que la había vendido a un capitán del ejército. El capitán que ella había visto retozando en las hierbas, para más escarnio.

Luego él había formado parte de sus fantasías. Incluso cuando regresó herido y con un humor de perros, siguió imaginándose junto a él. ¡Valiente tonta!

La moza regresó con los dos cuencos de natillas y volvió a comerse a Bonnet con los ojos. Para no ser testigo de ese intercambio de miradas, Émilie dejó que su vista vagara por el lugar. Ahora había más mesas libres y la mayoría de los hombres estaba alrededor de los que jugaban, apostando.

Dos sujetos entraron en la posada con aire de ser los dueños del lugar. Se acercaron hasta el mostrador, donde el posadero secaba unos vasos, y le saludaron con mucha confianza. Acodados en la madera, dieron un repaso a todos los presentes en la estancia. Uno de ellos terminó con los ojos clavados en la mesa de Émilie.

Al principio ella pensó que miraba a la moza, que aún seguía dando conversación al capitán. Su mirada, codiciosa y descaradamente lasciva, no le quitaba ojo. Después, cuando la moza regresó a la cocina, se dio cuenta de que él seguía mirando y que en realidad era a ella a quien observaba con tanto descaro.

Se sonrojó violentamente al tiempo que se cubría más con el chal.

—¿Tenéis frío? —indagó el capitán—. ¿Estáis enferma? —Le pareció preocupado, pero Émilie desechó esa posibilidad por imposible; ella figuraría en el último lugar de sus inquietudes.

—No... no... En realidad, me gustaría regresar a la habitación. He de curarme las heridas de los pies —improvisó, deseando salir de allí. La mirada del sujeto del mostrador la estaba poniendo nerviosa.

—Entonces, vamos. Os acompañaré.

No se lo tuvo que repetir dos veces. Los dos se dirigieron al piso de arriba. Se arrimó todo lo que pudo al capitán, pero sin llegar a rozarle siquiera. No deseaba que él se molestara con ella. Durante todo el tiempo sintió la mirada de aquel hombre clavada en su espalda. Solo cuando llegaron al piso superior, se relajó un poco.

La habitación no era muy grande; sin embargo, a la luz del candil, se veía limpia y un pequeño fuego ardía en la chimenea. La visión de la cama le recordó lo cansada que estaba. Con las manos sujetando el chal contra el pecho, se volvió para mirar al capitán.

Él había recogido su petate y se disponía a marcharse.

—Lavaos con esto y después os aplicáis los polvos de milenrama. Seguro que

mañana vuestros pies estarán mejor —ordenó, ya en la puerta—. Cerrad con la llave. Vendré a buscaros por la mañana. No abráis a nadie y no intentéis escapar.

«¿Escapar?», se preguntó Émilie. No se le había ocurrido. El cansancio no le había dado margen para pensar en otra cosa que no fuera seguir andando tras él.

Se limitó a asentir con la cabeza; tomó el jabón y la cajita de madera, luego cerró la puerta con llave y la dejó puesta. La tentación de tumbarse en la cama sin atender las heridas de sus pies era demasiado fuerte, pero si lo hacía, al día siguiente no podría caminar.

El abollado aguamanil de cobre tenía agua, que ella vertió en la palangana; tomó el lienzo, que había conocido tiempos mejores y que colgaba en un clavo, para dejarlo todo a los pies de la cama.

Se quitó la ropa, quedándose únicamente con la camisola. Se sentó en el lecho y procedió a lavarse.

El agua fresca alivió sus doloridos pies. Tenía dos ampollas nuevas; varias del día anterior se le habían reventado con la caminata; las que lo hicieran antes seguían cicatrizándose sin problemas. Se aplicó diligentemente el polvo de milenrama. Las vendas estaban demasiado sucias para volvérselas a poner. Sin pensarlo mucho, arrancó varias tiras de su deteriorada enagua. Lavó las usadas y las puso a secar junto a la chimenea. Las necesitaría al día siguiente.

Una vez realizadas todas las tareas, apagó el candil y se tumbó en la cama. El colchón era de paja, pero no tenía demasiados bultos.

Se imaginó que el capitán habría bajado para encontrarse con la moza y que ahora estaría retozando con ella. La pena la obligó a dejar de torturarse con esos pensamientos.

El recuerdo del dolor reflejado en los ojos de Bonnet, tras el insulto del vendedor de caballos, volvió a entristecerla. Sabía que él no llevaba nada bien el haber sido licenciado del ejército. Sus cambios de humor, su sarcasmo y su ironía eran prueba de ello. Atrás quedaba aquel hombre siempre risueño, que encandilaba a toda fémica que se le pusiera delante.

Sí, las seguía seduciendo, pero no de la misma manera. En los días pasados se había fijado en que, pese a tratar bien a las mozas, siempre había un punto de frialdad e impaciencia en sus palabras. Como si estuviera alterado.

Sabía que la rodilla le dolía casi siempre. Le veía masajearse cada vez que se sentaba y, conforme avanzaba el día, la cojera iba en aumento. Para cuando llegaba la noche, ya no podía caminar sin hacer una mueca. Su carácter se volvía más agrio y desagradable. Al menos con ella. Con el resto de la gente se comportaba con suficiente caballerosidad para no ofender a nadie.

Cerró los ojos e intentó no seguir pensando en él. Pero su mente tenía otras intenciones y siguió conjurando las imágenes de aquella tarde lejana, cuando lo vio entre las hierbas, hasta que se quedó dormida.

Se despertó sin saber dónde estaba ni qué la había despertado. Aturdida, recordó

la posada. No sabía cuánto tiempo había estado dormida; debía de ser poco, pues el sueño se negaba a abandonarla. La luz de la luna formaba un trapecio en el suelo de madera y bañaba el cuarto de un fulgor azulado, que competía con el dorado de las mortecinas llamas de la chimenea. Todo era quietud y silencio. Volvió a cerrar los ojos, dispuesta a seguir durmiendo.

Oyó un ruido al otro lado de la puerta. Parecía que alguien intentaba abrirla. Pensó que el capitán iba a buscarla, pero aún era de noche. Claro que con lo enfadado que seguía con ella, quién sabía qué era capaz de hacer para molestarla.

Se le cerraban los ojos de sueño. Le costaba mantenerlos abiertos el tiempo suficiente para despabilarse del todo. Parpadeó varias veces, intentando no volver a dormirse.

La llave cayó de la cerradura y la puerta se abrió al fin. Contra la luz del pasillo se recortaron las figuras de dos hombres. No era el capitán.

Frente a ella estaban los dos sujetos de la posada. ¿Era una pesadilla?

Émilie parpadeó para despejar la cabeza.

Ellos entraron con rapidez y cerraron la puerta sin demasiada fuerza; el pestillo no encajó del todo. Un resquicio de luz entraba a lo largo del marco. Ella lo miró sin creer lo que estaba ocurriendo.

Cuando dieron unos pasos hacia el lecho, las intenciones de aquellos desconocidos fueron más que evidentes.

Se le heló la sangre.

Por fin arrancadas las telarañas del sueño, intentó saltar de la cama, dispuesta a escapar. ¡No podía dejar que esos dos la atraparan!

Desgraciadamente, había tardado demasiado en comprender lo que sucedía; el hombre que la mirara con tanto descaro en el salón ya estaba sobre ella. Sintió su peso aplastándola contra el colchón y el olor desagradable de su aliento.

Su mano hedionda le tapó con fuerza la boca antes de que pudiera gritar. Notó el sabor metálico de la sangre: le había partido los labios.

Debía hacer algo para librarse de ellos; el miedo era el mayor acicate.

Intentó clavarle las uñas en los ojos, mientras daba patadas para librarse de él. No pudo. Quiso morderle, pero el hombre le atenazaba la mandíbula y no la podía mover. Hizo un intento por girar la cabeza. Nada, imposible.

Manoteó, asustada. El corazón latiendo a la velocidad de un caballo desbocado.

El otro individuo se situó al otro lado de la cama y la sujetó por los brazos.

—Quieta, gata —siseó el que tenía encima y le dio una fuerte bofetada. El dolor la dejó aturdida un momento. Sintió que las lágrimas le inundaban los ojos. Luego volvió a intentar zafarse—. ¡Quieta te digo! Es mejor para ti.

Émilie le obedeció al momento. Por si la voz fría y desapasionada no hubiera sido suficiente para inducirla a obedecer, la punta de la daga en su cuello terminó de convencerla. Un sudor frío y pegajoso le cubrió la espalda.

¡Aquello no podía estar pasando! Émilie empezó a rezar, buscando una salida

para aquel horror.

—Date prisa. No sabemos cuánto tardará el cojo en subir —susurró el que la sujetaba por los brazos. «Estará con la moza», pensó ella con amargura—. Y yo también quiero mi parte. No sé por qué tienes que empezar tú primero —se quejó, clavando los dedos en las muñecas de Émilie como si quisiera pagar con ella su condición de segundo.

—Porque soy más rápido que tú con esto —precisó, mostrando la daga—. Calla. Deja de interrumpir. Ya te tocará a ti.

Cuando la acercó hasta el escote de Émilie, el fulgor de la luna capturó el brillo metálico de la hoja y ella contuvo el aliento. ¡Iba a matarla! Cerró los ojos con fuerza y retuvo el aliento, a la espera de la fatal incisión.

El hombre, sin embargo, rompió con el filo el cordón que cerraba el escote de la camisola. Émilie empezó a respirar entrecortadamente, sin atreverse a abrir los ojos ni a hacer movimiento alguno.

¿Qué podía hacer para librarse?

No se le ocurría nada, salvo llorar, aterrada.

Notó los tirones para tratar de agrandar el escote y escuchó el sonido al rasgarse el tejido. El aliento del hombre le rozó la piel expuesta de los pechos. Abrió los ojos, aterrorizada, a la mirada lasciva de aquel ser repugnante.

—Pero mira qué tenemos aquí —soltó, paseando la punta de la daga sobre la pálida piel, cubierta de sudor—. Creo que vamos a divertirnos mucho.

El miedo clavó sus garras en la mente de Émilie. Nadie iba a ayudarla, admitió en medio del pánico. Nadie.



El exterior de la posada estaba tranquilo. La luna, casi llena, iluminaba un cielo tachonado de estrellas. En la quietud del momento se escuchó el ulular de un búho cercano y los maullidos de gatos que se peleaban.

Gastón terminó de aliviar su vejiga contra un árbol y alzó los brazos por encima de la cabeza para estirar los músculos de la espalda. Estar sentado a la puerta de la habitación de la señorita Laforet se la había dejado dolorida, pensó, desentumeciéndose.

Al bajar al salón, tras dejarla en el cuarto, se había dado cuenta de que no le gustaba nada el aspecto de varios hombres que allí había. No le habían dicho nada, ni siquiera parecían haberse percatado de su presencia, pero a él no le gustaban.

Era responsable de la seguridad de la señorita Laforet hasta que, al fin, la dejara en manos de su futuro esposo. Se había comprometido a eso y lo iba a cumplir, aunque pensaba que el mayor peligro residía en ella misma. Podría haberse roto la crisma cuando salió despedida del caballo. Una vez atenuado el dolor y la rabia por la muerte innecesaria de *Rouge*, no dejaba de pensar en el riesgo que había corrido la traidora muchacha.

La ceguera había hecho que el animal fuera más dócil y manejable. De haber tenido la vista como antes del accidente, ella no habría sido capaz de montarlo y en el supuesto de que lo hubiera conseguido, la habría desmontado sin miramientos. Imaginarla bajo los poderosos cascos del caballo fue suficiente para revolverle las tripas.

No le extrañaba que su padre hubiera querido casarla lo antes posible y mandarla lejos de Montbonnet. Seguro que el ataque al corazón era algo que se llevaba gestando desde que esa mocosa tuvo edad suficiente para caminar y empezó a hacer de las suyas.

Si en esos dos días no había intentado hacer nada, era por el extremo cansancio y por el miedo que, al parecer, él le inspiraba. Bien. Mientras siguiera temiéndole, no haría ninguna tontería que la pusiera en peligro.

Tomó el petate y regresó a la posada. El salón estaba vacío. Hacía mucho rato que los hombres se habían ido a acostar, ya fuera en la propia posada o en sus casas. La moza estaría descansando o divirtiéndose con alguien que no hubiera sido tan tonto como para rechazar su generoso ofrecimiento.

Un candil intentaba paliar la oscuridad del pasillo. Le sorprendió ver que la puerta no estaba cerrada del todo.

«¿Qué ha hecho esta vez ese atolondrado *duende*?»

Se tragó una blasfemia.

Si había intentado escapar, la pondría sobre sus rodillas y con gusto le daría la

tunda que su padre debió darle hacía mucho tiempo.

El forcejeo del interior lo puso alerta. Quizá la había juzgado prematuramente. Dejó el petate en el suelo, cuidando de no hacer ruido y desenvainó la espada. En guardia por lo que pudiera encontrar, abrió un poco más la puerta.

El cuarto solo estaba iluminado por la luz de la luna, que entraba por la ventana. La chimenea parecía haberse apagado. En la cama, un hombre se movía sobre la joven, mientras otro la sujetaba por los brazos.

Gastón, cegado por la ira, entró de golpe en la habitación. El que la tenía sujeta se plantó delante de él para frenar su avance. El otro se incorporó y, maldiciendo su suerte, se puso al lado de su compinche. No tenían más armas que unas dagas, pero ellos eran dos.

Con la espada apuntando alternativamente a aquellos dos maleantes, Gastón echó un vistazo a la cama. Ella se bajaba la camisola para cubrirse sus partes pudendas, al tiempo que sujetaba el escote destrozado de la prenda. Estaba llorando en silencio, demasiado asustada para hacer nada. ¡Maldición!

—Oye, amigo. Solo intentábamos divertirnos un poco —dijo el que llevaba la voz cantante—. Ella nos ha provocado mientras cenaba abajo.

Gastón no quiso recordar todas las veces a lo largo del día que la había visto taparse con el chal o comprobar que el escote de la camisola no bajara más de lo debido. No era el momento. Debía librarla de aquellos dos indeseables.

El segundo hombre se acercó por la derecha e intentó clavarle la daga en el costado. Un rápido quiebro con la espada frenó el avance; sin embargo, no logró desarmarle y la maldita rodilla protestó por el esfuerzo.

«No puedes fallarme ahora», se dijo en silencio. Miró a su alrededor, buscando algo para defender su lado izquierdo, y encontró una jofaina de cobre.

Antes de que lograra posicionarse para alcanzarlo, el otro lo tanteó desde la izquierda. Sintió el escozor del pinchazo en el brazo izquierdo y apretó los dientes por su descuido. Creyó oír a la joven emitir un grito, pero no tenía tiempo de prestarle atención. Con cuidado, sin dejar de observar a aquellos dos, se fue acercando hasta alcanzar la jarra por el asa.

—Solo es un lisiado, entre los dos podremos con él —anunció el que le había pinchado—. Después dejaremos que mire mientras nos divertimos con la gata.

«No, si puedo evitarlo», pensó con frialdad. No iba a dejar que aquellos dos depravados le hicieran más daño.

Olvidándose de la rodilla y sin otra cosa en mente que acabar la contienda lo antes posible y a su favor, se concentró en la lucha que tenía por delante. No era la primera vez que debía defenderse de dos individuos de esa calaña y si entonces salió victorioso, ahora también.

Prefirió obviar que aquella vez su rodilla estaba en perfecto estado y tenía varios años menos. No era el momento de ponerse escrupuloso.

Otra vez, el segundo hombre le atacó directo al costado. Su compañero lo

intentaba por la izquierda. Se volvió con rapidez para no ofrecer un blanco tan fácil al de la derecha y se centró en parar la hoja del otro con la jarra. El chirrido de los metales al chocar sonó como un trueno en aquel cuarto. El cacharro de cobre aguantó el golpe sin rajarse.

El de la derecha, creyendo que estaba más atento a su compañero, volvió a abordarle. A Gastón le agradó sobremanera sentir que la punta de la espada atravesaba el brazo armado de su contendiente. Al hombre se le cayó la daga, de su mano inerte, al suelo con un golpe sordo. Quizá le había seccionado algún tendón. Tal vez no podría volver a empuñar un arma.

¡Le estaría bien empleado! Estiró los labios en una mueca.

—Este bastardo me ha herido. ¡Acaba con él! —gritó el maleante, taponándose la herida con un pañuelo mugriento—. ¡Me ha lisiado el brazo! ¡Maldito sea! ¡Mátalo! ¡Mátalo de una vez! —chilló.

«¡Bien! Uno menos», pensó Gastón, mirando con desprecio al que quedaba. Se movieron en círculos. Sin quitarse los ojos de encima, evaluándose. No esperó a que él le atacara; quería acabar cuanto antes para comprobar cómo estaba ella. Con una finta directa al costado del hombre, lo ensartó con fuerza. Casi le molestó que hubiera sido tan fácil. Aquellos dos merecían sufrir, y mucho.

—¿Qué demonios pasa aquí? —bramó el posadero a la puerta del cuarto—. ¿Qué es todo este alboroto?

—¡Nos ha atacado! —gritó el del brazo herido.

—¡Ellos estaban agrediendo a mi protegida! —sentenció Gastón, sin envainar la espada—. Solo la he defendido.

Todos miraron a la joven que, tapada con las sábanas, les observaba con los ojos enrojecidos por el llanto y temblando de miedo. La necesidad de acercarse a ella y ver qué le habían hecho esos dos era imperiosa, pero aún no podía ser.

El posadero no se decidía a hacer nada y a Gastón empezaba a resultarle extraño ese comportamiento. Unos pasos en el pasillo les previnieron de que alguien se acercaba. Un hombrecillo entró en el cuarto, los faldones de su camisa ondeando fuera del calzón.

—¿Qué ha pasado? —preguntó. Su templanza hizo pensar a Gastón en un alto cargo del ejército—. Soy el señor Étienne Barrault, magistrado de Le Puy, y exijo que se me explique qué ha ocurrido aquí.

—Un malentendido, señor —se apresuró a informar el posadero, algo nervioso.

—Mi protegida ha sido agredida por esos dos —explicó Gastón, dispuesto a aclarar el asunto—. No hay ningún malentendido que valga.

El magistrado se acercó a la joven y se puso unos anteojos sobre la nariz.

—¿Es cierto lo que dice?

Ella asintió con la cabeza antes de hablar.

—En-entra-traron en la ha-habitación —tartamudeó, con voz temblorosa.

—Se equivocarían de puerta —dijo el posadero, mirando a los malhechores que

se apretaban las heridas en completo silencio.

Gastón continuó apuntándoles con la punta de su espada; no se fiaba nada de ellos y no quería que, en un descuido, escaparan. Dejó el aguamanil sobre la palangana, sin apartar la vista de ellos.

—¿No habíais cerrado la puerta con llave? —indagó el magistrado, hablando con suavidad—. ¿Se os olvidó, acaso, señorita?

—No. La... la había cerrado... antes de acostarme y... dejé la llave puesta... en la cerradura —aseguró ella, sin dejar de temblar—. Ellos... ellos la abrieron, después de hacer caer... la llave.

—Eso es muy interesante —anunció el hombrecillo, dirigiéndose a la puerta—. Traed un candil —le ordenó al posadero con energía—. Este cuarto está demasiado oscuro.

El dueño de la posada hizo lo que se le pedía y trajo el candil del pasillo. A la luz dorada de la llama su rostro se veía macilento. Gastón lo miró con desconfianza.

—Alumbrad. Quiero ver qué hay tras la puerta.

El magistrado se agachó para recoger la llave que la hoja, al ser abierta, había empujado.

—Parece que la joven tiene razón: la llave estaba puesta —declaró, mirando el utensilio con el ceño fruncido. Los cristales de sus lentes reflejaron dos llamas gemelas. Todos guardaron silencio a la espera de que continuara hablando—. Eso me lleva a la siguiente pregunta: ¿Cómo pudieron entrar? ¿Podéis jurar que cerrasteis convenientemente? —preguntó a la joven. Esperó a que ella asintiera para dirigirse a los maleantes—. ¡Vaciad vuestros bolsillos!

El tono no admitía replica, por lo que los dos hombres se apresuraron a sacar las cosas que guardaban, lanzando miradas al posadero, que mantenía el candil en alto con aire descompuesto. El suelo quedó regado de monedas, trozos de cordel, un anzuelo, una sortija con piedras preciosas, un par de pendientes con esmeraldas y un anillo de caballero.

—¡Leclerc! ¡Boissieu! —llamó el magistrado desde la puerta.

Todos aguardaron con impaciencia a que llegaran los dos hombres. No tardaron en comparecer a medio vestir y con el cabello alborotado.

—Registrad a esos individuos —ordenó, sin perder detalle. Se golpeaba rítmicamente las yemas de la mano con la llave. Cuando sacaron dos llaves de un bolsillo del que llevaba la voz cantante (una exactamente igual a la que él tenía en la mano), volvió a hablar—. Lo que sospechaba. Leclerc, Boissieu, arrestad a esos delincuentes y al posadero. Creo que hemos encontrado una buena organización. Quiero que probéis la otra llave para saber a qué habitación pertenece. Seguro que querían robar a sus desprevenidos ocupantes.

—Estáis cometiendo un error, señor. ¡Yo no tengo nada que ver! —gritó el posadero cuando le ponían los grilletes—. ¡Soy inocente!

—Lo veremos en el juicio —comunicó el magistrado, serio. Se quitó los anteojos

y limpió los cristales con el faldón de su camisa, mientras observaba el trabajo de sus ayudantes.

Una vez que los tres hombres yacían en el suelo, con las manos esposadas, uno de los ayudantes del magistrado salió para probar la llave. Regresó al cabo de un rato con el rostro mortalmente serio.

—Señor, mucho me temo que la puerta que abre es la vuestra.

El hombrecillo tomó aire e hinchó el pecho. Los lentes otra vez cabalgando sobre su nariz.

—Llevadles a la bodega. Mañana se los entregaré al magistrado de Espalion. Le agradecerá saber lo acontecido. —Se volvió a la joven y con voz más suave, continuó —: Siento mucho este mal rato, señorita. En lo sucesivo os sugiero que os busquéis una doncella. Una joven sola... suscita muchas amenazas.

—Precisamente vamos camino de encontrarnos con ella —explicó Gastón, molesto por las insinuaciones del magistrado—. Yo dormía a la puerta, pero había salido al patio a... aliviarme —terminó con un susurro. Envainó la espada con brusquedad, imaginando lo que podría haber sucedido de haber tardado en subir.

—Encontrad a esa doncella lo antes posible, señor. Os evitará más problemas.

Sin añadir más, el hombrecillo introdujo la llave en la cerradura por dentro y salió, acompañado de sus hombres y de los presos, dejándoles sin más luz que el reflejo de la luna. Uno de los ayudantes entró el petate, que Gastón había dejado en el pasillo, y cerró la puerta al salir. Por fin les habían dejado solos.

Se acercó al lecho, donde ella seguía sentada, envuelta en las sábanas. Su cabello, desordenado, caía sobre los hombros y la espalda, y le tapaba parte de la cara.

—Siento mucho lo que os ha ocurrido... Sé que es... Ellos... ¿Han...? —titubeó él. ¿Cómo podía preguntarle hasta dónde habían llegado aquellos dos, sin ofenderla?, pensó, buscando un modo de hacerlo con tanta delicadeza como fuera posible. Quiso retirarles con ternura algunos mechones de la cara, pero ella se apartó con los ojos desorbitados de miedo—. No os voy a hacer daño —musitó, rabioso por lo que había sucedido—. ¿Necesitáis que os traiga a una mujer para que os atienda?

—No... no hace falta. No... no les habéis dado tiempo —contestó ella, adivinando la verdadera pregunta.

Gastón, en medio de aquella oscuridad, no podía verle el rostro, pero estaba convencido de que estaría roja como la grana.

Sintió tal agradecimiento por saber que no la habían violado que las rodillas se le doblaron y terminó sentado en la cama. Todo había quedado en un susto. Uno terrible, pero sin peores consecuencias.

Deseó que el posadero no hubiera llegado en aquel momento para haber dado una paliza a aquellos dos. Y de haber presentido que él también tenía algo que ver... no se hubiera librado de lo mismo. La cólera le hacía temblar por dentro.

—Solo estuve fuera un rato... no creí que fueran a atacaros —confesó, incómodo y rabioso por no haber podido evitarle ese mal trago.

—Creí... creí que... estabais con la moza y... que nadie me ayudaría —musitó ella; la luz de la luna se reflejaba en las lágrimas que resbalaban por sus mejillas.

¡Dios! Nunca se había podido resistir ante una mujer llorosa. Le pasó con suavidad un brazo por los hombros y la acercó para que se apoyara en su pecho. Al principio ella se tensó y lo miró asustada, dispuesta a salir corriendo. Sus ojos plateados, abiertos por el miedo.

—No voy a haceros daño —repitió en un susurro, que esperaba tranquilizara sus miedos—. Solo quiero ayudaros.

Ella siguió mirándolo, sin decidirse. Debió de ver sinceridad en su expresión, pues le dejó hacer sin oponer resistencia; dócil como una criatura. Luego, al fin, lloró con gemidos que llegaban al alma. Y él apretó los labios para no blasfemar como un carretero por no haber podido evitarle ese horrible momento.

Con ternura, Gastón le peinó el pelo con los dedos para tranquilizarla. El movimiento provocó que la herida de su brazo comenzara a sangrar, pero en ese momento no tenía tiempo de curarla. Ya lo haría más tarde, una vez que ella se hubiera calmado y dejara de temblar como un cachorrillo recién nacido.

Cuatro días más tarde, Hubert, tras haber preguntado en varias posadas, terminó por comprender que el capitán y la señorita Laforet estaban más atrás. No les habían adelantado como pensó al principio.

Le parecía muy extraño que no les hubieran alcanzado. Aun cargando con dos personas, el caballo iría más rápido que la carreta. Claro que si ya no iban a caballo, sino que el carruaje les había recogido...

«No. Aun así, ya es tiempo de que estuvieran aquí —pensó Hubert, rascándose la barbilla—. Algo les ha pasado». Aunque bien podrían haber ido por otro camino y reincorporarse a ese un poco más adelante. ¡Qué complicación!

—¿No se nos está haciendo tarde, sargento? —preguntó Luc, extrañado por que aún no hubieran enganchado los percherones a la carreta—. Hace mucho que salió el sol.

—Lo sé, pero creo que hoy nos quedaremos aquí, en Auvillar.

—¿Quedarnos? Pero el capitán nos ordenó que siguiéramos sin él —protestó el joven, crispado.

Hubert suspiró, rascándose la barbilla. Lo había estado pensando desde el amanecer y había llegado a la conclusión de que era mejor esperar. Por un día no pasaría nada. Si el capitán les alcanzaba, estupendo; si no, tendrían que continuar.

—Le esperaremos un día. Si hoy no llega, mañana partiremos. De cualquier modo, acortaremos distancia con ellos. —«A menos que vayan por otro lado —pensó, ceñudo—. No, seguro que siguen por la *Via Podiensis*. Es la más segura».

—En ese caso, tal vez sea mejor que subamos los baúles al cuarto de la señora Clarisse —sugirió Luc, más tranquilo.

—Sí, es una estupenda idea. Eso nos dejará más libres para pasear por el pueblo. Seguro que Clarisse no ha estado nunca aquí.

Tras esos seis días se había acostumbrado a la compañía de aquella mujer. Con un paseo por el pueblo quizás a la doncella se le borrara aquella cara de preocupación y se divirtiera un poco.

Con esa idea en la cabeza ayudó a Luc a descargar los baúles y a trasladarlos al cuarto de la doncella. Un descanso les vendría bien a todos. A los caballos, también.

—Adelante —escucharon desde el otro lado cuando llamaron a la puerta.

—Buen día, Clarisse —saludó al entrar en la habitación—. Creo que sería conveniente que esperemos un día aquí. Les daremos tiempo a que nos alcancen.

El rostro de la mujer se suavizó al saber que no partirían ese día. Ella opinaba que era mejor volver atrás, hasta encontrarse con ellos. Él, que mejor continuar con las órdenes del capitán. Aquella decisión era un punto medio.

—Me alegra saberlo, Hubert. Creo que eso les dará margen para que nos

encuentren. No dejo de pensar en las calamidades que estará pasando la señorita; sin más ropas que las que lleva puestas. Solo espero que el capitán...

—Él la cuidará bien. Dejad de preocuparos por ello —repitió Hubert por enésima vez.

—Tengo mis dudas. Una señorita de su posición y soltera... necesita una doncella. No quiero imaginar lo que dirá su padre cuando se entere —concluyó con la mirada empañada—. Lo menos que hará será despedirme. Tiemblo al pensar si a la señorita le ha sucedido algo.

—Clarisse, el coronel no tiene por qué enterarse. Si cuando llegemos a Saint-Jean-Pied-de-Port no nos han alcanzado, les esperaremos allí hasta que lleguen —aseguró Hubert.

—¡Por Santa Coleta! Aún queda mucho para llegar allí. No puedo dejar que estén tanto tiempo solos —profirió, las manos en el pecho como si quisiera tranquilizar su corazón—. ¡Quién sabe lo que puede pasar! ¡Ay, Señor!

—Dejad de pensar en cosas raras. El capitán es un caballero y no comprometerá a la señorita de ninguna manera —aclaró Hubert, molesto por los pensamientos tremendistas de aquella mujer—. Él cuidará de ella.

—Dios os oiga, Hubert. El coronel me matará si llega a sucederle algo a su hija. Hubert bufó, las manos a la cadera y los ojos en blanco.

—No os atormentéis con esas cosas. Ahora, salgamos a dar un paseo por el pueblo. Seguro que nunca habéis estado aquí —sugirió, más calmado.

—Bien sabéis que no; ya os dije que no he viajado más que de Le Puy a Montbonnet. Me encantará pasear.

Los tres abandonaron la posada y se encaminaron hasta llegar a la plaza triangular. Sus casas, con entramado a la vista y soportales en los bajos, les dieron la bienvenida. Clarisse, entusiasmada, miraba todo con curiosidad; parecía haber olvidado por un momento a su protegida.

—Si os asomáis, podréis ver la torre del reloj —le sugirió Hubert, al verla tan emocionada.

Luc ya había estado con el capitán y con Hubert, unos meses atrás, pero igualmente se entusiasmó con el paseo.

Ascendieron hasta la parte más alta del pueblo. Desde aquella atalaya se podía ver la confluencia entre el río Tarn y el Garona, con sus barcos surcando las aguas profundas y el reflejo de las orillas arboladas en la superficie. El pueblo, apiñado entre muros fortificados; los campos, que empezaban a verdear con distintas tonalidades por los brotes de las cosechas. El limpio cielo azul de primeros de abril.

—Es un lugar mágico. Me alegro de que me hayáis traído hasta aquí —declaró la doncella, con las mejillas arreboladas como una jovencita.

Hubert se quedó mirándola, embobado. Era una mujer realmente hermosa. Al haber ido sentada a su espalda, no había tenido tiempo de darse cuenta. Allí, de pie frente al inmenso paisaje, parecía una diosa pagana. El sol calentando sus mejillas y



el aire agitando los mechones, con alguna hebra de plata, que escapaban de su cofia blanca.

—Hacía mucho tiempo que no disfrutaba de un momento sin hacer nada más que pasarlo bien —confesó ella, ajena a la admiración que había despertado en el antiguo sargento—. Desde que falleció mi esposo, no he hecho más que preocuparme de tantas cosas que había olvidado lo que era disfrutar sin más.

—¿Sois feliz trabajando en casa del coronel? —se atrevió a preguntar Hubert.

—No soy desdichada, si eso es lo que queréis saber. Nunca había trabajado como doncella, pero no es más duro que cuidar de tu propia casa y de la familia. Al menos tengo un techo sobre mi cabeza y comida en el plato todos los días. Otras viudas no pueden decir lo mismo.

René se llevó una brizna de hierba a la boca y siguió sin quitar ojo a esos tres que miraban el paisaje como si no tuvieran nada mejor que hacer.

«Qué comportamiento tan extraño —pensó, mordisqueando la hierba—. No han parado durante días y ahora se dedican a holgazanear por el pueblo».

Esa conducta no tenía mucho sentido. Empezaba a sospechar que Bonnet y la joven se habían separado y que no tenían intenciones de unirse a ese grupo. ¿Qué sería aquella muchacha para él? Desconocía si estaba casado y, por el comportamiento nada agradable que tenía con Bonnet, no la imaginaba como su esposa. Aunque bien pensado, no habría estado mal que tuviera una arpía por mujer. Sabía que era muy atractivo para las mujeres y que las mozas de taberna se peleaban por estar con él. En los días que les llevó llegar a la cárcel de Le Puy había sido testigo de esas trifulcas.

Si su esposa conocía esa promiscuidad y su falta de fidelidad, no era de extrañar que lo tratara con tan poca estima.

Le hubiera gustado acercarse más a los tres paseantes, pero temía que cualquiera de ellos lo viera.

Recordar la cárcel le revolvió las tripas. ¡No volvería allí!

Émilie permaneció sentada en la cama, a la espera de que Gastón fuera a recogerla. Desde lo ocurrido cuatro días atrás, casi no la dejaba sola. Algo que ella agradecía.

Después de la experiencia vivida, la idea de pasar las noches sola en los cuartos de las posadas, la llenaba de pavor. Echaba de menos a Clarisse.

Gastón tampoco veía conveniente que ella estuviera sola en el dormitorio. No después de lo sucedido. Y se le había ocurrido que, en adelante, se presentarían como matrimonio para desalentar malas intenciones.

Pese a ser una solución al problema, Émilie aún se sofocaba al recordar el instante

en que él le dijo que iban a compartir habitación. ¡Eso era una falta de decoro total! Si alguien les reconocía... ¡Su reputación quedaría completamente destrozada!

Por supuesto, él no hizo caso de sus quejas: no era tan fácil toparse con algún conocido. La mayoría de la gente nunca abandonaba las tierras que le habían visto nacer. Pocos eran los que viajaban y si lo hacían no se alejaban de sus hogares. Montbonnet ya quedaba a muchas leguas de distancia.

Así que cada noche llegaban a la posada, pedían un dormitorio y, tras cenar, él la conducía al cuarto.

Esperaba caballerosamente en el pasillo para darle tiempo a que se lavase y se metiera en la cama. Luego entraba él, se aseaba y se tendía en el suelo, al lado de la puerta, sobre unas mantas. Por la mañana se levantaba antes que ella y la dejaba un buen rato para que se preparase.

La primera mañana, tras la agresión, ella le había remendado la manga de la camisa, mientras él vigilaba el vendaje que se había puesto por la noche. Por fortuna la herida era más un rasguño que otra cosa. Reconocía que se había asustado mucho cuando vio su sangre durante la pelea. Por mucho que se hubiese portado de una manera tan dura con ella, no le deseaba la muerte. ¡Eso nunca!

Se había recreado en el zurcido para seguir acariciando la tela, que aún guardaba el calor del cuerpo de Gastón. Reconocía que se estaba comportando como una tonta, pero no podía evitarlo. Como tampoco podía dejar de recordar, una vez que dejó de tener miedo, lo bien que se había sentido entre los brazos del capitán. Lástima que una vez que él notó que se relajaba, se apresuró a separarse con premura de ella.

Para que pudiera remendar su propia camisola, Gastón le había dejado una de sus camisas de repuesto. Era una suerte que el corpiño tapara la mayor parte de ese remiendo. De cualquier forma, cuando el capitán regresó traía una camisola algo más nueva que la remendada y una pañoleta de lino blanco. No le preguntó dónde ni cómo las había conseguido; era mejor así. Si era de alguna moza, prefería no saberlo.

Se colocó la pañoleta sobre los hombros y remitió las puntas en el corpiño, por delante. De ese modo, el escote quedó más discreto y ya no tenía que andar preocupándose por lo mucho que enseñaba.

Había sido todo un detalle. Y cada vez que el capitán tenía uno, ella se deshacía por dentro. Así era imposible dejar de pensar en él; dejar de...

«¡No lo pienses siquiera!»

Se pusieron en camino más tarde que nunca. Él no había protestado por esa demora. A decir verdad, desde aquella mañana estaba siendo muy considerado. Y aunque en algunos momentos era algo brusco, ella imaginaba que tenía más que ver con el dolor de su rodilla que con la muerte de su caballo.

Tampoco había vuelto a marcharse con ninguna moza, pese a que seguía coqueteando con todas. Émilie pensaba que era algo innato en él y que le complacía tratar a todas las mujeres con las que se encontraba como si para él fueran lo más importante del mundo.

Lo bueno era que, de momento, a ella la trataba con cierta deferencia y preocupación. Que no se fuera con las «Mimí» o las «Rose» de turno era un añadido muy de agradecer.

Claro que ellas no pensaban lo mismo; cada noche tenía que aguantar que la ignorasen o le pusieran mala cara.

«Si supieran lo poco que le importo al capitán serían más amables conmigo», pensó con tristeza.

El petate seguía apoyado contra la pared, a la espera de que su dueño regresara. Estaba tardando bastante. Le había dicho que iba a buscar un caballo. Sería estupendo que esta vez tuviera más suerte.

A veces quería entregarle el dinero que guardaba bajo la ropa, pero una parte de ella se negaba, con la esperanza de encontrar la manera de escapar. Claro que eso cada vez era más complicado. Se habían alejado mucho de Chirac y, después de lo sucedido, tenía miedo de estar sola. Ya había comprobado, de la peor manera, lo que podía sucederle a una joven que viajara sin compañía. No; debía seguir con él.

Por otro lado, mientras tuvieran que caminar se demorarían más en llegar a Pamplona y eso era lo que más deseaba. No solo por atrasar su boda —ya por sí un motivo suficiente—, sino por pasar más tiempo con Gastón.

«Sufrirás más cuando os separéis —se dijo, abatida.

»Lo sé, pero me agrada estar con él. Compartir el cuarto cada noche...»

Era cierto. Cada día, según avanzaba la jornada, se veía deseando el momento en que subieran a la habitación. Ese instante era lo más precioso del día. Durante el tiempo que tardaban en llegar desde el salón hasta el cuarto, se imaginaba que era cierto lo que le habían dicho al posadero de turno: eran el señor y la señora Bonnet. ¡Virgen María, qué bien sonaba eso!

Reconocía que fantasear no era nada bueno y que al final del trayecto terminaría con el corazón roto y casada con un desconocido.

«Mientras llega ese día, prefiero seguir soñando con quimeras», pensó, sacudiendo la falda para quitar cualquier mota de polvo que pudiera tener. Deseaba estar lo más presentable posible, aunque él no se percatase siquiera.

Con un humor endiablado, Gastón regresó cojeando a la posada. El dolor de la rodilla era un tormento; el remate final para una mañana desastrosa.

Después de visitar los dos establos que había en el lugar y ver los animales tan poco atractivos que ofrecían, se sintió desolado. Claro que cuando el vendedor le dijo el precio que pedía por aquellos desastrados ejemplares, el desconuelo se trocó en furia. ¿Cómo podían pedir semejante despropósito por aquellos caballos? ¡No podía creerlo!

Intentó que se los alquilara, pero el precio seguía estando fuera de su alcance. Si rentaba aunque solo fuera uno, no les quedaría nada para comer ni dormir bajo techo el resto del viaje. Para él no hubiera supuesto ningún desastre, estaba acostumbrado a esa eventualidad, pero ella... No podía consentir que ella durmiera al raso. Una cosa era que la noche les pillara lejos de una posada y otra, tener que buscar cada día un lugar adecuado donde dormir.

Lo peor de todo había sido la visita a la consulta del galeno local. Las largas caminatas empezaban a pasarle factura y la rodilla, mucho se temía, había empeorado.

El galeno, un hombre entrado en años, con el cráneo pelado como una calavera, lo había toqueteado con sus dedos largos y fríos, murmurando palabras ininteligibles a la vez que meneaba la cabeza. Gastón se había dedicado a mirar las paredes, el techo e incluso la ventana para no fijarse en los pelos blancos, duros como alambres, que escapaban del interior de las orejas y de los orificios nasales de aquel ser. Parecía que todo el pelo que le faltaba en la cabeza se empeñaba en crecer en aquellos lugares.

Tras mucho toqueteo, murmuraciones y suspiros varios, el galeno terminó por hablar.

—Mucho me temo que, si no la dejáis recuperarse, esta rodilla acabará peor de lo que está —le había dicho, sin pestañear tras sus lentes.

—No puedo descansar —bufó—. Debo llegar a Pamplona y no tengo medio de transporte.

—En ese caso, os prevengo de que os esperan días y noches muy duros. Permitidme que os ofrezca láudano para cuando no seáis capaz de soportarlo.

—¡No! No deseo terminar aturdido o dormido por ese brebaje.

—Pues en ese caso, señor, poco puedo hacer por vos —terminó el hombrecillo, mirándolo enfurruñado a través de las gafas. Como si, con su negativa a aceptar el remedio, le estuviera haciendo perder el tiempo.

Tras pagarle por la consulta, Gastón salió de allí en dirección a la posada.

Había tenido la esperanza de encontrar un caballo y ahora seguía igual que antes. En realidad, peor, pues ya no tenía siquiera esa opción.

Subió al cuarto, confiando en que ella estuviera allí; no se sentía con ánimo de salir a buscarla y su talante era demasiado tormentoso para aguantar tonterías de ese tipo.

La joven lo esperaba, tal y como le había ordenado. Tenía muy buen aspecto; demasiado buen aspecto, quizás. Aquella ropa de campesina le sentaba muy bien y resaltaba de manera atractiva sus formas redondeadas.

Debió de quedarse mirándola más tiempo del establecido por el decoro, pues ella se apresuró a pasarse la mano por el entallado corpiño y por la falda, para alisar las arrugas que pudiera tener. Los movimientos de sus manos le atraparon la mirada en sitios un tanto peligrosos. Pese a que estaba seguro de que ella no lo hacía conscientemente, o quizá por ese motivo, terminó gruñendo, enfadado.

«¡No debo mirarla de ese modo!», pensó, con mal humor.

Ella frunció el entrecejo, confundida y, para tranquilidad de Gastón, dejó las manos quietas.

Cada noche se estaba convirtiendo en una tortura difícil de soportar. A decir verdad, desde que la consoló unos días antes, no podía quitarse de la cabeza la sensación de tener su cuerpo entre los brazos.

Era la primera vez en toda su vida que compartía cuarto con una mujer que no era ni su madre ni sus hermanas ni su amante. Gastón esperaba en el pasillo a que se acostara, atento a cualquier sonido; luego entraba y se tendía en el suelo delante de la puerta. Desde allí oía hasta los más tenues crujidos de la paja del colchón, cada vez que ella cambiaba de postura. Sus suspiros en sueños. ¿Con qué soñaría?, se había preguntado muchas veces durante las largas horas sin poder dormir.

Podía ver, a la luz plateada —hasta en eso el destino había querido jugar con él y esas noches disfrutaban de una enorme luna llena—, los contornos de su figura cubierta con las mantas.

La noche anterior la curiosidad había sido más fuerte que él y le hizo sucumbir como un muchacho. Sigilosamente, se acercó al lecho para observar a la joven dormida. Su maravillosa cabellera castaña estaba constreñida en una gruesa trenza. A él le hubiera gustado ver todo ese pelo extendido por la almohada.

«Si fuera mi amante no dejaría que se lo trezase por las noches.

»¿Amante? —se había preguntado, molesto por semejante pensamiento—. Ella no es una moza de taberna. Se trata de una joven de buena familia, destinada a casarse con un caballero. ¡Zoquete!»

—¿Habéis encontrado caballo? —La voz le sacó de sus meditaciones.

—No, *alteza*. Me temo que tendremos que seguir andando —contestó de manera desabrida. No le gustaban los pensamientos que empezaba a inspirarle.

—En ese caso, será mejor que nos pongamos en marcha —concluyó la joven con un suspiro de aceptación.

A Gastón le habría gustado que ella protestara, que se comportase como la niña mimada de los primeros días, para desahogar su mal humor en ella. Era un poco

infantil, lo sabía, pero la situación suscitaba lo peor de sí mismo. Y le empezaba a remover sentimientos que no debería tener. Si tardaban en alcanzar la carreta o el carruaje no los encontraba pronto, su tranquilidad mental se vería en un serio aprieto.

«¡Maldición! Ya estás en un serio aprieto», pensó, intranquilo, apartando la mirada de la atrayente figura femenina.

La cuadra era espaciosa, limpia y tenía heno en abundancia para preparar un buen lecho. Émilie se había entretenido en organizarse uno y ahora miraba enojada al capitán.

Él se había dejado caer sobre la paja, excesivamente cansado para hacer otra cosa. En las últimas leguas su cojera se había agudizado hasta el punto de temer el no poder continuar el camino andando. Sus gestos de dolor, que él trataba de ocultar, no le habían pasado desapercibidos a Émilie. Por eso, cuando la noche les alcanzó al entrar en Bach, se alegró de que pudieran parar al fin.

La aldea no tenía posada y tuvieron que pedir alojamiento en una de aquellas casas que se arracimaban junto al camino.

—¿Os habéis hecho mirar esa pierna? —le preguntó, preocupada.

—No hay nada que hacer en ella —contestó con un gruñido.

—¿Aún tenéis el unguento de árnica? —indagó, sin hacer caso de su brusquedad.

La noche que la atacaron y que casi la violan había descubierto que, pese a su aparente odio, en el fondo nunca le haría nada malo. Y eso la había envalentonado; ya no se dejaba amedrentar por sus palabras bruscas.

—Podría daros un masaje... —propuso.

—¿Un masaje, *alteza*? —preguntó; su mirada esmeralda era todo inocencia fingida. El muy tunante aún tenía ganas de burlarse de ella, pero no iba a caer en su provocación—. Estoy desolado; hace un par de noches que se me acabó. Con las ganas que tenía de recibir un masaje de vuestras amorosas manos. —Pese a sus intenciones, Émilie terminó ruborizada y él sonrió, complacido.

Por un momento pensó en olvidarse de él y dejar que siguiera cociéndose en su dolor; sin embargo, su parte humanitaria, y el recuerdo de lo tierno que había sido la otra noche con ella, la hizo dejarlo estar.

—Preguntaré a la señora Moreau si tiene algún unguento para el dolor —anunció, dispuesta a salir de la cuadra—. No os mováis de aquí.

—¿Cómo podría hacerlo, *alteza*? Vuestro gentil ofrecimiento me parece harto atractivo. —Sus hoyuelos hicieron acto de presencia y Émilie hubo de hacer un enorme esfuerzo para no quedarse embobada contemplándolo.

«¡Espabila, tonta!», se amonestó en silencio.

Casi corrió a la salida, escapando de los encantos demoníacos de aquel hombre.

La dueña de la casa no tenía ningún unguento para eso. Según le explicó, ella solía emplear arcilla para el mismo fin. Su padre, un pastor acostumbrado a observar

el comportamiento de los animales heridos, lo utilizaba desde siempre con muy buenos resultados.

Émilie nunca había oído hablar de ese método curativo, pero el capitán necesitaba algo para aliviar su dolor, así que aceptó el bote lleno de arcilla rojiza.

—Mi padre tenía una fe inquebrantable en las virtudes del barro —aseguró la señora Moreau—. Debéis ponérselo a vuestro esposo y que lo tenga toda la noche. —Al escuchar la palabra «esposo», la joven enrojeció, avergonzada por la mentira—. Se nota que sois recién casada, pero pronto os acostumbraréis a la vida matrimonial —vaticinó la señora Moreau, entre risas—. Antes poned un lienzo sobre la piel; de lo contrario se le pegará el vello de la pierna. Mañana le resultará más fácil retirar la arcilla.

—Muchas gracias, señora. Se la aplicaré ahora mismo. Buenas noches.

Ya en la cuadra, le explicó al capitán qué era aquel emplasto y lo que iba a hacer con él.

—¿Me vais a untar con barro? —inquirió, mirando el bote con aversión—. ¿Acaso pensáis que soy un gorrino deseoso de embadurnarme con esa porquería?

—No seáis chiquillo. La señora Moreau me ha asegurado que os irá bien.

No muy convencido, tras descalzarse, se levantó la pernera del calzón y se bajó la media para dejar la rodilla a la vista. Luego, miró a Émilie con aquella sonrisa de medio lado que le daba un aire de niño travieso difícil de aguantar.

Ahora que estaba dispuesto a dejarse embadurnar, como él decía, ella empezaba a tener dudas respecto a la conveniencia de tocarle. No era algo que una joven soltera pudiera hacer con un hombre que no fuera su hermano o su padre. ¿No se estaría excediendo? ¿Perdiendo el decoro?

—¿Pensáis quedaros toda la noche mirando a las musarañas o me pondréis esa cosa? —observó el capitán, con mofa—. ¿Habéis perdido el valor, *alteza*? —Chasqueó la lengua varias veces, a la vez que negaba con la cabeza—. No esperaba cobardía por vuestra parte.

No iba a dejar que siguiera provocándola. Más decidida, se arrodilló junto a él y empezó a ponerle un pegote de arcilla directamente sobre la velluda pierna. Le temblaban las manos, pero consiguió dominarse para realizar esa tarea. No quería pensar en que le estaba tocando, en el calor que desprendía su piel, en las cosquillas que le causaba el vello dorado, en su olor. En que estaban demasiado juntos...

«¡Deja de rumiar esas cosas!», se amonestó, sin dejar de extender la masa fresca.

Él respingó; los dientes, apretados.

—¿Os he hecho daño? —preguntó, preocupada. ¿Le habría apretado demasiado por estar distraída pensando en cosas que no debía?

—No. Han sido... han sido cosquillas —aseguró él con repentina seriedad, sin mirarla—. ¿Os queda mucho?

—No. Enseguida acabo —contestó, sin prestar atención a la brusquedad de la pregunta. Seguro que el dolor le hacía ser tan seco.

Se dio cuenta, entonces, de que la rodilla estaba muy hinchada y caliente al tacto. ¿Cómo había podido aguantar hasta ese punto? ¿Es que no se daba cuenta del peligro?

«¡Hombres! —pensó al terminar el trabajo. Solo en ese momento recordó que la señora Moreau le había dicho que pusiera un lienzo sobre la piel—. ¡Ay! Espero que no cueste tanto retirar el emplasto», pensó, mientras se limpiaba las manos con un puñado de paja.

—Gracias —musitó Gastón, con los ojos cerrados. Luego, esbozó una tenue sonrisa—. El frescor de esa cosa me alivia un poco el dolor.

Aún se le veían las líneas de expresión muy marcadas en la frente y en el ceño, pero no tanto como antes. Sería estupendo que el remedio fuera tan efectivo como le habían asegurado. Aprovechó a mirarlo. ¿Por qué tenía que ser tan atractivo?

—Aunque tal vez sean vuestras delicadas manos las que ayudan —añadió, abriendo los ojos y clavando la mirada esmeraldina en ella. Su sonrisa sesgada, llena de hoyuelos, la dejó trémula. Luego, sin apartar los ojos de ella, tomó su mano, la volvió lentamente para mostrar la palma y se la besó. Si no hubiera estado aún de rodillas, se hubiera caído desmayada.

Émilie estuvo a punto de gemir, pero se contuvo a tiempo. Con el corazón al galope, se apresuró a recoger el tarro y a salir de la cuadra para lavarse en el pilón del patio. Le hormigueaba el lugar donde él había posado sus labios y el calor que irradiaba le recorría todo el cuerpo.

Las carcajadas del capitán acompañaron sus acelerados pasos. ¡Lo había hecho a propósito para turbarla! ¡El muy truhán!

Pese a tener esa certeza, no pudo evitar besar el mismo lugar donde un instante antes él lo había hecho. Avergonzada por hacer semejante tontería, metió las manos en el agua fría del pilón, con la esperanza de que hiciera bajar la temperatura de su acalorado cuerpo. Sabía que no olvidaría nunca el recuerdo de sus labios sobre la piel de la palma.

«Eres tonta».



—¡Por todos los demonios! —gruñó Gastón, al doblar la pierna y resquebrajarse la arcilla seca, arrancándole de paso una buena porción de vello dorado—. ¿Qué diablos pasa?

—Quizá se quite mejor si le echáis agua —sugirió ella, adormilada.

Refunfuñando y descalzo, caminó hasta la puerta con la pierna tiesa como un palo; había un abrevadero fuera de la cuadra. Esperaba que, una vez húmedo aquel emplasto infernal, consiguiera quitárselo sin arrancarse la piel. Con el pie apoyado en el borde del pilón, apretó los dientes al tiempo que desclavaba otro pedazo de masa seca y otra superficie de vello desaparecía con el barro. Le pareció escuchar unas risas femeninas en el interior de la cuadra.

—Buen día, señor Bonnet —saludó la dueña de la casa. Llevaba media docena de huevos en el mandil, recogido a modo de bolsa—. Pero ¿no os puso un lienzo antes de la arcilla?

—¿Debería haberlo hecho? —indagó, los ojos entrecerrados.

—Sí, claro. Se lo dije anoche a vuestra esposa —aseguró la mujer, extrañada—. Supongo que se le olvidaría.

—Sí, supongo...

Ese *duende* se estaba buscando una buena reprimenda, pensó, tragándose un grito cuando volvió a quitar otro trozo. Aquello era una tortura. El ejército debería conocer esa nueva arma de persuasión; bajo aquel suplicio, muchos prisioneros no tardarían en cantar todo lo que supieran. ¡Por las barbas de san Pedro!

—Mojad la arcilla, señor; seguro que os dolerá menos —aconsejó la mujer, aguantando la risa.

La señorita Laforet, apoyada en el quicio de la puerta, no tuvo tantos reparos y soltó la carcajada. Sus ojos brillaban de auténtico regocijo. Gastón le lanzó una mirada de advertencia, pero aquella muchacha no hizo el menor caso y continuó con las risas.

Lo cierto es que, toda sonrojada y con pajas en el pelo, estaba tan bonita que daban ganas de acercarse para besarla hasta que perdiera el sentido.

«Deja de mirarla y céntrate en lo que estás haciendo —se amonestó, volviendo a la tarea—. Anoche casi te pones en evidencia cuando, para ponerte este emplasto del demonio, ella te tocó la rodilla. ¡Cualquiera diría que eres un hombre y no un jovencito imberbe!»

Gruñó por lo bajo para apartar aquel recuerdo de la cabeza. En verdad se estaba comportando como un adolescente ante una mujer bella.

El agua reblandeció la arcilla y la volvió pringosa. Ya la podía retirar sin arrancar nada más. Poco a poco su piel fue emergiendo bajo aquella masa rojiza. Hubo de

meter media pierna en la fría agua del pilón para conseguir dejarla sin una pizca de barro.

Al flexionar la rodilla, con cierta precaución, descubrió asombrado que apenas le dolía. ¡No podía creerlo! Después de haber pasado un terrible tormento, le costaba aceptar que ahora se había transformado en una leve molestia.

—¿Qué? ¿Estáis mejor? —preguntó la señora, al ver su cara de sorpresa—. Ya le dije a vuestra esposa que mi padre tenía mucha fe en las virtudes de la arcilla. Os prepararé un tarro para que sigáis aplicándola cada noche. Veréis cómo mejora.

—Os estaré muy agradecido, señora. Es el primer día que no siento esta rodilla como si llevara un hierro candente clavado en el hueso —comentó Gastón, sin dejar de mover la pierna de un lado a otro. ¡Era increíble!

—La taparé con un trapo, que deberéis mantener húmedo. Si la arcilla se seca, ya no vale —puntualizó—. No sé adónde os dirigís, pero creo que no os conviene seguir a pie.

—Lo sé, señora. Mi caballo tuvo un accidente y aún no he podido reemplazarlo —explicó, sin entrar en detalles. Prefería no volver a recordar la pena por sacrificar al bello y noble animal.

—A veces los peregrinos venden los suyos para continuar a pie. De esa forma buscan encontrar una mayor recompensa en el Cielo. Si tenéis suerte, tal vez encontréis alguno.

—No sé qué deciros; hasta ahora únicamente me han ofrecido jamelgos a precio de sementales árabes y nada de alquiler.

—Os comprendo, señor. Muchos quieren aprovecharse. Estamos en la *Via Podiensis* y los peregrinos no faltan. —Luego, como si recordara, continuó—: Tengo leche caliente y unas rebanadas de pan en la cocina. Mi marido y yo nos disponíamos a desayunar. ¿Querréis acompañarnos?

—Será un honor, señora Moreau —aseguró Gastón, con su mejor sonrisa—. Avisaré a mi esposa de vuestra agradable invitación.

La mujer, satisfecha, regresó a la casa y él terminó de secarse la pierna. Se calzó, contento de poder doblarla sin creer que se iba a partir por dentro. Casi se sentía normal y eso era algo impagable. Solo entonces se dio cuenta de con qué facilidad había dicho «mi esposa» y se sorprendió. Le había salido de manera espontánea, sin pensarlo. Como si después de repetirlo cada noche al llegar a las posadas ya le saliera natural. ¡Tonterías!

Entró en la cuadra, silbando una tonada picante. La joven, que estaba lavándose las manos en una palangana desportillada, esbozó una media sonrisa cuando lo vio entrar y continuó con su limpieza. ¿Siempre había sido así de bella o era el sol del camino el que embellecía sus facciones de ese modo? Frunció el ceño. No debía dejar que sus pensamientos tomaran ese camino.

—¿Habéis conseguido quitaros toda la arcilla?

—No gracias a vos, desde luego —protestó, pero sin darle importancia—.

Supongo que os habréis divertido.

—No fue a propósito. En realidad se me olvidó. Lo siento. —El bufido de risa desmintió su disculpa—. Lo siento —repitió antes de soltar la carcajada—. Lo... siento... capitán... Es que... estabais tan... gracioso... chillando como... como un... cerdo... que...

—No he chillado, *alteza*. Confieso que he gruñido, pero chillar solo chillan los niños —rezongó, fingiendo enfado. Le gustaba verla reír. No recordaba haberla visto hacerlo nunca hasta esa mañana. Siempre era su cara seria o malhumorada la que vislumbraba. Reía abiertamente, con franqueza, sin la afectación de las damas; con los ojos cerrados y la boca abierta. Era encantador verla así—. La señora de la casa nos ha invitado a desayunar con ellos.

—¡Qué amables! Reconozco que tengo un hambre canina —declaró ella, más tranquila; luego guardó la camisola sucia en un hatillo formado con el chal—. ¿Qué tal tenéis la pierna? ¿Ha sido efectivo el remedio?

—Sí. Está mejor. Gracias. Si ya habéis terminado, podemos ir a desayunar. No conviene que demoremos mucho la partida.

Pese a que estaban en una granja al borde del camino, tenía miedo de que el carruaje con el señor Dubois pasara sin que ellos se dieran cuenta. A juzgar por los días transcurridos, ya tendría que haberlos alcanzado. Esa demora lo estaba preocupando. ¿Le habría ocurrido algo al cochero? ¿Los que sabotearon el eje se habrían presentado? No creía que a los bandidos les interesase mucho el vehículo o los caballos, aunque eran valiosos; ellos preferirían las joyas, más fáciles de transportar y vender.

Había confiado en que el carruaje los recogiera, pero llevaban muchas leguas andadas sin tener noticias de él.

Se preguntó qué estaría haciendo Hubert. Le había ordenado que siguieran adelante, que ellos les alcanzarían enseguida; claro que, tras la muerte de *Rouge*, no había sido posible.

«Es muy probable que haya aminorado la marcha para darnos tiempo a llegar —caviló, convencido—. Hubert sabrá qué hacer».

El sol seguía calentando la jornada e iluminando los verdes campos sembrados de cereal. El paisaje era precioso.

Émilie, que por una vez no iba detrás, andaba a la par del capitán. Él caminaba con una leve cojera, que al aparecer no le molestaba, pues había desaparecido el ceño que había afeado su entrecejo en los últimos días. Parecía más joven y más apuesto, si era posible. Incluso había comentado *motu proprio* detalles de los lugares por donde pasaban. Un cambio bastante agradable.

Aún recordaba las risas de la mañana, cuando él había querido quitarse la arcilla seca. Estuvo de lo más cómico con los gestos, entre sorpresa y dolor, que hacía.

Cómico y, para su disgusto, tan atractivo como siempre. ¿Es que ese hombre nunca estaba feo?, pensó con un suspiro de fastidio.

Por lo visto, no.

Tras el desayuno con los señores Moreau habían partido sin demora. Cuando él le dijo que deseaba estar en el camino por si pasaba el carruaje, ella sintió todo el peso de su destino y perdió la alegría que momentos antes la había embargado.

No había vuelto a pensar en escaparse. Total, no sabía adónde ir. Visitar a Eloïse era cada vez más difícil. El capitán no la dejaba sola el tiempo suficiente para que pudiera preguntar a alguien cómo ir a Chirac. No lo hacía por temor a que ella intentara escapar, sino para controlar que nadie volviera a atacarla y por eso se lo perdonaba. No obstante, no podía informarse de nada.

Puestos a elegir entre viajar en el carruaje o seguir a pie, se quedaba con lo último. Andando se tardaría más en llegar a Pamplona y ahora que las ampollas de los pies habían desaparecido y sus piernas no protestaban a cada paso, era preferible alargar el viaje todo lo posible.

El ruido de entrechocar metales le hizo prestar atención. Unos pasos más adelante, un peregrino arrastraba una ristra de cadenas que desde los hombros, cruzadas en el pecho y en la espalda, llegaban al suelo e iban dejando marcas sobre la tierra.

—¿Por qué va así? —se atrevió a preguntar al capitán.

—Es un penitente. Está condenado a peregrinar cargado de cadenas —contestó él con presteza—. No será el primero que veamos.

—¿Y qué habrá hecho para merecer semejante castigo? —indagó al ver que el capitán seguía dispuesto a hablar con ella.

—Un pecado muy grave, desde luego. La mayoría de las veces se les condena sin tener que llevar las cadenas.

Pese a que Émilie intentó no observarlo mientras le rebasaban, no pudo evitar mirar a los ojos del penitente. La asustó su mirada vacía y volvió la vista al frente. Desconocía que existiera ese tipo de castigos; nunca lo había visto y no dejaba de preguntarse qué habría hecho para merecerlo.

Reconocía que ella había crecido muy protegida; Montbonnet era un lugar tranquilo donde los vecinos eran amables y donde lo único reseñable en esos años había sido la llegada del capitán y sus hombres. Realmente no sabía nada de la vida.

Más adelante se fijó en el sendero estrecho que bordeaba el río. Las profundas huellas de los cascos de caballos horadaban la superficie como escamas de pez.

—¿Por qué está tan marcado el sendero junto al río? Es como si hubieran pasado más veces por allí que por el camino —se interesó.

—Son caminos de sirga. Antes de que me lo preguntéis —la cortó con un ademán—, son los caminos que utilizaban los animales para llevar las embarcaciones tirando de las sirgas desde tierra. El río Lot es navegable a su paso por Cahors y se utiliza mucho para transportar mercancías.

—¡Ah! ¿Es allí adonde nos dirigimos?

—Sí, *alteza* —aseguró, con el gesto de paciencia que emplearías con un niño—. Enseguida empezaremos a bajar y llegaremos allí.

A Émilie no le importó. En el fondo sabía que solo era una pose y que él estaba encantado de contestar a todas sus preguntas. ¿Por qué, si no, habría alargado sus respuestas? Los días anteriores no le había preguntado apenas nada, y las pocas veces que se atrevió a hacerlo él se había limitado a contestarle con monosílabos o con un gruñido. Las respuestas actuales eran toda una novedad, de lo más grata.

Incluso sus «*alteza*» eran más un apodo cariñoso que el insulto pretendido de los primeros días. Al menos, eso era lo que ella creía. ¿Se estaría engañando?

—¿Creéis que alcanzaremos pronto a los de la carreta?

—Si Hubert continúa a la misma velocidad que traíamos antes de separarnos, no lo creo. Imagino que, al no vernos llegar, esperará en algún sitio o quizá retroceda —explicó, con el ceño fruncido—. Claro que también es posible que el carruaje nos alcance antes.

—¿No tendría que habernos alcanzado ya? —preguntó ella.

—Sí. No me explico qué ha podido pasar.

—¿No creeréis que le ha sucedido algo al señor Dubois? —indagó, asustada.

—Esperemos que el cochero esté perfectamente —aclaró, acelerando el paso.

Las hojas de los árboles, que les habían dado cobijo mientras comían, se agitaban con la brisa, emitiendo un sonido relajante. Émilie estuvo a punto de ceder ante la somnolencia, recostada contra el tronco. Pero no era conveniente: debían seguir avanzando. Recogió los alimentos que no habían comido. El capitán, solícito, se prestó a guardarlos en el petate. En el momento en que sus manos se tocaron, de manera fortuita, Émilie sintió un cosquilleo abrasador correr por sus venas, desde la punta de los dedos hasta los hombros. Una corriente que la colmó con su calor, convirtiendo su aliento en un suspiro y su estómago, en un nido de mariposas. Sorprendida, se apartó con presteza, sin atreverse a mirarlo abiertamente.

Él también debió de notar algo, pues se quedó quieto un momento con los alimentos en las manos, sin decidirse a guardarlos. El arrullo de unas palomas entre las ramas de los árboles, les puso otra vez en movimiento.

Ninguno de los dos dijo nada mientras recogían la manta donde habían estado sentados. Enseguida reanudaron la marcha. Émilie se propuso no pensar en lo sucedido, para no darle más importancia de la que seguramente tendría, y se concentró en disfrutar de un día que, tan soleado como los precedentes, presentaba alguna nube en el horizonte.

Esa mañana, para salir de Cahors, habían cruzado el puente Valentré sobre el río Lot. Era un puente fortificado, con tres torreones que lo custodiaban. El capitán le había explicado que no conocía otro igual y ella lo había pasado sin perder detalle de su estructura.

«Lo más seguro es que no vuelva a verlo», pensó ella, sin dejarse vencer por el pesimismo.

El camino ascendía de forma abrupta; cuando llegaron al final, las piernas de Émilie parecían de mantequilla. La vista había sido impresionante. El Lot se curvaba en forma de herradura alrededor de Cahors, como una serpiente de piel brillante. Algunos barcos eran arrastrados por los animales de sirga, tal y como le explicara Gastón el día anterior. El puente Valentré destacaba con majestuosidad, sus torreones apuntando al cielo; su esbelto trazado, reflejado en las profundas aguas del río.

Habían continuado caminando hasta la hora de comer, momento en el cual el capitán decidió que podían parar bajo aquellos árboles que ahora dejaban atrás.

Miró al frente, dispuesta a disfrutar del hermoso día. Gastón seguía de buen humor. La noche anterior, en la posada de Cahors, le había vuelto a poner la arcilla — esta vez sobre un lienzo, para que no tuviera problemas a la hora de desprenderla—, y él amaneció con la ligereza del día anterior. El padre de la señora Moreau había tenido razón: era muy efectiva.

Delante de ellos, una niña iba dando saltitos de la mano de sus jóvenes padres.

Los tres reían de algo que parloteaba la chiquilla. La madre estaba embarazada y a juzgar por el tamaño de su vientre, cerca del final. Pese a todo, no dudaba en izar a la niña a la vez que su marido, para que la pequeña se elevara del suelo como un resorte.

—*Maz, maz* —decía, entre carcajadas.

Émilie no pudo evitar sentir envidia. A ella le habría gustado formar una familia tan feliz como parecía aquella. En cambio, su padre la había vendido...

«Vuestro padre no os ha vendido. Él paga para que se casen con vos». Las palabras dichas por el capitán días atrás resonaron en su cabeza y la estremecieron.

—Quizá deberíais poneros el chal si tenéis frío —sugirió el capitán, que como siempre, se percataba de todo.

—No. Solo ha sido un escalofrío —musitó.

Él tenía razón. Su padre pagaba al señor Phillipe Rodin para que se casara con ella. ¿Para qué otra cosa era, si no, la dote que transportaban en la carreta?

—Buen día, *zeñora, zeñor* —saludó la chiquilla, mostrando el hueco de los dos dientes delanteros. Había dejado de saltar y les miraba con curiosidad. Varios rizos dorados se escapaban de su cofia blanca—. Tengo cuatro *años*.

—Buen día, señorita —le correspondió el capitán con una reverencia—. Hermoso día para pasear.

La pequeña emitió una risita y, avergonzada, miró hacia delante; luego volvió a observarles.

—*Voyatenerunhermano* —soltó de corrido, antes de ocultar su cara bajo el brazo de su madre.

—Marie-Claire, deja de molestar a los señores —la riñó el padre.

—No nos molesta, señor —se apresuró a comentar Émilie.

Era cierto: estaba disfrutando con aquella chiquilla con rizos de querubín y mirada de diablillo.

—Si dejáis que os siga hablando, lo hará hasta que nos separemos en el camino —declaró la madre, con la mano en el vientre.

Émilie se adelantó para ponerse a la altura de la mujer.

—No me importa, de verdad. Soy hija única y siempre me han agradado los niños —aseguró, sincera. Le habría gustado tener hermanos pequeños, pero desgraciadamente estos no habían llegado.

—Marie-Claire es tan parlanchina como una cotorra. Claro que no la cambiaría por nada del mundo —declaró la mujer, sonriendo tiernamente—. Veremos cómo reacciona cuando llegue el bebé.

—Seguro que querrá cuidarlo como si fuera su madre. —No podía apartar los ojos de aquella voluminosa barriga, fascinada. Las pocas mujeres que había visto embarazadas se cuidaban de ocultar toda evidencia bajo capas y capas de telas. En cambio, aquella mujer casi la exhibía con orgullo.

—¡Dios lo ampare! —exclamó la madre; los oscuros ojos, abiertos de par en par—. Deberé estar con cien ojos si quiero que este bebé cumpla el primer año. ¡Ay,

Señor! ¡Qué modales los míos! Ni siquiera me he presentado. Soy Liliane Durand, de Lascabanes.

—Émilie Laforet, de Montbonnet.

—Estáis muy lejos de allí —murmuró la señora Durand.

—Nos dirigimos a Pamplona. —No añadió nada más. No podía decir que a casarse con su prometido viajando con otro hombre, que no era ni su hermano ni su padre. No viajar junto a Clarisse la estaba poniendo en un serio aprieto.

—Pues tenéis un largo camino por delante. Nosotros regresamos a casa, a Lascabanes. Hemos ido a Labastide a visitar a mi cuñada, que acaba de tener a su tercer hijo. —Guardó silencio, al tiempo que se llevaba la mano al bajo vientre con la cara crispada por el dolor—. Creo que el bebé ya quiere salir.

Émilie miró a la joven madre, consternada. ¿Qué quería decir con que el bebé ya quería salir? ¿Acaso es que iba a nacer allí mismo? ¿Cómo?

—Tranquilizaos, señora Laforet. Imagino que llegaré a mi casa sin contratiem...

—Se dobló por la cintura, los dientes apretados—. Esa ha sido más fuerte.

—¿Estás bien, Liliane? —preguntó su esposo. Su cara mostraba preocupación.

—Sí. No es más que una contracción. Nada de qué alarmarse.

Continuaron caminando, sin decir nada más.

Al momento sintió unos golpecitos en el hombro y miró hacia atrás. El capitán le hizo un gesto con un dedo para que se acercara a él.

—¿Qué sucede? —inquirió, con inquietud—. ¿Está de parto?

Émilie se sonrojó hasta la raíz del pelo. ¡Un hombre no podía hablar de esas cosas con tanta ligereza delante de una joven soltera! ¡Era indecoroso!

«Tanto como compartir con él el cuarto cada noche», se recordó en silencio.

—Dice que... que es... una contracción —acabó, abochornada hasta la médula.

—Será mejor que os vayáis acostumbrando a estos menesteres para cuando estéis casada, *alteza* —sugirió él, la sonrisa llena de hoyuelos—. Es parte natural del matrimonio.

—No... creo que este tema...

—*Alteza*, mucho me temo que vais a tener que aprender antes de tiempo —la cortó, mirando al frente muy serio—. Vuestra nueva amiga se va a poner de parto en cualquier momento.

—Ya os he dicho que... —Calló abruptamente al percatarse, por fin, de lo que él estaba tratando de decirle—. ¡¿Que va a qué?!

Pero el capitán ya no estaba escuchando; había corrido adelante para sujetar a la señora Durand, que se quejaba, con las manos amparando la voluminosa barriga.

—Estamos a mitad de camino a Lascabanes —declaró el señor Durand, mirando a su esposa con temor. Se habían sentado junto a un bosquecillo, para que la futura madre pudiera descansar un rato—. No deberíamos haber ido a Labastide. Son casi



tres leguas hasta nuestra casa —se lamentó.

La señorita Laforet miraba a la mujer con los ojos desorbitados por el miedo. Seguro que nunca se había visto en una situación así. Parecía a punto de saltar del susto.

—Alphonse —empezó la mujer—, ya estoy mejor. No te inquietes. Creo que puedo continuar hasta casa.

El marido corrió en su ayuda para levantarla del suelo. Aliviado al ver que su esposa podía caminar sin aparente problema, la sujetó por la cintura y reemprendieron el camino.

Gastón les siguió, mientras la joven trataba de entretener a Marie-Claire, que no dejaba de hacer preguntas sobre los pájaros, las nubes o cualquier cosa donde posara sus vivarachos ojos. Ella le contestaba de la mejor manera posible, sin perder la expresión de ansiedad.

—Tranquilizaos, *alteza*. Parece que no ampliaréis los conocimientos tan pronto —la provocó, sin levantar la voz para que la niña no le oyera.

—¿Cómo podéis bromear en un momento como este? —susurró, alterada—. ¿Quién la ayudará a... a sacarlo? —Su bochorno era tan profundo como su miedo.

Él se limitó a encogerse de hombros. Nunca había asistido a un parto. Al menos, no a uno humano; sin embargo, llegado el caso...

Sinceramente, esperaba llegar antes a la casa de los señores Durand y que allí hubiera una partera que supiera hacer bien su trabajo.

Miró a lo alto, hacia el sol implacable que calentaba con visos de tormenta. No se veía a nadie en el camino. Hubiera sido muy práctico que pasara una carreta con sitio para transportar a la joven madre. Tanto caminar no sería bueno para ella.

Como si quisiera confirmar sus sospechas, la vio doblarse por la cintura y emitir un siseo entre dientes. Aquello no pintaba nada bien.

Al sentir los grises ojos de Émilie fijos en él, se apresuró a poner una expresión indolente que no la inquietase aún más. Ya estaba bastante asustada sin que él interviniera. Al menos la niña seguía ajena a la incertidumbre reinante.

El matrimonio había abandonado el camino y se adentraban en un bosquecillo adyacente. Seguro que el parto era próximo. La pequeña les siguió corriendo, como si fuera un juego.

—Lo siento, *alteza* —confesó, sincero, mirándola—. No os queda otro remedio que atender a la señora Durand.

—Pero yo no sé nada de esas cosas —musitó ella, al borde de la histeria—. ¡No sé qué hacer!

—Intentaré ayudaros en lo que pueda —se ofreció, sin pensar—. Es el segundo hijo; ella misma os indicará los pasos. No será tan difícil.

—Por favor, por favor... —gimió. Los ojos anegados de lágrimas.

—No podemos dejarlos. Necesitan nuestra ayuda.

—Lo sé, lo sé, pero...

Sintió pena por ella. Estaba realmente aterrada, pero ese momento no admitía cobardías de ningún tipo. Y estaba seguro de que ella no era cobarde.

—¿Os avergüenza atender a una campesina? —la provocó—. Demasiado bajo para vuestra clase, ¿no? La hija del coronel Laforet no puede rebajarse a tanto.

Le satisfizo ver el cambio que se operó en ella. La vio limpiarse las lágrimas de un manotazo, cuadrar los hombros como un soldado ante la batalla inminente, toda majestuosidad y elegancia, y sintió el fuego que desprendía su mirada tormentosa.

Algo se removió dentro de él, pero lo ignoró al punto.

—Os equivocáis, capitán. Nunca he tenido prejuicios respecto a la condición de las personas. Haríais bien en guardaros vuestras estúpidas opiniones —precisó, encaminándose al bosque con el porte orgulloso de una reina.

Gastón se atrevió a sonreír, contento de que ella hubiera respondido a su provocación como esperaba. No quiso pensar en la sensación de complacencia que lo había embargado al mirarla. Ni en el calorillo que se asentó en su vientre. Ni en las ganas que tenía de tomarla de la mano y detener su avance para besarla a conciencia hasta que...

—Tengo que *buzcar* una carreta. —El anuncio de la niña, mientras corría hasta él, le sacó de esos pensamientos tan poco adecuados—. Padre me ha dicho que *ezté* atenta.

—Muy bien, pequeña. Grita si ves llegar alguna, pero no te muevas de aquí —le ordenó. Luego se dirigió adonde estaban los tres adultos, dispuesto a ayudar en lo que pudiera.

La niña seguía saltando de un pie a otro a la vera del camino. Hacía ya mucho rato que no pasaba nadie, ni siquiera algún peregrino rezagado. La tarde estaba llegando a su fin y las primeras estrellas brillaban como pequeños diamantes.

Gastón apartó la mirada de la niña para dirigirla a la madre. La pobre mujer gemía como un animalillo herido, mientras su esposo trataba de confortarla con palabras de aliento. Émilie, arrodillada frente a las piernas de la parturienta, observaba el proceso como si fuera algo que hacía a menudo. Solo la mirada de angustia que de vez en cuando le asomaba a los ojos delataba el miedo que tenía.

Estaba gratamente sorprendido con aquella muchacha de ojos color de nubes tormentosas. Evidentemente, era más que la niña mimada y caprichosa que creyó al principio de ese accidentado viaje.

Volvió a fijarse en la pequeña. No le gustaba que estuviera sola junto al camino a esas horas vespertinas. Sus padres, demasiado ocupados en el nacimiento del bebé, no controlaban lo que hacía su primogénita.

—No he *vizto* ningún carro, *zeñor* —anunció, cuando lo vio acercarse—. ¿Tengo que *zeguir* mirando?

—No, chiquitina. Ya no hace falta —respondió, al llegar a su altura—. ¿Ves qué luna tan bonita? —Señaló la luna llena.

—Zí, parece un *quezo* de *loz* que hace mi abuela —aseguró muy seria—. ¿Madre *eztá* bien?

El llanto de un bebé rompió la quietud del crepúsculo y le evitó tener que inventar alguna cosa para tranquilizarla.

—¡Ya ha nacido! —Comenzó a saltar, feliz. Luego su mirada se ensombreció—. ¿Dónde *eztá* la cigüeña? —indagó, confusa—. No la he *vizto*.

Gastón sintió una ternura inmensa al recordar a su hermana Annette. Ella también había sido una criatura igual de curiosa y también pronunciaba de ese modo antes de que le salieran los dientes definitivos.

—Uy, nos lo hemos perdido —comentó, poniendo cara compungida—. La cigüeña se habrá marchado. ¿La ves por alguna parte? —preguntó. Quería dar tiempo a que terminaran las labores del parto antes de acercarse con la niña.

—No. No la veo. ¿*Ze* habrá ido a llevar *máz* *niñoz*?

—Seguro que sí. Vamos, veremos si tienes un hermano o una hermana. —La tomó de la mano y, despacio, se encaminaron juntos adonde estaban sus padres.

Émilie tenía al recién nacido entre los brazos, tapado con su chal. Lo acunaba completamente extasiada. En cuanto lo vio llegar, se acercó a él para mostrarle el bulto llorón que portaba y le dedicó una sonrisa capaz de competir con los rayos del sol de verano. Una sonrisa por la que se habrían entablado batallas. A la escasa luz

del atardecer, sus ojos se veían plateados como el azogue de los espejos.

Gastón se quedó sin aire un instante, perdido en aquella sonrisa y en aquella mirada. En lo que dura un latido creyó que el suelo se había movido bajo sus pies. No podía hacer otra cosa que mirar, como hechizado, a aquella criatura con cara de duende.

Debió de quedarse demasiado rato en ese estado de ensoñación —o más bien de alelamiento—, porque ella parpadeó y su sonrisa fue perdiendo luminosidad antes de apagarse del todo.

—Es un niño —musitó. Después volvió los ojos al bebé y su rostro adquirió el brillo de una *Madonna* italiana—. ¿No os parece el más bonito del mundo?

Sin salir del aturdimiento, miró al recién nacido. Su cabeza, coronada de pelo oscuro, aún tenía los restos del alumbramiento y su cara, roja por el llanto, estaba arrugada como una pasa. No, no era el recién nacido más bonito del mundo, pese a que ella dijera lo contrario y lo mirase embobada.

No obstante, ella sí parecía la joven más bella del mundo. Con su pelo enredado bajo la cofia, los brazos y las mangas de la camisola manchados, el rostro sonrosado por el esfuerzo y esa mirada, entre feliz y sobrecogida por los últimos acontecimientos.

«Aparta los ojos de ella. Está prohibida», se recordó con un bufido.

Lo sabía, pero por primera vez se preguntó si la norma de no enredarse con mujeres casadas o vírgenes no era demasiado estricta.

«El coronel te despellejaría vivo».

»Un motivo muy válido para no tantearlo siquiera», convino con sensatez. Claro que tal vez, por estar con ella mereciera la pena sufrir cualquier tormento posterior.

Para apartar esa idea de la cabeza, se concentró en organizar la partida. No era conveniente permanecer en el bosque por la noche. Por si los salteadores o proscritos no fueran suficientes, estaban los depredadores nocturnos.

—Será mejor que nos pongamos en marcha. No es seguro quedarnos aquí —advirtió, a la vez que pensaba en el modo de transportar a la joven recién parida. Dudaba de que fuera capaz de caminar y si, como había dicho su marido, estaban a mitad de camino de Lascabanes, sería demasiado para ella.

—Ya he terminado de asear a la señora Durand —articuló la joven—. Enseguida podremos seguir. He gastado mucha agua y apenas queda en los odres.

—Más adelante hay un manantial; podremos coger toda la que necesitemos —comentó el señor Durand, ayudando a su esposa a levantarse—. Vamos, mi querida Liliane, debemos continuar.

—Creo que podré andar —musitó ella, pálida a la luz de la luna.

—Nada de eso, señora. No podéis exponeros a desangraros por el camino —disintió Gastón, dispuesto a ser el primero en llevarla en brazos.

El señor Durand iba a protestar, pero un aullido silenció sus protestas y todos se dispusieron a partir con la mayor celeridad. Era la noche propicia para que las

manadas de lobos salieran de caza. Los restos del parto los atraerían con rapidez. No era inusual que atacaran a los peregrinos que, sin sentido común, continuaban el peregrinaje una vez puesto el sol.

Gastón sostuvo en los brazos a la joven madre, mientras su esposo llevaba en los hombros a Marie-Claire, que se caía de sueño, tras las emociones vividas. La señorita Laforet se hizo cargo del petate y del bebé. Se pusieron en camino iluminados por la luz plateada de la luna.

El fuerte descenso les llevó directamente a Lascabanes. Émilie se limitaba a poner un pie delante del otro sin pensar en nada. Agotada, pero pendiente del bebé que dormía plácidamente, acunado en sus brazos.

El capitán y el señor Durand estaban exhaustos por cargar con la joven madre por turnos. A la propia señora Durand se la veía cenicienta por el trabajo del parto.

Émilie se sentía maravillada por la experiencia. Jamás había imaginado que pudiera asistir a un alumbramiento, y menos con ella como partera. Pese al miedo, a su falta de conocimientos y al pudor que la había asaltado al principio, todo se desarrolló de la mejor manera.

Ella había sido la primera en sostener el cuerpo resbaladizo del recién nacido y en sentir los fuertes latidos de su corazoncito. Se sintió poderosa y humilde a la vez. Exultante de dicha y gratitud.

Quiso compartir aquellas sensaciones con el capitán. Él había sido quien la empujara a atender a la señora Durand, provocándola hasta que su orgullo fue más fuerte que su miedo y se atrevió con algo que nunca hubiera creído.

La mirada de él había sido demasiado extraña para interpretarla. No la miró con indolencia, como al principio, ni con odio, como después de sacrificar a su caballo; ni siquiera con la aceptación mezclada con sorpresa de los últimos días. No. Su contemplación había sido de completo aturdimiento, como si no la conociera o la descubriera en ese preciso instante.

No había sabido qué hacer, y la incomodidad la incitó a mostrarle al bebé para hacerle partícipe de un acontecimiento tan hermoso. Claro que él no pareció valorarlo en la misma medida que ella.

De cualquier manera, seguía pensando que aquel había sido un día para recordar. Ojalá su esposo fuera tan cariñoso como lo era el señor Durand con su mujer. Claro que para eso habría de estar enamorado.

Era desolador desconocer al hombre con el que se iba a casar en unas semanas. Con el que compartiría el resto de su vida. Pensar en la jugarreta de su padre puso un punto amargo en un día tan memorable.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó una mujer, saliendo de su casa con la cabeza cubierta por un chal—. ¿Qué ha pasado, señor Durand?

—Liliane ya ha tenido a nuestro hijo, señora Rouaix —anunció el hombre, con

alegría no exenta de cansancio—. Lo ha tenido en el camino.

—¡Santa Madre de Dios! —exclamó la señora—. Iré a buscar a la señora Dusilhol para que me ayude a adecentar al pobre angelito y a su agotada madre.

—Os lo agradezco mucho, señora —musitó el hombre, sin dejar de caminar hacia una de las casas.

Émilie y el capitán, con Marie-Claire en los brazos, le siguieron en silencio; esperaron fuera hasta que el dueño encendió una vela para alumbrar la estancia.

La casa era muy humilde; una cocina y un dormitorio con alcoba era todo lo que tenían, pero estaba limpia. La señora Durand ya descansaba en la cama; su marido corrió a encender los leños de la chimenea de la cocina.

—Señor Laforet —susurró la señora Durand desde el lecho.

Émilie hubo de dar un codazo al capitán para que atendiera a la mujer. La señora Durand había deducido que el apellido era el de su marido.

—Decidme, señora —se prestó él, una vez que se dio cuenta de que era a él a quien se dirigía—. ¿Qué puedo hacer por vos?

—Señor Laforet, por favor, dejad ahí a la niña —solicitó, señalando una camita en la alcoba—. Debéis de estar agotado.

Él hizo lo que le mandaban. Émilie se dio cuenta de que cojeaba tanto como en los días previos al uso de la arcilla. Seguro que cargar tanto tiempo con la mujer le había dañado la rodilla.

—Si tenéis algún lugar donde podamos pasar la noche, os estaría muy agradecido —dijo. En su cara se notaba el dolor que le producía mantenerse de pie.

Antes de que la dueña del lugar pudiera decir nada, la señora Rouaix y otra mujer entraron en la casa. Llevaban lienzos y varios frascos. Enseguida pusieron agua a hervir en un caldero suspendido sobre las llamas de la chimenea. Luego cerraron la cortina que cubría la puerta del dormitorio y dejaron en la cocina a los hombres y a Émilie.

El señor Durand les invitó a sentarse a la mesa y les ofreció carne fría, queso y pan.

El estómago de Émilie protestó ante la mención de la comida. Desde el almuerzo bajo los árboles no habían vuelto a probar nada. El bebé rebulló y empezó a hacer ruiditos de succión, al tiempo que movía la cabeza buscando algo. Al verlo, su padre lo llevó al dormitorio, donde las mujeres lo acogieron entre chasquidos de lengua y murmullos de aprobación.

Las señoras, tras adecentar a la joven madre y al bebé, no tardaron en despedirse del dueño de la casa y de los visitantes. Para entonces Émilie se caía de sueño; debía hacer un enorme esfuerzo para mantenerse despierta y no dejar caer la cabeza sobre la mesa.

Tal vez llegó a hacerlo, pues de pronto se encontró echada sobre un jergón de paja, junto al fuego y... lo que era peor: ¡junto al capitán!

Casi saltó del jergón, pero él la sujetó por el brazo e impidió que pudiera

levantarse.

—Tranquila, *alteza*. Estoy demasiado dolorido para intentar nada indecoroso con vos —susurró él, junto a su oído. El aliento entibió su pómulo, haciéndole reprimir un escalofrío de placer—. No hay más sitio en esta cocina para dormir y ellos nos consideran casados. —Señaló la cortina que separaba el dormitorio.

—Pero... pero...

—Dejaos de peros y volved a dormir. —Esta vez su murmullo fue más contundente.

«¡Si estuviéramos más pegados, se fundirían nuestras pieles!», pensó, consternada y con el corazón latiendo a galope tendido.

El sueño la había abandonado por completo. No podía dormir sintiendo el cálido cuerpo del capitán, tan pegado al suyo que podía notar cada movimiento de su pecho al respirar.

—Será mejor que os relajéis —gruñó él—. De lo contrario ninguno de los dos podrá dormir.

No era tan fácil. Por primera vez yacía con un hombre. Y no uno cualquiera. Él era quien había poblado sus sueños desde dos años atrás. ¿Relajarse? ¡Imposible!

Poco a poco empezó a emerger del sueño. Abrió los ojos y descubrió que se encontraba en la cocina de los Durand. El fuego se había apagado, pero en el lugar seguía haciendo una temperatura muy agradable.

«Así que al final me dormí», pensó, aún cansado.

Le había costado mucho conciliar el sueño. Tanto que creyó que no lo conseguiría en toda la noche. Tras la primera impresión de sorpresa, Émilie durmió profundamente. No así él, que se mantuvo inmóvil, con el cuerpo tibio y grácil de la joven pegado al suyo. Por si eso no fuera suficiente para mantenerlo en vela, ella se había acurrucado de frente a él y le había pasado un brazo por encima del pecho.

Su aliento, rozándole el cuello, como una dulce brisa. Cuando Gastón empezaba a relajarse, ella le pasó la pierna por encima de la cadera, abrazándolo como a un amante. A punto había estado de apartarse de ella y levantarse de un salto.

Gastón comprendía que ella no era consciente de lo que estaba haciendo, pero su entrepierna lo ignoraba deliberadamente y pugnaba por buscar alivio.

Intentó apartarse del cuerpo los miembros invasores de la joven, pero ella volvía a abrazarlo, murmurando en sueños palabras ininteligibles.

Viendo que era tarea perdida, lo dejó estar y trató de serenar su alterada mente, pensando en cosas más inocuas. Reparó en que ni aun así lograba frenar su excitación, por lo que probó a recordar el sacrificio de *Rouge*; sin embargo, ese amargo recuerdo no consiguió que cambiara el deseo, por el odio que sentía por aquella joven al principio.

Estaba perdido. Desde que se separaran de los de la carreta no había vuelto a yacer con ninguna mujer, y de eso hacía diez días. No podía creer que hubiera pasado tanto tiempo. Era evidente que necesitaba desfogarse lo antes posible. Eso le dejaría inmune a los encantos de Émilie.

«¿Dónde está ella? —se preguntó, incorporándose preocupado. La rodilla cedió y estuvo en un tris de caer como un muñeco desgarrado—. ¡Maldición! Si ha intentado escaparse otra vez...»

—Señor Laforet, veo que ya estáis despierto —dijo la señora Durand. Ella estaba en la cama y lo miraba a través de la cortina que separaba la cocina del dormitorio.

Gastón miró a ambos lados para cerciorarse de que le hablaba a él. Siempre pensaba que el coronel se habría presentado allí. Se apoyó al borde de la mesa hasta asegurarse de que la pierna no iba a fallarle de nuevo. Le dolía hasta lo indecible, con un latido constante y demoledor. El esfuerzo del día anterior había sido demasiado para aquel miembro lisiado.

—Buen día, señora. ¿Qué tal os encontráis hoy? —preguntó con cortesía, guardando su rabia; ella no tenía la culpa de lo ocurrido. Bastante había tenido con lo



suyo.

—Muy bien, dadas las circunstancias. Si buscáis a vuestra esposa, salió hace un rato. Estará con Marie-Claire en el patio. —Le señaló una puerta.

—Gracias. Saldré a buscarla.

Con miedo de que hubiera intentado huir, salió cojeando al patio. Al no verla apretó los dientes, enfadado por haber dejado que escapara y por el ramalazo que sentía en la pierna a cada paso; preocupado por lo que pudiera suceder a Émilie. Luego escuchó las risas al otro lado de la ropa colgada en un tendal, que se mecía con el aire seco de la mañana.

Reconoció sus dos camisas, la camisola remendada de ella y el chal con el que había abrigado al bebé durante el camino. Al sortear las prendas las vio tumbadas sobre la hierba, miraban al cielo e inventaban formas para las nubes.

—No. *Ez* un perro —protestó la niña, señalando al firmamento—. *Ze* parece al de la *zeñora* Rouaix. Mirad, *eztá* dormido.

—¡Es verdad! ¡Y a su lado hay una mariposa gigante! —añadió ella.

—¿Cuándo podré ver a mi hermanito? —preguntó la niña, cambiando de tema.

—Dentro de un rato. Ten paciencia, cariño. Hay que dejar dormir al capitán. Tiene una pierna herida y debe descansar. Ayer se hizo daño al cargar con tu mamá.

Gastón se quedó quieto, sin pensar en el dolor que le produjo la repentina parada. La preocupación de Émilie le entibió el corazón. No imaginaba que ella pudiera ser tan perspicaz con sus dolencias. Aparte de su madre y sus hermanas, ninguna mujer se había preocupado por su bienestar, salvo por complacerlo y ser complacida en el lecho. Pero aquello era distinto; nada tenía que ver. Pese a lo grosero que, tras la muerte de su caballo, había sido con ella o a su falta de miramientos, Émilie se preocupaba por él. Esa certeza lo calentó por dentro.

Aún no lo habían visto, así que pudo admirar la estampa que presentaban las dos, con las cabezas juntas y los brazos extendidos hacia el firmamento, como si quisieran tocar las nubes con la punta de los dedos. Ella tenía ojeras oscuras, fruto del cansancio; no obstante, parecía dichosa disfrutando con la pequeña.

—Buen día, *zeñor* —saludó la niña, levantándose de un salto—. ¡Ya *oz habéiz dezpertado!*

Él le acarició la cabeza, sin dejar de mirar a la joven que, completamente sonrojada, intentaba levantarse lo más rápido posible. La niña corrió al interior de la casa, deseosa de volver a ver al nuevo miembro de la familia.

—Buen día, capitán —musitó Émilie, sin mirarle a los ojos.

—Buen día, *alteza* —susurró—. ¿Habéis dormido bien?

Aquella pregunta la ruborizó aún más; con la cabeza gacha, se sacudió las hierbas adheridas a la falda.

¿Siempre había sido tan hermosa? ¿O acaso él la miraba de manera distinta al comprender que era una muchacha de noble corazón?

«¡Deja de mirarla así! —se ordenó, molesto por el interés que empezaba a

despertarle aquella joven—. No es para ti».

No, no lo era, pero eso no evitaba que sus dedos hormiguearan por las ganas de acariciar aquellas mejillas sonrojadas o reseguir la forma arqueada de sus cejas. O besar aquellos labios tentadores. ¡Basta! Apretó los puños para contenerse.

El señor Durand apareció en ese momento con una hacha en la mano. Había estado haciendo leña para la chimenea.

—Buen día, señora, señor —los saludó, con una sonrisa satisfecha.

«Yo también sonreiría así de tener una familia como la suya —se sorprendió pensando Gastón.

»¡Vaya tontería! —se reprendió al punto, fruncido el entrecejo—. Yo no busco este tipo de vida».

Émilie se despidió con un abrazo de todos los miembros de la familia Durand. Le daba mucha pena marcharse de allí. Se los veía tan felices juntos que no podía por menos de envidiarles.

—No os preocupéis, señora Laforet. Pronto os encontraréis sosteniendo a vuestro propio bebé —le había dicho Liliane Durand, interpretando mal su mirada de tristeza.

Por fortuna habían partido antes de que se pusiera en evidencia, llorando como una tonta. ¿Qué le estaba pasando?

Guardaron las prendas, lavadas a primera hora de la mañana y que el viento había secado. Puesto que no quisieron quedarse a comer con la familia, les entregaron algunos alimentos para no tener que buscar una taberna más tarde.

Emprendieron la marcha en completo silencio. Émilie suponía que al capitán también le había costado despedirse de los miembros de esa familia que, pese a no tener mucho, era tan feliz como si lo tuviera todo. Tal vez por eso estaba más taciturno que de costumbre. Por eso y porque, a juzgar por su acusada cojera, la pierna le dolería horrores.

Por la noche no le había puesto la arcilla y ya no tenían unguento de árnica para aliviar la molestia. No creía que ese día avanzaran mucho; él no lo aguantaría.

Pese a que eso la convertía en un ser egoísta y sin piedad, le agradó la perspectiva de seguir retrasando la llegada a Pamplona y poder disfrutar de unas jornadas más de aparente libertad. Aparente, porque no era libre para ir adonde quisiera. Gastón no lo consentiría. Su maldito honor de caballero lo impedía.

Pensar en la noche le recordó el apuro que había pasado al despertar y encontrarse abrazándolo impudicamente. Un brazo por su pecho y la pierna por encima de su cadera. La vergüenza la había dejado paralizada y quiso apartarse de golpe. Por una vez, su cabeza pareció funcionar y se fue separando muy despacio, con lentitud, para evitar que él se despertase y la pillara de esa guisa. Solo con imaginar el bochorno volvió a ruborizarse. ¿Qué podría haber dicho para justificar ese abrazo de amante? Gracias al Cielo no había sido necesario, pues él dormía como un bebé y su tremenda

indiscreción había quedado oculta.

«¿Cómo sería despertar de ese modo cada mañana sin pensar en bochornos de ningún tipo?

»¿Por qué piensas en imposibles?»

Ascendieron por un valle color esmeralda que contrastaba con el azul del cielo, adornado con nubes algodonosas.

—¿Os duele mucho la pierna? —se atrevió a preguntar, al ver que trastabillaba un par de veces.

—No más que otras veces. —Fue la lacónica respuesta, con su humor de enterrador.

—¿Queréis que os aplique arcilla? —ofreció, pasando por alto la sequedad de sus palabras—. Podría sujetarla con vendas.

—Es mejor continuar mientras haya luz. Ya nos hemos entretenido bastante en Lascabanes.

—Si no hacéis algo con esa rodilla, no andaremos mucho más —murmuró ella por lo bajo. Al verlo tropezar, meneó la cabeza con desaprobación—. Idiota.

—¡Maldición! Está bien. Probemos con la arcilla —barbotó, dirigiéndose al borde del camino para sentarse en una piedra. Se quitó la bota con movimientos algo torpes. Bajó la media y levantó la pernera del calzón; la cara crispada por el dolor—. No estaré peor de lo que ya estoy —masculló entre dientes.

Con presteza, Émilie sacó el bote con el barro del petate del capitán. Al agacharse y ver el estado en que se encontraba la rodilla, se tragó un impropio nada adecuado para el vocabulario de una joven de buena cuna. El miembro estaba tumefacto; la piel, dilatada, como el pellejo de un tambor. Con cuidado para no hacerle daño, procedió a extenderle una buena capa sobre la ardiente y depilada rodilla.

El calor atravesó sus dedos y se extendió por todo el brazo cual marea de lava, al tiempo que su corazón latía con más rapidez e intensidad. Se obligó a centrarse en lo que estaba haciendo y no en lo que experimentaba al tocar a Gastón.

Le vio cerrar los ojos al sentir el frescor de la arcilla sobre la piel. El rictus amargo del capitán se suavizó al momento y hasta los surcos que cruzaban su frente, como un campo recién arado, eran menos profundos. Le agradó saberse instigadora de ese cambio, al tiempo que se reprendía por quedarse mirándole embobada. Debía dejar de hacerlo. Cualquier día de esos se pondría en ridículo y, si él llegara a sospechar lo que sentía, sería de lo más vergonzoso. Se limpió las manos con hierba y procedió a vendar la masa húmeda para sujetarla. Una vez que hubo terminado, suspiró satisfecha.

—Probad a caminar —le instó, volviendo a guardar el bote en el petate—. Ya he acabado.

Él abrió los ojos, se levantó con cuidado y dio unos pasos vacilantes. La arcilla y el vendaje no le permitían doblar la pierna, pero al menos no hacía gestos de dolor. Tal vez el remedio funcionase. Desde luego, el emplasto parecía aguantar los

movimientos.

—Gracias —entonó él, con su sonrisa de medio lado.

A Émilie el corazón le dio un vuelco y hubo de hacer un esfuerzo sobrehumano para no quedarse admirando al atractivo capitán, atontada.

«¿Necesitas un pañuelo? —se preguntó en silencio—. Estás a punto de babear».

Él dejó de sonreír, al tiempo que su mirada se oscurecía. Luego frunció el ceño, tomó el petate y se volvió para regresar al camino.

Émilie consiguió incorporarse sin que le flojearan las rodillas.

Caminar con aquel pegote cubriendo la rodilla no era nada agradable. Menos aún ahora que empezaba a secarse y tiraba por todos los lados. Claro que antes de que ella se lo pusiera había sido aún peor. Cada paso era una tortura.

Ya acostumbrado a la leve molestia de los dos días anteriores, volver a sentir ese dolor, que parecía trepanarle el hueso, había sido un duro golpe. Sabía que lo mejor hubiera sido descansar hasta que se recuperase, pero era imposible. Cada vez estaban más retrasados y aún les quedaba un largo camino por delante.

¿Dónde se habría metido el carruaje? El señor Dubois ya debería haber solucionado la avería; ¿dónde diablos estaba?

Sería un fastidio que les hubiera adelantado sin que ellos se dieran cuenta. Claro que, de haber sido así, al encontrarse con Hubert y los otros, lo más sensato sería dar la vuelta y regresar hasta localizarles.

«Será lo que tenga que ser», se dijo frustrado.

—¿Cómo os hicisteis esa lesión? —preguntó ella, rompiendo el silencio. Lo miraba con interés, al tiempo que escondía un discolorado mechón bajo la cofia.

Gastón sintió una leve picazón en la punta de los dedos, por las ganas de habérselo colocado él mismo. Confundido y molesto por ese inoportuno deseo, se frotó el muslo.

—Fue un accidente —comentó, sin entrar en detalles. No le gustaba hablar de ello.

—¿Un accidente? ¿Durante una batalla? —indagó ella, al parecer sin conformarse con su seca respuesta.

—No —masculló.

—¡Oh! Comprendo —susurró Émilie, con las mejillas arrojadas.

«¿Comprendo? ¿Qué comprende? —se preguntó él—. ¿Qué demonios se está imaginando?»

—No creo que lo comprendáis —se encontró censurando. Se propuso no mirarla para no sucumbir a su inocente encanto, pero perdió la batalla y terminó observándola de reojo. Llevaba el chal cruzado por la espalda a modo de macuto con sus cosas dentro. Le estaba mirando.

—En ese caso, tal vez tengáis la amabilidad de aclararme ese punto —sugirió ella con retintín. Su mirada le retaba con fuerza—. Ilustradme.

Era evidente que no le gustaba quedarse sin saber y que tenía intención de seguir insistiendo hasta el día del Juicio Final. Lo mejor sería darle una somera respuesta y que se aguantase con ella.

—No suelo contarlos, *alteza*. No es un episodio de heroísmo en medio de una batalla —comenzó, buscando algún punto de decepción en su mirada; al no hallarlo,

continuó—: Cabalgábamos por un bosque en los Pirineos, cerca de la frontera con España. Mi coronel decidió parar y que descansasen nuestras monturas. Era un terreno escabroso, pero aquello nunca había sido impedimento para un grupo de soldados curtidos. Mis compañeros ya habían empezado a desmontar. Yo estaba distraído hablando con Hubert. En ese momento mi caballo se encabritó y perdió el equilibrio.

Recordó el ruido de los cascos al raspar contra la roca, buscando asidero. El crujido del cuero de la silla, al forzar su posición. Los relinchos aterrorizados de *Rouge* en medio de aquella quietud, extraña y envolvente. El olor a trementina de los pinos. La caída...

Aún había noches en que se despertaba sintiendo que caía, pero en lugar de caer a unos codos del suelo, era un abismo el que se abría bajo sus pies.

—¿Os tiró? —preguntó ella, visiblemente interesada.

—No. En realidad no fue así; caímos juntos. Él encima de mí.

—¡Qué horror!

—*Rouge* estaba como loco y se incorporó enseguida. Nunca lo había visto tan trastornado. Era un caballo temperamental, pero muy noble. —Cerró los ojos ante la imagen de aquel hermoso animal. Poco a poco empezaba a olvidar la otra, la del momento de su muerte—. Mi pie aún estaba enganchado en el estribo. Esa sacudida terminó por dislocarme la rodilla. Gracias a la intervención de Hubert, que consiguió sujetar al caballo por el ronزال y tuvo la brillante idea de echarle su capa por la cabeza para cegarle, evitó que me destrozara la pierna todavía más.

—Os podría haber matado —susurró ella, espantados los ojos. Se la notaba preocupada por algo que había sucedido meses atrás.

—Supongo que, si no muerto, habría acabado todavía más tullido —concluyó, sin darle más importancia.

—¿Sabéis qué pudo asustar al caballo?

—No —aseguró, negando con la cabeza a la vez—. Imagino que le picaría alguna abeja. Habíamos visto colmenas no muy lejos de allí. Hubert me comentó que tenía una herida sobre el ojo derecho. Claro que bien pudo habérsela hecho al caer sobre las rocas. Poco tiempo después descubrí que había perdido visión de ese ojo. Para entonces me habían licenciado. En el ejército no necesitan soldados lisiados.

Pese a no querer, la amargura se traslucía en sus palabras. Más humillante que una pierna inestable era saberse etiquetado de ese modo. Lisiado, tullido, cojo, renco... Había muchas palabras con las que llamarle y todas eran tan punzantes como el tormento de su rodilla.

—¡No sois un lisiado! —barbotó ella, lanzando llamas por los ojos acerados—. No os atreváis a llamaros así. No es cierto.

A Gastón le sorprendió su apasionada defensa y tardó un poco en hablar. Salvo su hermana Annette, nadie había dudado de su invalidez. Era algo agradable. Agradable y peligroso, se recordó.

—Gracias, pero no os engañéis, *alteza*. Hay muchas cosas que no puedo hacer.

—Seguro que muchas menos de las que sí podéis —protestó, con los brazos en jarras, presentando batalla. ¡Qué hermosa era!

—Vaya, veo que tenéis genio.

—Y vos sois un idiota.

Gastón no pudo reprimir una sonora carcajada. Aquella joven no se arredraba ante nada. La admiró por eso. El deseo empezaba a clavar sus garras en él.

—¿Os habéis sentido decepcionada, *alteza*? —indagó con sorna, para quitarse esos sentimientos de encima—. ¿Me imaginabais como un héroe romántico?

—A decir verdad no tenía ninguna idea preconcebida sobre vuestra lesión. Había oído comentar a mi padre que habíais sufrido un accidente... Claro que puestos a imaginar, lo mismo podría haber sido el ataque de un marido celoso.

Esta vez hubo de pararse al borde del camino, doblado por la risa.

«¡Dios, cómo me gusta este *duende*!» La reflexión cruzó fugaz en su cabeza y le cortó la risa de raíz. Debía tener más cuidado. Sus pensamientos estaban empezando a ser demasiado preocupantes.

—¿No diréis que nunca os ha atacado alguno? —insistió ella, ajena a las turbulentas reflexiones que acosaban a Gastón.

—A riesgo de defraudaros, *alteza*, no. Nunca me ha atacado ningún marido celoso. Las mujeres casadas están prohibidas para mí.

—¡Ah!, creí que ellas eran el blanco perfecto para vuestras conquistas —declaró, frunciendo el entrecejo, pensativa—. Ellas y todas las «Mimí» y «Rose» de las posadas de toda Francia.

Por un breve instante pensó en contarle el motivo por el que no se acostaba con mujeres casadas, pero aquel día ya había agotado su cupo de confianzas. Mejor no relatar un episodio bastante ignominioso en su vida.

En los tres días que llevaban allí, ya habían visitado la iglesia en honor a san Pedro, los talleres de loza, el río Garona y los alrededores de Auvillar.

Hubert consideró que ya era hora de ponerse otra vez en marcha. No podían seguir indefinidamente en la posada. Si el capitán y la señorita Laforet hubieran estado tras ellos, ya les habrían alcanzado. Lo más seguro era que en algún punto les hubiesen adelantado sin darse cuenta. Y ahora eran ellos los que iban retrasados.

En cualquier caso, quedarse en la posada empezaba a levantar sospechas. Los dueños ya le habían dicho que el olor desagradable de los barriles espantaba a los clientes y que debían abandonar el establecimiento a la mayor brevedad.

—Entonces, ¿creéis que debemos partir? —preguntó Clarisse, retorciéndose las manos—. Pero ¡ellos aún no han llegado!

Estaban sentados a la orilla del río, mirando pasar las barcas cargadas de loza. Luc se había quedado en la posada, para vigilar los baúles.

—Lo sé, señora. Sin embargo, no es descabellado pensar que vayan por delante. Que no les hayan visto en las posadas no significa que no hayan optado por otro itinerario. No hay que olvidar que ellos viajan a caballo y no tienen por qué seguir el camino —explicó con paciencia—. Comprendo vuestro resquemor, pero si no partimos mañana deberemos abandonar la posada igualmente.

—Entiendo...

—No os inquietéis más. Ellos están bien. El capitán sabe lo que hace y cuidará de la señorita.

—Es que tanta demora resulta muy extraña. El coronel dejó a su hija a mi cargo y... ¡No quiero pensar que le haya pasado nada malo!

—Seguro que están bien, Clarisse —aseguró, con la vista clavada en los brillos cambiantes del agua—. No tengo la menor duda.

—Ay, Hubert. Ojalá yo compartiera la misma certeza que vos.

Se la veía tan desalentada, tan abatida, que le removió por dentro la necesidad de confortarla. Se tomó el atrevimiento de posar la mano, áspera por el trabajo, sobre las de ella, que descansaban en su regazo. Tras un instante de confusión, la doncella permitió que él la mantuviera allí, como un manto protector y no dijo nada. Pasado un buen rato, Clarisse se aventuró a mirarlo. Tenía los ojos anegados de lágrimas.

—Muchas gracias, Hubert. Sois infinitamente comprensivo conmigo.

—Os he hecho llorar. ¿Dónde está la comprensión? —preguntó, descorazonado. Había querido consolarla y lo único que había conseguido era entristecerla. ¡Vaya desastre que era!

—Os equivocáis, señor. Lloro porque hacía mucho tiempo que nadie me consolaba. Y he descubierto que lo echaba mucho de menos —confesó, secándose las lágrimas con un pañuelo—. Gracias.

—No sé qué decir, Clarisse. Yo...

—No digáis nada. Lo comprendo —añadió, entristecida.

Hubert supuso que recordaba a su esposo y, para su asombro, no le gustó la idea.

Se justificó pensando en que era una mujer muy vital para limitarse a llorar a su difunto marido el resto de su vida. Aún tenía años por delante para disfrutarlos. Seguro que hubiera sido muy feliz con una familia que cuidar.

—¿Tenéis hijos? —preguntó antes de pensarlo.

—No. Dios no quiso bendecirnos con ellos. De cualquier forma, si los hubiera tenido, ahora no podría hacerme cargo de ellos —aclaró, más sosegada.

—Os habríais vuelto a casar —consideró—. Por el bien de ellos.

—Sí. Habría sido la única manera de poder criarlos.

Hubert esperó por si añadía algo más, pero ella guardaba silencio, con la vista perdida en la orilla de enfrente. Y él no siguió con ese tema.

La posada de Moissac estaba repleta de viajeros. Antes de entrar se había pasado



por la cuadra, por si el caballo de Bonnet estaba allí. No le apetecía ser sorprendido por el maldito cazarrecompensas y terminar en la cárcel otra vez. Una vez satisfecho y más tranquilo, entró en el salón.

Después de casi tres días en Auvillar, vigilando a aquellos tres que recorrían todas las calles del lugar, había llegado a la conclusión de que estaban haciendo tiempo. Esperaban a alguien, eso era evidente. ¿Por qué, si no, estarían dejando pasar las horas tras tantas jornadas de viaje? Si hubiera sido por dar descanso a los caballos, con un día era más que suficiente. Y los animales no estaban heridos ni faltos de herraduras; ya se había encargado de enterarse discretamente.

Seguro que esperaban a Bonnet y a la mujer. Pero ¿dónde se habrían metido?

Harto, había decidido retroceder por si se encontraba con ellos. Aunque ya empezaba a cansarse de buscar venganzas.

Se fijó en las partidas de naipes que se desarrollaban en varias mesas. Podría intentar aligerar las bolsas de aquellos peregrinos. Había perdido muchas jornadas siguiendo a aquella carreta para nada. Ya era hora de que se dedicara a trabajos más lucrativos.

Bonnet podía irse al infierno con la arpía de su mujer.

Las aguas del lago refulgían como un espejo. El sol, inclemente, continuaba calentando tal que si de verano se tratara.

Estaban cerca de Lauzerte. En realidad, el pueblo ya se veía frente a ellos, en lo alto de un collado. Las torres de la iglesia se recortaban contra el cielo azul.

Gastón, sentado en una roca de espaldas al agua, se dedicaba a pulir su puñal y su espada para mantenerlas en perfecto estado. Hacía varios días que no empleaba un rato en eso y ya empezaban a crear orín. Se había quitado la casaca y la chupa para quedarse solo con la camisa. No veía la hora de darse un baño en el lago. Estaba cansado de lavarse a trozos en las posadas. Hacía varias jornadas desde la última vez y lo echaba de menos.

Habían encontrado el lugar perfecto: un sitio rodeado en uno de los lados por las ramas bajas de un árbol. Los que pasaban por el camino solo verían una cortina de hojas verdes. No se habría podido elegir un rincón mejor para guardar la intimidad.

A su espalda, ella disfrutaba chapoteando como una niña pequeña. Le había dejado el primer turno; de ese modo tendría tiempo para secarse el cabello, mientras era él quien se bañaba. No era decoroso presentarse en el pueblo con el pelo mojado.

Flexionó la rodilla derecha un par de veces. Esa mañana se había levantado con menos dolor del habitual. Por lo visto, la arcilla había obrado el milagro otra vez. Debía conseguir más. La noche anterior habían acabado con ella y, visto el grado de efectividad, era necesario que nunca le faltase. Quizás algún alfarero de Lauzerte estaría dispuesto a venderle un poco.

Dio una última pasada a la hoja de la espada hasta comprobar que no quedaba ninguna traza del temido óxido. El acero brillaba sin mácula; el filo era todo lo aguzado que se podía desear. Satisfecho, la guardó en su vaina y continuó con el puñal. Era un arma ligera; el regalo de su padre cuando, al cumplir los dieciocho años, expresó su deseo de hacerse soldado. Aquel día le había enseñado cómo limpiarlo y mantenerlo en perfecto estado para cuando fuera necesario utilizarlo.

La hoja estaba adornada con un fino grabado y una frase en latín: *In dubio, Pro Vita*. («En caso de duda, a favor de la vida».) Su padre hubiera querido que se hiciera sacerdote o monje en vez de soldado, pero aceptaba su decisión. Tal vez había comprendido que su hijo no tenía alma de religioso.

Gastón se puso alerta; no se oía ningún ruido a su espalda. Temiendo que ella se hubiera ahogado en el lago, se volvió a mirar. No, no se había ahogado. De pie, con el agua hasta la cadera y la cabeza echada hacia atrás, se lavaba el pelo. La camisola, empapada, se le pegaba al cuerpo como una segunda piel, dejando muy poco a la imaginación y mucho para ver.

—¡Dios mío! —murmuró Gastón.

Tragó saliva, sin atreverse a parpadear. Luego se volvió con presteza para que Émilie no le pillara mirando. Pero ya era tarde. Lo que había vislumbrado lo enardeció por dentro. Su corazón redobló los latidos y se le aceleró la respiración. Notó que cierta parte de su anatomía cobraba vida y empujaba contra la bragueta de los calzones.

Aquella joven tenía el cuerpo de una ninfa del bosque, de una sirena de los mares. Un cuerpo capaz de tentar al mismísimo Dios. Si Helena había tenido ese cuerpo, no era de extrañar que hubiera provocado la guerra de Troya.

La hoja del puñal le devolvió su reflejo; en un acto de pura desvergüenza, lo alzó para tratar de ver a la joven.

Antes de llegar a ver nada lo bajó, abochornado. ¿Qué demonios estaba haciendo? Aquello era un acto propio de un chiquillo imberbe, no de un hombre curtido.

Guardó el puñal en la bota y se levantó de golpe, sin cuidar de proteger su rodilla. La pierna se resintió al punto, pero no le falló. Debía tener más cuidado si no quería hacerse más daño del que ya tenía.

—¿Os queda mucho? —gritó sin volverse, tenso y crispado.

—No. Enseguida salgo —aseguró ella. Al momento se oyó el chapoteo característico de alguien que sale del agua—. No tardo nada en vestirme.

Gastón gimió por dentro al imaginar los movimientos de ella al quitarse la camisola empapada, ponerse la limpia, anudarse el lazo que cerraba el escote... Le pareció escuchar el frufú de las enaguas y el susurro del tejido de lana de la falda. Casi sintió en sus dedos el cordón que anudaba el corpiño o el tacto de las medias...

—¡Por los clavos de Cristo! —blasfemó con los dientes apretados. Ardía. Se sentía como un hierro al rojo.

—¿Habéis dicho algo? —La voz de ella se fue acercando por su espalda—. Ya he terminado. El agua está de lo más apetecible.

—Ya era hora. Pensaba que os ibais a quedar hasta que vuestra piel pareciera una pasa en remojo —masculló, malhumorado, casi sin mirarla.

—Si no me hubierais llamado, así habría sido —contestó con voz risueña.

Gastón no pudo evitar mirarla. Un error.

Émilie se estaba retorciendo la melena para quitar el exceso de agua. Su piel se veía sonrosada por el ejercicio; le brillaban los ojos como la superficie del lago y sus labios... Sus labios eran del color de las fresas maduras. Tan apetecibles como esa fruta.

Dio un paso hacia ella, incapaz de resistirse a la atracción. Quería probarlos. Saber si eran tan dulces como parecían. Ella se quedó quieta, sin dejar de mirarlo. Casi sin parpadear. Gastón dio otro paso más. La vio pasarse la lengua por los labios y acertó la distancia. Aquella boca era un canto de sirenas.

El grito estridente de un halcón le sacó de aquella especie de hechizo y se apartó a toda prisa.

Sin esperar ni un instante más, Gastón se encaminó al mismo lugar donde había

estado ella. No tardó en quitarse toda la ropa y lanzarse al agua, deseoso de que el frío líquido le templara los ánimos y le bajase la calentura que le afectaba la cabeza y se concentraba en su entrepierna.

Debería buscarse una mujer; de lo contrario, su honorabilidad empezaría a correr un serio peligro. Más que eso: desaparecería por completo.

«¡Por todos los demonios! ¿Qué me está pasando?»

La subida a Lauzerte la había dejado sin aliento. Sin duda, los que buscaron ese emplazamiento para asentar la ciudad sabían cómo defenderlo. Por si eso no fuera suficiente, las murallas que lo rodeaban desempeñaban el resto. Atravesaron la gruesa defensa y entraron en sus calles. Las casas de varios pisos, hechas de piedra y ladrillos, dejaban a la vista en sus fachadas el armazón de madera con forma de aspas.

Como en todos los lugares que recorría la *Via Podiensis*, los peregrinos copaban las calles; con sus mantos marrones y sus sombreros de ala ancha. En la plaza porticada los mercaderes recogían sus puestos hasta el día siguiente.

Émilie siguió al capitán, que continuaba tan malhumorado como un león con una espina en la zarpa. No sabía qué le había ocurrido, pero desde que pararan a bañarse en el lago, su humor se había agriado hasta resultar ofensivo.

Por un momento, allí en el lago, había llegado a pensar que iba a besarla. Y tal vez lo hubiera hecho si aquel halcón hubiera mantenido el pico cerrado. Ahora nunca lo sabría.

De cualquier modo, parecían haber retrocedido a los primeros días del viaje. Casi no habían hablado durante toda la ascensión. Si bien era cierto que el escarpado camino no daba pie a muchas parrafadas, al menos sí para mantener un mero diálogo. Todos sus esfuerzos de entablar una conversación habían caído en saco roto. Él se limitaba a expresar su disgusto con gruñidos más propios de un animal de bellota que de un humano.

Al final, cansada, se había mantenido en silencio. Tampoco habría podido hacer otra cosa; aquella cuesta era matadora.

Las ventanas de la posada estaban iluminadas por los candiles del interior. Al entrar les recibió el sempiterno olor a verduras recocidas, solo que esta vez la fragancia de un asado flotaba con una sabrosa promesa. Sus tripas gruñeron ante el agradable aroma y se llevó la mano al vientre, como si de ese modo pudiera contenerlas.

Encontraron una mesa pegada a la pared del fondo. Al menos el capitán estaría contento: era el emplazamiento que más le gustaba.

Varias mozas pululaban por entre las mesas con bandejas llenas de escudillas de carne humeante. Como siempre, no tardaron en acercarse a la que ellos ocupaban.

—¿En qué puedo servirlos, señor? —se ofreció una de ellas. Su sonrisa dejó a la vista varios huecos entre sus dientes.

—Un par de raciones de esa carne que huele tan bien, encanto —fue la alegre respuesta del capitán—. Y una jarra de cerveza.

No había duda de que era con ella con quien estaba enfadado. Como siempre, era todo sonrisas y guiños de ojos con las mozas de las posadas.

La «nueva Mimí» ya había caído en su embrujo y corría a cumplir su encargo a la mayor brevedad.

Una cosa podía decir a favor: siempre les atendían muy bien. O más bien, le atendían a él; a ella la ignoraban o se limitaban a dedicarle alguna palabra seca por todo comentario.

Como de costumbre, la comida y la bebida llegaron con rapidez, acompañadas de muchas caídas de ojos, de risitas y gestos harto elocuentes. El capitán correspondió a todo eso con su habitual encanto, lo que consiguió que la moza corriera el peligro de resbalar en su propia baba. ¡Malditos fueran los dos!

Émilie comió con apremio; deseaba subir a la habitación y perder de vista todo ese despliegue de señales inequívocas. Esa noche, por primera vez desde que se separaron de la carreta, él estaba siguiendo el juego a la moza. ¿Por qué?

Al final no pudo acabar con su ración y esperó a que el capitán terminara para que la acompañase al cuarto. No hubo de esperar mucho; un rato más tarde estaba sentada en la cama y sin pizca de sueño.

Las sábanas estaban limpias o, al menos, no había dormido demasiada gente en ellas, pero el cuarto olía a cerrado. Se levantó para abrir la ventana y dejar pasar el aire fresco de la noche. Oyó risas abajo, en el patio, y se asomó para ver mejor.

Las dos mozas de la posada cuchicheaban y reían.

—Te digo, Lulú, que esta noche gozaré con ese hombre. ¿Has visto los hoyuelos que se le forman al sonreír?

—A mí me gustaría saber si tiene hoyuelos en otra parte de su cuerpo... Digamos, en la base de su espalda —cacareó la tal Lulú sin pudor—. ¡Señor! Parece un dios romano.

—¿Y qué sabrás tú de dioses romanos? —le espetó la otra.

—No gran cosa —confesó Lulú—. Pero no me importaría preguntarle si él sabe algo.

—¡Nada de eso! ¡Yo lo vi primero! —exclamó, reclamando sus derechos—. Búscate a otro para que caliente tu cama esta noche.

—No me importaría compartirlo contigo. Creo que podría con las dos y hasta con su mujer.

—¡Su mujer! Valiente poca cosa —masculló con desprecio—. Seguro que no sabe cómo calentar a ese pedazo de hombre que es su marido. Si no, ¿por qué se iba a fijar en nosotras? —Chasqueó la lengua—. No lo voy a compartir, Lulú. Quiero que me dé placer a mí solita.

—Pues que te aproveche, pero si se queda otra noche, será para mí.

Émilie, asqueada y muerta de celos por la conversación que había escuchado de

aquellas dos, cerró la ventana y apagó el candil antes de tumbarse en el lecho, tiesa como una tabla, pero dispuesta a dormirse a la mayor brevedad posible.

La imagen de él, bañándose en el lago, le cruzó por la mente. Esa tarde, abandonado todo el decoro, lo había observado, cuidando de no ser descubierta. Vio su espalda, ancha y musculosa, al emerger del agua; la tal Lulú tenía razón, el capitán también poseía un par de hoyuelos en la base de su espalda, sobre la redondez de sus nalgas duras.

El calor la inundó por completo al recordarlo desnudo como un dios pagano, con la piel brillando por miles de gotas de agua. Si las mozas lo hubieran visto en ese momento, no habrían dudado en meterse en el lago. Ella, en cambio, hubo de conformarse con mirar. Algo que no debería haber hecho. Ahora jamás conseguiría arrancar esa imagen de su mente, ni tampoco las sensaciones que le provocaran. Trató de pensar en otra cosa para poder dormir, pero una hora más tarde, seguía sin poder conciliar el sueño y el «picaflor» del capitán aún no había regresado de sus amorosos escauceos nocturnos. ¡Merecía que lo apalease un novio celoso! ¡Que le pusiera morados aquellos ojos del color de las praderas!

El sonido de la llave en la puerta puso fin a sus castigos.

El capitán entró en el cuarto con paso cansado. Imaginar el motivo de su cansancio volvió a ponerla celosa. ¡Maldito capitán promiscuo!

Cerró los ojos y se fingió dormida. De todas maneras, la luna menguante no dejaba ver gran cosa. Lo sintió acercarse al lecho, silencioso como un gato al acecho. Al presentir que la estaba observando se concentró en pausar su respiración. No se atrevía a moverse, por miedo a que él descubriera que no estaba dormida.

No habría tenido ninguna importancia, en cualquier caso, pero prefería que él no supiera que ella estaba al tanto del momento de su llegada o escuchar algún desaire más. Presentía que el encuentro con la moza no había suavizado su carácter y no quería ser el blanco de sus desprecios.

Él murmuró algo, pero estaba tan inmersa en sus propios pensamientos que no entendió lo que había dicho. Aguardó por si añadía algo más, sin embargo, él solo suspiró antes de alejarse del lecho. No tardó en prepararse para dormir junto a la puerta.

«El muy tonto no se ha aplicado la arcilla —pensó, molesta—. Mañana el dolor lo mantendrá ocupado».

Luego recordó que ya no quedaba barro.

«¡Pues que espabile! —pensó, rabiosa—. Se lo tiene merecido por picaflor».

Lo oyó emitir un suave quejido al tumbarse en el suelo. Sin duda le dolía la rodilla. Émilie se mordió el labio inferior. Por mucho que le lastimara el comportamiento de él, no le gustaba verlo sufrir.

«Mañana le recordaré que compre arcilla».

Al día siguiente, el desayuno no consiguió levantar su ánimo sombrío y pendenciero. Con tantas pegas como le había puesto el alfarero a la hora de venderle un poco de arcilla, por un momento pensó que estaban negociando la virtud de su hija. No le creyó cuando Gastón le dijo que deseaba el barro para hacer un emplaste. Jamás había oído hablar de algo semejante y eso aumentó las sospechas de aquel artesano. Gastón le había jurado que no era ningún alfarero con intención de robarle la clientela. Por otro lado, con la cantidad que le pedía poco podría hacer. A lo sumo un par de cántaros. ¿Podía eso hacer tambalear su negocio?

Rotundamente, no.

Al final el desconfiado alfarero le había vendido la arcilla a precio de oro.

Empezaba a hartarse de que todo el mundo tratara de sisarle en las compras. La mitad del dinero que el coronel Laforet le había entregado para el viaje estaba menguando a ojos vista; si no tenía cuidado, se verían en apuros para pernoctar en las posadas. La otra mitad la tenía Hubert. Siempre lo repartían para prevenir perderlo todo en caso de robo o cualquier otro percance. Gracias a esa suspicacia los de la carreta tenían fondos para mantenerse durante el trayecto. Desde luego, alquilar un caballo quedaba descartado; no podía ser.

—¿Habéis acabado el desayuno? —preguntó a Émilie. Ella se limitó a asentir con un leve movimiento de cabeza—. En ese caso, será mejor que nos pongamos en marcha.

No sabía qué le estaba ocurriendo. Él podía entender su propia ofuscación, pero no la de ella. El día anterior habían estado bien; bueno, hasta que la vio medio desnuda y casi la besa, pero eso ella no lo sabía. Ignoraba lo que le había hecho sentir en aquel instante. ¿A qué venían esas caras largas?

No podía ser porque él la hubiera dejado en el cuarto después de cenar; eso era algo que hacía todos los días para darle tiempo a que se preparase para acostarse. Claro que la noche anterior tardó más de lo acostumbrado en regresar a la habitación.

Esa joven empezaba a volverlo loco. Le hacía sentir cosas que no eran convenientes.

«¡Es virgen! ¡Por el amor de Dios!», pensó, rabioso por la resistencia de su cuerpo a olvidarlo.

Al salir de la posada casi tropezaron con la moza que les había servido la cena. Ella lo miró con desprecio y continuó sus quehaceres sin volver a mirarlo. Para su alivio, Émilie no se enteró de aquel intercambio de miradas. Si ella lo hubiera visto se habría preguntado a qué obedecía y tal vez habría llegado a la verdadera conclusión. Cosa que a Gastón no le interesaba en absoluto.

Hasta él se asombraba por lo ocurrido la noche anterior. Nunca le había pasado

algo parecido. Y esperaba que jamás le volviera a suceder.

Tras hacer todo el trayecto, desde el lago a la posada, en un estado de excitación tal que hasta caminar le resultaba molesto, había estado deseando desahogarse. La cena se le había hecho eterna por las ganas de pasar un buen rato con aquella moza que tan generosamente se ofrecía.

Una vez que dejó a Émilie en el cuarto, regresó al salón, a la espera de que la moza terminara su trabajo. Ella seguía lanzándole miradas cargadas de promesas carnales. No pasó mucho tiempo hasta que pudo librarse de las tareas y lo condujo hasta un pequeño cuarto, al otro lado de la cocina.

La destreza de la mujer estaba fuera de toda duda. Era, de lejos, la amante más dispuesta y creativa con la que hubiera tenido oportunidad de yacer, pero en contra de lo que era normal en él, aquella destreza, si bien logró su objetivo, no fue tan placentera como cabía esperar. Más bien resultó frustrante, vacía y sin el goce al que estaba acostumbrado.

«¡Es inaudito! —pensó, golpeando una piedra a su paso—. Debo de estar enfermo. De otro modo no se entiende».

Lo peor de todo era que ella tampoco pareció disfrutar mucho de aquel encuentro. Gastón siempre se había molestado en proporcionar el mismo grado de complacencia a sus parejas de cama, pero esa noche había fracasado estrepitosamente. Al final, presa de una frustración y de una confusión enormes, había salido al patio tras excusarse con la atónita moza.

Por si fuera poco, al regresar al cuarto se había quedado observando el sueño de la joven, invadido por una ternura que solo guardaba para su madre y hermanas. ¿Acaso se había vuelto majareta? Incluso había tenido la loca idea de acariciar su rostro iluminado por la luna menguante. Por suerte se contuvo a tiempo y no cometió semejante tontería.

Claro que eso había sido por la noche; en ese momento, de camino a Pamplona y con un dolor de rodilla rayano en lo insoportable —la pronunciada bajada de Lauzerte estaba poniendo a prueba la escasa resistencia de su pierna derecha—, no lo veía de ese modo. Más cuando Émilie parecía tan dispuesta a ignorarle el resto del día, como él a ella. Le hubiera pedido que, como la vez anterior, le pusiera la arcilla, pero su poca disposición le había quitado las ganas y al final decidió seguir sin el emplasto.

—*Mi scusi, signorina. Avete lasciato cadere questo.* —«Perdón, señorita. Se os ha caído esto», dijo alguien a su espalda.

—¿Perdón? —La voz de Émilie le hizo volver la cabeza. Un joven peregrino recogía la camisola de repuesto y se la entregaba, embelesado—. Muchas gracias, caballero —murmuró, sonrojada al ver que él había tocado aquella prenda y corrió a guardarla en el hatillo formado con el chal.

Gastón se detuvo y, al ver la mirada de pura admiración que el joven le dedicaba, a punto estuvo de gruñir.



—*Sei una donna molto bella* —aseguró el italiano, besando la punta de sus propios dedos para dar énfasis a la frase—. *Molto bella*.

Ella no parecía entender el idioma, pero la adoración que veía en los ojos de aquel peregrino la hizo ruborizarse aún más, lo que alentó al joven para atreverse a tomarle la mano y besar el dorso con arrobamiento.

—*Il mio cuore è vostro*. —«Mi corazón es vuestro», empezó a decir, atropelladamente—. *Sono un prigionero dei suoi occhi*. —«Soy prisionero de vuestros ojos», añadió, sin dejar de besar la mano inerte de ella.

Aquello era más de lo que Gastón podía tolerar. Sin pensarlo, se plantó delante de aquel italiano besucón y le apartó la mano de la joven, que se dejaba hacer, completamente impresionada.

—*La signora è la mia moglie*. —«La señora es mi esposa», mintió sin tapujos. Sintió una profunda satisfacción cuando aquel jovenzuelo enamorado palideció de pronto.

—*¡Oh! Tante sacuse, non lo sapeva. Ma in ogni caso, lei è bella*. —«Mis disculpas, no lo sabía, pero en todo caso, es muy bella», consiguió decir, mirando a uno y a otra con tristeza.

—¿Qué le habéis dicho para entristecerlo así? —indagó ella, al reemprender la marcha y dejar al joven parado en medio del camino—. ¿Qué ha sido?

—Nada.

—Algo ha sido. Dejad de comportaros como un gallo de pelea y contestadme.

—Que estáis prometida —mintió, sin avergonzarse.

—¡Ah! —musitó, triste.

Su abatimiento le dolió más de lo que hubiera querido admitir, pero decirle la verdad estaba fuera de toda discusión. Aún no sabía qué demonio le había llevado a mentir al italiano y no quería averiguarlo.

—*Signore, ho spezzato il mio cuore!* —gritó el joven, al parecer sin querer dar por terminada la conversación.

—¿Qué ha dicho ahora? —preguntó ella, interesada.

—Que le he roto el corazón —farfulló la verdad.

Ella suspiró; con una sonrisa triste, se volvió para mirar al peregrino. ¡No iba a aguantar eso!, pensó Gastón con la rabia calentándole la sangre. La sujetó por el codo y la hizo volverse de malas maneras.

—Dejad de darle pie —masculló el capitán, entre dientes—. De lo contrario no nos libramos de él.

—*Amore mio, lasciate quell'uomo e venga con me!* —«¡Amor mío, dejad a ese hombre y venid conmigo!»—. *Si tratta di una bestia!* —«¡Es un bruto!»

¡Ah, no! Ya no iba a tolerar más tonterías de ese tipo, pensó Gastón, al tiempo que se volvía y procedía a desenvainar la espada. Fue agradable comprobar que el italiano, valiente, quedó quieto en medio del camino, sin otra arma que la osadía de su juventud.

—*Non voglio farti del male. Lascia la mia moglie da sola.* —«No deseo haceros daño. Dejad a mi esposa en paz», le advirtió Gastón, con la espada en alto.

—*Ma, io sono innamorato.* —«Pero yo estoy enamorado», profirió, con las manos en el pecho como un penitente.

«¡Maldito italiano meloso!», pensó Gastón, observando la mirada cautivada de Émilie. Podría no entender el idioma, pero era evidente que el significado de los gestos del joven, sí lo comprendía. Y él no podía soportarlo.

—No se os ocurra herirlo —le ordenó ella, sujetándole el brazo con la mano—. No sería noble. No está armado.

Claro que lo estaba. Tenía un arma muy eficaz: una verborrea empalagosa dicha con mucho sentimentalismo. Y ella, para horror del capitán, ya había caído bajo su embrujo.

Estaba pensando en mandarlo de muy malos modos a paseo, cuando reparó en los ojos brillantes del joven. ¡Dios! Era peor de lo que imaginaba.

—*Vai con il tuo amore a un altro luogo.* —«Marchaos con vuestro amor a otro sitio», le dijo Gastón con suavidad. En el fondo sentía lástima de aquel pobre diablo.

El italiano negó con la cabeza. Parecía un reo al pie del cadalso. Y lo peor de todo, para Gastón, era sentirse como su verdugo. ¡Por todos los demonios! O el extranjero era un valiente o un idiota redomado. En cualquier caso, empezaba a cansarle toda aquella cháchara trivial.

—¿No os da pena? —indagó ella, sin soltarle el brazo. Sus ojos eran dos acuosos pozos grises—. Parece tan triste...

«Y si le seguís mirando de ese modo, no se marchará nunca», pensó, a la vez que se permitía disfrutar del tacto de su mano sobre el tejido de la casaca.

Pero estaban perdiendo el tiempo; tenían un largo camino por delante. Debía terminar de una vez. Alejarla de aquel besamanos empalagoso.

Ella retiró la mano, dejándole una sensación de pérdida que Gastón no quiso analizar.

—Vámonos —ordenó, mientras envainaba la espada—. Seguid sin mirar atrás. Terminará por cansarse y nos dejará tranquilos.

—Pero ¿qué es lo que le pasa?

—Dice estar enamorado —contestó, escueto.

—¿Enamorado? ¿Y qué tiene eso que ver...? —calló un instante al comprender las implicaciones—. ¿De mí? —Gastón se limitó a gruñir por toda respuesta—. Pero eso es... imposible —terminó, anonadada. Luego hizo el gesto de volver a mirarlo.

—Ni se os ocurra, *alteza*. Si le miráis iré y le daré una paliza —amenazó con furia.

—Sois... sois... un ¡bruto! —exclamó, mirándolo con desagrado.

«En eso coincidís. Él también piensa lo mismo», se dijo amargamente, sin dejar de caminar.

Lo bueno de todo ese encuentro era que, por un rato, había olvidado lo mucho que

le dolía la rodilla.

Lo malo, que se estaba comportando de manera irracional y eso le volvía loco.

La carreta continuaba el viaje a paso lento. De poco les valdría llegar pronto a ningún sitio, si la persona que debía hacerlo no iba con ellos.

Hubert miró a Clarisse que, sentada a su lado, se ocupaba intentando remendar una camisa de Luc. El muchacho dormía, tirado en la parte de atrás de la carreta.

—Deberíais dejarlo para cuando estemos en la posada. Los movimientos del vehículo no os dejan acertar con la aguja y terminaréis con los dedos como un colador —aseveró, cuando la mujer se pinchó por enésima vez.

—Lo sé, pero era por hacer algo —admitió Clarisse—. Este chico tiene la ropa hecha un desastre. Bien podría encargarme de adecentársela mientras dure el viaje. Y ya puestos, también podría arreglar la vuestra... —terminó, sonrojada.

Hacía tanto tiempo que nadie le remendaba la ropa que, durante un rato no supo qué decir.

—Gracias, Clarisse —musitó al fin, con voz ronca, sin dejar de mirar al frente—. Sois muy amable.

Un grupo de jinetes se acercaba a buen paso. Eran un gendarme con su escudero, su paje y los arqueros a su mando. Se encargaban de vigilar el camino, como una manera muy efectiva de disuadir a los salteadores.

Conforme se aproximaban, reconoció a varios de los arqueros. El que menos le agradó fue el destituido capitán Barrois, que una noche había golpeado a una moza de taberna hasta casi matarla. También atacó a los compañeros que intentaron parar la brutal paliza. A consecuencia de eso le sometieron a un juicio militar y le condenaron a abandonar el ejército sin honores. Era extraño que le hubieran permitido relacionarse con el cuerpo de Gendarmes. Claro que, perteneciendo a una familia acomodada, era posible comprar el puesto.

Cuando pasó al lado de la carreta, el arquero se tocó el tricornio a modo de saludo. Hubert le correspondió de mala gana. No le gustaba ese hombre; nunca le había caído bien. No era de fiar. Más le valía al gendarme tenerlo controlado.

Los otros arqueros conocidos eran un soldado raso, del que no recordaba el nombre, y el sargento DuPont, compañero de correrías. Era una lástima no poder detenerse a charlar un rato; hubo de conformarse con una inclinación de cabeza a su paso. Hacía mucho tiempo que no les veía.

Una vez que aquel contingente no fue más que una estela polvorienta a su espalda, volvió a pensar en lo mucho que le agradaba la presencia de Clarisse.

—¿Habéis pensado en que sería buena idea retroceder? —preguntó ella—. No dejo de pensar en que llevamos muchos días sin verlos y...

—Imagino que no os quedaréis tranquila hasta que no los veáis.

—¿Y vos no? —indagó Clarisse, abandonando la costura en su regazo—. Estoy

muy preocupada. Si les ha pasado algo... ¿Podéis entender cómo me siento? ¡Soy responsable de esa joven!

—Sargento, tal vez la señora Clarisse tenga razón.

—¡Por las barbas de san Pedro! Daremos la vuelta —claudicó.

La sonrisa agradecida de la doncella fue tan luminosa que, por un momento, perdió el hilo de lo que iba a hacer.

—Pasaremos la noche en este pueblo y mañana iniciaremos el regreso.

Se pasó el peine una vez más y lo dejó sobre la cama de la posada de Moissac. La falta de espejo era un problema, pero después de tantos días en la misma situación, se había acostumbrado a peinarse a ciegas. La cofia, lavada por la noche y ya seca, necesitaba un buen planchado. Podía pedirle a la moza de la posada que se la planchase; no sería muy costoso. Sopesó la idea; sin embargo, terminó por desecharla. No podía malgastar dinero en esas frivolidades.

Guardó el peine en el petate del capitán y, sin nada más que hacer, Émilie se sentó en la cama a esperar a que él regresara.

Pensar en Gastón la llenaba de tribulaciones. La noche anterior, acabada la cena y después de dejarla en el cuarto, él volvió al salón. Había estado correspondiendo a las miradas sugerentes de la moza de turno. Al menos había tenido la deferencia de no ser tan descarado como en otras ocasiones, y ella solo lo había pillado al mirarlo subrepticamente.

«¿De qué me sirve su cortesía si al final se va con la dichosa moza? —pensó, dolida.

»¿Acaso querrías que se fuera contigo?

»¡Eso no es de tu incumbencia!

»Ya... Lo que imaginaba».

Como en el cuarto no había nada con lo que entretenerse y no tenía ninguna labor de aguja que hacer, se había dedicado a pensar en su futuro. O más bien en el triste futuro que le esperaba al llegar a Pamplona. Si al menos sus padres hubieran venido con ella, podría haberles convencido de que la dejaran un tiempo para conocer a su prometido.

Aunque los primeros días el dolor de sentirse traicionada le había ayudado a no pensar en el repentino ataque al corazón de su padre, a no preocuparse por las consecuencias o por su recuperación, lo cierto era que le inquietaba no tener noticias.

«Es posible que cuando lleguemos a Pamplona nos espere una carta de ellos», pensó, esperanzada. Luego rezó por que, como en anteriores ocasiones, no hubiera sido nada más que un susto y por que se encontrara bien otra vez.

Pese a lo mal que su padre se había portado con ella antes de emprender el viaje, lo quería mucho. Sentía haberlo defraudado con sus continuos rechazos a los pretendientes.

El sonido de la llave en la cerradura la sacó de los recuerdos. El capitán entró cojeando. La noche anterior, al regresar de sus «retozos» con la moza, le había oído aplicarse la arcilla, pero era evidente que no le había hecho el mismo efecto de las primeras veces. Tal vez, sería conveniente complementarlo con el ungüento de árnica para que fuese más efectivo.

Gastón traía el cabello húmedo; se notaba que se había colocado la camisa tras lavarse y sin secarse antes. Trató de no mirar cómo se pegaba el tejido a los músculos tersos de sus brazos y su pecho. Bajó la vista antes de que él la descubriera comiéndoselo con la mirada.

—Buen día —saludó él, de forma seca. Al parecer se había levantado con mal pie y su humor era tan negro como las botas que llevaba puestas.

—Buen día —contestó ella, y no pudo evitar fijarse en sus gestos de dolor al agacharse para tomar el petate.

Por muy brusco que a veces fuera, ella no podía aguantar que lo pasara tan mal. Y aunque no hubiera provocado el accidente que lo lesionara, sí indujo a que sacrificara a su caballo. De no haber intentado escapar, ahora el animal estaría vivo y él no habría tenido que hacer esas largas caminatas diarias.

—Si ya estáis preparada, será mejor que bajemos a desayunar —decidió él, al tiempo que abría la puerta y se hacía a un lado para dejarla pasar.

Una vez que dieron cuenta de las viandas, Émilie buscó a la moza. El dueño le indicó el camino. En contra de lo sucedido por la noche, la mujer apenas si había parado lo justo para servirles la comida; las miradas que le había lanzado al capitán, lejos de ser lujuriosas, eran más bien de desilusión.

La encontró planchando ropa en la cocina.

—¿En qué puedo servirlos? —le preguntó, dejando la plancha sobre las brasas de la chimenea. Sus modales dejaban mucho que desear y ni siquiera era lo suficientemente bella para tentar a un hombre. ¿Qué había visto el maldito capitán en ella?

—Busco un herbolario. Necesito unguento de árnica —solicitó Émilie, tragándose el mal humor.

La joven la miró con la cabeza un poco ladeada, como un pájaro curioso que sopesara lo que podría sacar con esa transacción.

—Yo tengo un tarro casi sin usar. Si queréis os vendo el mío —ofreció—. El herbolario no siempre está abierto. El dueño suele salir a buscar hierbas al amanecer y nunca se sabe cuándo regresará.

—¿Cuánto pedís por el vuestro? —preguntó, suspirando ante el temor del desorbitado precio que pudiera pedirle. Para su alegría, fue una cantidad razonable—. Lo compro. ¿Podrías traerlo ya?

La moza marchó rauda a cumplir el encargo. Mientras, Émilie aprovechó para sacar de entre los pechos la bolsa del dinero. Al mirar dentro comprobó con estupor que estaba llena de monedas de plata y de oro. ¡Una pequeña fortuna! Al ser parte de la dote, su padre había utilizado las de más valor. Con una de ellas tendría para comprar un montón de botes de unguento y aún le sobraría. ¿Qué podía hacer?

El sonido de las pisadas a su espalda la alertó de que regresaba la moza y, como no quería que la viera con tanto dinero, se lo guardó de malas maneras dentro del corpiño.

—Aquí tenéis, señora. —Le mostró un bote de barro repleto de unguento—. Como veis apenas lo he usado.

—Tengo un problema. No tengo la cantidad que pedís. —La moza arrugó el entrecejo y empezó a protestar—. No, no me he explicado bien —la cortó—. Tengo un escudo de plata y...

—Pues yo no tengo para daros la vuelta. Si queréis el unguento, deberéis darme esa moneda —recalcó, los ojos brillantes de codicia—. Al fin y al cabo os estoy ahorrando un viaje en balde hasta el herbolario.

—Os la daré si me plancháis la cofia. Veo que es lo que estabais haciendo cuando he entrado aquí —sugirió, sabiendo que, así y todo, salía perdiendo. Debía cambiar algún escudo por monedas más pequeñas...

—Está bien, pero no haré nada más —barbotó la moza, mostrando la palma de la mano para que le pagase.

—Por este precio espero que la cofia esté perfectamente planchada. No os pagaré hasta que vea el resultado.

Ya era bastante ofensivo tener que pagar mucho más de lo que valía aquel trabajo, como para ceder a las exigencias de la aprovechada. Con celeridad le pasó la cofia y aguardó a que se la devolviera a su gusto. La moza era muy diestra con la plancha y no tardó mucho en tenerla como nueva.

Una vez satisfechas las dos partes, Émilie volvió al comedor.

—Ya veo qué era lo que os tenía tan ocupada, *alteza* —gruñó el capitán, al ver la cofia tan alisada—. ¿He de recordaros que no tenemos tiempo para esas fruslerías? —Émilie aguantó las ganas de tirarle el bote del unguento a la cabeza; quizá le hiciera efecto y dejaba de ser tan insoportable. Solo la mala conciencia por lo que le había obligado a hacer a su caballo evitó que llevara a cabo aquel deseo—. No os hace falta acicalaros más. —Le pareció que mascullaba entre dientes, mientras salía del establecimiento. ¿A qué se refería?

Se fijó en la pronunciada cojera de Gastón. Si no iba a escapar —y conforme pasaba el tiempo cada vez lo veía más difícil—, sería mejor que le entregara el dinero. De ese modo él podría comprar un caballo y ella descargaría un poco su mala conciencia. Sin pensarlo más, metió la mano en el corpiño, dispuesta a sacar la bolsa.

—Venga; no os rezaguéis. Por vuestros caprichos llegamos tarde —gruñó él.

«¿Caprichos? ¡No se lo daré! —rumió, dejando el dinero en su sitio—. Seguiremos andando, y si le duele la pierna, ¡que se aguante!»

Pensativa como estaba por el comportamiento del capitán, no se fijó por dónde iban hasta que llegaron a la orilla del río Tarn.

—¿Adónde vamos? —indagó, confusa. Al darse cuenta de que aún llevaba el bote del unguento en la mano, lo guardó en el hatillo hecho con el chal. Se lo daría más tarde. ¡O nunca! Por zoquete.

—Unos campesinos que regresan a Boudou en su barca han accedido a llevarnos —anunció, dirigiéndose a una barca varada junto al margen. La ocupaban dos

hombres; parecían ser padre e hijo, por las edades y por el parecido.

—Ya pensábamos que no vendríais, señor —comentó el más joven.

—Debíamos terminar unos asuntos que nos han llevado más tiempo del que pensábamos —se disculpó el capitán, sin inculparla a ella. «Vaya, después de todo sí es un caballero», caviló ella—. Siento el retraso.

Cuando él le sujetó la mano para ayudarla a subir a la embarcación, notó ese familiar cosquilleo que sentía cada vez que Gastón la tocaba. Alzó la vista para mirarlo. Él tenía los ojos clavados en las manos unidas, como si también notara esa sensación. Émilie hubiera querido mantener ese contacto mucho más tiempo, pero una vez en la barca, él la soltó con presteza y ella se sintió desamparada. Reprochándose esa debilidad en silencio, trató de no pensar en ello. Algo difícil, teniendo en cuenta que aún conservaba su calor entre los dedos.

—No importa la tardanza —murmuró el padre—. Enseguida llegaremos a Boudou. Acomodaos donde podáis.

El «donde podáis» resultó ser un hueco entre la borda y unas jaulas de gallinas, que no dejaban de cacarear. Allí sentada se sentía ridícula, ahuyentando a las molestas aves, dispuestas a comerse el chal a base de picotazos. El capitán se acomodó al lado de unas temblorosas ovejas; para su asombro, él no resultaba grotesco, sino que parecía encontrarse a sus anchas entre los lanudos animales.

La barca se deslizó sin esfuerzo por las aguas verdosas del Tarn. Era la primera vez que avanzaban sin tener que caminar y además lo hacían con cierta rapidez.

Satisfecha, se recostó, dispuesta a disfrutar del paseo y del hermoso paisaje. El dueño de la barca les explicó que habían ido a Moissac para cambiar una de sus terneras por las ovejas y las gallinas. Se lo veía satisfecho con el trueque y no dejaba de sonreír. El hijo, más huraño, se limitaba a empujar el largo remo con el que movían la nave, sin decir nada.

Un rato más tarde llegaron a la confluencia con otro río más ancho y de más caudal.

—Es el río Garona —indicó el hombre, dispuesto a dar conversación—. Boudou está a la vuelta del siguiente recodo. Ya no queda mucho.

En efecto, no tardaron gran cosa en arribar a la margen derecha del río. En pago por el trayecto, les ayudaron a descargar los animales y los pertrechos que llevaban. Tras despedirse, el capitán y ella continuaron el viaje en completo silencio.

Por sus movimientos se lo notaba tenso y enfadado. Al parecer, el mal humor del despertar seguía flotando a su alrededor.

Émilie aún recordaba las primeras veces que lo vio en casa de sus padres. La alegría que parecía tener siempre. Sus bromas. La amabilidad que derrochaba con su madre. ¡Hasta con ella! Después, cuando volvió tras el accidente, su humor se había agriado como leche al sol.

Sí, seguía siendo amable y atento, pero más por caballerosidad que por un carácter satisfecho. El dolor le había vuelto diferente.



Le agradaba que no la hubiera culpado delante del barquero y su hijo. Había sido un bonito detalle. Si fuera un poco más...

«Si fuera un poco más agradable contigo, estarías a sus pies, babeando como una tonta», se reprendió con aspereza.

Era cierto. Bastante duro era, pese a su brusquedad, seguir enamorada; si fuera más galante, se hallaría irremediabilmente perdida.

«Como si no lo estuvieras ya».

El fuerte ritmo marcado por el objeto de sus deseos impidió cualquier pensamiento que no fuera seguirle el paso y no quedarse rezagada.

El día había sido muy productivo para René. Había conseguido desvalijar a un comerciante que se dirigía a Cahors. No es que hubiera logrado unas ganancias extraordinarias, pero sí lo bastante generosas —si no lo perdía a los naipes— como para mantenerse unos días. Volvía a Moissac; la moza de la posada lo había tratado muy bien, después de que les ganara una bonita suma a unos incautos y decidiera gastar unas monedas con ella. Ahora que llevaba los bolsillos más llenos, lo trataría aún mejor.

Sí, las cosas le estaban saliendo muy bien desde que había dejado de obsesionarse con el maldito Bonnet. Era el momento de aprovechar la racha.

Después de cruzar el río empezaron a subir un fuerte repecho. Émilie seguía delante de él, charlando muy animada con un peregrino, a su parecer tan empalagoso como el italiano besucón del día anterior. Tenía imán para encontrarse con todos los hombres susceptibles de caer enamorados a sus pies, algo que a Gastón empezaba a crisparle los nervios.

Por más que le había lanzado miradas venenosas, aquel joven no parecía darse por enterado y continuaba dándole conversación. Si no hubiera sido porque de hacerlo les haría creer que estaba celoso, la habría tomado del codo y obligado a caminar a su lado.

«¿Celoso? ¡Por todos los demonios del infierno! ¡Vaya tontería!»

No estaba celoso. Nunca había experimentado ese sentimiento y dudaba de que llegara a sentirlo alguna vez. Simplemente era consciente de su deber como protector hasta ponerla en manos de su prometido. Que aceptase la charla intrascendente de todo hombre, por muy peregrino que fuera, no le parecía lo más adecuado.

Sí, era cierto que ella había entablado conversación con una aldeana y que el caminante se había unido después, pero cuando la mujer se quedó en Espalais, el pueblo al otro lado del Garona, ella no puso fin a ese diálogo con él y debería haberlo hecho.

Al oír la risa argentina de Émilie, apretó los dientes y echó la culpa de su mal humor al dolor de rodilla, que le castigaba a cada paso. Solo que no era por eso que estaba cada vez más irritado. Le crispaba que no fuera con él con quien hablara tan animadamente. Y reconocerlo le enrabietaba.

«No es solo eso y tú lo sabes —se dijo—. Te molesta que anoche ni siquiera consiguieras llegar al final con la moza de la posada.

»Estaba cansado.

»Es curioso, hubiera pensado que, hasta acordarte del cuerpo seductor del *duende*, el cansancio no era problema.

»¡Maldición!»

Era cierto. Por mucho que esa certeza lo confundiera y lo angustiara a partes iguales, no dejaba de ser verdad. Una realidad difícil de admitir. ¿Qué le estaba pasando?

Fuera lo que fuese, era lo bastante fuerte como para robarle el sueño. Las últimas noches le había costado mucho conseguir dormir y el cansancio acumulado, el dolor y la incertidumbre de no saber qué le sucedía lo estaban llevando al límite de su resistencia.

Se fijó en la joven, en su andar ágil, pese a la subida, y en la forma redondeada de su cadera bajo la sencilla falda. No podía negar que ella tenía un cuerpo de lo más

atrayente y que, de no ser por quién era, ya habría intentado...

«¡Aparta esas ideas de tu calenturienta cabeza!», se ordenó, enfadado.

Como bien sabía, y en los últimos días se había repetido en las incontables horas de vigilia: ella era intocable.

¿Era saberla prohibida lo que la hacía más apetecible?

Lo ignoraba. Aunque no por ello ese deseo dejaba de ser menos cierto, ni menos apabullante. Y lo peor de todo era que, en lugar de disminuir, iba en aumento.

El trayecto por el río, desde Moissac hasta Boudou, no había contribuido a que olvidara el recuerdo de su cuerpo mojado, cubierto por una empapada camisola que resaltaba cada una de sus apetecibles y sugerentes curvas. Para cuando desembarcaron él empezaba a tener serios problemas para mirarla sin desnudarla con los ojos. Había dejado que siguiera tras él para mantenerla fuera de su campo visual. Al menos hasta que logró serenarse.

Claro que ahora, con ella caminando delante de él, era complicado no dejarse llevar por la imaginación. Y luego estaba esa sensación extraña que le producía el inocente contacto de su mano. Era como tocar una llama y hielo a la vez. Se iba a volver loco si no concluían ese viaje pronto. Cada vez le costaba más no...

«¡Deja de pensar en eso!», se amonestó en silencio; los puños, crispados.

—Debo despedirme de vos —oyó que decía el peregrino—. No suelo hospedarme en las posadas; siempre busco algún establo donde pasar la noche.

Era una buena noticia; al menos se libraría de tener que aguantarlo también en la posada.

—Que tengáis buen viaje y lleguéis pronto a Compostela —le deseó la joven.

—No será tan placentero como el día que he pasado hoy —aseguró, al tiempo que tomaba la mano de ella entre las suyas—. Me encantaría seguir mañana caminando con vos —solicitó el peregrino, sin apartar los ojos de la muchacha y sin soltarle la mano.

Aquello era demasiado. Gastón soltó un gruñido al tiempo que le liberaba la mano. Empezaba a estar harto de tener que separarla cada dos por tres y de que ella se dejara manosear sin oponer resistencia. Debía tener unas palabras con Émilie. Con esa actitud era casi un milagro que se hubiera mantenido virgen hasta el momento.

—Con Dios, amigo —masculló, antes de conducir a Émilie hacia la posada más próxima.

—No os entiendo. No había necesidad de ser tan desagradable —protestó ella, fulminándolo con la mirada—. A veces os comportáis como un salvaje.

—Alteza, no me pongáis a prueba si no queréis que os demuestre lo salvaje que puedo llegar a ser —siseó entre dientes, tratando de no pensar en las sugerentes formas de mostrárselo. ¡Santo Dios, estaba perdiendo la razón!

El salón de la posada estaba abarrotado. Aún quedaba una habitación libre, pero cuando se la enseñaron descubrió que era un cuartucho minúsculo, con apenas sitio para moverse y menos para dormir en el suelo, a una prudente distancia de la cama.

Presentía otra larga y tortuosa noche de vigilia. Sin duda, estaba maldito.

Tras dejar el petate y el contenido del chal, bajaron al salón para cenar algo.

Les recibió una algarabía de conversaciones que se solapaban unas con otras. Encontraron un sitio bastante resguardado, junto a la pared. Hubo de reconocer que fue ella quien se lo señaló. Y la sensación de que se había fijado en sus preferencias le satisfizo más de lo que hubiera deseado.

—Gracias —pronunció, una vez sentados. Se masajeó la maltratada rodilla, para aliviar un poco el daño—. No lo había visto. Me gusta tener la pared a la espalda.

—Lo sé. Me he fijado que no os sentís cómodo cuando no es así —señaló ella con suavidad. Sus ojos evitaban mirarlo y él se preguntó qué la incomodaría tanto.

—Veo que sois muy perspicaz, *alteza*. Mucha gente no se hubiera dado cuenta.

—Eso es porque no se fijan —murmuró ella. Y su cara de duende adquirió el bonito color de las amapolas.

Se percató del tono dorado que el sol estaba poniendo en sus mejillas, en las pecas que adornaban el puente de su nariz y se extendían por los pómulos. Sus ojos brillaban como dos escudos de plata recién acuñados. ¿Siempre había sido así de bella o aquellos días de caminatas la habían hecho resplandecer?, volvió a preguntarse por enésima vez.

Tomó conciencia de que la estaba mirando con demasiado detenimiento y apartó la vista, con una rapidez no exenta de resistencia.

La moza llegó para tomarles el pedido y, como él no alentara sus coqueteos, se marchó molesta. Por primera vez no le apetecía dedicar atenciones a otra mujer que no fuera la que tenía sentada enfrente. Una joven fuera de su alcance, se recordó.

«¡Ya lo sé!

»Pues parecees soslayarlo demasiado».

—He olvidado decirlos que os he conseguido un tarro de unguento de árnica. La moza de la posada me lo vendió esta mañana —anunció ella.

Gastón recordó que había ido a la cocina y que al volver traía la cofia recién planchada. También le vino a la cabeza que la había acusado de perder el tiempo en fruslerías. A veces podía llegar a ser un asno. Le sorprendía que ella no le hubiera tirado el tarro a la cabeza. Esbozó una sonrisa, antes de mirarla con más respeto. Hubiera querido acariciar la punta de su nariz respingona y reseguir las pecas, pero no era lo más decoroso, por mucho que los dedos le hormigearan por las ganas. Besar aquellos labios tentadores; probar su sabor. ¿Serían tan dulces como parecían? Sin darse cuenta fue acortando distancia por encima de la estrecha mesa...

—¡No puedo creerlo! —exclamó un hombre que se había acercado a la mesa. Al mirarlo, Gastón descubrió que se trataba del sargento DuPont y no supo decidirse si agradecerle o no la interrupción—. ¡Vaya coincidencia! Ayer me encontré con el sargento Duval. Conducía una carreta que olía como las entrañas del mismísimo Lucifer —soltó, riendo con escándalo.

—Veo que ahora sois arquero —comentó Gastón, al fijarse en el uniforme del

hombre. Le indicó un taburete para que se sentara con ellos. Le interesaba saber dónde había visto a Hubert.

—Sí. Este puesto me deja más tiempo libre para estar con mi mujer y mis hijos — aclaró, con satisfacción—. El Camino está lleno de malhechores y es necesario velar por la seguridad de los peregrinos.

Otros compañeros se acercaron, cargados con sus jarras de cerveza, y se tomaron la libertad de sentarse a la mesa. Entre ellos estaba Edouard Barrois, con su falsa sonrisa de siempre. Le molestó que hubieran invadido su espacio; más cuando, por una vez, Émilie y él mantenían una conversación bastante agradable. Que Barrois eligiera sentarse junto a ella no hizo sino acrecentar su disgusto.

—Así que visteis al sargento —preguntó, sin darle importancia.

—Sí. Nos cruzamos con ellos al salir de Castelnau-sur-l’Auvignon —explicó, tras tomar un trago de su cerveza—. ¿Qué demonios haría en aquella carreta?

—¿Y esta preciosidad quién es? —La pregunta de uno de los arqueros le libró de contestar al antiguo sargento.

De no haberse referido a Émilie, se hubiera alegrado más por el cambio de tema.

Al parecer el hombre no necesitaba respuesta, pues se quedó admirando a la joven, como si no tuviera nada mejor que hacer.

La moza les llevó unas escudillas con algo que pretendía ser un guiso, pero que podría haber sido cualquier otra cosa. El aspecto poco apetecible de la comida y la presencia no deseada de aquellos rudos arqueros terminó por quitarle el apetito. Para acabar de agriar su estado de ánimo, su protegida no hacía el menor gesto para tratar de desalentar a aquel grupo y, en lugar de ignorarlos, iba contestando con timidez a las preguntas que le hacían.

¿Acaso no se daba cuenta del peligro al que se exponía? Ellos no estaban acostumbrados a tratar con señoritas de buena cuna; principalmente, porque ellas jamás se hubieran dignado contestar a sus torpes intentos de agradarlas. ¿Por qué ella no era capaz de comportarse como correspondía?

Se estaba conteniendo para no gruñir como una fiera cuando se topó con la mirada artera de Barrois. Trató de borrar toda expresión de su cara, pero se dio cuenta de que el otro ya le había calado. Maldijo en silencio su idiotez.

—Debo decir que me sorprende vuestra milagrosa recuperación. Imaginaba que perderíais la pierna —mencionó Barrois, con voz cargada de venenosa untuosidad—. Fue una caída muy mala, según recuerdo.

—Nada que unos buenos cuidados y un buen descanso no puedan mejorar — aseguró Gastón, sin perder la compostura—. No hay nada milagroso en ello. No os quedasteis el tiempo suficiente para comprobarlo vos mismo, según recuerdo — terminó con las mismas palabras que había empleado él.

La alusión al juicio militar y a su destitución hizo blanco y lo vio apretar la mandíbula como un perro rabioso. Un poco de su propia medicina no estaba nada mal.

—Sin duda fui acusado sin fundamento. Aquella mala puta se lo inventó todo.

—Os ruego que procuréis moderar vuestro lenguaje; hay señoras delante —masculló Gastón, sin perder el tiempo en contradecirle.

Le importaba muy poco lo que él pensara sobre lo ocurrido. Tragó otro bocado de aquel espantoso comestible, esperando que ella terminase su propia escudilla para marcharse de allí, lo antes posible. No le gustaba nada el cariz que estaba tomando la situación.

El antiguo sargento empezó a contarle lo contento que estaba con su nuevo puesto de trabajo; él apenas le prestaba atención, interesado como estaba en vigilar los avances de Barrois con Émilie. Veía su estrategia de hablarle en un tono muy bajo para obligarla, si quería escuchar lo que estaba diciendo, a acercarse más a él. Lo peor de todo era verla caer en aquella trampa sin aparente resistencia. ¿Podía ser tan inocente? Ya no aguantaba más.

—Os agradecería que dejarais de tomaros esas libertades con mi esposa —indicó, imprimiendo un tono frío y desapasionado a sus palabras, antes de que el arquero llegara a rozar la cofia con sus labios, como había sido su intención.

Para su disgusto, Barrois no se separó de Émilie tan rápido como él hubiera deseado, sino que lo hizo con una lentitud desesperante, con la clara intención de llevarlo al límite.

—Podíais haberlo dicho antes. Hubiéramos bebido para celebrar que el conquistador había caído en la trampa del matrimonio —se mofó Barrois—. Creo que deberíais decir a vuestra esposa, ahora que está casada, que no debe coquetear con otros homb...

El sonido de la bofetada silenció las voces del salón. Émilie tenía el rostro arrebolado y la mirada llameante de ira. Hasta Gastón se quedó asombrado por el arrebato de la joven.

El arquero, en cambio, se llevó la mano a la mejilla y mostró los dientes en una desagradable sonrisa.

—Toda una fiera, como a mí me gustan. Si te cansas de...

No lo dejó terminar. Aquello era más de lo que estaba dispuesto a tolerar. Gastón se incorporó, aguantando el ramalazo en la pierna y, con toda deliberación, tocó la empuñadura de su espada. Por el gesto del otro supo que eso era lo buscado desde el principio; él había caído como un tonto, por estar demasiado pendiente de la joven para pensar con claridad. Ella le nublabla el entendimiento de una manera que jamás le había ocurrido. Un soldado debía mantener la sangre fría para no cometer ninguna imprudencia, pero en los últimos días, su sangre había estado a punto de ebullición en todo momento.

—Arreglaremos esto en el patio. —No esperó a que lo siguiera y se encaminó a la salida. Tuvo tiempo de ver la mirada asustada de Émilie, antes de llegar a la puerta.

—¿No paramos en esta posada? —indagó Luc, señalando el establecimiento de Auvillar.

—No. Salimos ayer de aquí. Levantaríamos sospechas si nos ven llegar de nuevo con los barriles —explicó Hubert, sin fijarse en los hombres que salían al patio—. Nos alojaremos abajo, en Espalais. Al otro lado del río. Allí no nos conocen.

—¿Esos no son los arqueros que os saludaron ayer? —preguntó Clarisse.

Hubert echó una mirada y descubrió que tenía razón: eran Barrois y DuPont. Mayor motivo para no detenerse allí. No estaba dispuesto a dar explicaciones de por qué estaban de vuelta. Con un chasquido de lengua, instó a la yunta para que acelerara el paso.

Amparados por la poca luz del crepúsculo, dejaron la posada atrás y descendieron por la pendiente hasta cruzar el puente sobre el río Garona.

No podía tolerarlo. ¡Se iban a batir en el patio!

Émilie saltó del taburete para correr tras el capitán y lo agarró del brazo, dispuesta a frenar su avance. ¡No podían pelear! Debía evitarlo a toda costa.

—Por favor —susurró, desesperada—. Dejadlo estar. Vuestra pierna...

—Tranquilizaos, *alteza*. Bien parece que tenéis muy poca confianza en mis habilidades —comentó él, sin ceder, soltándose de ella. Su mirada expresaba una férrea determinación.

—O tal vez, vos confiáis demasiado en ellas —protestó, mirando alrededor por si alguien la ayudaba a parar aquel disparate—. ¡Es una locura!

Gastón podía terminar malherido o algo peor. La mayoría de los presentes se había levantado y corría a la salida para no perderse el espectáculo.

—Marchaos al cuarto y encerraos allí. —Al llegar al exterior le entregó la llave—. No se os ocurra abrir a nadie.

—No... —empezó a protestar. No podía irse de allí. No podía dejarlo solo.

—Este no es lugar para... ¡Por una vez haced lo que se os manda! —ordenó de malos modos—. No quiero tener que preocuparme también de vos. —Ella volvió a negar con la cabeza. Gastón apretó los labios y cerró los ojos un momento. Al abrirlos su semblante se había suavizado—. Por favor, *alteza* —susurró, mientras le acariciaba con ternura la mejilla—. Subid al cuarto y esperadme allí.

Se alejó y Émilie quedó parada a la puerta de la posada, soportando los empujones que le daban los que salían con prisa por presenciar aquel combate, que ella consideraba tan desigual. La pesada llave de hierro se le clavaba en la mano por la fuerza con que la apretaba.

Ya había decidido desobedecer a Gastón, pero él se volvió, como si adivinara su rebeldía, y clavó su mirada fiera en ella. A Émilie no le quedó más remedio que entrar en la posada y subir al cuarto, tal y como le había ordenado.

La pequeña ventana daba a la fachada trasera; desde allí no podía verse el patio de entrada. Debería rezar y esperar a saber qué sucedía. Algo tan difícil como intentar dar más de cuatro pasos en aquel cuartucho sin toparse con una pared.

¡Era un loco! No había duda. ¿Cómo se le había ocurrido desafiar a aquel hombre? ¡Qué insensatez!

Al principio de la jornada, durante todo el tiempo que caminó tras él, se había fijado en su pronunciada cojera. Hubiera querido ofrecerse, como en otras ocasiones, a ponerle el emplasto de arcilla, pero se lo impidió la ceñuda expresión que lucía desde primera hora de la mañana. No deseaba aguantar un desplante y su humor era más proclive a eso que a dar las gracias.

Ahora se arrepentía de no haberlo hecho. Seguramente su rodilla habría estado en



mejores condiciones para resistir los quiebros, los gestos, los avances o retrocesos que tendría que realizar durante la lucha.

Tampoco le había ofrecido el unguento en ningún instante de la larga caminata. Que la hubiera acusado de perder el tiempo en frivolidades la había herido y, para fastidiarlo, le había ocultado el remedio. ¡Qué orgullosa y tonta llegaba a ser algunas veces!

Por supuesto, su carácter arisco y malhumorado no había mejorado en todo el día. Hasta se había permitido intimidar al pobre peregrino que hablaba con ella. Como si el hecho de que él mantuviera una actitud hosca fuera impedimento para que los demás pudieran hacer lo contrario.

No entendía qué le había podido suceder. Hasta dos días atrás parecía que empezaban a llevarse bien. Al menos hablaban con cordialidad. Pero de pronto todo había cambiado y ahora estaba de un humor insoportable. Haber tenido que cargar con el peso de la señora Durand había sido un desastre para su pierna y, desde entonces, el dolor debía de ser inaguantable. Habían sido muchos los momentos en los que pillara sus gestos de extremo tormento. Y luego estaba esa mirada de deseo que le había visto en algunos instantes fugaces. Incluso, poco antes de que el sargento DuPont les interrumpiera, hubiera jurado que iba a besarla.

«Deja de imaginar cosas.

»Puede que no sean imaginaciones mías.

»Y puede que seas tú la que desea besarlo y crea que él también lo quiere».

Sin dejar de retorcerse las manos, siguió caminando por el cuarto, atenta a cualquier ruido que la alertara del resultado. Creyó escuchar un grito colectivo, pero por más que aguzó el oído no volvió a percibir nada. ¿Qué estaría pasando?

—Señor, ayudadlo. ¡Por favor, por favor! —rogó, retorciéndose las manos con temor.

El guiso que acababa de cenar era como una piedra en el estómago. Posó las manos sobre el vientre, como si de ese modo pudiera contener las náuseas, pero era en balde; el sabor de la bilis ya le llegaba a la garganta y los nervios no hacían sino acrecentar las ganas de vomitar. ¿Y si le hería de gravedad? ¿Y si lo mataba?

Debía calmarse.

Calmarse y seguir rezando para que todo se resolviera de la mejor manera. Por supuesto, no deseaba ningún daño para Gastón —imaginarlo herido era angustiioso—, pero tampoco para su contrincante. ¿Qué podría pasarle si hería al arquero de un gendarme? Y lo que era peor, ¿y si lo mataba?

Imaginar que lo apresaban como asesino fue suficiente. Apenas tuvo tiempo de alcanzar la palangana antes de vaciar en ella el contenido de su estómago en medio de violentas arcadas.

Los combatientes estaban rodeados por un grupo de hombres vocingleros, que se

entretenían apostando por uno u otro. Varios portaban candiles, faroles o teas para romper la oscuridad de la noche. Los ladrones aprovechaban el tumulto y el descuido para poner en práctica sus habilidades.

Gastón volvió a parar la estocada dirigida a su vientre y las hojas de las espadas chirriaron al contacto. Barrois tenía predilección por ese tipo de ataque. Hasta ese momento, Gastón había conseguido frenarlos todos, pero dudaba de ser capaz de parar muchos más.

Llevaba un rato con la pierna derecha completamente estirada. La inflamación de la rodilla le impedía doblarla, por no hablar del martirio que era hacer cualquier movimiento con ella. Por mucho que hubiera deseado disimular aquel contratiempo, Barrois lo había detectado enseguida y el bastardo estaba dispuesto a aprovecharse de ello.

Al salir, habían acordado que el combate sería «A la primera sangre», algo que desencantó a la concurrencia, por considerarlo un duelo con poca emoción. Gastón, sabedor de que su rodilla no aguantaría mucho tiempo, había tratado de herirlo lo antes posible, pero su oponente era más diestro de lo que hubiera pensado y zafó todos sus intentos.

Por su parte, el arquero había tenido muchas oportunidades para marcarlo, pero antes de rozarlo siquiera se retiraba. Sus ataques estaban destinados a proporcionarle el mayor sufrimiento. Porque el malnacido sabía que el dolor lo estaba consumiendo por dentro y alargaba el combate para atormentarle aún más si era posible.

La siguiente finta le obligó a retroceder. Trastabilló unos pasos antes de conseguir recuperar el equilibrio y no dar con el trasero en el suelo. Ya era bastante humillante no lograr vencer a aquel maldito presuntuoso, como para además caer como un borracho.

La sonrisa lobuna del arquero le hizo apretar los dientes. Se estaba divirtiendo a su costa. Disfrutaba de verlo casi derrotado. Dio un par de pasos, preparado para arañarle y acabar con aquella tortura de una vez por todas.

—¡Alto! —gritó alguien desde la puerta de la posada—. ¡Alto en nombre de la ley!

Gastón envainó su espada; al mismo tiempo, en medio de un silencio sepulcral, la marea de hombres se separó para dejar un ancho pasillo entre los combatientes y el gendarme. Por encima del rectángulo de luz que se marcaba en el suelo como una alfombra, el guardia caminó a buen paso hasta llegar a ellos. Su mirada no presagiaba nada bueno.

—¿Qué está sucediendo aquí? —tronó, con gesto colérico—. Barrois, estoy esperando una explicación.

—El capitán Bonnet y yo nos entreteníamos con las espadas, señor —explicó el interpelado, servil.

—Un entretenimiento un tanto extraño, dadas las circunstancias de vuestro oponente —añadió el recién llegado, con gesto de desconcierto.

Gastón rechinó los dientes cuando le vio mirar su pierna lisiada. Con gusto hubiera protestado, pero nunca había sido tan cierta esa aseveración y, además, no veía la hora de subir al cuarto, para dejar descansar aquel miembro tan maltrecho, antes de que fuera incapaz de lograrlo por sí mismo.

—Pues ya se ha acabado la diversión. No quiero ver a nadie remoloneando por el patio —ordenó, autoritario. Los hombres se fueron marchando, entre protestas por lo bajo—. En cuanto a vos, Barrois, os aconsejo que dejéis los ejercicios para otro momento. Una tontería más de este tipo y deberéis buscaros otra ocupación —siseó. Luego se volvió a Gastón—. Imagino que en todo esto había más que un mero pasatiempo. Os sugiero, capitán, que en lo sucesivo, mantengáis vuestra espada en su vaina.

Gastón no le contestó. La rabia era tan fuerte que no creía ser capaz de articular una palabra con la mandíbula apretada cual tenaza de herrero. Por lo visto, el gendarme tampoco esperaba una respuesta de su parte, pues se dio la vuelta y regresó al interior de la posada con el mismo andar autoritario.

Él, en cambio, permaneció un rato más de pie en el centro del patio, hasta que no hubo nadie que pudiera ver el lastimero modo en que arrastraba la pierna al caminar. Subió las escaleras hasta el cuarto, sudando por el esfuerzo y el tormento. Llamó a la puerta y esperó a que la joven le abriera. Al no hacerlo ella, movió la manilla y la puerta se abrió sin problemas. Furioso, volvió a desenvainar la espada y sacó el puñal de su bota, dispuesto a defenderla. A la luz del único candil, el cuarto se veía vacío. Soltó un exabrupto al tiempo que guardaba la espada y el puñal en sus lugares correspondientes. ¡¿Adónde había ido esa inconsciente?!

Su chal seguía sobre la cama y no había signos de lucha. Dondequiera que estuviese había ido por su propio pie. Cerró los ojos un instante, ante la imposibilidad de dar descanso a su dolorida pierna, y volvió al pasillo en el momento en que ella regresaba a la habitación con una palangana vacía en la mano.

Al verlo allí plantado, sus ojos se abrieron desmesuradamente y lo recorrieron, buscándole heridas. Como no le encontró ninguna, se atrevió a mirarle a la cara. Su palidez evidenciaba la preocupación que había pasado.

Gastón sintió la necesidad de asegurarle que estaba bien, pero ese mismo imperioso deseo le hizo enfadar por lo que implicaba. ¡Debía quitársela de la cabeza antes de que terminara completamente loco! Así que, de modo irracional, su enfado lo dirigió contra ella.

—Imagino, *alteza*, que ahora sabéis las consecuencias de vuestros actos —masculló, cerrando la puerta una vez que ella hubo entrado en el cuarto. Se quitó el sombrero y lo lanzó sobre la cama—. ¿Es que vuestra madre no os enseñó a tratar a los desconocidos? ¿Adónde habéis ido? ¿No tuvisteis suficiente con el ataque en Espalion?

Ella se limitó a mirarle estupefacta, luego sus pómulos adquirieron el color de los tomates maduros y sus ojos brillaron peligrosamente bajo los párpados entrecerrados.

—¿Os atrevéis a acusarme de coquetear? —entonó Émilie, con la mirada turbulenta—. ¡¿Vos?! —Hizo un gesto de consternación—. ¿Acaso no habéis sido vos el que ha coqueteado con toda mujer que se ha puesto en vuestro camino? ¿No habéis sido vos el que se ha dedicado a revolcarse con las mozas de las posadas por donde hemos pasado?

—¡No os comparéis conmigo! —¿Cómo se atrevía? ¿No se daba cuenta del peligro? Si no se comportaba como una dama, jamás la tratarían como tal. ¡Diablos! No era tan difícil de comprender. Gastón se pasó la mano por el pelo, buscando tranquilizarse antes de decir algo de lo que debiera arrepentirse después.

—No, claro que no. ¿Cómo podría compararme al gran capitán que se expone a acabar muerto por las palabras de un provocador? —Al parecer ella no tenía intención de calmarse, pensó Gastón, rabioso.

—Le había dicho que erais mi esposa. ¡No podía consentir que os insultara de aquel modo! —profirió, las manos apretadas en puños a los costados—. Era una cuestión de honor. ¡El vuestro!

—¡Pero no soy vuestra esposa!

—¡Gracias a Dios! Compadezco al pobre diablo que cargue con vos. —Antes de terminar de decirlo quiso tragarse sus palabras. Su ira disminuyó un tanto.

—Peor destino le espera a la mujer que se enamore de vos —contraatacó ella; las manos en la cadera y un gesto desafiante—. Un hombre incapaz de mantener sus... sus... sus cosas guardadas —terminó, mirándole de reajo la entrepierna antes de clavar los acerados ojos en él. Estaba arrebatadora y tan tentadora como las sirenas de Ulises. Más aún.

El enfado dio paso a algo mucho más peligroso e incontrolable. Algo que llevaba días gestándose y que por un motivo u otro no había culminado.

Gastón avanzó con dificultad hasta ponerse a un palmo de ella. La tomó de los brazos con determinación y, antes de que pudiera hacer o decir nada, la besó.

Hubiera querido que fuera un beso duro, de castigo, pero cuando sintió los labios tibios y dúctiles de ella bajo los suyos, toda la rabia que le había llevado a besarla se escurrió como agua entre los dedos y se dedicó a agasajarlos con dulzura.

Al oírla gemir sintió que algo, incapaz de precisar, tomaba posesión de su mente; cerrando los ojos, se dejó llevar. La abrazó con delicadeza, acercándola a su cuerpo, deseoso de sentir todas sus curvas pegadas a él. Aquellas formas que había vislumbrado en el lago y que le atormentaban en todo momento. Ella no opuso resistencia; más bien se dejó llevar con una docilidad demasiado embriagadora para rechazarla.

Émilie, algo confusa, aceptó que tomara posesión de su boca, pero una vez pasado el primer momento, tomó parte activa en esa danza entre sus lenguas. Su entrega le hizo temblar como un muchacho ante su primer beso.

Gastón sintió que las manos de ella ascendían, tímidas, por sus brazos, los hombros, hasta la nuca. Igual que si lo quisiera retener. ¡Como si él fuera a escapar!

La boca dejó de ser suficiente: necesitaba saborearla entera. La besó en la comisura de los labios, en la sedosa mejilla, en el lóbulo de la oreja, en el cuello, donde palpitaba su alocado pulso. Siguió dejando un reguero de besos hasta llegar al hombro y el escote. Retiró la pañoleta con el que lo arreglaba para que no fuera tan descocado y la dejó caer al suelo. Solo cuando notó los suaves montículos de sus pechos volvió la cordura a hacer acto de presencia. Abrió los ojos, consternado.

«¿Qué demonios crees que estás haciendo?», se preguntó, al tiempo que se separaba de ella como si le hubiera picado una avispa.

Émilie, perdida en aquellas sensaciones, empezó a protestar, tratando de volver a sujetarle, pero él se zafó. Luego, poniéndole la mano en el hombro, la mantuvo separada a la distancia del brazo extendido. Sus ojos, oscurecidos por el deseo, eran dos pozos gemelos; sus labios, rojos e hinchados, brillaban entreabiertos. ¿Por qué era tan condenadamente deseable? ¿Por qué no podía dejar de pensar en ella?

Gastón cerró los ojos un instante para darse tiempo a recuperar el buen juicio. Necesitaba más que un instante para recuperarlo, pero hubo de conformarse con eso.

—No... no podemos seguir. Esto es jugar con fuego —musitó él, aún afectado—. No debe volver a ocurrir.

—Pero... —intentó protestar ella; la silenció con una mirada.

—Saldré para daros tiempo a que os preparéis para dormir —explicó. Después, al intentar darse la vuelta, su maldita pierna falló.

La colorida blasfemia, al terminar con el trasero en el suelo, debió de oírse en toda la posada.

«Una bonita forma de terminar este encuentro. Sí, señor», se reprochó sin fuerzas para levantarse.

No sabía qué le dolía más, si su trasero o su orgullo. Desde luego, la rodilla le latía como si tuviera vida propia y quisiera adueñarse a dentelladas de todo su cuerpo.

—¡Dejad que os vea esa rodilla! —le ordenó ella, preocupada. Sin esperar permiso, arrodillada ante él, le sacó de la bota la pernera del calzón y se la alzó hasta descubrir la articulación, amoratada y tan hinchada como una vejiga. Hasta él mismo se asustó al ver el mal estado en que estaba—. ¡Estáis loco! No se os ocurra moveros —precisó Émilie, al tiempo que buscaba el tarro con la arcilla en el petate—. Estáis chiflado y terminaréis por destrozarnos la pierna del todo. ¿En qué estabais pensando? ¡Sois un loco!

Se había quitado la cofia y el pelo le caía por la espalda como un manto oscuro. Estaba tan hermosa que quitaba el aliento. Cerró los ojos y apretó los puños para no ceder a la tentación de acariciar su cabello o de volver a besarla hasta que los dos perdieran la sensatez.

«No pienses en imposibles», se ordenó, mientras dejaba que le quitara la bota y le aplicara la arcilla, tratando de mantener sus pensamientos alejados de ella. Pero ¿cómo hacerlo, si sus dedos le acariciaban la piel con la suavidad de una pluma y propagaban el fuego del deseo en su interior, si sentirla tan cerca y no poder tocarla

era el mayor tormento?

Trató de no mirar el escote, que dejaba ver una porción de piel satinada más generosa de lo habitual, de no aspirar el dulce aroma que ella desprendía.

«No es para ti, no es para ti, no es para ti...», se repitió en su mente como una letanía, ofuscado por esa realidad.

Hubert estaba casi seguro de que Gastón y la señorita Laforet iban delante de ellos.

Después de que hicieran noche en Espalais, dos días atrás, los de la carreta habían seguido retrocediendo hasta Moissac. Allí una moza, con ganas de charlar y sacarse unas monedas, no tuvo inconveniente en comentar que el «matrimonio Bonnet» había pasado la noche allí, tres jornadas antes.

Por supuesto, no le había comentado nada a Clarisse sobre el «matrimonio» para que no le diera un síncope del susto. Bastante tenía él con lidiar con sus propios temores.

—¿En qué demonios está pensando el capitán? —masculló por lo bajo, al recordarlo.

No fue hasta abandonar Moissac cuando se dio cuenta de que no le había preguntado a la moza si viajaban a caballo o en carruaje.

De cualquiera de las dos formas, les sacaban dos días de ventaja. Era momento de acortar distancia. Más ahora, al saber que se hacían pasar por marido y mujer. Si el coronel llegaba a enterarse... se celebraría una boda con un prometido diferente, antes de que se dieran cuenta. El capitán había perdido la cabeza.

«Solo queda saber si perderá también “sus partes” cuando el coronel se entere».

Tras dejar Moissac, Hubert había azuzado a la yunta de percherones, otra vez de camino a Pamplona. Clarisse y Luc estaban atentos por si veían el carruaje o a la pareja a caballo.

La noche les había alcanzado en Castet Arrouy y no les quedó más remedio que parar para descansar. Los animales estaban exhaustos y necesitaban reponer fuerzas.

Al día siguiente desayunaron y volvieron al camino poco después del amanecer. Clarisse, tan impaciente como él por localizar al capitán y a la señorita, se había apresurado para no demorar la salida.

Por suerte, se conformó con las pocas explicaciones que le había dado y no insistía sobre el tema. No quería mentirle, pero era peligroso decir toda la verdad. No sabía cómo reaccionaría y no estaba dispuesto a tener que lidiar con reproches todo el camino. Bastante tenía él con los suyos propios.

«¿Dónde diablos se ha metido el capitán?», volvió a preguntarse, mientras mantenía a los animales a buen ritmo, pese a la lluvia que, sin ánimo de parar en algún momento, caía con suavidad.

—Sargento, ¿hasta dónde llegaremos hoy? —indagó Luc.

—Con un poco de suerte, esta noche llegaremos a Manciet. Si no, pararemos en Éauze.

—¿Creéis que para entonces ya les habremos localizado? —terció Clarisse. Se la

notaba preocupada.

—Espero que sí. Ya no creo que nos lleven mucha ventaja.

Cubierta con el chal para protegerse de la fina lluvia que les acosaba desde un rato antes, siguió caminando a la par de Gastón. De cualquier modo podría haber ido unos pasos por delante, por detrás o a cien leguas de distancia; para el caso que él le hacía, lo mismo daba.

Desde lo ocurrido, dos noches atrás, apenas le dirigía la palabra. Estaba más taciturno que nunca y su actitud era la de mantener las distancias en todo momento, hasta el punto de no dejar que ella le pusiera el barro o que le masajeara la rodilla con el unguento, como había permitido días atrás.

Lo más doloroso era esperarlo cada noche acostada en el cuarto, sabiendo que, probablemente, él estaba con la moza de turno. El día anterior no lo había oído llegar y, si no se hubiera despertado cuando Gastón salió al amanecer, no habría sabido que había dormido en su mismo cuarto y no en el de la otra.

No lograba entender que la hubiera besado de ese modo tan apasionado y que al día siguiente corriese a los brazos de otra mujer. Era desolador y frustrante. Vivía consumida por los celos y el desconsuelo. ¡Maldito mujeriego!

¿Por qué la había besado?, se preguntó por enésima vez. En algunos momentos hubiera preferido que no lo hubiese hecho. Luego lo pensaba mejor y agradecía que él tomara esa decisión. Ahora tenía una experiencia para recordar.

Aún se estremecía cada vez que recordaba las sensaciones desconocidas y placenteras que había sentido en aquellos instantes.

A juzgar por la fuerte discusión que habían mantenido, hubiera podido esperar un beso duro y violento, pero fue todo lo contrario. La suavidad de su boca fue tal que había soltado un gemido de rendición absoluta.

¡La estaba besando!

La estaba besando y ella quiso disfrutar de ese momento, que seguramente no se volvería a repetir. Cuando la lengua de él traspasó sus labios, creyó que se desmayaría allí mismo. Se había atrevido a tocarla con la suya y el estremecimiento de placer que la recorrió por entero le hizo curvar los dedos de los pies.

Él había temblado, y saber que ella lo ponía en ese estado le dio alas para dejarse llevar.

En ningún momento pensó que aquello estuviera mal, que ella estaba prometida con otro. No. Solo se perdió en las sensaciones novedosas y demasiado excitantes para pensar en nada.

Ahora entendía las palabras de las mozas, varias noches atrás, cuando aseguraron que él podría hacerlas pasar un buen rato. Si con un beso le había hecho sentir de ese modo, qué no sería con...

«¡No te atrevas a pensarlo, siquiera!», se ordenó, abochornada.



Pero lo había malinterpretado todo y él no lo disfrutó tanto como ella. ¿Por qué, si no, casi no le hablaba y estaba más arisco que nunca?

Definitivamente y para su desgracia, él prefería los besos de las mozas. La rabia y los celos le hicieron burbujear la sangre en las venas.

—Capitán —empezó, sin pararse a pensar—. En lo sucesivo, me gustaría que dejarais de coquetear tan abiertamente con las mozas.

«¡Santa Coleta! ¿Qué estoy diciendo?» A punto estuvo de llevarse la mano a la boca traicionera. Se aferró más al chal para no hacerlo.

—¿Cómo? —preguntó él, tan sorprendido como ella. Se detuvo para mirarla de hito en hito, a través de la lluvia. El agua escurrió por un lado del tricornio y le cayó sobre el hombro—. ¿Qué habéis dicho?

—Lo habéis oído muy bien, capitán —recalcó, tratando de que su voz saliera firme. La mirada verde de Gastón, clavada en ella—. No quiero que volváis a coquetear con las mozas de taberna en mi presencia. —Aguantó el temblor que la sacudía por dentro ante aquellos ojos, escrutadores, ajenos a la lluvia que le empapaba la cara y el resto de su persona—. No creo que a mi padre le gustase saber que me tenéis en tan poca consideración como para no moderaros delante de mí.

Émilie trató de no mirarle los labios. No podía hacerlo; no si quería mantener lo mucho que anhelaba volver a besarlos para sí. Pero no pudo dejar de desear ser cada una de aquellas gotas de lluvia que morosamente resbalaban por ellos.

Él se dio la vuelta y siguió caminando, al tiempo que mascullaba algo.

—Me gustaría saber qué habéis murmurado —declaró, más tranquila ahora que no la miraba. Echó a andar detrás de él, sorteando los charcos del camino.

—He dicho que no me he dado cuenta de que lo hacía.

—Pues sí, lo hacíais.

—En ese caso, lo siento, *alteza* —se disculpó, sin dejar de caminar—. No volverá a ocurrir.

Bueno, algo era algo, pensó Émilie. Al menos se había librado de tener que soportar sonrisas que no iban dirigidas a ella.

«Eres una hipócrita. Pretendes que él se comporte conforme a las normas del decoro y a la vez viajáis juntos sin dama de compañía, dormís en el mismo cuarto y te has bañado en un lago ante su vista.

»No me ha quedado más remedio.

»¿Y no te quedaba más remedio que besarlo?»

En ese momento Gastón se desvió del camino para buscar cobijo bajo las copas de unos árboles algo alejados de la carretera y ella lo siguió, tratando de ignorar a su decorosa conciencia, que se empeñaba en recordarle cada una de las indiscreciones cometidas desde que partiera de su casa. Por no hablar de cada uno de sus indecorosos pensamientos.

El tiempo había cambiado drásticamente. Las nubes, grises y muy densas, dejaban escapar una lluvia que había empezado siendo fina y que ahora caía con fuerza. Hubert, Clarisse y Luc, cubiertos por la lona encerada, intentaban avanzar con la carreta. Hacía un buen rato que iban solos por el camino embarrado. La mayoría de los peregrinos se habían ido quedando en los pueblos anteriores para esperar a que escampara.

La salida de Arzacq Arraziguet era un descenso pronunciado hasta la base de un valle; luego se volvía a subir hasta la siguiente población, para volver a bajar al rebasar la aldea. Si el camino no hubiera estado tan encharcado no habría sido tan agotador, pero el barro se pegaba a las ruedas como una funda pegajosa que, al contacto con el suelo, emitía un ruido de succión y frenaba el avance.

Hubert llevaba un rato fijándose en que uno de los percherones caminaba con la cabeza gacha y no apoyaba el casco derecho delantero al dar el paso. Al principio creyó que solo era un gesto del animal, pero al repetirse, se preocupó. Tendría que detenerse para comprobar si estaba herido.

—Tal vez no fuera mala idea detenernos en el siguiente pueblo... —observó Clarisse, al tiempo que Hubert tiraba de las riendas.

—No sé si podremos seguir. Uno de los caballos no pisa bien —anunció, bajándose del vehículo una vez que este se detuvo—. Luc, muchacho, échame una mano.

El joven saltó de la parte trasera, dispuesto a ayudar. Los dos se dirigieron a la derecha del caballo herido y levantaron el enorme casco. El barro adherido a la herradura y a la palma del casco dificultaba ver qué le pasaba. Hubert utilizó los dedos para limpiar toda la porquería pegada. Enseguida topó con una piedra incrustada entre la herradura y la palma. El animal se agitó cuando hurgaron para sacarla.

—Quieto, quieto —susurró Luc, con la cadencia de una cantilena, para calmarlo—. Quieto, precioso.

—Sujétalo bien; la tiene medio clavada y me costará quitarla —explicó Hubert.

El caballo pateó el suelo e hizo que la carreta se zarandease un poco. Por fin consiguió desincrustarla, pero al soltarle la caña, el equino siguió sin apoyar el casco en el suelo.

—Está dolorido. No podemos seguir. Hemos de parar y que se recupere —señaló, palmeando el poderoso cuello del percherón—. Si no me equivoco, cerca de aquí pasa un riachuelo. Dejaremos que refresque el casco.

—¿No podríamos llegar hasta el siguiente pueblo? —preguntó Clarisse, poco dispuesta a detenerse demasiado en aquel bosque.

—Causaríamos un daño innecesario al pobre animal. En estas condiciones corremos el peligro de que termine cojo —detalló Hubert, tirando del ronzal para que los caballos avanzaran al interior del bosque—. Dejemos que descanse un rato y veremos qué pasa.

No tardaron mucho en localizar la cinta de agua que discurría cerca. Entre Luc y él desengancharon a los rocines y obligaron al herido a meter el casco delantero en el agua. No fue necesario insistir mucho, porque al notar que el líquido fresco aliviaba el dolor, aceptó la orden.

La lluvia fue remitiendo poco a poco y las nubes dejaron entrever trocitos de cielo azul. Aún quedaban unas horas para que anocheciera. Quizá fueran suficientes para que el caballo descansara y pudieran retomar el viaje; de lo contrario deberían pasar la noche en aquel bosque. Algo que a Hubert no le agradaba en absoluto.

Volvió a pensar en el capitán y en la joven. ¿Por qué no les había localizado todavía?

Habían vigilado todo el camino sin verlos. O Gastón estaba reventando a *Rouge* o el señor Dubois, a los caballos del carruaje. En cualquier caso iban más rápidos de lo que esperaba.

—¿A qué distancia creéis que puede estar el capitán? Es raro que no les hayamos alcanzado —musitó Luc, palmeando el cuello del caballo—. Ayer pensabais que estábamos a punto de encontrarlos.

—Lo sé, y sigo pensando que no nos sacarán mucha ventaja. He azuzado a los animales más de lo que hubiera querido, así que ellos no andarán muy lejos.

—¿No les habremos rebasado en algún momento? —preguntó Luc.

—No lo creo; hemos estado atentos a cada lado de la carretera y no hemos visto ni a *Rouge* ni al carruaje.

Después de aliviarse, Clarisse regresaba al campamento improvisado cuando escuchó la voz de un desconocido. Un sexto sentido la conminó a esconderse hasta saber qué ocurría.

Luc le había dicho que los ataques de salteadores eran muy comunes a lo largo del Camino de Santiago.

—Ni un solo movimiento —oyó que repetía el extraño.

Se asomó entre la maleza. Delante de ella había dos hombres; uno de ellos apuntaba con una pistola a Hubert y a Luc, mientras el otro se acercaba a la carreta. El olor lo ahuyentó antes de que lograra ver nada.

—¡Diablos! ¿Qué lleváis ahí? —preguntó, tapándose la nariz con el antebrazo—. Es nauseabundo.

—Es salmuera y orines para curtir cuero —explicó Luc, sin moverse.

Clarisse miró a su alrededor por si hubiera algún salteador más, pero no logró ver a nadie. O estaban muy bien escondidos o esos dos eran los únicos.

—El dinero —ordenó el de la pistola—. Sin tonterías.

—¿Creéis que si tuviéramos dinero estaríamos acampados aquí? —objetó Hubert, con el hatillo de comida entre las manos—. No tenemos nada. Nos pagarán cuando entreguemos los barriles de salmuera —mintió.

Los delincuentes se miraron uno a otro, sin saber qué hacer. El que parecía llevar la voz cantante se volvió a Hubert.

—No tratéis de burlaros de mí. Algún dinero tendréis. No me creo que estéis viajando sin una triste moneda.

—Claro que teníamos dinero, pero nos asaltaron esta mañana al amanecer —volvió a mentir Hubert.

—¡Malditos salteadores! —exclamó, incongruentemente, el ladrón—. Crecen como setas tras la lluvia. —Se los quedó mirando con los ojos entrecerrados—. No me parecéis un idiota, señor, así que sigo pensando que si os robaron, no os lo quitarían todo. ¡Venga ese dinero! —pulió la orden, apuntándoles con la pistola.

—Está bien —musitó Hubert, derrotado. Luego hizo amago de dejar el hatillo en el suelo y lo lanzó con fuerza contra el ladrón que, sorprendido, apretó el gatillo.

Clarisse admiró la treta del antiguo sargento. Ahora esa arma era inútil. Vio que ya había sacado un puñal de la bota y que peleaba con el de la pistola. Luc lo hacía con el otro ladrón.

Pensó en seguir escondida hasta que el combate acabara; sin embargo, cabía la posibilidad de que Hubert y Luc no salieran victoriosos, así que buscó algo que pudiese convertir en una herramienta de defensa.

Probó con un palo, pero era demasiado endeble para causar daño. Debía ser algo más fuerte. Encontró una piedra lo bastante pesada para ser peligrosa, pero que ella podría manejar sin problemas. Sigilosamente, se fue acercando a la pelea por si podía intervenir.

Hubert se defendía bien; en cambio, Luc empezaba a tener problemas con su oponente, mucho más fornido. Clarisse decidió que él la necesitaba más, así que buscó una mejor posición para atacar.

En ese momento Luc gritó de dolor: el ladrón le había clavado la daga en el muslo e intentaba acertarle en el vientre. ¡Debía evitarlo como fuera!

De un salto se plantó tras aquel malnacido y, con un grito salvaje que sorprendió a todos, le asestó un golpe en la cabeza con la piedra. El hombre cayó al suelo, desmadejado.

El otro ladrón, sorprendido por el grito, se volvió a mirar; Hubert aprovechó el descuido para desarmarle.

Antes de que Clarisse lograra comprender lo que había hecho, Hubert y Luc ya habían amarrado a los dos salteadores al tronco de un árbol. La sangre que manchaba el calzón del muchacho la hizo reaccionar otra vez. Debía curar esa herida antes de que siguiera perdiendo sangre.

«¡Santa Coleta! Vaya aventura».



Sentado en el suelo y con la vista perdida en los viñedos, Gastón se masajó la rodilla. Seguía molestándole, pero infinitamente menos que tres noches atrás, después de la vergonzosa pelea. Debería aplicarse un poco de unguento para aguantar el resto del viaje hasta Éauze. Aún quedaban varias leguas de terreno casi llano, lo que ayudaría bastante a llegar sin contratiempos.

Émilie, sentada enfrente, seguía con un trozo de pan y un pedazo de queso en la mano, pero apenas comía. Mantenía los ojos fijos en el horizonte, aunque él hubiera apostado que no miraba nada en concreto. Aprovechando que estaba distraída, se deleitó con su imagen. Estaba fascinado por el suave dorado que tenía su piel; hacía que sus ojos acerados destacasen aún más. Y cuando lo miraba... ¡Santo Dios! ¡Era tan fácil perderse en sus profundidades plateadas...!

¡Y sus labios! Aquella boca estaba hecha para besarla hasta quedarse sin aire. Ahora que la había probado le resultaba cada vez más difícil no volver a hacerlo. No volver a pasar la lengua por sus formas jugosas y saborearla por entero.

Aun sabiendo que no debía hacerlo, no dejaba de recordar el beso. A lo largo de su vida había besado a infinidad de mujeres de distintas edades y condiciones sociales, pero ninguna le había llegado tan adentro. Ninguna había hecho que deseara más; con ninguna se había sentido así, tan extraño y confuso. Al borde de...

Como si intuyera que la estaba observando con tanta atención, ella volvió la cabeza y le miró, pero no antes de que él apartara la vista y fingiera estar muy interesado en las hojas nacientes de una parra a su derecha.

«Deja de mirarla —se ordenó—. Harás que ella se dé cuenta».

Era cierto; sin embargo, no conseguía arrancarse esa necesidad de comérsela con la vista. Ya que no podía acariciarla con los dedos o con la boca, intentaba conformarse con la mirada. ¡Qué frustrante!

Hurgó en su petate hasta dar con el tarro de unguento. «Ya es hora de que empiece a preocuparme por algo más que la contemplación de ese *duende* hechicero».

—¿Queréis que os lo aplique? —preguntó ella, cuando le vio con el remedio en la mano.

—¡No! —gruñó, sin poderse contener. La idea de que ella le tocara, aunque fuera con intenciones inocentes, era superior a él. Bastante difícil era resistirse a cierta distancia, con ella al alcance de la mano, ¿quién sabía cómo podría reaccionar? No; no podía ser.

—No hace falta poner cara de asco —protestó ella, los ojos echando chispas—. Vaya ser más desagradecido —murmuró, dejando el pan y el queso, que no había comido, junto al resto.

—No es asco. Es que prefiero hacerlo yo —se avino a explicar, sin mirarla.

Tras alzarse la pernera del calzón, procedió a extenderse la pomada con movimientos circulares.

—Pues si no es eso, lo disimuláis muy bien, capitán —opinó con sequedad. Terminó de recoger los restos de comida, pero se mantuvo de rodillas sobre la hierba—. No sé por qué me molesto en ofrecerme.

La había ofendido, no había duda. ¿Cómo explicarle que ella le hacía sentir cosas que no podía permitirse? ¿Que estaban prohibidas entre ellos? Puesto que él tenía más experiencia, debía ser más prudente. Pero ¡por Dios, qué difícil!

Dejó de aplicarse el ungüento y lo guardó en el petate. Le dolía ser tan rudo con ella, pero si cedía... ¡No!, era muy peligroso.

—Desde luego no os voy a pedir que me beséis, si ese es vuestro miedo. Ya sé que no os gustó —declaró, con la mirada puesta en el regazo—. Que no lo disfrutasteis.

Gastón parpadeó, demasiado estupefacto para decir nada. ¿Que no le había gustado? ¿Que no lo había disfrutado? Sin poder contenerse, soltó una amarga carcajada. Aquello era hartamente gracioso. Era la mayor de las ironías. ¡Estaba deseando volver a besarla! Se moría de ganas por sentir sus labios una vez más y ella creía lo contrario.

—¡Sois un desconsiderado! —gritó ella, levantándose. Salió al camino y comenzó a andar—. ¡Un bruto insensible y mujeriego!

¡Era increíble! Lo había malinterpretado todo. ¡Si ella supiera lo que sentía...!

Se incorporó sin cuidado y su maldita rodilla se lo hizo pagar. Apretando los dientes ante el dolor corrosivo, se volvió a agachar para guardar los restos de comida que ella había recogido; luego la siguió.

Émilie caminaba con paso enérgico y airado. Sin duda estaba muy enojada con él.

—Que me gustara o no ese beso, no tiene nada que ver, *alteza* —se encontró explicando, tras ella—. No volverá a ocurrir...

—¡Por supuesto que no! —le cortó, sin dejar de andar.

—Será mejor que lo olvidemos —continuó, como si no la hubiera oído—. Si vuestro padre llegara a enterarse, me despellejaría vivo. Debo escoltaros hasta que os encontréis con vuestro... prometido. —Para su sorpresa le costó mucho pronunciar esa palabra.

—¡Yo no pedí casarme! —gritó ella, enfadada, sin volverse—. No deseo hacerlo —añadió con un deje de dolor, aminorando la marcha.

—Lo siento, pero yo no puedo hacer nada. Mi obligación es llevaros junto a...

—Lo sé, lo sé. No hace falta que lo repitáis —murmuró entre dientes.

Continuaron caminando en silencio.

Gastón entendía que ella no quisiera casarse de ese modo. Sin conocer de antemano a su prometido. Sin saber cómo era su carácter, si era amable o taciturno o un borracho empedernido. Empero eso era lo que su padre había querido para ella.

Por otro lado, el comportamiento del coronel dejaba mucho que desear. Era algo extraño. Hubiera jurado que adoraba a su única hija. Le había oído hablar con mucho cariño de ella. ¿Por qué esa prisa por casarla? Podrían haber esperado a que él se recuperase del ataque al corazón. ¿Qué necesidad había de salir con tanta celeridad de Montbonnet?

«A menos que tema por su vida y desee verla casada antes de perecer».

—¿Por qué no os habéis negado? —preguntó él, de pronto—. No sería el primer pretendiente que habéis rechazado.

—No podía.

—¿Por qué?

—Mi padre me dio un ultimátum: o me casaba con el señor Rodin o entraba en el convento de las clarisas de Le Puy —musitó.

Así que era eso; no le quedaba más remedio que aceptar la boda. Imaginaba que la vida entre los muros de un convento acabaría con la vitalidad de aquella joven. Era mejor casarse. Claro que todo dependía del marido y del trato que le dispensara.

«Eso es algo que a ti no te importa —se dijo, mirándola de soslayo—. Es una joven voluntariosa, de eso no hay duda.

»¿Y si su esposo no la comprende?

»Será problema de ella. Eso a ti no te incumbe».

Debía pensar en otra cosa. Y, sobre todo, dejar de mirarla como si fuera el postre más apetecible. Empezaba a volverse loco. Se comportaba de un modo ajeno a su forma de ser.

Ella le acusaba de ser un mujeriego, pero a juzgar por lo sucedido en las últimas noches, estaba muy lejos de serlo. ¡Era inaudito! Y tan cierto como el cielo que tenían sobre sus cabezas.

Cada noche, tras dejarla en el cuarto, él había salido, pero no a encontrarse con ninguna mujer. Todo lo contrario: se dedicaba a dejar pasar el tiempo, sentado en algún lugar tranquilo de la posada, desde donde pudiera vigilar las idas y venidas de la gente y cerciorarse de que ella estaba segura. Necesitaba esos momentos para serenarse, para ser capaz de resistir estar en el mismo cuarto que ella, a solo unos pasos, y no tocarla. Compartir la misma habitación era un tormento agri dulce, casi tan insoportable como el dolor de su rodilla.

No podía dormir y se dedicaba a dejar pasar las horas velando su sueño, escuchando el suave sonido de su respiración o el crujido del relleno del colchón cuando ella se daba la vuelta. Anhelando meterse en esa cama, sin más deseo que abrazarla.

Si no se encontraban pronto con Clarisse, Hubert y Luc, corría el peligro de faltar a una de sus normas primordiales en relación con las mujeres.

¿Dónde demonios estaba el carruaje? ¿Por qué no los había localizado todavía?

Se concentró en el paisaje que tenía frente a él para no mirar a su protegida. Para no sucumbir a la tentación de tomarla en brazos y besarla hasta que los dos perdieran



el sentido.

¡Por todos los infiernos!

Los viñedos llegaban hasta las murallas de Éauze en largas hileras. Las oscuras cepas apuntando al cielo con sus ramas retorcidas. Estaban en la tierra del armagnac.

Hermosas casas, con soportales de madera, flanqueaban las calles del lugar. A lo largo del recorrido habían cruzado pueblos con mucho encanto y, sin duda, Éauze era uno de ellos. Al pasar por la puerta de la iglesia, Émilie se dio cuenta de que llevaba varios días sin entrar en una. Con todo lo que había ocurrido, se había olvidado de asistir a los oficios religiosos; a esas horas ya habría pasado el oficio vespertino, pero aún podía orar por su cuenta.

—¿Podría quedarme a rezar? —preguntó, temiendo lo que pudiera contestarle.

—¿Puedo fiarme de vos, *alteza*? —inquirió él, con mirada torva—. ¿Cómo sé que no intentaréis escapar?

—No voy a hacerlo. Solo quiero rezar dentro del templo —aseguró, molesta por la desconfianza—. Deberéis confiar más en mí.

Al fin y al cabo, por las noches la dejaba durante un rato sola y no se preocupaba de que pudiera escapar. Estuvo a punto de recordárselo, pero luego lo pensó mejor y decidió no provocarlo.

Él pareció deliberarlo durante tanto tiempo que Émilie ya imaginaba una negativa.

—Está bien. Yo iré a buscar cuarto en una posada. —Gastón clavó los ojos en ella. Al sol del ocaso se veían de un verde irreal. Trató de no quedarse prendada y bajó un poco la vista, pero entonces su mirada fue a parar a los labios del capitán y casi gimió al recordar su beso—. Si no estáis aquí cuando regrese... os arrepentiréis de haber tratado de engañarme. —Hasta cuando decía palabras amenazantes, era una boca cautivadora.

Émilie no se molestó en decir nada, contenta de haber conseguido esa prerrogativa. Con una sonrisa de agradecimiento, entró en la iglesia.

La imagen del interior del templo la paralizó y la dejó sobrecogida al lado de la puerta, sin siquiera tocar el agua bendita. La luz traspasaba las hermosas vidrieras que adornaban los muros de la iglesia y sus haces de colores se reflejaban en las partículas de polvo en suspensión. Nunca había visto nada igual.

—Es como cruzar las puertas del Cielo, ¿no os parece? —La voz de un anciano sonó a su lado, tan suave que ni siquiera la asustó. Sintió que le tocaba los dedos con los suyos, húmedos, para compartir el agua bendita. Se santiguó, sin dejar de admirarlo todo.

—Es espléndido —susurró Émilie, como si no quisiera turbar la quietud que se respiraba en aquel lugar santo.

Esperaron en completo silencio hasta que el sol se ocultó y las vidrieras fueron

apagándose lentamente.

—Me gusta permanecer aquí hasta que el sol se esconde y la luz desaparece —dijo el cura, caminando por el centro del pasillo hasta llegar a la única vela que permanecía encendida en el altar. El poco cabello que aún le quedaba sobre las orejas y en la nuca era de un blanco níveo que se veía rojizo a la luz de la llama. Estaba tan delgado como un sarmiento y caminaba un poco encorvado hacia delante—. Es un momento mágico.

Ella se atrevió a seguirle para admirar los altos arcos que se perdían en el techo en penumbra. Pronto ya no hubo luz suficiente para ver nada alejado de la llama y las bóvedas parecieron perderse en el infinito.

—¿Sois peregrina? —preguntó el sacerdote, sentándose en uno de los primeros bancos; luego dio unas palmaditas sobre la madera a su lado, invitándola a sentarse—. Imagino que estaréis cansada. ¿Desde dónde venís?

—De Montbonnet. —Guardó silencio, sin saber qué más decir.

—Nunca he estado allí. Siempre he vivido en estas tierras. ¿Sabíais que se utilizaron ladrillos romanos para construir esta iglesia? —No esperó a que ella contestase—. Pues sí, hasta aquí llegaron los centuriones del mismísimo Julio César...

El ruido de la puerta al abrirse cortó el relato. Los dos se volvieron a mirar. Gastón había entrado en la iglesia y, tras persignarse, caminaba renqueando hasta ellos. Pese a la cojera, conforme se acercaba a la luz de la vela se lo veía tan apuesto como siempre. Su pelo pajizo era dorado y la barba que le oscurecía el mentón tenía brillos de oro. ¡Definitivamente, era demasiado guapo!

Émilie se tragó un suspiro y bajó la mirada.

—Buena noche —musitó al llegar, los ojos, clavados en ella, parecían arder a la luz de la llama.

—Estaba haciendo compañía a vuestra esposa —declaró el sacerdote, con las manos escondidas dentro de las bocamangas de su hábito.

Gastón la miró con una muda pregunta. Ella negó con la cabeza, imperceptiblemente.

—No, señor. Ella no me ha dicho que estabais casados. Me lo han dicho vuestras miradas —declaró el hombre, mostrando una desdentada sonrisa—. Por vuestro sonrojo, adivino que sois recién desposados.

Ella sintió que la cara le ardía y no se atrevió a levantar la vista por si se encontraba con los ojos del capitán.

—Sí. Bien. —Gastón carraspeó varias veces—. Será mejor que vayamos a la posada a cenar. Gracias por atender a mi... esposa —concluyó. Émilie no supo discernir si había burla en el tono o, por el contrario, lo había dicho con seriedad.

Tras despedirse del sacerdote, volvieron al exterior. Los escasos faroles y la luna menguante apenas iluminaban la calle. Gastón la acercó a su costado izquierdo para dejar libre el brazo derecho, por si tenía que hacer uso de la espada. Al amparo de la

noche, los salteadores gustaban de salir a hacer de las suyas.

—No deberíais haberos quedado tanto tiempo en la iglesia, *alteza*. No es recomendable andar a estas horas por las calles —declaró, sujetándola por el codo—. He encargado la cena. Estará lista para cuando lleguemos.

Émilie no le escuchaba. Todos sus sentidos estaban en aquellos dedos que parecían quemarla a través del lino de la camisola. Le pareció sentir que la acariciaba con el pulgar, pero tal vez era más un gesto debido a la tensión de caminar en medio de la penumbra que a otra cosa. De cualquier modo, aquel roce la estaba alterando.

Caminaban rápido y, para decepción suya, no tardaron en llegar a la posada. Tal y como él le había dicho, en cuanto les vieron entrar procedieron a llevar unas escudillas con un apetitoso estofado a una mesa cercana a la pared.

—¿Cuánto queda para llegar a Pamplona? —indagó Émilie, cuando hubieron saciado el apetito.

—Si seguimos a pie, algo más de una semana —especificó Gastón, recostándose en la pared—. Si el carruaje nos encuentra, dos o tres días a buena marcha.

—¿Creéis que nos ha pasado? —Fruunció el entrecejo—. Es extraño que no lo hayamos visto.

—Nos ha tenido que adelantar hace días. Por mucho que hayan tardado en arreglar el eje, no puede haber sido tanto como para estar más atrás que nosotros.

—¿Deseáis una copa de armagnac? —preguntó la moza—. Lo destila mi padre y dicen que es uno de los mejores.

—No, gracias —agradeció Gastón, con sus hoyuelos horadándole las mejillas—. Así está bien.

La joven se lo quedó mirando sin decidirse a regresar a la cocina. Émilie, molesta por la interrupción, carraspeó sonoramente. La moza pareció salir del trance y se marchó un tanto desilusionada.

—Nunca os he visto beber nada más que cerveza —entonó, sorprendida. Su padre bebía vino en las comidas y alguna que otra copa de coñac—. ¿No os gusta el vino o los licores?

—No me gusta el efecto que producen —aclaró él, serio—. Prefiero no perder el control.

—¿No os emborracháis? —Le costaba creer que no lo hiciera.

—No, *alteza*. ¿Teníais pensado intentar embriagarme? —preguntó, con media sonrisa.

—Por supuesto que no —aseguró, molesta porque tuviera tan mal concepto de ella—. Es solo que me parece extraño que no lo hagáis.

Él resiguió una veta en la madera de la mesa con su esbelto dedo.

—La última vez que bebí demasiado coñac, terminé en la cama con la mujer de mi mejor amigo —relató. Después la miró, como si quisiera comprobar si la había abochornado su confesión. Ella se mantuvo quieta, a la espera de que siguiera—. Desde aquel día, ni bebo ni me acuesto con mujeres casadas.

—¡Ah! —fue lo único que se atrevió a decir—. Comprendo.

—No creo que lo hagáis, *alteza*. —Negó en silencio. En sus ojos, una mezcla de dolor y vergüenza—. Yo no deseaba acostarme con ella. Nunca lo hubiera hecho de no estar tan borracho. Durante mucho tiempo me sentí despreciable, aun sabiendo que mi amigo y su esposa no se llevaban bien. De hecho, ella tenía un amante... Pero eso no es disculpa; lo sé.

—¿Llegó a enterarse vuestro amigo?

—Yo mismo se lo dije, años después; ella había muerto —confesó, volviendo a mirar la madera—. Digamos que ya estoy perdonado. Al menos por su parte —guardó silencio un instante, meditabundo—. Yo sigo sin perdonarme.

—¿Nunca habéis pensado en casaros? —se encontró preguntando.

—No. Quizás algún día... No lo sé. De momento es la última de mis preocupaciones.

Émilie trató de que no se notase la desilusión ante sus palabras.

«¿Qué esperabas, que te dijera que está deseando casarse? —se amonestó—. Ya sabías que no tenía ningún interés por el matrimonio.

»Pero quizás hubiera cambiado de opinión.

»No seas ilusa. ¿Quién le iba a hacer cambiar de opinión? ¿Tú?

»¿Y por qué no? No ha dicho que le desagradara besarme...

»Ni tampoco que le agradara, tonta».

Se negó a pensar en las conjeturas que el cura había hecho por su forma de mirarse. Si bien era cierto que ella lo contemplaba con cierto anhelo, no era lo mismo por parte de él.

«Solo era un anciano soñador», se dijo para justificarlo.

—Es una suerte ser hombre —musitó, en cambio, enojada con su situación.

El cielo estaba cubierto por nubes plumizas, densas y oscuras. Desde el amanecer habían amenazado lluvia y ahora, más que mediado el día, descargaban con fuerza y sin intención de parar. Frente a ellos, en el horizonte negro y amenazador, se apreciaban los zigzags de los rayos y el zumbido posterior de los truenos.

Gastón siguió caminando sin perder de vista aquella tormenta, que se acercaba con rapidez. Pronto deberían buscar refugio para esperar a que pasara. Estaban a mitad de camino entre dos pueblos y dudaba de que fueran capaces de recorrer la legua y media restante, antes de que la borrasca estuviera sobre sus cabezas.

Émilie, resguardada de la densa lluvia con el chal, no había dicho nada, pero Gastón notaba cómo se estremecía cada vez que el trueno rompía el silencio de la campiña. Llevaban un buen rato sin ver a nadie más. El último peregrino había quedado en el pueblo anterior, poco dispuesto a continuar el viaje con un tiempo tan desagradable. Tal vez ellos habrían debido hacer lo mismo. No era conveniente pasear bajo una tormenta de ese calibre. Por si caminar calados hasta los huesos no fuera suficiente, se exponían a que les alcanzase un rayo.

Como si de una advertencia se tratara, el siguiente cayó muy cerca de ellos.

—No podemos seguir —gritó Gastón, por encima del fragor—. Debemos buscar refugio.

Salieron del camino y se adentraron en un bosque. No era que allí, entre tantos árboles, estuvieran más seguros, pero tenía la esperanza de encontrar alguna vivienda o un pabellón de caza por aquella zona.

Se les hundían los pies en la tierra reblandecida por el agua. Las gotas chocaban contra las hojas y creaban una sinfonía extraña y caótica. El olor de la tierra, denso y picante, les inundaba la nariz.

—Esperadme aquí. Iré a buscar un lugar donde guarecernos —ordenó, al encontrar un árbol algo achaparrado y frondoso. Luego colgó el petate en una rama baja—. No tardaré —aseguró, al ver el temor reflejado en los ojos de ella.

Sin pararse a pensar en lo que hacía, cedió a su deseo y le pasó los nudillos por la mejilla, mojada por la lluvia. Durante un momento suspendido en el tiempo, los dos se miraron sin decir nada, cautivos de una tormenta interior. Se moría por besarla, pero no era el momento. La sintió temblar bajo su mano; no supo si por el frío o por otra cosa.

Al final Gastón, con la mano traidora apretada en un puño, se alejó y siguió caminando a lo profundo del bosque. Sin decidirse a maldecir por haberse dejado llevar por ese estúpido impulso o a felicitarse por no haber sucumbido al otro, aún más estúpido.

No tardó en distinguir una estructura de piedra en un claro. Era un establo

abandonado, a juzgar por el mal estado de la techumbre. Se acercó, alerta, por si estaba ocupado. No sería extraño que algún animal salvaje lo utilizara de madriguera; como tampoco que otro humano lo hubiese visto antes y ya se hubiera instalado allí. En cualquiera de los dos casos, debía cerciorarse de que podía llevar a Émilie sin peligro.

La enorme puerta que, extrañamente, aún estaba intacta, chirrió al abrirla y varias aves asustadas salieron volando; a la poca luz que se colaba por el techo semihundido, pudo comprobar que estaba vacío y que llevaba mucho tiempo así. El agua se había filtrado, pero uno de los rincones, donde el tejado seguía indemne, permanecía seco.

Un rayo iluminó el lugar con su luz albina y espectral; el trueno no se hizo esperar; casi tenían la tormenta sobre la cabeza. A buen paso, volvió a por la joven.

Seguía donde la había dejado. Pegada al tronco del árbol y tiritando de frío. Si no se quitaba pronto esas ropas mojadas terminaría enfermando. Casi corrió el último tramo.

—He encontrado un buen sitio, pero debemos apresurarnos —anunció. Descolgó su petate y, tomándola del codo con suavidad, la condujo hasta el establo.

Otro rayo inundó el bosque de luz. Esta vez el estruendo hizo temblar el suelo. Notó la resistencia de Émilie a seguir caminando. El pánico era evidente en su mirada gris.

—No os preocupéis, no está muy lejos —intentó reconfortarla, para que no se dejara llevar por el miedo—. Allí estaremos bien. Confíad en mí, *alteza*.

Las nubes, negras, habían oscurecido el día y dentro del bosque las tinieblas eran más acusadas. Su buen sentido de la orientación les fue acercando al establo.

El siguiente relámpago dejó ver la estructura de piedra. Émilie debió de verla, pues apretó el paso, dispuesta a entrar corriendo antes de que estallara el siguiente rayo. Una vez dentro, se situó en la parte seca, abrazándose, incapaz de hacer nada más.

Él, tras cerrar la puerta y ponerle una traba para que nadie pudiera entrar sorpresivamente, buscó un lugar donde preparar un fuego sin prender el establo. Lo halló al borde de la zona seca. De un trozo de tierra apisonada, suficiente grande para ese menester, limpió todas las ramitas, paja y hojas secas que pudieran prenderse por accidente. Luego formó un círculo con piedras y relleno el interior con ramas. Aprovechó como yesca las ramitas y la paja, retiradas anteriormente, y las prendió con el pedernal. Enseguida consiguió unas llamas lo suficientemente altas para caldear el sitio. Después, utilizando algunas de las vigas que se habían desprendido de la techumbre, las colocó de modo que pudieran extender las prendas encima para que se secaran.

—Quitaos la ropa —pronunció. Ella, consternada, negó con la cabeza. Se encogió de miedo cuando el establo se llenó con la luz del rayo—. ¿Acaso queréis pillar una pulmonía? Dejaos de melindres y hacedme caso.

Émilie siguió en el mismo sitio, sin quitarse ni una sola prenda. El castañeteo de sus dientes se oía a varios pasos de distancia. Sus labios presentaban una coloración amoratada en su pálido rostro. «¡Malditos remilgos!», rezongó Gastón.

Se acercó a grandes pasos, decidido a quitárselas él mismo. Ella retrocedió, adivinando sus intenciones.

—No, *alteza*. Nada de aspavientos —murmuró, tratando de no asustarla más—. Prometo que seré tan diestro como la mejor doncella y que solo miraré un poquito. — Sonrió de medio lado y tuvo la satisfacción de verla reaccionar.

Con los ojos redondos como platos, lo miró con estupor y se sujetó los extremos del chal, dispuesta a presentar batalla. Su *duende* no podía hacer las cosas fáciles, pensó sin amilanarse. Con paciencia, pero sin ceder, fue retirándole cada uno de los ateridos dedos de la prenda. Una vez con el chal en su poder, lo tendió sobre las vigas, dispuestas alrededor del fuego. La cofia y la falda siguieron el mismo camino. Las enaguas estaban secas, pero la camisola, no.

Émilie se negó a que le quitara el corpiño y se aferró a él con determinación. Gastón la dejó hacer, alejándose unos pasos. Otro rayo iluminó el lugar con su luz blanca y enseguida el trueno hizo temblar la cuadra hasta los cimientos.

—Deberíais poner os la camisola de repuesto —sugirió, tras sacar la prenda de su petate. Había tenido que guardarla allí cuando la joven necesitó el chal para cubrirse—. Os aseguro que no miraré —comentó, sincero, mientras se quitaba la casaca y la dejaba junto a las demás prendas—. Pero si os quedáis con esas ropas terminaréis por enfermar. Y yo no voy a consentirlo. Vos decidís quién os la quita, si vos o yo.

Le volvió la espalda para buscar un calzón y una camisa secos en el petate. La lona encerada no había dejado que la lluvia lo traspasara. Se cambió con rapidez, no muy convencido de que Émilie tuviera fuerza o ganas para obedecer su último mandato. Sin embargo, al darse la vuelta, ella ya se ataba el lazo que cerraba el escote de la camisola limpia. Satisfecho, le sonrió. Luego, una vez que colgó sus prendas en las vigas, se volvió para alimentar el fuego.

—Esto... esto es... del todo indecoroso —protestó ella, hablando por primera vez, al tiempo que acercaba las manos al fuego. Seguía tiritando como una hoja.

—Bueno, nadie tiene por qué saberlo, ¿no os parece? —replicó con burla. Contento de que ella se encontrase lo suficientemente bien como para protestar—. Si vos no lo decís, yo tampoco.

—No es solo eso y vos lo sabéis —murmuró, sin volverse a mirarlo.

Gastón no añadió nada; no podía hacerlo. Se había quedado embobado viendo la silueta perfectamente recortada contra las llamas de la hoguera. Al darse cuenta de lo que estaba haciendo, cerró los ojos y volvió la mirada a otro lado, abochornado por haberla estado observando como un jovenzuelo imberbe. ¡Qué desvergonzado!

Esa especie de locura que lo estaba aquejando en los últimos días empezaba a ser preocupante. Se le humedecieron las manos por las ganas de acariciar cada pulgada de aquella silueta atrayente o las ondas de su cabello, húmedo de lluvia.

Con un gruñido se secó las manos en las rodillas del calzón y se obligó a pensar en otra cosa. Quizás imaginar las torturas a las que le sometería el coronel si se atrevía a tocar a su hija era buena idea.

—¿Por qué comprasteis la casona de Montbonnet? Vos no sois de allí.

Gastón volvió a mirarla, asombrado por el cambio tan radical de tema. Para su tranquilidad, ella se había sentado con recato al otro lado de la hoguera. Claro que la tela de la camisola, tan desgastada, era demasiado transparente y mostraba más de lo que ocultaba los encantos de la joven. Trató de mantener la mirada apartada del escote y fijarla en su rostro.

—Necesitaba un sitio para vivir —explicó, restándole importancia—. Pasé por allí, me gustó la casa y, para mi alegría, estaba en venta.

Le sorprendió el gesto de dolor que vio en sus ojos. Pese a que enseguida ella cambió la expresión por otra menos explícita, no fue lo bastante rápida para que él no se diera cuenta.

—¿Significaba algo esa casa para vos? —se atrevió a preguntar. Ella miró hacia el fuego sin decir nada—. No tratéis de ignorar mi pregunta o de fingir que no sabéis a qué me refiero, *alteza*. Lo sabéis muy bien.

—Esa casa no debería haber estado en venta. Iba a ser parte de mi dote —musitó. Los ojos fijos en las danzantes lenguas de fuego—. Mi padre me lo había prometido... —Añadió algo, pero fue tan quedo que no logró entenderla.

—¿Qué habéis dicho? —susurró Gastón, intrigado por sus palabras. Como ella se mantuvo en silencio, añadió para provocarla—: ¿Os ha comido la lengua el gato?

—¡He dicho que otra promesa incumplida! —tronó Émilie, con rabia.

—¿Querriais haber vivido en ella? —Ignoró el arrebató. Las ganas de saber lo podían.

—Siempre imaginé que viviría allí —contestó, más calmada. Y comenzó a peinarse con los dedos, tal y como él imaginara un rato antes—. Desde niña he soñado todas las cosas que haría en ella.

—¿Y qué cosas serían esas? —Siguió, cada vez más interesado.

Ella lo observó con recelo, pero al ver la sinceridad de su mirada inspiró con fuerza.

Gastón apretó los dientes cuando, con esa inspiración, los pezones oscuros y endurecidos quedaron claramente definidos bajo el fino tejido de la camisola. Apartó la vista con rapidez, pero la excitante imagen ya había quedado esculpida en su memoria.

—Plantaría rosales en la entrada. De una variedad que cultivan las hermanas en el convento de Le Puy. Uno a cada lado de la puerta —empezó ella, con los ojos cerrados. Ajena al tormento de su acompañante, siguió pasando los dedos por los mechones para secarlos al fuego—. Una huerta en la parte de atrás, con hierbas aromáticas. Volvería a pintar las paredes con los mismos colores pastel que tuvo cuando vivía allí mi abuela paterna. Pondría más sillones en la biblioteca, para recibir



allí a las visitas. Es muy luminosa por las tardes.

—Ya me he dado cuenta —convino, imaginando todas las cosas que ella le había propuesto, en un intento por apartar otras cosas de su mente.

No se le había ocurrido ni plantar rosales ni un huerto, pero mantener los colores, sí. Le habían parecido muy adecuados para esa casa. La biblioteca era una de las habitaciones que más le gustaba. Tenía pensado utilizarla para atender el papeleo de la caballeriza.

El recuerdo de *Rouge* le amargó el momento. No obstante, pensó que ya era hora de dejar de rememorar lo ocurrido y vivir el presente.

—De todos modos, ahora no tiene mucha importancia. Seguramente no volveré nunca por Montbonnet y menos para vivir allí —añadió ella, resignada. Las ondas de su cabello iban adquiriendo la tonalidad del nogal envejecido según se secaban. Otra vez pensó en lo mucho que le encantaría pasar sus propios dedos por él, y otra vez se amonestó en silencio por pensar semejante disparate.

—Creo que estáis dando por sentado que vuestro futuro esposo os retendrá en Pamplona como si estuvierais presa. Él también es francés y querrá volver a su patria o, cuando menos, visitar a sus parientes cercanos.

—No lo sé, pero prefiero ponerme en lo peor que hacerme ilusiones y sufrir después.

—Estáis siendo muy derrotista, *alteza*. ¿Quién sabe si, al conocerlo, descubrirís que os agrada mucho más de lo que imaginabais? —preguntó, dispuesto a confortarla.

—Lo dudo, capitán.

—¿Lo dudáis? ¿Acaso ya teníais un candidato mejor? —inquirió, sin saber muy bien por qué.

Ella no contestó, pero a juzgar por el rubor que cubrió su cara y su escote, intuyó que sí.

Para su completo desconcierto, ese conocimiento no le agradó nada en absoluto. Se preguntó si ella había escapado días atrás para ir al encuentro de aquel joven.

Otra cosa en la que no debía pensar, así que se entretuvo, otra vez, en imaginar los trabajos que ella hubiera querido hacer en su casona. Sin poder evitarlo, se encontró vislumbrando la casa terminada... con *Émilie* dentro.

«¡Por todos los malditos infiernos! —bramó para sí—. He perdido el juicio».

La joven se dedicó a dar la vuelta a las prendas puestas a secar, para que el calor les diera por todos los lados. Con un poco de suerte, a la mañana siguiente estarían secas.

—¿Dónde dormiréis? —preguntó, al terminar de colocarlas. Se la notaba un tanto abochornada.

—El mejor sitio es el montón de paja del rincón. Está alejado del fuego, pero desde luego es más mullido que el duro suelo de alrededor. —Se levantó, cuidando de no forzar su rodilla, y sacó una manta del petate. Era la única que tenía—. Tomadla. Con ella no pasaréis frío.

—¿Y vos? —murmuró, sin atreverse a cogerla.

—Yo me conformaré con echarme paja por encima. A menos que queráis compartirla —sugirió, su mejor sonrisa de pícaro partiéndole el rostro. Para su propia consternación, se dio cuenta de que su corazón había aumentado los latidos a la espera de respuesta. Definitivamente, había perdido el juicio.

—Por supuesto que no —aseguró ella, tomando la manta y retirándose al rincón de paja—. ¿Necesitaréis ayuda para ponerlos el barro?

—No, gracias —entonó, preparándose para aplicárselo en la rodilla.

Émilie no tardó en acostarse, tapada hasta el mentón.

—Hasta mañana, si el Señor quiere.

—Hasta mañana, *alteza*.

Él, tras ponerse el emplasto, esperó un rato, rumiando la sensación tan extraña que notaba en sí. Volvió a alimentar el fuego, sin apartar los ojos de las llamas, como si buscara respuestas en sus caprichosas formas. Después, cansado, se fue a acostar, guardando una prudente distancia con ella.

Tumbado, con las manos detrás de la nuca, se dedicó a mirar la lluvia que entraba por el hueco del techo. Las gotas, que reflejaban la luz del fuego, brillaban como piedras preciosas; algunas caían sobre las brasas, emitiendo un suave siseo; otras, sobre pequeños charcos. La sensación era relajante.

Un momento después, se volvió para observar a Émilie. La joven tiritaba bajo la liviana manta. La noche estaba fría y la humedad no ayudaba a mejorarla.

Pese a saber que era un tremendo error y que posiblemente se arrepentiría más tarde, se deslizó por la fragante paja y abrazó a la joven por detrás. Amparó con sus pies desnudos los de ella, fríos como la nieve.

—Chsss... Dormid —susurró al sentir que ella se envaraba—. Solo pretendo daros calor.

A pesar de su reticencia, terminó por relajarse, adaptando su menudo cuerpo al de él. No así Gastón, que se fue tensando conforme pasaba el tiempo; las formas redondeadas de Émilie terminaron tan pegadas a él como si fueran una prolongación de su propia anatomía.

Sintió la respiración suave y acompasada de ella; su confianza. Nunca hubiera imaginado que tan solo abrazar a Émilie pudiera reportarle unas sensaciones tan placenteras, pero así era. Placenteras y dolorosas a la vez. Aspiró el aroma de su cabello y la besó en la coronilla. El deseo que sentía por ella lo estaba matando. Iba a ser una noche muy larga y frustrante. Peor que las anteriores.

Infinitamente peor.

Aguantó en ese abrazo todo lo que pudo, apretando los dientes con cada respiración que los pegaba más y le enardecía hasta abrasarlo por dentro. Saber que tras aquella tela tan fina estaba su cuerpo desnudo era una tortura indescriptible.

Bajo sus manos ella empezaba a entrar en calor. Sus pies ya no estaban helados y tocarlos con los suyos era lo más erótico que había experimentado alguna vez. Luego,

incapaz de aguantar ni un instante más, con cuidado de no despertarla, se separó antes de levantarse, y se fue quitando la ropa hasta quedarse completamente desnudo. Notaba cada uno de sus músculos completamente crispado y cierta parte de su cuerpo dura como el acero.

Seguía lloviendo con intensidad, aunque la tormenta había pasado. Con la mandíbula cual tenaza, avanzó hasta colocarse bajo la fría lluvia. Tal vez eso calmara el deseo descarnado que sentía por Émilie. Aunque presentía que ni nadando entre témpanos de hielo conseguiría calmarse lo suficiente.

Émilie despertó con frío; al abrir los ojos descubrió que Gastón ya no estaba a su lado. Cuando él la había abrazado, creyó que nunca llegaría a relajarse y aún menos dormirse, pero lo había hecho. Sentirse cobijada en sus poderosos brazos había sido la sensación más deliciosa de cuantas viviera. Lástima que el cansancio hubiera sido tan aplastante, que no la había dejado disfrutar despierta del momento.

Se incorporó para buscarle y el aire frío la hizo estremecer. Abochornada ante la visión, cerró los ojos un instante. La luz del fuego iluminaba la magnífica figura de Gastón bajo la lluvia. Parecía un coloso con la piel dorada por las llamas. Un ser casi irreal. Si verlo en el lago con el agua hasta la cadera había sido toda una delicia, verlo de cuerpo entero y sin nada que entorpeciera su visión, era sobrecogedor.

Recorrió con la mirada cada palmo de su espalda, desde los hombros anchos hasta la forma en que se ahusaba, conforme se acercaba a la cadera; las nalgas prietas, sobre sus largas piernas musculosas. Lo vio pasarse la mano por el pelo empapado y apartándose de la cara.

Como una desvergonzada, deseaba que se diera la vuelta, poder contemplarlo de frente. Al mismo tiempo, temía que al hacerlo él la descubriera. Sería mortificante ser sorprendida, por segunda vez, admirando su soberbia y masculina anatomía.

Habría debido volver a tumbarse, pero el espectáculo era demasiado tentador para desaprovecharlo. Sabía que tenía un cuerpo magnífico; ya lo vislumbrara años atrás y la otra tarde en el lago. Claro que verlo de pie y con todas aquellas gotas de lluvia resbalando por cada pulgada de su piel era algo muy diferente.

Como aquella lejana vez, Émilie sintió que el calor se le agolpaba en el vientre para, desde allí, irradiarse al resto del cuerpo. Completamente acalorada, se retiró la manta; se hubiera abanicado, de haber tenido con qué. Sentía el corazón golpear en el pecho, tan fuerte que bien parecía querer escapar de la cárcel de las costillas.

Debió de hacer algún ruido, pues Gastón se volvió con presteza, el cuerpo en tensión, listo para luchar o defenderse. Su belleza la dejó incapaz de moverse o de decir algo. Solo podía seguir con los ojos clavados en él, deseando poder acariciar la piel dorada y lamer cada una de aquellas gotas de lluvia que lo adornaban como diamantes. Se le secó la boca al imaginarlo. ¡Madre del Amor Hermoso!

—*Alteza*, si seguís mirándome de ese modo, me será muy difícil mantenerme alejado de vos —murmuró Gastón con voz ronca. Las llamas convertían sus verdes ojos en esmeraldas ardientes. Émilie se sintió abrasada por ellos—. No sabéis lo arduo que me resulta contenerme.

—¿Y... y qué... qué pasaría si... os acercarais? —osó preguntar, con el corazón martilleándole el pecho. Lo vio enderezarse, tensos los hombros; las manos, abriéndose y cerrándose, como por voluntad propia.

Le vio dar un paso adelante y luego gemir. Fue el quejido agónico de un animal herido. Después recogió la ropa y empezó a vestirse con movimientos tensos, sin molestarse en secarse antes.

Él no quería. No lo deseaba tanto como ella. Avergonzada y dolida, con la cabeza gacha, jugueteó con los pliegues de su enagua en el regazo.

—¿No... os resulto...? —Demasiado humillada, no terminó de formular la pregunta. ¿En qué estaba pensando? Él era un hombre acostumbrado a tener a cuanta mujer quisiera y era evidente que a ella no la quería de ese modo. No tenía el suficiente atractivo para... ¡Virgen Santa, qué humillación! No iba a llorar. No lo haría, se prometió. Debería haberse tumbado cuando aún estaba a tiempo.

—No sabéis lo que decís —masculló él, una vez puesto el calzón. En su mano la camisa colgaba como un trapo viejo. Ella lo miró un momento—. Sois demasiado inocente para daros cuenta de las complicaciones. —Émilie bajó otra vez la mirada; no quería que él viera el dolor que le había causado su rechazo; le escocían los ojos por las lágrimas no derramadas—. ¡Demonios! ¿No os dais cuenta de que no puedo hacerlos eso? Vuestro padre me ha contratado para que os proteja. Os llevo junto a vuestro... ¡Por todos los demonios del infierno! Si supierais lo difícil que me resulta. El esfuerzo que debo hacer para no tocaros, para no besar cada precioso trocito de vuestro cuerpo, para no acariciar...

¿Sería posible que, después de todo, sí la deseara? Alzó la vista hasta enlazarla con la de él. Un rayo de esperanza se adueñó de su espíritu.

—Mi padre no tiene por qué enterarse. Si vos no se lo decís, yo tampoco —musitó, utilizando las mismas palabras que un rato antes había usado él.

—No es tan sencillo —bufó, manteniéndose a distancia frente a ella—. Una vez casados, vuestro esposo sabrá que... que no sois virgen. ¿No lo habéis pensado?

No, no lo había pensado, pero tampoco le importaba. Debía casarse por obligación, ¿acaso no tenía derecho a ser feliz, siquiera por un momento?

—En una ocasión dijisteis que mi padre pagaba para que se casasen conmigo. —Émilie vio que él crispaba el rictus, arrepentido de esas hirientes palabras—. Pues la dote compensará la falta —añadió, fingiendo una seguridad que estaba muy lejos de sentir—. No os estoy pidiendo matrimonio. Sé que es lo último que desearíais. Vos mismo lo dijisteis ayer por la noche. ¿No podríais imaginaros que solo soy una moza de taberna? ¿Una mujer cualquiera? —preguntó, rezando para que no la rechazara de nuevo. Ya era demasiado vergonzoso tener que ofrecerse de ese modo; si la rechazaba otra vez...

—¡Ay, *duende*! ¿Qué voy a hacer contigo? —murmuró él, derrotado, tuteándola por primera vez. Miró hacia el techo con las manos en la cadera, pensativo. Después volvió a mirarla y se acercó despacio, como si cada paso fuera una lucha—. ¡Santo Dios! No tienes ni idea de lo que me haces sentir, de lo complicado que me resulta mantenerme alejado. Cada vez que duermo, sueño contigo. Me duele el cuerpo por desearte tanto. Vivo atormentado por la necesidad de abrazarte o de besarte. Nunca

había estado tanto tiempo... —Apretó los párpados en un gesto de dolor y luego la miró, desesperado—. Imaginarme dentro de ti me está consumiendo.

Émilie no podía apartar la mirada de aquellos ojos abrasadores, esperando que llegara a su lado. Se levantó despacio, como en un sueño. Temblaba de expectación. El deseo recorría cada parte de su cuerpo, inflamándolo. Era algo novedoso y embriagador.

—No tienes necesidad de mantenerte alejado. El tormento puede acabar.

—¿Estás segura, *alteza*? —indagó él, acariciando su mejilla con la delicadeza de una pluma—. Una vez cruzado ese puente no habrá marcha atrás. No se puede recomponer lo que se ha roto.

Ella se limitó a asentir con la cabeza; no podía hablar, perdida en sus ojos.

Entonces él la besó.

La sutileza de sus labios la hizo gemir y su cuerpo fue manteca al sol. Se derritió entre sus brazos. Anhelando quedarse allí para siempre.

La tumbó sobre la manta que Émilie acababa de abandonar, sin dejar de besarla, de mordisquear sus labios. Cuando ella pudo volver a ser dueña de sus miembros, se atrevió a tocar su torso, aún húmedo por la lluvia. Quemaba, de tan caliente. Sintió que le temblaban los músculos igual que a los caballos tras una larga cabalgada. Saber que ella provocaba esa reacción fue el mejor afrodisíaco; se rindió a aquel beso con toda su alma. Ahora que ya sabía cómo besar, salió al encuentro de su lengua y la saboreó, completamente entregada. Le acarició los hombros, el cuello, las clavículas, la espalda... Se pegó a él, los pezones endurecidos por el deseo y el corazón galopando loco. Se hubiera fundido con él de haber podido.

El peso del cuerpo de Gastón alivió un poco la extraña necesidad que sentía entre las piernas y que crecía conforme pasaba el tiempo entre sus brazos.

Él abandonó su boca para dejar resbalar sus labios por la mejilla, plantando a su paso un reguero de besos, livianos como alas de mariposa. Le acarició el lóbulo de la oreja con la punta de la lengua y bajó por el cuello, hasta posar su boca en el hombro y más abajo aún, creando un sinfín de sensaciones placenteras. Cuando sintió los labios de Gastón sobre la camisola, al borde del pezón, Émilie contuvo un grito, que al fin dejó escapar una vez que él lo lamió a través de la desgastada tela. Aquello era como tocar las estrellas y flotar en el firmamento. Si no hubiera estado tumbada, habría caído al suelo, incapaz de sostenerse ella sola.

Con total falta de pudor, Émilie le agarró del pelo para que siguiera, para que no la dejara en ese momento. Nunca. Jamás. Estaba más allá de las reglas de educación y de las normas de conducta que le habían inculcado durante veinticinco años; estaba más allá de... todo. Solo quería que él siguiera tocándola sobre la ropa, bajo la ropa, sin parar. Siempre.

Las manos de Gastón cumplieron con ese deseo no expresado, al soltar el lazo que cerraba el escote de la camisola; luego, tras separarse de ella, le quitó la prenda. Los ojos esmeraldinos recorrieron cada pulgada de su piel expuesta, abrasándola con

la mirada. Calentando todavía más su enfebrecido cuerpo. Haciéndola vibrar de anticipación ante algo que desconocía.

—Tentadora, exquisita... Eres todo eso y mucho más, *alteza* —susurró, sin dejar de acariciarla con la vista—. Un sueño hecho realidad. Me siento el ser más rastroso de la Tierra por desear arrebatarte tu doncellez. Y también me siento el ser más afortunado del mundo por concederme este regalo. No sé si me lo merezco. Lo dudo, pero ¡por Dios! que haré que no te arrepientas nunca.

Émilie, enardecida por esas palabras, se arqueó para ofrecerse; para entregarse por completo. Y él no se demoró. Volvió a homenajear sus pechos, y luego su cuerpo entero, con la boca, con las manos.

Descendió hasta el ombligo y más allá, soltando una ristra de besos y pequeños mordiscos que la volvieron loca e hicieron que su sangre hirviera. Pero nada comparado con sentir su boca allí abajo, donde nadie más que ella había tocado. Notar la lengua abriéndose paso entre los pliegues de...

No pudo seguir pensando. Las fuertes sensaciones, desconocidas hasta entonces, colmaron su mente, su cuerpo y hasta su alma. Se dejó arrastrar por aquella marea, sin fuerzas ni ánimos para negarse. Hasta que el placer fue tan intenso que creyó morir, con el corazón agotado de bombear sangre y el cuerpo ardiendo de pasión.

Gastón volvió a ascender hasta sus labios y la besó con ardor. Después se dejó caer sobre la paja boca arriba, respirando con dificultad. Émilie, aún recuperándose de la experiencia vivida, lo miró, extrañada por esa separación. Él se había llevado la mano a la entrepierna y se apretaba, por encima de los calzones con el cuerpo tenso. Se volvió para abrazarlo, incapaz de estar sin sentir su piel.

—Será... mejor que me dejes... necesito un momento para... tranquilizarme —siseó él y se apartó.

—Yo... ¿qué ocurre?

—No está bien, *alteza*. No merezco que te entregues a mí.

—Yo quiero hacerlo —aseguró, volviendo a abrazarlo. Se atrevió a besar aquel torso, donde retumbaban los latidos y que ascendía y descendía al ritmo acelerado de su respiración—. Has dicho que no querías que me arrepintiera nunca, pero eres tú quien se arrepiente.

—¡Cristo crucificado! Si supieras lo mucho que me está costando... —inspiró cuando ella le besó la tetilla—. ¡Al diablo todo! —gruñó antes de volver a colocarse encima de ella y arrasar su boca con voracidad.

Émilie gimió excitada, moviéndose bajo él. Gastón, sin dejar de besarla, se soltó el calzón. Ella sabía que ahora sucedería lo que había vislumbrado aquella tarde entre las hierbas. Por un momento tuvo miedo y se tensó.

—No... no tenemos... que seguir si... si no quieres —oyó que le decía con voz ronca; las frentes unidas—. Lo comprenderé... si has cambiado de opinión.

Lo miró; en sus ojos vio sinceridad, pese al deseo que los velaba. Y solo pudo pensar en proporcionarle todo el placer, todo el goce que ella acababa de

experimentar.

—No pasa nada —susurró, acariciando aquel rostro tan bello, que la cautivara nada más verlo aquella lejana tarde—. Deseo... deseo seguir, por favor —añadió, antes de besarlo.

Gastón no se hizo esperar. Le devolvió el beso hasta que ella sintió que su cuerpo volvía a palpar, pidiendo desahogarse, solo pensando en el goce anterior. En volver a experimentarlo. En volver a alcanzar aquel instante precioso.

Se frotó sin pudor contra él, buscando alivio. Gastón la acarició con los dedos donde un rato antes había tenido su boca y ella se abrió para él, llena de lujuria. Sintió que su miembro la penetraba, pero ya no tuvo miedo. La leve molestia inicial, cuando lo acogió en su interior, fue dando paso a algo más intenso y arrebatador. Ebria por aquellas nuevas sensaciones, se vio impelida a moverse bajo él.

—No vayas tan rápido, amor. Harás que esto acabe antes de empezar. Te deseo demasiado —susurró él, junto a su oído. El tono de su voz era acariciante y suave como el mejor terciopelo. Suficiente para hacerla perder la razón—. Déjate llevar, Émilie —pronunció su nombre por primera vez. Pura seda en sus labios—. Deja que te haga el amor hasta que ninguno de los dos sea capaz de hablar o de pensar siquiera.

Y ella le obedeció y dejó que la amara sin trabas, sin miedos, hasta que el tiempo perdió su significado. Hasta que el exquisito goce los condujo a alturas insospechadas y sus cuerpos sudorosos cayeron exhaustos. Desmadejados sobre la paja. Ahítos de placer. Mecidos por el sonido relajante de la lluvia que no dejaba de caer.



El caballo ya estaba repuesto de la inflamación en la palma del casco y la carreta continuaba el viaje, traqueteando al paso de un grupo de peregrinos que caminaban junto a ellos. Desde el ataque en el bosque, tres días atrás, habían decidido, puesto que Luc estaría incapacitado un tiempo, viajar junto a otras personas para defenderse mejor.

Avanzaban con lentitud para no incomodar al joven que, con el muslo herido, permanecía tumbado en la parte trasera del vehículo.

El día anterior el galeno de Pomps le había hecho las curas y les había asegurado que, una vez sanado el corte, no tendría ningún problema. Al parecer la herida, pese a su aparatosidad, no era grave. El muchacho había tenido mucha suerte.

Clarisse se desvivía por cuidarle, mientras Luc se dejaba hacer, encantado de sentirse tan mimado. Posiblemente jamás le habían atendido tanto. A Hubert, por el contrario, tantas atenciones le estaban amargando las jornadas.

—No es un chiquillo para que lo arrulléis de ese modo —protestó, al mirar hacia atrás y ver que la mujer colocaba la cabeza del joven sobre su regazo—. Dejad de consentirlo.

—Solo intento que su viaje sea más cómodo. Está herido, por si no lo sabéis —le reprochó ella, al tiempo que alisaba el rebelde pelo de Luc—. Cualquiera diría que no le tenéis aprecio.

—Por supuesto que le tengo aprecio, señora —aseguró, molesto por que lo hubiera puesto en duda.

—Pues no se nota, Hubert. No sé qué os pasa.

—Tal vez él también quiera que le atendáis, señora Clarisse —murmuró el joven a su espalda—. Como si estuviera celoso.

Ante esas palabras, a Hubert la sangre se le agolpó en la cabeza.

—¿De dónde has sacado semejante tontería?! —barbotó, incapaz de mantenerse callado—. ¡Yo no he dicho nada de eso!

Con la mandíbula apretada, se dedicó a mirar al frente y dejó que los percherones marcaran el ritmo. No le hacía ninguna gracia la afirmación de Luc. El maldito muchacho no tenía ni idea.

Sentía atracción por Clarisse; no lo podía negar, pero de ahí a estar celoso... mediaba un abismo.

«Entonces, ¿por qué te molesta que ella lo atienda con tanto mimo? —se preguntó, frunciendo el ceño.

»Vale, sí, es posible que lo esté».

Desde que habían empezado el viaje se había fijado en la mujer y hasta había pensado en... Pero ¿qué podría ofrecerle?

No tenía casa ni tierras. Vivía en la de Gastón, ganándose ese derecho trabajando para él. Por otro lado estaba Margot. Ya no podía seguir retrasando el momento de ir a buscarla y llevarla con él. Era hora de que se hiciera cargo de sus responsabilidades, por mucho que la idea le asustara y le entusiasmara a partes iguales.

Clarisse y él habían hablado de muchas cosas durante esos días; sin embargo, nunca le había contado nada sobre Margot. ¿Por qué se lo había ocultado? ¿Cómo se tomaría ella que tuviera una hija enclaustrada en Le Puy?

Pensó que la mejor manera de salir de dudas era contárselo y ver cuál era su reacción. Si pudiera ofrecerle algo más que una habitación en una casa que no era suya...

«Ella se merece algo más, necio», se reprochó, dolido por pensar en algo tan fuera de su alcance.

La mañana estaba muy avanzada y ellos seguían en el establo, sin prisas por levantar el escueto campamento. Gastón habría preferido seguir allí por tiempo indefinido, pero eso era imposible. Debían seguir el viaje, aunque la idea ya no fuera de su agrado.

Aún se maravillaba de la noche transcurrida entre los brazos de Émilie. Nunca había imaginado que pudiera sentirse tan lleno a su lado, tan completo. Hacer el amor con ella había sido tan especial como sorpresivo. No es que él tuviera experiencia con jóvenes vírgenes —las había evitado a toda costa—, pero ni con las cortesanas más experimentadas había logrado tal grado de satisfacción, tanta afinidad y entrega.

Habría pensado que todo se debía a las noches de celibato pasadas, pero ahora sabía que no era así. Una certeza que lo dejaba sin aire, pues la verdadera razón era demasiado pasmosa para pensar en ella.

Después de la primera vez, la convenció de situarse bajo el techo abierto para lavarse con el agua de lluvia que entraba por el hueco. Al principio ella se había mostrado remisa y un tanto avergonzada; luego, una vez superada la timidez, aceptó que él la lavase.

Entonces, Gastón se deleitó en repasar con mimo cada palmo de su hermosa figura, blanca como el alabastro. Desde la redondez de sus pechos plenos hasta las curvas de sus caderas, pasando por la cintura o el delicado y suave arco de su vientre, mientras el agua les resbalaba por los cuerpos desnudos, que las llamas del fuego doraban. Claro que su *duende* no podía dejar las cosas así y le compensó del mismo modo. Las caricias en la piel mojada volvieron a llevarles al punto sin retorno, como si lo sucedido un rato antes no hubiera sido suficiente. Se amaron una y otra vez. Con lentitud y con rapidez; bajo la lluvia y sobre la paja. Como si no pudieran dejar de hacerlo; como si quisieran aprenderse sus cuerpos de memoria. Retener el tacto, el sabor y el olor del otro. Sabiendo que aquellos momentos eran un regalo tan precioso como efímero.

Aún ahora, al recordarlo, su díscolo miembro pujaba contra el calzón con ganas de más. Apretó los párpados e inspiró con fuerza para serenarse. Debía empezar a comportarse con sensatez. Uno de los dos debía hacerlo. Y puesto que Gastón era el mayor y el más experimentado, en él recaía esa responsabilidad.

Por el hueco del techo, los rayos de sol penetraban hasta el suelo. Los charcos, formados por la lluvia de la noche pasada, reflejaban las nubes y el azul del cielo.

Émilie estaba terminando de peinar su precioso pelo. Se había vuelto a poner las ropas del día anterior, ahora secas, aunque muy arrugadas. A ella no parecía importarle el estado tan lamentable de las prendas, pues canturreaba, absorta en la tarea de colocarse la cofia. Debió de notar que la observaba, porque se volvió a mirarlo.

Sus ojos plateados se clavaron en él; sonrió, roja como la grana. A Gastón le maravillaba que, aun después de lo vivido la noche anterior y tras haber gemido entre sus brazos, todavía fuera capaz de sonrojarse. La necesidad de besar aquellos labios, que le sonreían con tanta dulzura, fue más fuerte que todas las razones para no hacerlo.

Caminó los seis pasos que les separaban y tuvo la satisfacción de advertir que ella, al verlo aproximarse, abría los ojos desmesuradamente. La tomó de la nuca con suavidad, pero con firmeza, y acercó su cara a la de Émilie hasta que sus alientos se mezclaron.

Durante un instante permanecieron así, mirándose a los ojos, casi sin parpadear; perdidos en las profundidades grises y verdes. Luego Gastón bajó la vista a los labios entreabiertos de ella, jugosos cual frutas de verano, apetecibles como el más rico de los manjares. Tragó saliva antes de terminar de recorrer la distancia que les separaba y posar la boca sobre ellos.

Y otra vez, aquel beso tuvo la capacidad de hacer tambalear la tierra bajo sus pies. De hacerlo estremecer de arriba abajo como un chiquillo sin experiencia ante su primer beso.

Se distanció un palmo para poder admirar aquel rostro de duende, que se le había grabado a fuego en el cerebro. Ella mantenía los ojos cerrados; sus pestañas aletearon como mariposas antes de abrirse y dejar ver sus preciosos iris, grises como el mercurio, oscurecidos por el deseo.

«¡Dios Santo! Estoy perdido», pensó, antes de volver a arrasar sus labios y su boca, con una pasión tan desesperada como la de ella.

Sin darse cuenta ya había empezado a soltar el lazo del corpiño y el de la camisola. Émilie le acariciaba con fiereza, bajo la tela de la camisa, los músculos tensos del pecho y de la espalda.

«¡Esto no está bien! ¡Es una locura!», gritó su mente, mientras su cuerpo rogaba seguir hasta lograr la dicha junto a ella. Volver a llevarla hasta el límite y aún más lejos. Alcanzar juntos el inmenso placer que la noche anterior les había sido concedido.

En aquella lucha, su mente tuvo todas las de perder y Gastón dejó de pensar, de cuestionarse la conveniencia de seguir, para rendirse a lo inevitable.

Se desnudaron con prisa y sin rubores. La necesidad de sentir la piel del otro junto a la propia era tan intensa que no podían parar. Su hermosura le cortaba el aliento. Su cuerpo, grácil y esbelto, era un sueño hecho realidad. Percibirlo tan cerca era suficiente para llevarlo al borde del orgasmo. La capacidad de Émilie de dar tanto como tomaba lo volvía loco.

La tendió sobre la manta, que aún no habían recogido, y se dedicó a adorarla como merecía; como él deseaba hacer.

Ya habría tiempo, más tarde, de arrostrar las consecuencias. Ahora solo quería amarla, pues hacerlo le era tan necesario como respirar.

—¿Siempre es así? —preguntó ella un buen rato más tarde—. Quiero decir... Bueno, no sé muy bien qué quiero decir... —Guardó silencio, ocultando la cara contra el torso desnudo de Gastón.

Él sonrió contra el enredado pelo de Émilie, mientras le acariciaba suavemente la suave piel del hombro.

—No te sientas avergonzada. Y no, *alteza*; no siempre es así. Este es un acto físico, sin embargo, algunas veces la satisfacción puede ir más allá del mero goce del cuerpo —explicó, antes de besarla en la cabeza, en la sien y en la frente.

—Durante estos años, he temido... me daba miedo el momento de compartir cama con mi esposo. De hecho era una de las razones por las que rechazaba cada una de las propuestas. No podía imaginarme estar así con ninguno de aquellos hombres. No después de que te viera...

—Comprendo que sintieras temor. Es cierto que no siempre es tan placentero, pero seguro que tu marido te tratará bien. —Sintió una punzada al pensar en ese hombre que en unas semanas tendría todos los derechos sobre ella. La ignoró con premura y se dedicó a dejar un rosario de besos en el nacimiento del pelo—. Ya ves que no es tan malo.

—Siempre imaginé que contigo no lo sería —murmuró ella, enterrando aún más la cara en el pecho de Gastón.

—Aquella tarde en el campo debí de causarte una buena impresión. —Rio, complacido—. Me halagas, amor.

—¡No te burles de mí! —Sintió los hermosos labios de Émilie contra la tetilla y le recorrió un escalofrío de placer.

—No me burlo. Debo decir que estás resultando toda una sorpresa. —Era sincero. Y no solo se refería a su pasión o su entrega.

—¿Buena? —indagó ella, mirándolo con una pizca de picardía.

—¿Qué es eso? ¿Buscas halagos? —Chasqueó la lengua. Lo pensó un momento antes de añadir—: Si con esto satisfago tu ansia de cumplidos, te diré que hacer el

amor contigo es una experiencia tremendamente placentera. —La alzó un poco para besarla en los labios—. Y que mi cuerpo ansía el tuyo con un deseo de lo más vergonzoso. Creo que puedes notarlo tú misma —aseguró, apretándose contra ella para que pudiera comprobar que decía la verdad—. A este paso, acabarás conmigo, *alteza*.

Para cuando llegaron a Nogaro ya se les había echado la noche encima y las calles estaban desiertas. Gastón parecía conocer el lugar; se dirigieron directamente a la posada. Apenas quedaban un par de parroquianos en el salón. El aroma de un maravilloso estofado flotaba por la estancia y tapaba el olor agrio del vino y la cerveza.

El ruido de una escudilla de madera al chocar contra el suelo de piedra la hizo mirar hacia la puerta de la cocina. Una moza con el rostro ceniciento, en avanzado estado de gestación, recogía de rodillas los restos del estofado esparcidos por el suelo. Como nadie parecía preocuparse por el incidente, dejó que Gastón la condujera hasta la mesa.

Se acababan de sentar cuando se acercaron un hombre enorme, con pinta de ser el herrero del pueblo, y un muchacho delgado, con cara de pocos amigos y ganas de bronca.

—¿Sois Gastón Bonnet? —preguntó, sin más preámbulos.

—El mismo —contestó, mirándolo con el ceño fruncido—. ¿Quién...?

Antes de que el capitán terminara de formular la pregunta, el muchacho le asestó un puñetazo que le volvió la cabeza. Dispuesto a defenderse, se incorporó lo más rápido que pudo, pero el otro hombre le sujetó por los brazos y lo inmovilizó por detrás.

—¡Qué demonios...! —masculló Gastón, forcejeando para desasirse; sin embargo, el gigante lo mantenía cautivo entre sus poderosos brazos.

Émilie no atinaba a pensar qué estaba ocurriendo.

—Esto es por mi hermana, maldito bastardo —aseguró el joven, antes de golpearle en las costillas. El capitán se dobló por la mitad y boqueó en busca de aire—. Mi nombre es Jean Leclerc. —Otro puñetazo, en la cara—. No lo olvides.

—¿Qué... hermana? —indagó el capitán, intentando soltarse.

—¡Soltadlo! ¡Por el amor de Dios! —gritó Émilie, saliendo del estupor. Empezó a dar patadas al hombre que tenía sujeto a Gastón—. ¡No os ha hecho nada!

—¿Nada, mujer? ¿Acaso... no veis lo preñada... que está? —dijo Jean Leclerc, respirando como un fuelle; señaló a la moza que, con la escudilla en la mano, les miraba consternada—. Le ha hecho... un bastardo a mi... hermana y luego... la ha dejado abandonada... como si fuese una perra. ¿No os... parece suficiente? —El siguiente golpe hirió a Gastón en el pómulo. Por suerte, el joven ya había perdido toda la fuerza inicial y el daño fue menor.

Émilie lo miró, parpadeando, incapaz de decir nada. ¿Había sido capaz de hacer eso? ¿Abandonó a la joven sabiendo que estaba embarazada?

Muchas veces ella misma lo vio irse a retozar con las mozas. Esa noche y parte de

la mañana había estado haciendo eso mismo con ella. ¿Podría haberla dejado embarazada? En contra de lo esperado, no sintió repulsión ante esa posibilidad. Sin embargo, la imagen de otras mujeres con hijos de él la llenó de celos y le dejó un regusto amargo.

Mientras ella se dedicaba a pensar en los hipotéticos hijos del capitán, Jean Leclerc intentaba magullarlo sin intención de parar.

—¡Parad! ¡Virgen Santa! ¡Parad de una vez! —gritó, colocándose entre Gastón y el agresor—. ¡Ya basta!

—Apartaos... si no queréis... que os dé también —masculló Leclerc, fuera de sí, y le dio un empujón. Jadeaba, agotado. Era evidente que no estaba acostumbrado a pelear. Se lamió los nudillos completamente despellejados y miró a Gastón con odio—. Nada... va a impedir... que le dé su... merecido.

—¡No... os atreváis... a tocarla! —farfulló Gastón. Y escupió sangre en el suelo, cubierto de paja.

Alguien tenía que parar aquella locura, pensó Émilie, asustada. Le estaba destrozando la cara y seguro que le había roto alguna costilla. Pero no había nadie en el lugar que pudiera ayudarlos, salvo la joven embarazada.

—¡Jean! ¡Déjalo! —chilló la moza, sorteando las mesas con el vientre sujeto entre los brazos—. Lo matarás.

El joven se enderezó y bajó los puños, cansado. Émilie, sobrecogida, esperaba los nuevos acontecimientos.

—No... no lo voy a matar. Debe... casarse contigo... para darle un apellido. —Leclerc señaló la barriga de su hermana con la mano temblorosa—. Deberías... ir a buscar... al padre Gédéon. Cuanto antes... se celebre... la boda, mejor. —Haciendo un gesto de dolor, se sujetó el puño magullado por los golpes.

—¡No! —soltó Gastón, aún sujeto—. No... soy el padre... Hace cinco meses que... pasé por aquí.

—¡Mientes, bastardo! —Alzó el puño para volver a golpearle, pero su hermana se lo sujetó antes de que siguiera haciéndole daño.

—Tiene razón —musitó, los ojos anegados de lágrimas.

—¿Qué... quieres decir, Lucrèce? ¿No dijiste... que el padre era... Gastón Bonnet? —Se llevó la mano herida al pecho, como si quisiera protegerla del dolor.

—Te mentí —susurró, mirando al suelo. Las lágrimas moteaban el sucio delantal sobre su enorme barriga—. No dejabas de insistir y te dije el primer nombre que recordé.

—Maldita... suerte la mía —rezongó Gastón. Escupió sangre.

—¿Cómo... has podido mentir así? ¡Podría... haberlo matado! ¿No... te das cuenta? —gritó, afligido. Luego se volvió a su amigo—. Suéltalo —ordenó, repentinamente desinflado—. No ha hecho...

El puñetazo directamente a la cara le cortó lo que iba a decir y lo tumbó en el suelo. El capitán sacudió la mano derecha y le miró con rabia.

—Esto... por amenazarla y empujarla —aseguró, acercándose a Émilie—. ¿Estás bien? —Ella lo miró, sin saber qué decir. ¿Se preocupaba por ella cuando él estaba hecho un *Eccehomo*?—. Estoy... mejor de lo que... seguramente parece —aseguró, como si adivinara sus temores. Se pasó la lengua por los dientes y pareció satisfecho al notar que todos seguían en su sitio—. Vámonos de aquí.

—Mejor vamos a un galeno para que te cure esos cortes.

Sin esperar ni un instante más, salieron de la posada; Émilie cargando con el petate y Gastón, con el antebrazo contra las costillas.

—Lo siento, lo siento, lo siento —balbuceó Lucrece, corriendo tras ellos—. No se me ocurrió que...

—¿Dónde vive el galeno? —cortó Émilie. Le preocupaba más lo que pudiera ocurrirle a Gastón—. ¿Dónde?

—En la primera casa, frente a la iglesia. —La miró de malos modos y volvió a centrarse en el capitán—. Él insistía...

—Nos vamos.

Sin mirarla, tomó a Gastón del codo y le empujó para que empezara a andar hacia la dirección que la moza le había indicado. Al principio él se mantuvo quieto; ella pensó que la dejaría en mal lugar al negarse a seguir sus órdenes, pero solo fue para afianzar su pierna antes de dar el primer paso. Suspiró aliviada.

Recorrieron la calle bajo el cielo sin luna y llegaron a la casa del galeno. Por suerte, no tardó en atenderles; les aseguró que las heridas eran superficiales y que no se apreciaba ningún hueso roto, aunque estaría unos días dolorido. Gastón le pagó por su trabajo. Ella se dio cuenta de que le quedaban pocas monedas en la bolsa y, por un momento, estuvo tentada de darle la suya. Luego lo pensó mejor y mantuvo su dinero guardado. No podía dárselo, todavía no.

Buscaron otra posada; pese a que la comida no olía tan deliciosa como en la anterior, al menos no había ningún hermano agraviado con ganas de desahogar su ira.

—¿Tienes hijos? —se atrevió a preguntarle, después de cenar.

—No. No lo creo. —Su mirada verde, fija en la de ella. Si no la hubiera estado mirando habría suspirado de alivio—. Siempre he tenido cuidado de no... —Enmudeció, un tanto azorado. «¿El capitán Bonnet se ha sonrojado?», se preguntó Émilie, sorprendida—. Las mujeres con las que he estado sabían cómo evitar los embarazos —continuó, más tranquilo—. No deseo ir dejando niños por el mundo. No debes temer que lo ocurrido entre nosotros tenga consecuencias, pero de haberlas...

—No creo que sea así. Y en unas semanas estaré casada.

—Me haría cargo y cumpliría con mi obligación —terminó él, como si ella no hubiera dicho nada.

«Obligación —pensó Émilie con tristeza—. Yo no quiero eso.

»Pues eso es lo único que tendrías.

»¿Por qué tiene que ser de este modo?

»Deja de darle vueltas y disfruta de lo que tienes sin pensar en el mañana».



Guardaron silencio, cada uno sumido en sus pensamientos.

Su ojo izquierdo ya estaba hinchado, partido el labio inferior; la mejilla izquierda, amoratada. Su estado era lamentable. Ella habría querido aliviar cada una de esas magulladuras con sus besos.

—*Alteza*, será mejor que subamos al cuarto. Si sigues mirándome de ese modo, conseguirás que me olvide del dolor para hacerte el amor sobre esta mesa, hasta que tus suspiros de placer se oigan en todo el pueblo y ¡al diablo con el resto de los parroquianos!

Las palabras susurradas de Gastón le hicieron ruborizar hasta las uñas de los pies; corrió a levantarse, dispuesta a subir a la habitación, antes de que él hiciera efectiva la amenaza.

A su espalda, la risa del capitán, un tanto dolorida, la sonrojó todavía más.

El cuarto estaba limpio y la ventana abierta dejaba pasar el aire fresco de la primavera. Gastón empezó a quitarse la casaca y la chupa con movimientos un tanto envarados.

—Deja que te ayude —se ofreció ella, olvidando toda vergüenza.

—¡Por todos los diablos! No creo que esta noche sea capaz de hacer nada. —Los hoyuelos se marcaron en su destrozada cara—. Me duelen hasta las pestañas, y eso que Jean Leclerc tiene puños de mujer.

—¿Por qué no le hiciste saber antes que no eras el padre? —preguntó, molesta por la poca importancia que estaba dando al hecho de estar tan herido. Le sacó la camisa y las botas. Permitted que él se quitara el calzón.

—Me estaba moliendo, *alteza*. Lo dije en cuanto pude volver a hablar.

—Pues si tardas un poco más, tal vez no hubiera hecho falta —soltó con rabia.

—¿Piensas dormir con toda esa ropa? —preguntó, sonriendo de medio lado—. El que no pueda hacer gran cosa no es impedimento para que pueda disfrutar de sentir tu piel contra la mía. Esta noche quiero dormir abrazado a ti. Tal vez por la mañana sea capaz de comportarme y podamos hacer buen uso de este lecho. —Se tumbó en la cama, sin molestarse en cubrir su desnudez.

Ante la visión de aquel cuerpo magnífico, pese a las rojeces que adornaban su cara y el torso, todo el mal humor se esfumó de la mente de Émilie. Yacer pegada a él y dormirse con la nana de los latidos de su corazón eran motivos suficientes para dejar a un lado los reproches.

—Tengo miedo de hacerte daño.

—Si continúas vestida y sin venir aquí, me lo harás —aseguró, dando golpecitos en el lecho—. ¿Necesitas ayuda para desvestirte? —preguntó, incorporándose.

—No. Puedo yo sola.

Émilie se desprendió de la ropa a una velocidad inusitada. Tuvo buen cuidado de guardar la bolsa con las monedas entre las prendas que iba dejando sobre una silla. Si le entregaba ese dinero, Gastón ya no tendría ningún problema para alquilar, incluso para comprar un caballo o dos. Entonces el viaje terminaría en poco tiempo y... ¡No!

No ahora.

Decidida a hacer durar esos días todo lo posible, pues serían los únicos que tendría junto a él, mantuvo en secreto esa bolsa. Quizá pudiera escaparse cuando estuvieran cerca de Pamplona.

«Y ¿adónde irías?», se preguntó, compungida.

—¿Te ocurre algo, *alteza*? —le oyó preguntar preocupado.

—Nada —soltó, fingiendo una sonrisa. Luego, apartando todo pensamiento relacionado con su situación y su futuro, se centró en disfrutar de los días que le quedaban para estar con él.

Debería gozarlos al máximo. Atesorarlos en su corazón para siempre.

Los cuatro días siguientes el tiempo se mostró benévolo con los caminantes, regalándoles un sol luminoso, que invitaba a pasear con alegría. Y noches sin luna y sin nubes que taparan un cielo cuajado de estrellas brillantes.

Esos cuatro días fueron un sueño para Émilie. Él había vuelto a ser el mismo hombre, jovial y lisonjero, que conociera dos años antes, el hombre del que se enamoró perdidamente y que tanto cambiara tras el accidente. Unas jornadas llenas de risas, pese al estado tan lamentable en que se levantó Gastón al día siguiente de la paliza.

Aquella mañana, a petición de ella, partieron pronto de Nogaro. No quería toparse con Jean Leclerc, su hermana o el gigante que le había ayudado. Gastón estuvo de acuerdo y emprendieron el viaje, algo más lentos que de costumbre. La bonanza del tiempo y el hermoso paisaje contribuyeron a que el camino fuera más llevadero.

Se encontraron con muchos peregrinos que comentaban lo cerca que estaban ya de los Pirineos y de la frontera española. Una semana, a lo sumo.

Gastón no había dicho nada, pero Émilie se dio cuenta de que ralentizaba su paso perceptiblemente. Él tampoco tenía prisa y eso la hizo feliz. Aquella noche, en la posada de Aire-sur-l'Adour, junto al río Adour, hicieron el amor con tanta delicadeza, por las heridas de Gastón, que ella terminó llorando. Él la había consolado, con infinita dulzura, hasta tranquilizarla. Se sentía tan feliz junto a él que imaginar el poco tiempo que les quedaba era demoledor.

Ninguno de los dos mencionaba lo que les aguardaba al final del camino. Ninguno sacaba el tema a relucir. Seguían caminando, pero sin pensar en Pamplona ni en el prometido que la esperaba allí.

A veces le pillaba observándola, pero nunca se atrevió a preguntarle directamente en qué pensaba. Prefería no escuchar de sus labios que no tenían futuro juntos. Prefería seguir disfrutando del momento sin pensar en nada más.

Él no había vuelto a lamentarse por su rodilla; decía que, con tantas partes del cuerpo doloridas, esa era la que menos lo importunaba. Cada noche, su desnudez dejaba a la vista las magulladuras de su torso, que iban desde el morado rabioso a un verde amarillento. Daba pena mirarlo. Entonces, ella corría a besar cada una de esas dolorosas marcas, como si de ese modo pudiera aliviarle el sufrimiento.

¿Y su cara? Su bello rostro presentaba los mismos colores que las costillas. El ojo izquierdo, medio cerrado por la hinchazón; el labio le sangraba en cuanto reía. Y reír era algo que últimamente hacía a menudo.

—¡Diablos! —había siseado Gastón el día anterior, cuando, tras intentar besarla se le abrió el corte—. Solo por esto debería regresar a Nogaro y darle a ese Leclerc de los demonios la paliza que se merece. —Émilie le vio pasarse repetidas veces la

lengua por el labio para restañar la herida. Luego, con delicadeza y una ternura extrema, Gastón había acariciado los suyos con la yema del pulgar—. No veo la hora de volver a besar tu boca tentadora. Me vuelves loco.

Ella se estremeció de pies a cabeza y cerró los ojos, impidiéndole atisbar en sus sentimientos. No deseaba darle a conocer lo muy enamorada que estaba. ¿De qué serviría que los conociera?

«De nada», pensó con tristeza.

—Vuelves a tener esa expresión, *alteza*. —Las palabras de Gastón, susurradas al oído la devolvieron a la realidad—. Cualquiera diría que no te ha gustado. Tal vez deba esmerarme más la próxima vez —sugirió, besándola en el cuello.

Estaban tumbados bajo unos árboles, algo alejados del camino. Las hojas, del mismo verde que los iris de Gastón, moteaban la manta y los cuerpos, semidesnudos, que descansaban encima. Gastón, apoyado sobre un codo y con la cabeza recostada en la mano, reía con aquella sonrisa ladeada, flanqueada de hoyuelos, mientras le pasaba los nudillos afectuosamente por la barbilla, sin dejar de mirarla.

—¿Qué te preocupa? —indagó, inquieto, sin cesar en sus caricias—. ¿Te he hecho daño?

—No. Solo pensaba en lo bien que se está aquí —mintió, apartando la mirada—. Pero será mejor que terminemos de vestirnos. Se hace tarde.

Sin esperar respuesta, Émilie, sentada sobre la manta, se ató el lazo de la camisola para cerrar el escote.

—Me quedaría todo el día aquí tumbado, si tú me acompañaras —susurró él, la mano acariciándole la espalda, bajo la tela—. A veces haces que piense en cosas extrañas.

Émilie esperó, por si añadía algo más. Silencio. Desilusionada, continuó recomponiendo el aspecto de su ropa.

—Hay que llegar a... ¿hasta dónde deberíamos llegar hoy? —preguntó, forzando una sonrisa, para que no se notara lo mucho que la turbaban sus palabras.

—Navarrenx —contestó él, volviéndose boca arriba—. Ya no queda mucho, *alteza*. Pero aún podemos echarnos una siesta.

Émilie acomodó mejor la falda antes de ponerse el corpiño. Tomó las medias y los zapatos de la mano.

—Felices sueños. Iré a lavarme un poco. He oído el sonido de un riachuelo. —Le besó en los labios con mucho cuidado, antes de alejarse.

En efecto, había un arroyo que serpenteaba entre las piedras con su ruido cantarín. Se lavó como pudo y se puso las medias y los zapatos.

Cada día era más difícil mantener ocultos sus verdaderos sentimientos. Y Gastón no facilitaba las cosas con sus comentarios.

Les quedaba una semana, quizás algo más, si seguían «entreteniéndose» tanto en el camino. Siete días en los que podría disfrutar de su compañía, de sus caricias, de sus besos —cuando se le curase el labio—, de su cuerpo...

Luego debería aprender a vivir sin él. Aprender a vivir al lado de otro hombre... el resto de su vida.

Se le escapó un sollozo y se dejó caer de rodillas al lado del riachuelo. ¿Cómo iba a hacerlo? ¿Cómo sería capaz?

La pena la mantuvo inmóvil, mientras las lágrimas rodaban por su rostro y caían sobre el regazo, salpicando la tela con pecas oscuras. En ese estado de melancolía perdió la noción del tiempo.

«Deja de compadecerte y aprovecha el momento», se dijo. Dispuesta como estaba a regresar junto a él, se lavó la cara con el agua fresca del arroyo y respiró hondo varias veces para intentar calmarse.

Oyó a Gastón hablar casi a gritos. A punto estaba de echar a correr a su encuentro, cuando entendió lo que decía, a la vez que se escuchó el sonido de un golpe en la carne. Se paró en seco y se escondió entre la maleza para observar antes de llegar al lugar donde habían acampado.

—¡No tengo más dinero! —volvió a gritar Gastón.

Estaba de rodillas frente a ella y con las manos atadas atrás. Sangraba de la ceja izquierda. Un hombre lo amenazaba con los puños, mientras su compinche, de espaldas a ella, les observaba, jugueteando con un puñal. ¡Eran salteadores! Se estremeció, asustada.

—¡Mientes! Sabemos que ella tiene más —recalcó el que le había pegado—. No te lo voy a repetir: ¿dónde están tu mujer y el dinero? —Levantó el puño—. Sabemos que andáis juntos. —Gastón no dijo nada—. Veo que no pierdes el tiempo, Bonnet. Al final ha caído en tus brazos.

Émilie se encogió ante lo certero de aquellas palabras, pero no era momento de pensar en esas cosas. Era imperativo que se librasen de aquellos indeseables. Pero ¿cómo?

—No puede estar muy lejos, René. Ese es su chal —señaló el del puñal. Al volverse un poco lo reconoció. ¡Era el arquero con el que Gastón se había batido en Auvillar! ¿Qué hacía allí?—. Será mejor que uno de nosotros vaya a buscarla.

Debería esconderse antes de que la encontraran.

—No hace falta, Barrois; ella no tardará en regresar. Mientras tanto podemos divertirnos con Bonnet. Llevaba tiempo queriendo ponerle las manos encima. El muy malnacido me encerró en la prisión de Le Puy —recordó René, volviendo a golpear al capitán en la cara—. ¿Dónde está tu esposa? ¿El dinero?

—No... sé de... qué estás hablando —siseó Gastón, escupiendo sangre y mirándolo con rabia. Intentó incorporarse con intención de defenderse, pero el del puñal chasqueó repetidas veces la lengua en señal de negación, sin dejar de jugar con la afilada hoja. Luego se tocó la empuñadura de su espada, que le colgaba al costado—. No tengo... más dinero que el de la bolsa y... ya lo has cogido.

—¡Mientes!

No podía dejar que siguieran torturándolo de esa manera. Ella tenía lo que ellos

estaban buscando cosido en la bastilla de la falda, pero ¿cómo lo sabían?

—No hay más dinero... que el que has cogido —repitió Gastón. Su mirada verde, refulgiendo de odio. Apenas podía abrir el ojo izquierdo. Le habían partido los labios y los dientes estaban manchados de sangre.

¡Debía hacer algo!, pensó ella, retorciéndose las manos.

—En Moissac, la moza de la posada me aseguró que lo había visto. Un saquito con monedas de plata. Así que no me vengas con esas, Bonnet.

«¡Maldición! Creí que lo oculté bien», pensó Émilie, mordiéndose el labio para no gritar, se estrujó la mente para buscar una manera de ayudarlo. ¿Cómo? ¿Qué podía hacer ella?

—Estamos perdiendo el tiempo —protestó Barrois, acercándose más.

—Yo prefiero divertirme. Y no tengo por qué hacer lo que tú quieras —rezongó René.

—No hay tiempo para juegos. Si ese dinero existe, será mejor que lo encontremos. Como tu método no funciona, utilizaremos el mío.

Ella se retorció las manos. Aquello era demasiado; acabarían por matarlo. Si les entregaba lo que pedían, seguro que les dejarían en paz. Después de todo eran salteadores, no asesinos, ¿no?

El tal Barrois señaló con la punta del puñal a la pierna de Gastón, dispuesto a clavárselo.

—A mí también me gustaría divertirme con él. Después de todo, él tiene la culpa de que me echaran del ejército y de que el otro día, el gendarme decidiera prescindir de mis servicios —masculló con rabia.

—Yo no hice nada para que te echaran de ningún lado —declaró Gastón, al parecer sin importarle que el otro tuviera un puñal en la mano.

—Por supuesto que sí. Les contaste a mis superiores lo de la moza. Menos mal que de eso ya me he resarcido —dijo con frialdad.

—Estás equivocado. Yo no les dije nada. No tengo idea de quién lo hizo. —Escupió sangre entre los pies de los asaltantes.

—¿Sabes que eres un hombre afortunado? —preguntó Barrois, haciendo una mueca de desprecio—. Creí que el caballo te habría aplastado y, como poco, que habrías perdido la pierna. Fue una sorpresa verte entero, aunque lisiado.

—Siento mucho defraudarte, Barrois. —El sarcasmo era patente en las palabras de Gastón.

—Fue más fácil encabritar al caballo que acabar contigo. Sí, pensé que lo sabías —aclaró, al ver la cara de sorpresa de Gastón—. Le tiré una piedra a la cabeza y le di en el ojo. El resto, lo conoces mejor que yo. —Hizo un gesto a medio camino entre la sonrisa y la burla—. Es posible que tú no les dijeras nada, pero de todos modos, has conseguido que me echen de la compañía de arqueros. Al gendarme no le gustó que me batiera con un lisiado; dijo que no era de caballeros. —Se acercó hasta poner la hoja afilada junto a la mejilla del prisionero—. ¿Qué te parece si te arreglo la cara?

Quizás así las mujeres no te encuentren tan atractivo. —René rio ante la ocurrencia de su compañero—. ¿Dónde está el dinero?

Émilie sintió que se quedaba sin aire al ver brotar, donde Barrois le había pinchado, una gota de sangre en la mejilla de Gastón.

—No tengo más dinero —masculló el capitán, al parecer sin inmutarse por la amenaza—. Como bien habéis dicho: estáis perdiendo el tiempo. —Se atrevió a sonreír. La empuñadura del puñal de Barrois se estrelló contra su sien y Gastón se derrumbó, desmayado. La sangre empezó a manar de la herida, empapando el suelo.

—¡Maldito estúpido! —bramó el salteador—. No nos dirá nada. Deberíamos matarlo y acabar con él de una vez por todas. Si no lo haces tú, lo haré yo. ¡Dame el puñal!

—¡Estoy aquí! —gritó Émilie, sin dudarlo. Salió de entre la maleza para ponerse a la vista—. ¡Estoy aquí! Yo tengo el dinero.

Gastón seguía desmayado. Esperaba que, al despertar, la perdonase por habérselo ocultado, que entendiera sus razones.

—Vaya, vaya. Aquí está la joven del dinero. ¡Dámelo! —ordenó René, con cara de pocos amigos y brillo codicioso en la mirada—. Ya hemos esperado bastante.

Émilie se agachó para tomar el bajo de la falda. Tres noches atrás había cosido las monedas en la bastilla por temor a que Gastón descubriera la bolsa demasiado pronto. Fue descosiéndolas una a una y metiéndolas en el saquito vacío, que aún guardaba sujeto a la cinturilla de la falda.

Los dos salteadores la miraban, sin perder detalle de todos sus movimientos. René, con codicia por las monedas que ya tintineaban en la bolsita; Barrois, con otro tipo de codicia, que a ella le puso los vellos de punta y le hizo cuestionarse la decisión que había tomado.

—¡Dámelas! —volvió a ordenar René, pendiente de ella.

Émilie, sin más dilación, le lanzó la bolsita. El hombre la cogió limpiamente y se la guardó en el bolsillo. Con una sonrisa artera, caminó hacia atrás, dispuesto a escapar con el dinero.

—¿Adónde te crees que vas? —preguntó Barrois, saliendo en pos de él—. Ese dinero también es mío.

—Fui yo quien se enteró primero. Tú solo querías vengarte de Bonnet —protestó René, sacando un puñal de la bota.

—Habíamos hecho un trato. Tú también querías venganza —le recordó, moviéndose con el arma en la mano, presto a atacar a la menor oportunidad.

—Pues ahora me conformo con el dinero.

—Ni lo sueñes. —Atacó directo al vientre, pero René le esquivó con agilidad.

Los dos forcejearon, haciendo brillar las afiladas hojas. Era evidente que el antiguo capitán era más diestro que su compañero, pero el otro se defendía bien. Se le veía capaz de enfrentarse a cualquiera para conservar las preciadas monedas.

Émilie no perdió el tiempo en mirar a los dos combatientes y corrió a arrodillarse

junto a Gastón, que seguía sin conocimiento. Intentó desatarle las manos, pero estaba tan nerviosa y los nudos tan prietos que no conseguía soltarlos. Necesitaba algo para cortar la cuerda.

Buscó alrededor. A unos pasos, junto al petate del capitán, estaba su espada. Se lanzó a por ella, deseosa de liberarlo antes de que los salteadores se dieran cuenta de lo que hacía.

Un rápido vistazo le mostró que ellos seguían luchando, ajenos al resto.

Con el filo de la espada trató de cortar la cuerda. No era nada fácil; sin embargo, lo consiguió en el mismo momento en que oyó el grito de dolor de uno de los hombres. Se volvió para ver qué sucedía.

René había caído al suelo; asustado, se llevó las manos a la empuñadura del puñal que le sobresalía del vientre y tiró de ella para arrancárselo del cuerpo.

La sangre empezó a manar y el olor putrefacto de los intestinos se propagó por el bosque.

Con total parsimonia, Barrois le quitó los saquitos del dinero y el puñal ensangrentado a su compañero. Tras limpiar el arma en la casaca de René, se acercó a Gastón con intenciones claras.

—¡No lo matéis! —se atrevió a gritar Émilie. El hombre se detuvo para mirarla detenidamente.

—¿Por qué no iba a hacerlo? He descubierto que es muy difícil acabar con él. Mejor lo liquido antes de que sea demasiado tarde.

¡Debía encontrar un modo de hacerle cambiar de idea!

—No hará falta. Para... para cuando vuelva en sí... ya os habréis ido y... no podéis encontraros —dijo, rezando para que él le hiciera caso—. Ya tenéis el dinero. No necesitáis nada más.

Barrois la miró largamente. Se colgó las bolsitas en el cinturón de la espada. Su sonrisa se fue ensanchando conforme paseaba los ojos lujuriosos por el cuerpo de Émilie y daba un paso en su dirección, dejando a Gastón detrás de él. Ella aguantó el estremecimiento de repulsión que le provocó aquella mirada. Había conseguido apartarlo de Gastón; sin embargo, no había imaginado el precio que debería pagar por ello.

No importaba, si con ello le salvaba la vida.

—Sí; creo que necesito algo más. Tú y yo podemos pasar un rato agradable. René no nos molestará y ese bastardo estará fuera de combate un buen rato. Estoy harto de prostitutas y tú eres un cambio encantador.

Émilie resistió las ganas de salir corriendo de allí. Le temblaba todo el cuerpo y el miedo le impedía llorar. Echó un vistazo a Gastón. ¿Se había movido? Se lamió los labios, como había visto hacer a las mozas de las tabernas. Le agradó ver que al saltador se le oscurecieron los ojos de anticipación.

—Me gustas, muchacha —masculló.

—Podremos pasar... un rato... agradable —casi se atragantó al repetir las



palabras que él había dicho un momento antes.

Estaba asqueada, pero era la única forma de entretener a ese canalla. Tal vez Gastón recobrará el conocimiento a tiempo de defenderla. Pensar en la otra posibilidad... «¡No lo pienses!»

—Ahora no irás a cambiar de opinión, ¿verdad? —indagó al ver que ella retrocedía.

Definitivamente, Gastón se había movido.

—No, claro que... no he cambiado... de opinión... —osó decir para ganar tiempo. Se llevó las manos a la pañoleta que cerraba un poco el escote de la camisola y la retiró lentamente—. Podemos... pasarlo muy bien —repitió, sin saber qué más decir. Soltó el cordón y dejó que el escote se abriera un poco más, luchando contra el pudor y el miedo.

Barrois, hipnotizado, siguió sus movimientos, mientras caminaba hacia ella con intenciones hartamente evidentes.

Le despertaron las voces. Quería que callaran para que su cabeza dejara de martillar con la fuerza del mazo en el yunque. Al abrir los ojos, Gastón descubrió que lo veía todo borroso; parpadeó varias veces y consiguió reconocer que eran copas de árboles lo que tenía sobre él.

Yacía en el suelo, boca arriba, y le dolía todo el cuerpo. Sobre todo la cabeza y las manos, que permanecían bajo la espalda. Ya no estaban atadas. Las movió despacio para que la sangre volviera a circular por ellas.

Oía a Émilie y a... ¿Barrois?

De golpe recordó que René y el antiguo capitán le habían sorprendido profundamente dormido.

—Buen día, Bonnet —le había dicho Barrois, mientras sujetaba la hoja del puñal contra la garganta de Gastón—. Átale las manos —le ordenó a su cómplice.

Antes de que pudiera defenderse, se vio con las manos atadas a la espalda.

¿Cómo había podido descuidarse tanto?, había pensado; sin embargo, ellos no le dieron tiempo para elucubrar más.

—¿Dónde está tu mujer? —preguntó René, una vez que terminó de registrarle y localizó el saquito con las pocas monedas que le quedaban—. ¿Y el resto del dinero?

—No sé de qué dinero hablas. —Con la respuesta de Gastón había llegado el primer puñetazo. Su ceja izquierda comenzó a sangrar. La cosa se iba a poner fea y Émilie estaba por ahí, en cualquier lugar, ajena al peligro—. ¡No tengo más dinero! —gritó Gastón. Quería alertarla.

—El dinero que tiene tu esposa —le recordó Barrois.

¿Émilie tenía dinero? Había aguantado varios golpes más pensando que sus captores debían de estar locos al pensar que tenían más monedas de las que habían recibido. Dudaba de que ella tuviera algo. ¿De qué dinero hablaban? Si Émilie hubiera tenido algo, ¿por qué viajar andando si podrían haberlo hecho cómodamente a caballo o en la diligencia? No; estaban equivocados y la moza de Moissac, confundida.

Por lo visto, él había jugado demasiado con la paciencia de Barrois y, cuando este le propinó un golpe en la sien con la empuñadura de su puñal, todo se había vuelto negro a su alrededor.

Ahora, recobrada la consciencia, debía proteger a Émilie de esos dos.

No era momento de perderse en cavilaciones; debía saber qué estaba pasando. ¡Ellos tenían a Émilie!

Con premura, levantó la cabeza para buscarla y por un momento su visión se oscureció. Hubo de repetir la acción más despacio, hasta conseguir no marearse.

Miró alrededor. No podía abrir el ojo izquierdo y le palpitaba con cada parpadeo.

Se pasó la mano por la cara y, al mirarla, la descubrió manchada de sangre.

«Ahora no puedo detenerme en esto».

Frente a él, Barrois, de espaldas, caminaba hacia Émilie.

—Podemos pasarlo muy bien —susurró ella, mientras se retiraba la pañoleta, como una vulgar moza.

Por un momento, Gastón creyó estar soñando.

No; no era un sueño, era muy real. El dolor de su cabeza era muy real. Ella estaba allí, soltándose el cordón. Dejando ver la piel marfileña de su escote.

—Debes de ser muy buena en la cama; aunque yo no hubiera dejado que me matasen para protegerte —comentó Barrois; luego se guardó el puñal en la bota, antes de tomarla por los hombros—. ¿De verdad eres su esposa? René me contó que tratabas con mucho desprecio al capitán. Yo creo que no lo eres. Él no es de los que se casan. ¿Le habías prometido este dinero? —preguntó, agitando la pesada bolsa que colgaba del cinturón.

—Él no sabía que tenía esas monedas —declaró Émilie, mordiéndose el labio, provocativa.

«¡Es cierto que tenía dinero!», pensó Gastón, consternado por su ignorancia.

La carcajada del hombre resonó en la quietud del bosque.

—En ese caso, lo que guardas entre las piernas debe de ser todavía más valioso, si con ese pago se conformaba.

Ella le dedicó una sonrisa que prometía mil y un placeres y que a Gastón se le clavó en el alma y le retorció las entrañas. Ni los golpes de René ni el de Barrois le habían producido tanto dolor.

¿Lo había engañado todo el tiempo?

Una parte de él se negaba a creerlo, pero lo que tenía ante los ojos y lo que había escuchado no dejaban lugar a dudas.

¡Mentirosa, mentirosa, mentirosa! ¡Mil veces, mentirosa!

Debía levantarse. Tenía una misión que cumplir. Para eso le habían contratado.

Las costillas protestaron ante el gesto y su cabeza amenazó con estallar. Sin embargo, aguantó el tormento, decidido a erguirse de rodillas. No lo logró al primer intento, ni siquiera al segundo; estaba más débil de lo que hubiera pensado. La sangre escurría desde la sien izquierda hasta la hierba marchita. Luego su visión se oscureció y miles de motas brillantes bailotearon frente a sus ojos.

¡Se iba a desmayar otra vez!

Con esfuerzo, se sentó sobre los talones y agachó la cabeza. El mareo fue remitiendo.

Afortunadamente, Barrois no se había percatado de sus movimientos; la mirada argentina de Émilie, llena de promesas, lo tenía demasiado ocupado. Había comenzado a besarla en el cuello y agrandado aún más el escote de la camisola para acceder a los senos, sin que ella se opusiera.

—Reconozco que tienes la piel más suave que he tocado nunca —murmuró él, sin

dejar de sobarla—. Tierna, blanca y unas buenas tetas.

Pese a todo, los celos eran como dagas al rojo en el corazón de Gastón. Hubiera bramado de furia de no haber temido que le estallara la cabeza.

Sacó de la bota el puñal, que René no se había molestado en buscar, e intentó ponerse de pie. Imposible: se le nublaba la vista.

Volvió a mirar a la pareja. Él la tenía contra el tronco de un árbol, su cara enterrada entre el cuello y el hombro. Con una mano le subía la falda y con la otra le sobaba los pechos. Ya se había desabrochado el calzón y liberado su miembro, dispuesto a tomarla.

—No veo la hora de entrar en ti —masculló Barrois, restregándose contra ella—. Quiero probar lo que guardas bajo las enaguas.

—No tengas tanta prisa. Me gustan los juegos previos —ronroneó Émilie, como la mejor cortesana.

Gastón apretó los dientes. Si la muy perra creía que iba a quedarse de brazos cruzados mientras ella retozaba con aquel malnacido, estaba muy equivocada. Sin pararse a pensar en lo extraño de que su espada descansara a su lado, tomó el arma y volvió a intentar ponerse en pie. La rabia y los celos le dieron la fuerza necesaria; sigiloso, recorrió los pocos pasos que le separaban de la pareja. En alto la espada, ciega la razón.

—Me parece que tendrás que quedarte sin jue... —El ruido de la hojarasca alertó al antiguo capitán; se volvió, presto a atacar, sujetándose los calzones, que escurrían por su cadera—. ¿Qué demonios...? —Abrió más los ojos, sorprendido por encontrarse a Bonnet a su lado. Su sorpresa dio a Gastón la oportunidad que necesitaba para atacar; magullado como estaba, no tendría ninguna posibilidad de superarle.

Con un esfuerzo sobrehumano, logró enterrarle la espada en la base de la espalda, a la altura de los riñones. Solo le restaron fuerzas para repetir la proeza con la hoja del puñal, luego todo se tornó oscuro y se desmayó.

Volvió a abrir los ojos sin saber cuánto tiempo habría pasado. Tenía apoyada la cabeza en el regazo de Émilie y ella le acariciaba la cara. Él empezó a sonreír, pero al darse cuenta frunció el ceño, colérico.

No iba a engañarlo otra vez con sus maneras suaves y su dulzura. Era una mentirosa. Una zorra mentirosa.

Se apartó de malas maneras y, cuidando de no marearse, se enderezó, apoyándose en el árbol.

A su lado, Barrois, tirado en el suelo, tenía la mirada vacía. En su mano sostenía el puñal, manchado de sangre. La espada descansaba en la hierba.

«¡Émilie! —pensó, asustado, antes de mirarla—. ¿Está herida? Señor, ¡que no lo esté!»

No; desde luego no lo estaba. De pie ante él, no se le veía ninguna lesión. Exhaló un suspiro de alivio. La sangre del puñal solo pertenecía a Barrois; se lo habría

arrancado antes de morir.

Tomó el arma para limpiarla en la casaca del muerto; después la guardó en la bota. *In dubio, Pro Vita*. Las palabras grabadas en la hoja no habían podido cumplirse. Con Barrois no había sido posible. Tampoco le dolía.

—Estaba muy asustada —susurró Émilie.

No se molestó en contestar. El recuerdo de su engaño lo traspasó; la rabia le dejó aturdido. Ella se lo había ocultado todo ese tiempo. Mientras él tenía que aguantar un dolor lacerante en su rodilla, ella, que —a juzgar por el tintineo de la bolsa— tenía dinero suficiente para comprar dos caballos con los que hacer el viaje más cómodo, había preferido seguir caminando. Permitiendo que él siguiera con semejante tormento. Todo por mantener a salvo sus malditas monedas.

¡Y él, tan convencido de que se preocupaba!

Era una experta en el engaño: se ofrecía para aplicarle la arcilla o el unguento con que aliviarle el dolor, mientras guardaba a buen recaudo su dinero. ¡Embustera!

Ni siquiera después de haber mantenido el grado de intimidad al que habían llegado, de ver que apenas le quedaban recursos con los que cubrir los días y las noches que faltaban para llegar a Pamplona, fue capaz de comentarle nada.

Había visto cómo ella coqueteaba y permitía que Barrois la acariciara. Si él no lo hubiera matado, habría dejado que la poseyera, gustosa. ¡La muy perra! Y a pesar de todo, aún se le retorcían las entrañas al recordarlo. Aún se le encogía el alma por los celos. ¡Era un tonto!

No podía seguir allí, junto a ella, sabiendo lo que había hecho y lo que había estado a punto de hacer contra aquel mismo árbol.

Rabioso, se apartó para caminar con tiento hasta el lugar donde René había tirado el petate, tras rebuscar en él cualquier objeto de valor. Tomó las vendas que había usado para curar los pies de aquella mentirosa y se dirigió al arroyo para lavarse la sangre, que aún goteaba en su camisa.

«¿Y René?», recordó de pronto, enfadado consigo mismo por tamaño descuido. Miró alrededor, atento a un posible ataque que nunca llegó. El salteador yacía en el suelo, con el vientre cubierto de sangre. «Barrois lo habrá matado».

No era muy sensato permanecer cerca del riachuelo. Si caía y perdía el conocimiento, podría ahogarse en el palmo de agua que discurría entre las piedras, pero la rabia no le dejaba pensar con coherencia. Con mucha dificultad se quitó la camisa e intentó lavarse la sangre. Agacharse era toda una proeza; las costillas protestaban como condenadas y la cabeza latía con vida propia.

Se palpó la herida que tenía en la sien. Al parecer, el golpe con la empuñadura le había abierto el cuero cabelludo, sin más daños que un corte sangrante y la sensación de tener dentro toda una compañía de soldados marchando. Una vez que la hubo limpiado con agua fresca, procedió a vendarse, pero por sí solo, con el torso tan magullado, era tarea hartamente difícil, así que, frustrado, lo dejó. Desde luego, no iba a pedir ayuda a esa embustera. No, eso estaba descartado. No quería saber nada más de

ella. La acompañaría a Pamplona en el menor tiempo posible y que su prometido lidiara con ella.

En el fondo de su corazón, le dolió imaginarla con ese desconocido. Deseó poder olvidarla pronto. No pensar que Émilie había sido la única mujer capaz de hacerle pensar en cosas que jamás hubiera...

—¿Puedo ayudarte?

La voz de Émilie lo puso tan tenso que sintió cada uno de sus músculos como si fueran de piedra. No se volvió a mirarla; temía hacerlo y flaquear en su decisión. Ella se arrodilló para abrazarlo por la espalda; luego apoyó la cara contra su columna. Lloraba; sentía sus lágrimas abrasándole la piel; su aliento y sus besos, dulces y, sin embargo, llenos de mentiras.

Con la venda apretada en el puño como si fuera a exprimirla, se incorporó, dispuesto a ignorarla y a marcharse de allí.

Émilie se levantó con él.

—Sé... sé que no... he sido honesta contigo —empezó, poniéndole la mano sobre el brazo. Gastón no pudo evitar mirarla. Se vio reflejado en sus ojos mercuriales y por un momento sintió que se perdía en ellos. ¡No!—. Lo siento mucho.

Se apartó de aquel contacto que le quemaba la piel y, con los dientes tan apretados que podría habérselos partido, esquivó a Émilie para regresar junto al petate.

—Por favor, deja que te explique...

—No hay nada que explicar, *alteza* —la cortó, rabioso, sin volverse a mirarla—. Será mejor que nos vayamos lo antes posible de aquí. Por si no lo recordáis, hay dos hombres muertos y no conviene que los relacionen con nosotros.

La miró de soslayo y le satisfizo notar el dolor que le causaba ese trato, nuevamente formal. ¡Se lo merecía!

—Al menos... al menos, deja que te aplique el ungüento en las magulladuras y te vende la cabeza —musitó ella, a su espalda—. Eso te aliviará...

¿Dejar que ella volviera a tocarle?, ¡jamás!

—No creo que eso deba importaros. —Al agacharse a buscar la camisa limpia en su petate se le nubló la vista. ¡Maldita fuera! ¡No quería desmayarse como una damisela delante de ella!

—Puedes odiarme todo lo que quieras, pero deja que al menos te vende la cabeza. —Ella ya estaba a su lado, intentando quitarle la venda de la mano—. Estás sangrando.

Tenía razón. La farsante tenía razón en eso. Con resistencia, dejó que le pusiera la venda, manteniendo obstinadamente la vista apartada. No quería verla. Contemplar sus lágrimas y ablandarse.

Debía cumplir su trabajo de una vez por todas. Cuanto antes llegaran a Pamplona, antes podría olvidarla.

—Nunca quise engañarte...

—No quiero que me digáis nada —volvió a cortarla, demasiado rabioso—. No me importa lo que vayáis a decirme ahora. No quiero escuchar más mentiras.

—No son mentiras... Yo quería...

—¡Oídmelo bien! Si insistís en hablar, os amordazaré el resto del camino —bramó, incorporándose de golpe. Miles de motas, como chispas encendidas, bailotearon frente a él—. No quiero saber nada más sobre el tema —soltó, esperando a que remitiera el mareo.

—Creo que estáis siendo irracional —masculló ella, los brazos en jarras. Sus ojos brillaban con creciente enfado—. Tengo derecho a exp...

—¿Derecho, *alteza*? —preguntó con sorna. Se encaró a ella, dispuesto a hacer valer sus órdenes—. Por vuestra culpa he tenido que sacrificar a un noble animal, he caminado más de cien leguas con una rodilla destrozada y aguantando un dolor indescriptible. No me habléis de derechos y poneos en marcha. No veo la hora de acabar este maldito viaje.

—¡Pues ya somos dos! —gritó ella, antes de volverse y regresar al camino—. Valiente desagradecido. Debería haber dejado que te matara.

—¿Qué queréis decir con eso?

—Ya no importa. Estamos ilesos, ¿no? Pues pongámonos en marcha de una vez —ordenó, sin volverse.

—¿Qué habéis querido decir con eso? —repitió, enojado, tomándola del brazo para detener su avance.

—¡Está bien! —masculló, deteniéndose. Él se apresuró a soltarla—. Barrois iba a matarte y, seguramente, después se divertiría conmigo. Como había visto el modo en que me miraba, se me ocurrió ganar tiempo tratando de seducirle; quizá recobraras el conocimiento y pudieras hacer... lo que hiciste —terminó, en un susurro.

—¿Pretendéis que crea que estabais dispuesta a acostaros con él sin tener la certeza de que llegaría a tiempo? ¿Sabiendo que podría violaros antes de que yo me despertara?

—Sí; ese era un riesgo que debía correr —musitó, retomando la marcha con la dignidad de una reina—. Y puedes creer lo que te dé la gana.

Subieron por la calle empedrada hasta cruzar la muralla por una de sus puertas. Pamplona les recibió con las calles llenas de peregrinos de diversos lugares. Se acercaba la hora de comer y hasta ellos llegaban los deliciosos olores de las comidas que cocinaban en las casas que ceñían la calle.

Las tripas de los tres protestaron ante aquellos aromas tan apetecibles. Pero primero debían buscar la casa del prometido de la señorita Laforet y luego llenar las barrigas.

Se encaminaron hasta la iglesia de San Saturnino, pues la casa de Phillipe Rodin estaba muy cerca de allí. No tardaron en dar con ella. Era un edificio de tres plantas con un almacén de vinos en los bajos. Los múltiples adornos de hierro en la parte noble denotaban una buena posición económica. Sin duda el coronel había sabido elegir un buen partido para su única hija, pensó Hubert.

—No creo que sea prudente que nos anunciemos —comentó Clarisse, mirando la fachada con aprensión, a la vez que se retorció las manos—. No sabemos si el capitán y la señorita Laforet ya han llegado. Se armará un escándalo si nos presentamos sin ellos.

—Tenéis razón, Clarisse. Será mejor informarnos antes —convino Hubert.

—Yo puedo vigilar. —Luc bajó de la carreta, antes de que nadie pudiera impedirlo—. Me quedaré sentado en aquella esquina y veré si andan por aquí.

—¿Crees que es prudente? Tu pierna aún no está curada del todo y podrías lastimarte. —Clarisse lo miró con preocupación—. El galeno recomendó que descansaras.

—Ya lo he hecho, señora Clarisse. Y aquí no haré ningún esfuerzo.

—Pero...

—Dejadle; no es un niño pequeño —la cortó Hubert, que empezaba a cansarse de tantos mimos—. Y como él mismo ha dicho: si se queda sentado, no hará nada que perjudique su recuperación.

—Te traeré algo para que comas, mientras esperas —aseguró Clarisse, sin estar muy convencida—. No hagas nada que...

—Estaos tranquila, señora —aseguró Luc muy convincente, antes de sentarse en la esquina mencionada—. Pero os agradeceré esa comida. Tengo mucha hambre. —Se palmeó el vientre, liso como una tabla.

Hubert chistó a los percherones para que emprendieran la marcha. Mientras no supiesen si el capitán y la joven estaban en la casa, deberían buscar una posada donde esperar y en la que guardar la carreta. No podían dejarla en medio de la calle.

Una señora les indicó dónde había una y se dirigieron allí sin demora. Pensó que sería agradable tener un rato a solas con Clarisse; después de todo habían estado



siempre acompañados de Luc. Y, si el muchacho estaba cerca, ella no dejaba de revolotear a su alrededor como una gallina clueca. Por lo menos durante unas horas, disfrutaría de su compañía él solo.

Hacía mucho tiempo que no se preocupaba tanto de estar con una mujer. Los últimos años los había pasado entre guerras; luego, una vez licenciado del ejército, buscando delincuentes y criminales por toda Francia.

Se sacudió las mangas de su casaca, para presentar mejor aspecto. Al pasarse la mano por el mentón, decidió que le hacía falta un buen rasurado. A las mujeres les gustaban los caballeros bien afeitados.

Miró a Clarisse de soslayo y al descubrir que ella también lo estaba mirando, se apresuró a apartar la vista a toda prisa.

La posada era grande; aunque el patio estaba lleno de carruajes y carretas, esperaba encontrar espacio para la de ellos. El posadero, un gigante de pelo oscuro, ojos del color del cielo en verano y brazos como jamones, caminaba como si necesitara despejar el camino a su paso. Extrañamente, su voz tenía un timbre algo bajo, lo que obligaba a acercarse para poder escuchar sus palabras.

Quedaba una habitación libre y en el establo había sitio para la carreta. No se podía pedir más. Entre los dos subieron los baúles con la ropa y la dote al cuarto que le habían dado a Clarisse. Hubert no podía confiar en que la pestilencia de los barriles ahuyentaría a los curiosos, mientras ellos comían.

El salón era amplio y no estaba muy abarrotado. La moza les atendió con suma rapidez. Había estofado de verduras, pan y queso del Roncal.

—¿Podríais preparar una ración para llevar? —indagó Clarisse, pensando en Luc.

—No dejan sacar ninguna escudilla fuera del salón. La gente tiene la mala costumbre de no devolverlas —explicó la moza—. Si lo deseáis, puedo preparar un hatillo con pan y queso.

—Sería estupendo, gracias. —Esperó a que la moza se marchara para mirar a Hubert—. Sigo pensando que ese muchacho no debería haberse quedado allí.

—Es fuerte y está muy sano. Solo debe permanecer quieto en esa esquina, no le pasará nada y la herida seguirá bien —entonó Hubert, cansado de tanta preocupación. Si hubiera sabido que ella se comportaría de ese modo, se habría hecho herir solo por el placer de su compañía.

«Eres un viejo tonto», se amonestó en silencio.

—Ese muchacho no tiene familia. Seguro que vuestra esposa se preocuparía mucho de vos, si estuvierais herido —musitó ella, cabizbaja.

—No estoy casado —se apresuró a aclarar.

—¿No? Pero... yo pensé que... —Lo miró, sonrojada.

—Nunca me he casado.

—Luc me dijo que teníais que ir a buscar a Margot... Creí que ella era vuestra esposa.

—Es mi hija. Está en un convento de Le Puy. —Calló un momento, sin decidirse

si contarle algo más. Luego, con una inspiración, acabó por decidirse—. Hace ocho años conocí a Marie. Era una joven inocente, amedrentada por sus hermanos mayores. Intenté hablar con ellos y explicarles que mis intenciones eran honorables, pero ellos no estaban de acuerdo en que su hermanita se viera con un simple sargento e hicieron todo lo posible por separarnos.

—¿La amabais? —preguntó Clarisse.

—Sí.

—¿Qué sucedió? —Sus ojos claros expresaban interés.

—Mi compañía se trasladó al norte de Francia. Le escribí todas las semanas, pero nunca me contestó. Imaginé que sus hermanos habrían interceptado todas las cartas y que seguramente Marie ni siquiera sabría lo mucho que la añoraba. —Gruñó por lo bajo al recordar todas las noches pasadas, loco de preocupación, sin saber nada de ella—. Cuatro años más tarde recibí una carta de sus hermanos. Me decían que, unos meses atrás, Marie había muerto de tuberculosis y que debía ir a buscar a la niña.

—¿No sabíais que teníais una hija? —preguntó Clarisse, escandalizada.

—¡No! En cuanto tuve permiso, fui a visitarla. —Apretó los dientes y golpeó la mesa con el puño—. La tenían totalmente abandonada. Era poco más que una salvaje, descalza y apenas vestida. Nadie se ocupaba de ella. No sabía pronunciar más que unas pocas palabras que se asemejaban más a gruñidos animales que a otra cosa.

—¡Santa Coleta! —Se llevó las manos a las mejillas, abochornada por semejante negligencia—. Pobre niña.

—Me la llevé de allí ese mismo día. El capitán Bonnet me ayudó a ocultarla y cubrió mi fuga, cuando fui a Le Puy para dejarla en el convento.

—¿La abandonasteis, también? —preguntó con tristeza.

—¡No! Por supuesto que no, ¿por quién me tomáis? Partíamos a los Pirineos para luchar contra las tropas de Felipe V. ¡No podía llevarme a la niña a la guerra! Hice lo mejor para ella. —Dio una palmada en la mesa y dejó la mano, curtida y encallecida, apoyada en la madera.

—Os comprendo. ¿Y ahora?

—He hablado con el capitán y me quedaré en su casa, trabajando. De ese modo podré ir a buscar a Margot y cuidar de ella como se merece. —Repasó las vetas de la madera con un dedo, sin atreverse a mirar a Clarisse—. Ya la he mantenido lejos de mí demasiado tiempo.

—Seréis un buen padre, Hubert. —Ella le tocó la mano con suavidad, pero en cuanto él levantó la mirada, la retiró para esconderla en el regazo. Hubiera querido que la dejara allí. Poder colocarla entre las suyas...

—Gracias —dijo para dejar de pensar en cosas que no estaban a su alcance—. Confieso que tengo miedo de no saber tratar a una niña de su edad. Tiene siete años... Sería estupendo... —Enmudeció al darse cuenta de lo que había estado a punto de decir. No tenía ningún sentido.

—¿Qué sería estupendo? —Por lo visto Clarisse no quería quedarse con las ganas

de saber.

Suspiró, derrotado por las circunstancias.

Por suerte, el regreso de la moza con un par de escudillas y el hatillo con la comida le salvó de seguir haciéndose mala sangre con lo que no podría ser.

—No tiene importancia. Será mejor que comáis antes de que se enfríe el guiso —ordenó muy seco.

La vio bajar la cabeza. Parecía abatida y Hubert se maldijo por ello.

Sentada en la parte trasera de una destartalada carreta, Émilie escuchaba con tristeza la charla intrascendente que Gastón mantenía con el carretero.

Viendo el estado tan lamentable que el capitán presentaba esa mañana, el hombre había accedido a llevarles un trecho. Lo cierto era que Gastón estaba terriblemente magullado. Su cara era todo un poema de hematomas y pequeños cortes. Lo poco que podía verse de su ojo izquierdo, bajo toda aquella hinchazón, estaba inyectado en sangre.

No había conseguido convencerle para que visitase al galeno y ella sospechaba que tenía alguna costilla rota. Sus movimientos eran muy torpes y se protegía el costado izquierdo con el antebrazo cada vez que respiraba.

El día anterior, Gastón no había querido llevarse los caballos de los asaltantes para que no hubiera nada que los relacionase con ellos, así que hubieron de continuar andando. Para cuando llegaron a la posada de Navarrenx, él estaba agotado. Agotado y con el humor de mil demonios furibundos. Con ayuda del posadero consiguieron acostarlo; en cuanto el hombre se marchó, ella quiso desnudarle para comprobar qué daños tenía, pero él no se lo permitió; hasta hubiera abandonado la cama, de haber tenido fuerzas suficientes para hacerlo. ¡Grandísimo idiota!

Sentada junto al fuego, Émilie había esperado a que él durmiera para tumbarse a su lado, cuidando de no rozarle, siquiera, para no infligirle más dolor. Se había conformado con contemplarle a la luz de las llamas, velar su sueño y suspirar por lo que ya nunca podría tener.

Entendía que Gastón estuviera furioso con ella por no haberle contado lo del dinero, pero que la creyera capaz de intimar gustosa con otro hombre era mortal. ¿Cómo podía estar tan ciego?

En algún momento debió de quedarse dormida, pues despertó con el cuerpo pegado al de él, buscando su calor; saboreando aquellos instantes.

Más tarde, durante el desayuno, la necesidad de explicarse había sido demasiado intensa para pasarla por alto.

—Respecto al dinero —había empezado—, lo guardé para escapar.

—Os he dicho que no quiero explicaciones —gruñó él.

—Luego, tras lo ocurrido en la posada —continuó, fingiendo no haberle oído—. Cuando aquellos... aquellos hombres intentaron violarme. Me di cuenta de lo

peligroso que sería viajar sola y decidí seguir con vos.

—Pero guardando a buen recaudo vuestras preciadas monedas, ¿no es así? —masculló, dejando el tazón vacío en la mesa con un golpe seco—. ¡Qué loable! ¿Esperáis que os felicite?

—¡Quise dároslas en varias ocasiones! Pero os comportabais de una manera tan desagradable conmigo que decidí esperar a otro momento.

—¿Esperáis que me crea que ibais a dármelas? —Su mirada verde, cargada de suspicacia—. Permitidme que lo dude.

—Podéis creer lo que os dé la gana. Si no os las di fue... —Enmudeció, sin saber si decirle la verdad o guardar ese secreto para sí.

—¿Ya se os han acabado las excusas, *alteza*?

El sarcasmo implícito en cada una de aquellas palabras la sacó de quicio. Se levantó de la mesa y se encaró a él, con los brazos en jarras. Varias personas que estaban sentadas en las mesas adyacentes se volvieron para verles mejor y no perderse detalle de su discusión.

—¡Sois un necio! No merece la pena que pierda el tiempo explicándoos nada. ¡Estúpido zoquete! —exclamó antes de salir de la posada, enfadada.

Lo peor de todo era su trato. Había vuelto a emplear el voseo con ella. Y sus «*alteza*» estaban cargados de tanto desprecio que eran como puñaladas.

¿Cómo podía hacerle comprender sus razones, si se negaba a escucharla? ¿Cómo explicarle lo desolada que se sentía? ¿El dolor que le provocaba su silencio?

Aguantó las ganas de llorar. También tenía su orgullo, aunque a veces lo dejara de lado por él. Si él quería tratarla como una apestada, no iba a demostrarle el daño que le hacía.

Con ese planteamiento en la mente, se dedicó a admirar el verdor del paisaje, tratando de ignorarle tanto como él la ignoraba a ella.

«Deberías haberle atado a la cama y obligarlo a escucharte —pensó.

»¿Para qué? No me hubiera dejado hablar.

»No habría podido ir a ninguna parte. No le hubiera quedado más remedio que oír lo que tuvieras que decirle.

»Es tan obstinado que se habría desmayado solo por no escucharme.

»Al menos deberías haberlo intentado.

»Ya no importa. Si es tan necio como para no dejarme hablar, no me voy a molestar en tratar de explicar mis razones».

Hubert había regresado a la posada tras pasar las últimas horas vigilando la casa de Phillipe Rodin. El capitán y la señorita Laforet no estaban allí. ¿Dónde podrían estar?

Habían tenido tiempo más que suficiente para llegar a caballo o en el carruaje. No entendía tanta demora. ¿Acaso la joven había conseguido eludirlo y escapar? Un escalofrío lo sacudió por dentro ante esa posibilidad. ¡No! Definitivamente era inadmisibile.

No querría estar en el pellejo de la señorita Laforet si le había puesto las cosas difíciles al capitán. Hasta Moissac viajaron juntos. Se lo había dicho la moza. Claro que después no lograron que nadie les diera información sobre ellos.

—¿Sabéis algo? —La pregunta de Clarisse, llena de preocupación, le devolvió al cuarto de la posada—. ¿Están allí?

—No; no están. Por lo visto aún no han llegado —aclaró Hubert—. Debemos estar atentos para que no se presenten en la casa sin nosotros. Le he encargado a Luc que vigile la puerta de entrada a la ciudadela. Eso nos dará tiempo a interceptarlos.

—Estoy muy preocupada, Hubert. Temo que les haya pasado algo malo. ¿No creéis que ya deberían estar aquí?

Quería tranquilizarla, pero él mismo sentía que algo no iba bien.

—No tardarán en aparecer, ya lo veréis. Seguro que tienen una buena anécdota que contarnos.

—Si el coronel llega a enterarse de que no he cumplido el trabajo... ¡Ay, señor! No quiero pensarlo siquiera. —Se llevó las manos al pecho con angustia—. Y si a la señorita le ha sucedido algo... Jamás me lo perdonaré. Nunca debí consentirlo. No deberíamos haber partido sin ellos. ¡Ay, Santa Coleta, ayudadles!

—El capitán ordenó que siguiéramos... —musitó Hubert, tan preocupado como ella. Le hubiera gustado decirle algo para sosegar su incertidumbre, pero no encontraba qué.

Luc, con el rostro sudoroso, abrió la puerta del cuarto. Nada más verles, sonrió de oreja a oreja.

—¡Han llegado! ¡Les he visto! Estaban a punto de entrar por la puerta de la muralla.

—¡Por Santa Coleta! Alabado sea el Señor —musitó Clarisse, al borde del llanto—. Vamos, vamos. No perdamos el tiempo.

Entre los tres, cargaron los baúles en la carreta. Se habían deshecho de los barriles con salmuera cuando el posadero se negó a que los mantuvieran más tiempo en su establecimiento. No quería que hiciesen huir a los clientes debido al olor fétido que desprendían.

Tras pagar la cuenta y enganchar a los percherones salieron de allí a buen paso. Les interceptarían antes de llegar a la casa. Él también estaba deseando reunirse con el capitán. Menos mal que ya habían llegado. Con un poco de suerte nadie sabría nunca que no habían viajado juntos y la joven quedaría fuera de cualquier escándalo.

Por más que miró, Hubert no los vio por ningún lado. La mayoría venía caminando y no a caballo. ¿Dónde estaban?

—Luc, ¿seguro que eran ellos? —preguntó, intranquilo.

—Sí. Era el carruaje del coronel. Estoy seguro. Lo conducía el señor Dubois.

—¡Maldición, Luc! Deberías haberme dicho que venían en carruaje. Seguro que ya están en la casa.

Con un movimiento de riendas, condujo a los caballos hasta allí. En efecto, frente a la entrada aguardaba el carruaje del coronel. Paró la carreta y luego ordenó a Luc que llamara a la puerta. Como habían llegado solo un instante después, no levantarían sospechas.

Una doncella les abrió la puerta y les preguntó en español qué deseaban.

—Venimos con el capitán Bonnet y con la señorita Laforet —aclaró Hubert en francés, al bajarse del vehículo. La doncella les miró con cara de no comprender nada y les cerró la entrada.

Los tres se miraron, sorprendidos por la reacción de la criada. Estaban a punto de volver a llamar cuando la puerta se abrió de nuevo.

—Mi señor ordena que dejéis la carreta en el patio —anunció la doncella, con fuerte acento español—. Os indicaré el camino.

Siguieron a la mujer hasta unas puertas dobles, unos pasos más allá. Entraron con los percherones y los desengancharon rápidamente, colocando los aperos en los lugares correspondientes de aquella bien ordenada cuadra. La doncella esperó con paciencia a que estuvieran listos para presentarse ante el dueño de la casa.

Después les llevó a una sala muy elegante para presentarles. Alrededor de una mesa baja había varias personas sentadas. Hubert sintió que se le helaba la sangre al ver quiénes estaban allí y quiso estrangular a Luc por no haberse fijado mejor en quiénes viajaban en el carruaje.

¡Habían cometido un error muy grande! ¡Enorme!

—Soy Phillipe Rodin. La doncella me ha dicho que venís con el capitán Bonnet y con la señorita Laforet —declaró el dueño de la casa. Un hombre mucho mayor que el propio Hubert.

—Sí... bueno, sí... —balbució, incapaz de pensar con coherencia.

—Buen día, sargento —saludó el coronel Laforet, poniéndose en pie—. Precisamente estaba preguntando al capitán Rodin por vuestro paradero y el de mi querida hija.

Hubert tragó saliva, sin apartar la mirada de la incisiva del coronel. ¿Qué podía decirle? Notó que el sudor resbalaba por su tensa espalda y se perdía entre la cinturilla de sus calzones. Su formación de militar y su participación en varias

batallas le ayudaron a mantenerse firme y a que no le temblaran las rodillas.

—Acabamos de llegar. Hemos tenido varios problemas... pero la dote está a buen recaudo.

—¿La dote? —indagó el coronel, extrañado—. Bien, no era lo que más me preocupaba, ciertamente. ¿Y mi hija? ¿Y el capitán Bonnet? —Hubert se volvió para mirar a Clarisse, buscando inspiración, ayuda o lo que fuera para salir de aquel atolladero. La doncella, pálida como la cera, no podía ayudarle—. ¿Y bien?

—Coronel... Mucho me temo que... —empezó, sin saber cómo decirle la verdad.

—¡Dios mío! ¡Mi pequeña! —gimió la señora Laforet, incorporándose de un salto—. Clarisse, las sales...

La doncella pareció salir del trance y corrió a socorrer a su ama, con la mirada vidriosa por el miedo.

La otra mujer presente se levantó con ayuda de un bastón, dispuesta a asistir.

—Ay, señora Rodin, mi queridísima niña... —murmuró la señora Laforet entre llantos, tomando la mano de la dueña de la casa.

—¡Sargento! —voceó el coronel, un tanto agitado—. Exijo una explicación inmediatamente. ¿Qué ha pasado con mi hija? ¿Acaso ha... muerto?

—¡No! No lo sabemos. Seguro que no... —balbució Hubert.

El momento de la verdad había llegado y él no sabía muy bien cómo explicar lo sucedido sin poner en un compromiso al capitán y a la joven. ¡Vaya lío!

—¿Qué queréis decir? —bramó el coronel. Se llevó la mano al pecho y por un momento Hubert temió que le diera un ataque fatal.

—Quizá preferáis que os lo cuente en privado... —sugirió, sudando a mares.

—Os dejaré a solas, coronel —aseguró, con tacto, el dueño de la casa—. Thérèse, vayamos al otro cuarto.

El coronel esbozó una trémula sonrisa a modo de agradecimiento y clavó la mirada en Clarisse y en Luc. La orden era clara. Los dos salieron tras el capitán Rodin, su esposa y la doncella.

—Bueno, sargento, será mejor que empecéis a hablar antes de que pierda la paciencia —ordenó entre dientes, una vez que cerraron la puerta—. ¡¿Dónde está mi hija?!

—Hace unos días —empezó, sin dar muchos datos—, vuestra hija robó el caballo del capitán y huyó.

—¡Santa Coleta! —musitó la señora Laforet, abanicándose con desmayo.

—El capitán lo descubrió enseguida y nos ordenó que siguiéramos el camino, que él nos alcanzaría en cuanto recuperase a vuestra hija. No hemos... no les hemos visto... desde entonces.

—¡Por todos los diablos del infierno! —tronó el coronel, rojo de ira—. ¿Cuánto tiempo hace de eso? —Como Hubert no respondiera, repitió más alto—: ¡¿Cuánto?!

—Veintitrés días —musitó el sargento, manteniéndose recto por el miedo que petrificaba sus músculos.

—¡Veintitrés días! ¿Acaso me estáis diciendo que en todo ese tiempo no habéis sabido dónde está mi hija? ¿Que ha podido perecer por el camino? ¡¿Es eso?!

—Solo cumplí las órdenes del capitán. Me limité a obedecerle. Yo también he estado preocupado... —soltó de corrido.

—¿Que habéis estado preocupado? —siseó, los ojos centelleantes—. Si a mi hija le ha sucedido algo malo, yo mismo os arrancaré la piel a tiras. Rezad para que esté bien. —Se dejó caer en un sillón; el rostro, demudado.

—Si me... si me lo permitís, señor. Podríamos salir en su busca, ahora que no debemos preocuparnos por la dote —se atrevió a sugerir—. Confío en que no le haya pasado nada a la señorita Laforet: el capitán está con ella.

—Sí. Eso es lo único que me consuela. Sé que el capitán Bonnet cuidará de ella —asintió, frotándose el pecho—. Pediré unos caballos al capitán Rodin.

—Louis, tú no deberías ir —musitó la señora Laforet—. No estás en condiciones de hacer ningún viaje. Deja que vayan ellos.

—Si me permitís el consejo: opino lo mismo. Creo que deberíais descansar, señor —comentó Hubert.

—Espero que les encontréis lo antes posible —gruñó el coronel, molesto por quedarse al margen.

Hubert casi se deshizo de alivio y se volvió con piernas inestables para regresar a la cuadra. Esperaba encontrar al capitán en breve. Rezaba para que estuvieran bien y que nada malo les hubiera sucedido.

No quería pensar en lo que le haría el coronel si se presentaba sin ellos o...

«¡No imagines nada peor!», se prescribió, estremeciéndose por dentro.



La diligencia enfiló la cuesta empedrada para entrar en la ciudadela. Empezaba a oscurecer y el interior del vehículo, con las cortinas echadas, estaba en penumbra. Gastón lo prefería así. No quería verla. Cada vez que en su mente se colaba la imagen de Barrois y ella abrazados, la furia le robaba el aliento. Pese a saber por qué lo había hecho, no podía apartar la certeza de que, de no haber despertado a tiempo, Barrois la habría asesinado tras saciarse con su cuerpo. Imaginarlo acrecentó su enfado e impidió, una vez más, que le agradeciera su estrategia.

Émilie permanecía silenciosa; solo el brillo de sus ojos evidenciaba que de vez en cuando lo miraba. Dentro del vehículo, el único sonido era el de los ronquidos del pasajero que les acompañaba. Un hombre de cierta edad, orondo como un tonel y ruidoso como una piara de cerdos hambrientos. Pero su presencia había mantenido a raya las confesiones de la joven y le había librado de escuchar más mentiras de su boca tentadora. Recordar que, en todo momento, ella había tenido los posibles para hacer más llevadero el viaje le puso de un humor de perros.

La noche anterior habían llegado hasta Ostabat. El carretero les dejó muy cerca de allí y eso le animó a continuar hasta esa población. Deseaba acabar el viaje lo antes posible. Cada hora que pasaba junto a Émilie era un tormento. Una parte de él quería odiarla por su falsedad; la otra, en cambio, solo anhelaba volver a acariciarla, a besar aquellos labios cautivadores o perderse en su cálido interior. Sin duda había perdido la razón.

Esa noche, en la posada de Ostabat, él había dormido en el suelo, como en los primeros días, pese a que ella le hubiera permitido compartir el lecho. Posiblemente fue saber que ella estaba dispuesta, que en realidad lo esperaba, la causa de que eligiera la tarima en lugar del colchón. Quería castigarla, aunque para ello él tuviera que sufrir los rigores de un suelo duro.

Ella ya había dejado de insistir en contarle las razones por las que le había ocultado ese dinero. Se habría cansado de recibir una siniestra mirada por toda respuesta. ¡Mejor!

Le había visto sufrir. Vio su rodilla tras cargar con la señora Durand. Le vio contar las monedas, controlar los gastos para evitar quedarse sin recursos antes de llegar. Sabía que no le quedaba mucho dinero. Si él hubiera viajado solo, probablemente en lugar de dormir en un cuarto lo habría hecho en la cuadra, pero ella merecía acostarse sobre un colchón, si no de plumas, al menos de paja. Y, pese a todo, había seguido guardando celosamente ese secreto y atesorando sus malditas monedas.

Una parte de él quería saber sus razones, quería saber qué la había llevado a engañarlo de ese modo; la otra, en cambio, prefería no saberlo.

Aquella misma mañana, ella se las había querido entregar para que pagase los billetes de la diligencia, pero no hizo falta. Claro que era todo lo que Gastón tenía; y estaba segura de que ahora no poseía ni una mísera moneda con la que pagar una jarra de cerveza. Confiaba que a Hubert le hubiera ido mejor y aún le quedase algo.

No les habían visto en Saint-Jean-Pied-de-Port, cuando pararon para refrescarse. Lo más probable era que ya estuvieran en la casa del capitán Rodin. Hubiera sido mejor que llegaran a la vez, pero no había podido ser. Una complicación en la que no quería entretenerse.

Al parar, el carruaje dio un bandazo y Gastón dejó de pensar en lo que se avecinaba.

—¡Pamplona! —gritó el cochero, bajando del pescante—. ¡Pamplona!

El hombre despertó con un fuerte ronquido y miró por la ventanilla, chasqueando la lengua. Gastón abrió la puertezuela para descender al suelo empedrado. Su rodilla y el resto de sus maltrechos huesos protestaron por el cambio de postura, mas no le hizo caso. El sol se había escondido, y en la plaza porticada, a la luz oscilante de las teas dispuestas en las paredes, apenas se veía gente.

Se volvió para tenderle la mano; ella la miró sin decidirse a tomarla. Al final aceptó que la ayudara a bajar del carruaje y Gastón la soltó en cuanto los pies de Émilie tocaron el suelo. El simple contacto de sus dedos era suficiente para que su cuerpo rememorara cosas que no debían ser.

—Será mejor que encontremos la casa de vuestro prometido antes de que se haga más tarde —soltó, enfadado consigo mismo.

Sin esperar respuesta, se cargó el petate al hombro y se dirigió a un transeúnte para preguntarle por la dirección del capitán Rodin, que resultó ser muy conocido, pues no dudaron en darle señas.

Estaban muy cerca y no tardaron en llegar. El edificio de tres plantas tenía la apariencia de una casa acomodada. El almacén de vinos y licores ya estaba cerrado. Parecía enorme, pues ocupaba todo el bajo de la casa. Sin duda era un hombre muy próspero.

La luz que escapaba de las ventanas iluminaba el suelo de la calle. Por un momento, Gastón tuvo miedo de llamar. Probablemente, una vez que ella entrara en esa casa, todo habría acabado.

«Eso es lo que querías, ¿no?», se preguntó en silencio.

Sí, era lo que quería, pero ahora que había llegado el momento... Se preguntó si las cosas podrían haber sido de otro modo.

—¿No llamáis? —musitó ella, a su espalda.

Su voz le tensó por dentro. Llamó enérgicamente a la puerta. Sintió el impulso de volverse y preguntarle las razones por las que había actuado de ese modo, pero el chasquido del pestillo al abrirse evitó que lo hiciera. ¡Mejor: no quería ninguna explicación!

—La señorita Laforet y el señor Gastón Bonnet desean hablar con el capitán

Rodin —declaró a la doncella.

La mujer le miró con la boca abierta, deteniendo sus ojos en las magulladuras y en los hematomas. Tras un momento de duda, abrió más la puerta y se hizo a un lado para dejarles pasar. Después les indicó que esperasen y, tras cerrar, se adentró en el pasillo.

Al instante, escucharon un grito ahogado y pisadas que se acercaban con rapidez. La señora Laforet, con lágrimas en los ojos, venía corriendo, olvidadas todas las normas de educación. Gastón gimió por dentro al saber lo que eso significaba: el coronel no estaría muy lejos. Su cuerpo no resistiría otra paliza. Casi mejor que le descerrajara un tiro y acabara de una vez por todas. Su piel y sus huesos tenían un límite y ya lo había traspasado con creces.

—¡Mi niña! ¡Mi pequeña querida! Estaba tan preocupada por ti —barbotó la mujer al llegar hasta ellos. Abrazó a su hija sin dejar de parlotear sobre lo mucho que la había añorado.

Gastón permaneció quieto, esperando a que el dueño de la casa o el coronel se dirigieran a él. No tardaron en llegar. Otra señora, sujetándose en un bastón, se les unió.

El dueño era un hombre casi anciano. A todas luces acaudalado, a juzgar por los adornos de la casa, el mobiliario y su atuendo. No se acercó nadie más. ¿Dónde estaría el hijo?

«¿Qué más te da? —se reprochó.

»¡Me importa un bledo!

»Pues en ese caso, deja de buscarle por todos los lados».

—Es un placer recibirlos en mi casa, capitán Bonnet. El coronel Laforet me ha hablado mucho de vos —le saludó el dueño de la casa—. Os agradezco que nos hayáis traído a nuestra querida Émilie, sana y salva.

A Gastón no le gustó nada aquel tono posesivo que había empleado, pero no podía hacer nada. No tenía ningún derecho.

«Pues deja de sacarle peros a todo», se amonestó, con la mandíbula apretada.

—Me alegro que ya estés aquí, hija mía. Estaba muy preocupado por ti —declaró el coronel, los ojos humedecidos. Luego se volvió a Gastón. Tenía mal aspecto—. ¿Qué os ha pasado? —indagó, al observar los moratones de su cara y el vendaje de la cabeza, bajo el sombrero—. ¡Estáis herido!

—No es nada, coronel. Un encontronazo con unos delincuentes —murmuró Gastón, restándole importancia.

—¿Delincuentes? —barbotó la señora Laforet, dándose aire con la mano—. Ay, mi pequeña.

—Pasad, capitán. No os quedéis ahí. Dorotea, trae un refrigerio para el capitán —ordenó Rodin a la doncella, que seguía de pie junto a la puerta, mirándoles con los ojos abiertos como un búho—. Vayamos a mi despacho mientras la señorita se refresca. Allí podremos hablar con tranquilidad.

Émilie y su madre desaparecieron por las escaleras, precedidas por Clarisse. Al parecer Hubert, Luc y ella habían llegado a la casa sin contratiempos. ¿Cuánto tiempo haría de eso?, se preguntó Gastón.

«Deberían habernos esperado al llegar a Saint-Jean-Pied-de-Port».

El despacho era amplio; una ventana con vidrios, que iluminaría la estancia durante el día, se hallaba cerca del enorme escritorio. Varios anaqueles llenos de libros cubrían la pared tras la silla.

Phillipe Rodin les indicó que se sentaran en unos sillones cerca de la chimenea. La doncella no tardó en entrar con una bandeja llena de queso, jamón, cecina, una hogaza de pan blanco y una jarra con vino tinto.

Gastón hubiera preferido cerveza o sidra, pero estaban en tierra de vinos y era lo que se terciaba. Tras dar un par de sorbos, lo dejó enseguida. Debía tener la mente despejada.

Durante un rato nadie dijo nada. Los dos hombres le dejaron espacio para comer las viandas sin interrupciones.

—¿Qué os ha pasado realmente? —preguntó el coronel, un rato después, mirándole con aquellos ojos grises, tan parecidos a los de Émilie, pero mucho más incisivos. El período de gracia había expirado—. ¿En algún momento mi hija ha corrido peligro?

—Hace unos días nos atacaron dos salteadores. Sin embargo, vuestra hija no ha sufrido ningún daño —concluyó, los puños apretados ante el recuerdo.

—Iré a decirle a Dorotea que prepare una habitación para vos.

—No será necesario, capitán Rodin. Me iré a una posada. —No deseaba pasar más tiempo bajo el mismo techo que ella. Tampoco quería encontrarse con su prometido. Prefería no conocerlo; de ese modo, su mente no lo atormentaría con imágenes...

—De cualquier manera, vuestros hombres están aquí. —La voz del capitán Rodin le devolvió al despacho—. Bueno, en realidad, salieron en vuestra búsqueda esta mañana. Imagino que regresarán mañana. No se expondrán a viajar de noche. —Negó con la cabeza—. Os dejaré solos. Tendréis mucho que comentar.

—Es un buen hombre —empezó el coronel una vez que el dueño se hubo ido. Gastón no dijo nada; se limitó a apretar los dientes, molesto—. Sin duda tiene una gran sensibilidad. —Colocó los codos sobre los apoyabrazos del sillón y juntó las yemas de los dedos como si fuera el tejado de un campanario—. Como comprenderéis, este viaje ha sido un tanto atípico. Os contraté para que cuidarais de mi hija...

—Lo he hecho, coronel; aunque a veces no haya resultado fácil.

—Con mi hija nunca lo es. Hubert me ha contado que hace días os robó el caballo e intentó huir... —Guardó silencio, esperando que él continuara, golpeando con toques suaves y rítmicos unas yemas con otras—. ¿Qué podéis añadir?

Durante lo que dura un suspiro, Gastón pensó qué responder. No sabía qué le

habría relatado Hubert. Decidió explicarle parte de lo sucedido.

—Nunca me ha dicho qué intenciones tenía al escapar. Si es que ya tenía algo pensado. —Era cierto; ella no le había dado explicaciones sobre el tema. «No la has dejado, idiota», se reprochó, masajeándose la rodilla—. El caballo tuvo un accidente y... hube de sacrificarlo. Por eso nos separamos de los otros durante tanto tiempo.

—Hummm. ¿Es cierto que le ordenasteis a Hubert que siguieran adelante sin vos?

—Sí. —Tragó saliva. Al ver que esperaba una explicación, continuó—: Quería dar un escarmiento a vuestra hija —contestó, recto como una vela—. Desde el primer momento, no había dejado de poner trabas.

—Sé lo intransigente que puede llegar a ser. Pero vuestra orden no era nada ortodoxa. Os quedabais a solas con mi hija. —Clavó en él su mirada acerada y dejó las manos sobre los brazos del sillón—. Comprenderéis que eso no es nada decoroso.

—Nunca pensé que fueran a pasar más de una o dos horas. De haber tenido a *Rouge* así hubiera sido.

—¿Y tanta demora?

—No encontré ningún caballo para alquilar y no tenía dinero suficiente para tomar el coche de postas. Hemos hecho la mayor parte del viaje andando, salvo el tramo de hoy, que hemos recorrido en diligencia.

El coronel seguía observándole, con tanto detenimiento que Gastón empezó a sudar. Intuía cuál iba a ser su siguiente comentario; lo estaba temiendo. Era evidente que había jugado con fuego y que ahora debía cumplir con su responsabilidad, por mucho que eso le revolviera por dentro. Pese a que, por unos días lo hubiera pasado por alto, era un hombre de honor y como tal debía hacer frente y cumplir.

—Os confié a mi única hija...

—Lo sé, coronel. —Alzó la mano pidiéndole silencio y se levantó del sillón. No podía permanecer por más tiempo sentado—. Si me permitís el atrevimiento, quisiera pedir os la mano de vuestra hija en matrimonio —soltó sin titubeos y antes de arrepentirse. Y descubrió con sorpresa que tampoco le había costado tanto.

El hombre lo miró, frunciendo los labios. Gastón hubiera jurado que intentaba reprimir una sonrisa, pero con el antiguo oficial era difícil de saber. Él hubiera preferido ser pateado que encontrarse en aquella situación, pero no podía elegir. Había sellado su destino la misma noche que se acostó con Émilie. ¿Se arrepentía? Antes de poder responderse, el coronel volvió a hablar.

—Bien... bien... sin duda sois todo un caballero. —Su tez había recuperado un aspecto más saludable—. Si mi hija os acepta, tenéis mi bendición. —Se levantó para acercarse a palmearle la espalda con camaradería.

Luego tiró del cordón para llamar a la doncella y volvió a su asiento.

—Dorotea, ¿puedes avisar a mi hija de que baje inmediatamente?

La joven hizo una reverencia y salió a cumplir con el mandato.

Gastón caminó hasta la ventana. A través de los cristales se veía la calle desierta bajo la luz de los faroles.

Cuando Émilie entró en el despacho la vio reflejada en el vidrio. Se había cambiado las ropas de campesina y volvía a llevar uno de sus vestidos. Este era de terciopelo azul claro con detalles en blanco y plata como sus ojos. El escote, más recatado que el de las camisolas que había llevado durante la última veintena de días, dejaba ver su hermosa y delicada piel. Llevaba el pelo, aún húmedo, suelto por la espalda y retirado de la cara. Se le veía muy oscuro, casi negro, pero él sabía que cuando se secase, tendría la tonalidad del nogal o del cacao molido y sería suave como la mejor seda. Al volverse, trató de no quedarse mirándola, embobado.

Pese a toda la rabia que había sentido en las últimas horas, desde que descubriera su engaño, seguía sintiéndose irremediabilmente atraído por ella. Continuaba deseándola.

—Bien, hija. Veo que presentas mejor aspecto que a la llegada. —Cabeceó el coronel, aprobador, poniéndose en pie. Ella se limitó a mirarle sin decir nada—. Te he mandado llamar para que sepas que nuestro buen amigo, el capitán Bonnet, me ha pedido tu mano —anunció. Pese a que el coronel intentaba guardar la compostura, era evidente que le agradaba la idea de la boda—. Esperamos tu respuesta, querida.

Émilie no podía creer lo que estaba oyendo. ¿Le había pedido matrimonio? ¿Era cierto? ¿Había dejado de odiarla?

Su corazón, ajeno a tantas preguntas, empezó a danzar, dichoso. Sentía una alegría inmensa. Tenía ganas de reír y olvidar toda la angustia pasada desde el ataque de Barrois y su compinche.

Miró a Gastón subrepticamente. Él se mantenía al lado de la ventana, serio el semblante, sin dejar entrever sus pensamientos. Deseó correr a sus brazos y besarlo. Los dedos le hormigueaban por las inmensas ganas de volver a acariciarle la cara. De recorrer el hematoma que le oscurecía el ojo izquierdo, el corte de su labio inferior. Besar cada uno de los múltiples moratones que afeaban su hermoso cuerpo. Para serenarse, apretó el saquito de las monedas que llevaba en una mano. Su padre no perdía detalle de todos sus gestos.

Luego, la realidad dio paso a una tristeza infinita y hubo de contener un gemido entre los labios para no delatarse. No podía aceptar; era del todo imposible. ¿En qué había estado pensando? ¿Acaso había olvidado lo que él opinaba sobre el matrimonio? ¿Lo que pensaba de ella? Sin duda, era el honor el que lo llevaba a solicitar su mano y por eso no podía ser.

—Lo siento, pero debo rehusar —musitó, sin mirar a ninguno de los dos.

—¿Qué?! —bramó su padre—. ¡¿Has perdido el juicio?!

Intentó no temblar ante la ira del coronel. Las monedas se le clavaron en los dedos de tanto que estrujaba la bolsita.

—No, padre.

—Muchacha insensata, ¿acaso no ves que has arruinado tu reputación? —Las venas de su cuello, hinchadas como cuerdas—. ¡Te casarás! Y no se hable más.

Émilie cerró los ojos para serenarse.

—Me acojo a la otra opción —aseguró, fingiendo una tranquilidad que estaba muy lejos de sentir. Intentó no temblar ante aquella fiereza.

—¿Cuál? El hijo de Phillipe sabrá que has pasado casi un mes viajando con un hombre por toda Francia. Ya no querrá casarse contigo. Nadie lo hará. ¿Acaso no lo has pensado?

—Pues tomaré el velo —dijo en un susurro.

El coronel se llevó la mano al pecho y, pálido, se desplomó en el sillón.

—Santo Dios —murmuró, como sin fuerzas—. Sin duda, hija mía, has perdido la cabeza y quieres matarme de un disgusto.

Émilie se acercó a su padre, temerosa de que fuera a ponerse enfermo otra vez. Nunca lo había visto tan desmejorado. Le habría gustado darle la satisfacción, pero no podía ser. Le tomó la mano y se la llevó a los labios para besarla.

—Lo siento, padre. Pero es lo mejor —declaró, arrodillada junto al coronel.

Más segura después de haber tomado ese camino, se atrevió a mirar a Gastón. Él la observaba con sorpresa. Sus ojos verdes no perdían detalle, pero parpadeaban llenos de confusión. Le vio fruncir el ceño, aturdido.

Émilie habría querido que insistiera en su pedida, que intentara convencerla, pero ese era un sueño que jamás se convertiría en realidad. Él no deseaba casarse con ella; solo actuaba como un caballero. Uno obligado por las circunstancias, además. Había tomado lo que le brindaba, pero no sentía nada por ella.

Para Émilie era doloroso; sin embargo, no tenía otra opción. No podía condenarlo de ese modo.

Durante un rato nadie habló. Quedaron los tres como petrificados, mirándose unos a otros.

—Será mejor que os pague lo que os prometí por el viaje —pronunció el coronel, agotado. La piel, cetrina—. Hija, dile a tu madre que necesito la bolsa del capitán.

—No os molestéis, coronel. No quiero nada —masculló Gastón, ceñudo. La miraba a ella, como si quisiera adivinar la razón de su rechazo a la boda.

«¿Le habría dolido?

No seas ilusa».

—Era el trato, capitán —le recordó su padre—. Ya están arreglando el tejado de vuestra casa y he pagado al señor Rameau. Solo queda que aceptéis el resto. Si no lo queréis coger vos, se lo entregaré a Hubert y a Luc.

Gastón se encogió de hombros sin decir nada.

«¿Se ha vuelto loco? Ya no le queda dinero», pensó ella.

—Si no lo queréis, al menos, aceptad este. —Le mostró el saquito de monedas—. Sé que, para vos, vuestro caballo valía mucho más de lo que contiene, pero os ruego que consintáis en tomarlo en compensación.

Al verlo dispuesto a rechazarlo de malos modos, se lo suplicó con la mirada. Cuando ya pensaba que iba a darse la vuelta y a ignorar su pedido, alargó su mano y cogió la bolsita, rozándole con sus ásperas yemas la suave piel de la palma.

Los dos retiraron las manos con rapidez, igual que si hubieran tocado un hierro al rojo. Émilie la escondió entre los pliegues de la falda, queriendo atesorar su tacto y su calor para siempre.

—Será mejor que me vaya. Debo buscar una posada.

No iba a pasar la noche en aquella casa, pensó ella, entristecida, al saber que estaba a punto de no volver a verlo.

—El capitán os ha dicho que podíais quedaros a pasar la noche aquí —recordó el coronel, mirando a uno y a otro, completamente desconcertado.

—Os ruego que le expreséis mi agradecimiento, pero no quiero causar ningún problema.

Émilie le vio darse la vuelta y caminar, cojeando, hacia la puerta. Quiso correr tras él; decirle lo mucho que lo quería. Que la perdonara por todo lo que le había



hecho. Quería volver a abrazarle, que la abrazara. Sentirse cobijada entre sus brazos una última vez. Ya no era posible; sin embargo, se preguntó si había hecho bien en rechazar su propuesta.

«Claro que sí.

»Pero duele.

»¿Acaso quieres ser tú la que le ponga los grilletes?»

No, desde luego que no quería. Él no deseaba casarse. Se lo había dicho muchas veces. Si le había pedido matrimonio, solo había sido movido por el honor y eso no era una buena base para casarse.

No quería que la odiara aún más de lo que ya lo hacía. Quizá su rechazo lo ayudaría a perdonarla.

Con el corazón dolorido, permaneció mirando la puerta por donde había salido él; las manos entrelazadas en la cintura y los nudillos blancos de tanto apretarlos. Después inspiró, resignada a aceptar lo que le deparase el destino.

Gastón abandonó la casa sin saber cómo se sentía en realidad. Le había sorprendido el rechazo de ella. Hubiera jurado que aceptaría de buen grado y sin pensarlo. Se había entregado a él; habían disfrutado incontables ocasiones haciendo el amor. Creía que él no le era indiferente y que, tras esos días de intimidad compartida, habría querido casarse. ¿Por qué lo había rechazado?

Golpeó una piedra y la mandó de una patada al otro extremo de la calle. ¡No la comprendía!

Era la mujer más extraña, difícil y exasperante que había conocido. Otra, en su lugar, habría estado encantada de dar el sí. Más aún, después de lo que habían vivido. ¿Qué la había llevado a negarse?

«¿Por qué te preocupas por eso? Te ha liberado del compromiso», pensó, sin entender qué le pasaba.

Si el comportamiento de ella era increíble, el suyo tampoco se quedaba atrás. En vez de alegrarse por que ella le hubiera dejado libre sin obligarle a cumplir, se sentía confundido. Casi se podría decir que desolado.

Sacudió el saquito de la discordia en la mano y las monedas tintinearón. No habría querido cogérselo, no después de todo lo ocurrido por su culpa. Pero la mirada suplicante que ella le había dedicado, con aquella cara de duende, había sido más fuerte que su determinación y terminó claudicando como un chiquillo. No había podido negarse.

Sacó una de las monedas. Era de plata. La apartó en un bolsillo de la casaca y guardó la bolsa, con el resto de las monedas, en otro.

Se encaminó a la posada. La doncella le había explicado cómo llegar. Deseaba hacerlo cuanto antes.

Al día siguiente compraría un caballo y después... Aún no sabía qué iba a hacer,

pero le quedaban unas horas para pensarlo.

Aunque la posada estaba llena, todavía quedaban habitaciones libres. Pagó el cuarto por adelantado y el posadero le dio la vuelta.

No quiso quedarse en el salón. Le dolía demasiado el cuerpo como para sentarse en uno de los duros bancos. Prefirió subir a su cuarto.

Estaba por introducir la llave en la cerradura cuando se acercó una moza.

—¿Quieres compañía, guapo? —preguntó, con picardía.

Gastón la miró, dispuesto a pedirle que lo dejara en paz; empero, los ojos grises de la moza le recordaron demasiado a otra joven y no pudo rechazarla. Necesitaba quitarse a Émilie de la cabeza. Cuanto antes, mejor.

—Vayamos a tu cuarto —comentó. Prefería tener la opción de marcharse cuando él quisiera y no tener que echarla—. Estaremos mejor allí.

Ella no puso ningún reparo y, mientras lo conducía a la parte baja del establecimiento, se ahuecó el chal para dejar el escote a la vista.

—Veo que necesitas muchos mimos. Alguien te ha dado una buena tunda.

—Por fortuna no han dañado lo que más nos interesa —murmuró, tratando de imprimir un tono de chanza. No lo consiguió. No estaba de humor.

El cuarto era minúsculo, pero estaba muy limpio. Incluso las sábanas parecían no haber sido utilizadas tras el lavado.

Ella se quitó las horquillas, que sujetaban su negra melena en un moño, y dejó que su pelo cayera por la espalda como un manto azabache. Era hermosa. Seguro que no le faltaban clientes para calentar su lecho. Pensar en todos los hombres que la habían tocado antes que él y en todos los que la tocarían después enfrió aún más su apagada libido.

Nunca le había sucedido eso. Jamás se había parado a pensar en los hombres que pasaron por la cama de sus amantes. ¿Qué le importaban? Eran libres de hacer lo que les viniera en gana con quienes quisieran. Empezaba a ponerse demasiado tiquismiquis. Él no era así.

—¿Qué te ocurre, grandullón?

—Las heridas me duelen más de lo que hubiera imaginado y creo que esta noche no seré muy buena compañía —se disculpó, dispuesto a marcharse.

—Puedo ser muy suave cuando la ocasión lo requiere...

—Eres muy amable, pero... no. —Sacó las monedas que le había devuelto el posadero y se las tendió—. Para que te compres alguna chuchería.

La mujer tomó el dinero y dejó de insistir en ofrecerle sus servicios.

A Gastón la cojera le acompañó a su cuarto. Por un momento, al ver la puerta, recordó todas las veces que había llegado a una puerta similar, sabiendo que ella estaría dentro. Que su *duende* lo esperaba.

«No es mi *duende*; nunca lo ha sido».

Se quedó un instante allí, parado, sin decidirse a entrar. Rememorando todas esas ocasiones. Luego abrió la puerta y entró al cuarto extraño y vacío, con la tristeza

como única compañera. Quiso creer que el dolor era fruto de los hematomas que le marcaban la cara y el cuerpo, no de la ausencia de Émilie.

Pensar otra cosa era una locura.

Aquella sería la primera noche que dormiría completamente solo desde que habían iniciado el viaje; por mucho que quiso negárselo a sí mismo, la sensación no era nada agradable. Era más bien devastadora.

La lluvia, que había comenzado dos días antes, nada más dejar Pamplona y cruzar por el desfiladero de Dos Hermanas, seguía cayendo y sin intención de amainar. Atrás había quedado la niebla que, como un sudario blanco y húmedo, cubría las montañas entre el Reino de Navarra y Guipúzcoa. El mar, ya fuera rompiendo contra las murallas de San Sebastián o muriendo, absorbido por la arena de la playa, era el nuevo paisaje. El olor salobre y los graznidos de las gaviotas le dieron la bienvenida a la costa.

Gastón espoleó al caballo tras cruzar el puente de madera. Ante él tenía la Puerta de Tierra.

Hacía poco menos de un año que había partido de allí y ya estaba de vuelta. Aún ignoraba qué le había impulsado a emprender ese destino. Pero tras ver a Hubert y a Luc, de regreso después de que en Ostabat les dijeran que a Émilie y a él les habían visto tomar la diligencia, no lo pensó. Con parte de las monedas que contenía el saquito compró un buen caballo, sorprendentemente a un precio razonable, y partió de Pamplona sin más dilación. Ahora que ella le había rechazado, necesitaba poner tierra de por medio entre los dos.

Hubert y Luc se quedarían para escoltar a los Laforet hasta Montbonnet. El coronel estaba de acuerdo.

San Sebastián seguía igual. Algunos chavales que, desafiando a la lluvia, jugaban a la pelota en el frontón, pararon un momento el juego para fijarse en su ojo a la funerala y en el vendaje que aún le cubría la cabeza. Presentaba un aspecto lamentable, que la ropa empapada no hacía nada por mejorar. Se dirigió a la casa de Camila y de Armand con cierta alegría templándole el ánimo. Tenía muchas ganas de verlos.

Tras desmontar con dificultad por las horas pasadas sobre la silla, llamó a la puerta y esperó. No pasó mucho tiempo antes de que Samuel la abriera y lo mirase con aquellos oscuros ojos suyos, tan expresivos.

—¿Capitán Bonnet? —indagó, no muy convencido—. ¿Sois vos?

—Pues claro, jovencito. —Le revolvió el pelo renegrido y le entregó las riendas del caballo. El pequeño lo miraba sin perder detalle de su aspecto apaleado—. ¿Te apetece cepillararlo? —le tanteó, antes de que el jovenzuelo lo volviera loco con mil preguntas.

—¡Pues claro! Pero no es *Rouge* —aseguró, muy serio—. ¿Cómo se llama?

—A decir verdad, solo lo tengo desde hace dos días y aún no le he puesto nombre. ¿Está tu padre por aquí?

—Está en la carpintería. Pero os puedo acompañar —se ofreció, encantado.

—No hará falta, muchacho. Sé el camino. Por favor, dile a tu madre que he

venido.

El jovenzuelo asintió con la cabeza y se apresuró a meter al caballo en la cuadra. Tenía buena mano para los animales y el rocín estaría bien atendido.

Cojeando, Gastón enfiló el camino en dirección al taller de carpintería en el que su amigo, antiguo capitán de caballería, hacía muebles.

La puerta estaba abierta y dejaba escapar el olor picante de la madera. Armand Boudreaux inclinado sobre una tabla, marcaba el perfil de una pieza.

—Buen día —saludó Gastón, cruzando el umbral.

Armand alzó la cabeza como un resorte y lo miró, parpadeando, sin acabar de creer que su amigo estuviera a la puerta de su taller.

—¡Dios Santo! ¿Qué te ha pasado? —Dejó el punzón con el que trabajaba y se acercó, sin apartar la mirada de sus heridas.

—Una pelea.

—¿No me digas que te has topado con un novio celoso? —bromeó Armand, antes de abrazarlo. Gastón no pudo evitar soltar un quejido ante su fuerza—. Perdona —murmuró—. Parece que estás peor de lo que aparentas.

—Nada que un buen descanso no cure.

—¿Solo un buen descanso? —inquirió Armand, alzando una ceja.

—De momento, sí.

—No puedo creerlo. Sí que debes de estar mal, si no estás deseando encontrarte con todas las muchachas que dejaste suspirando por ti.

No le contestó. No hubiera sabido qué decir ante aquella afirmación, por lo que decidió cambiar de tema.

—He visto a Samuel. Ha crecido por lo menos un palmo.

—Sí. Se nota que estar bien alimentado y tener una familia que le quiere obra milagros. Samuel es el mejor hijo que hubiera deseado. Lo quiero tanto como a Isabel, y ella sí es hija de mi sangre. Está encantado con ella y la pequeña le adora —detalló con orgullo—. Lástima que prefiera las labores de confitero-cerero a trabajar con la madera.

—¿Aún sigues con esa idea? Pensaba que se le habría pasado. ¿Qué tal Camila?

Armand suspiró, soñador, y una sonrisa de felicidad iluminó su cara. Su amigo se había prendado de la curandera que atendiera a su hermano, herido durante el asedio al que habían sometido a la plaza en 1719, y seguía tan enamorado como entonces.

—Más hermosa cada día —exhaló, satisfecho—. Estará encantada cuando te vea y no parará hasta que la dejes atender tus heridas. —Se le escapó una carcajada—. Ella te aliviará —añadió más serio.

Camila tenía un don, heredado de sus antepasados: podía aliviar el dolor con solo poner sus manos sobre la persona afectada. Desde luego, con él tenía un buen trabajo, pensó con sarcasmo. Se preguntó si también podría curar el del alma.

—Podrían haberte matado —sentenció Camila, cuando le vio las costillas magulladas—. Desde luego se recrearon contigo. Pero aquí hay golpes que tienen más tiempo. ¿Te has dedicado a pelearte o has decidido ser tú el saco de los golpes? —concluyó, mirándole los nudillos sin marcas ni heridas.

Gastón sonrió de medio lado ante la suspicacia. Sus ojos ambarinos no perdían ningún detalle; si alguno escapaba, sus manos se encargaban de hacérselo notar.

Había pasado sus dedos por cada una de las costillas, buscando fisuras, y no cejó hasta no quedar satisfecha. Lo mejor de todo era que, mientras ella tuviera la mano posada en alguno de sus múltiples moratones, él no sentiría ningún dolor.

Estaban en el cuarto que la dueña de la casa utilizaba como consultorio. Gastón permanecía tumbado en el catre, mientras ella le auscultaba con atención. Armand, sentado al otro lado, sostenía a la pequeña Isabel, dormida entre sus brazos.

—El hermano de una moza de taberna pensó que yo era el padre de su futuro sobrino... y quería convencerme de pasar por el altar —contestó, pensando en la suerte que había tenido su amigo al encontrar a Camila.

—¿Tenía razón? —preguntó Armand, observando el trabajo de su esposa con ojos de halcón. A Gastón le hizo gracia que aún tuviera celos y quiso atormentarlo un poco. Siempre le había resultado muy fácil provocarlo.

—¿Te he dicho lo hermosa que estás, Camila? —Le satisfizo escuchar el gruñido bajo que emitió su amigo y la risa contenida de la mujer—. Es una pena que el energúmeno de tu marido no te deje ni a sol ni a sombra.

—Gastón, será mejor que dejes de tentarme. No me gustaría tener que «arreglarte» el otro ojo.

—Dejad de portaros como gallos de pelea. Ya sois mayorcitos para eso —les riñó Camila, tocando con suavidad el párpado amoratado—. ¿Y la otra pelea?

—Unos salteadores —contestó, escueto, disfrutando de la sensación de no sentir el cuerpo como si le hubiera pisoteado una manada de bueyes.

Ya había olvidado lo que era vivir sin dolor. Desde que tuviera el accidente...

«No fue un accidente —se acordó—. Fue el maldito Barrois».

Como quiera que fuese, desde entonces no había vuelto a tener un día sin tormento. No sentir ese martirio era fabuloso. Se relajó, tumbado en el catre, y permitió que ella siguiera explorando sus magulladuras.

Sus suaves manos le recordaron otras manos igualmente delicadas y apretó los dientes. No quería acordarse de ella. Claro que, sin el dolor sordo que acompañaba cada uno de sus latidos, era difícil no rememorar cada uno de los momentos vividos con ella. Su risa, sus ojos plateados, sus labios, su boca, sus besos, sus caricias, sus...

«¡Basta!», se ordenó. Pero su mente siguió perdida en el recuerdo de los días pasados junto a Émilie.

—Tienes la rodilla completamente inflamada. ¿Cómo has dejado que llegara a

este extremo? —preguntó Camila, frunciendo el entrecejo—. Si no la atiendes bien, conseguirás que se quede anquilosada y no te dé nada más que problemas.

—Ya me los da. Y no he tenido tiempo de cuidarla —soltó, contento de tener algo que distrajera sus díscolos pensamientos—. Durante el camino, una mujer me dio arcilla para ponerme en ella. Resultó bastante efectiva.

—¿Arcilla? No había oído que se utilizara para estas cosas. ¿Dices que notabas mejoría? —Esperó a que Gastón asintiera y salió al pasillo—. ¡Samuel, querido!

El jovencito llegó corriendo, acompañado de su inseparable amigo Martín y de la hermana de este.

—Ve al taller del alfarero y que te dé un buen puñado de arcilla —solicitó—. Cuando regreséis podréis ir a la confitería. —Los ojos de Samuel se iluminaron como velas en la noche y, sin esperar nada más, salió corriendo—. Nada como mencionar la confitería para que ese chicuelo haga todo lo que le pidas —añadió, sonriendo.

—Como si no lo hiciera de todos modos —aclaró Armand, reventando de orgullo paternal.

Sí, Gastón lo envidiaba. Su amigo había sabido crear una familia y se le notaba satisfecho. Por un momento se preguntó si él había dejado escapar su oportunidad. Siempre dejando esa opción para más adelante. Sin prisa. Hasta unas semanas atrás hubiera preferido ser arrastrado por una manada de caballos salvajes, a casarse y formar una familia.

«¿Qué ha cambiado desde entonces?

»Émilie.

»Ella lo ha cambiado todo».

Ella, con su cara de duende y su mirada argentina.

Le había ocultado que tenía dinero. No unas pocas monedas de poco valor. El saquito contenía monedas de plata y de oro. Una pequeña fortuna. Suficiente para haber comprado un par de caballos y hasta el carruaje también. ¡Maldita fuera!

No le extrañaba que René y Barrois hubieran puesto tanto empeño en conseguirla.

Mientras él hacía malabares para que el dinero les alcanzase hasta llegar a Pamplona, sin poder permitirse siquiera viajar en diligencia, pues eso agotaría todos los recursos y no les quedaría nada para comer ni para dormir, ella mantenía oculta aquella fortuna. Apretó los dientes, frustrado. ¿Por qué lo había hecho?

Ahora que el dolor no era un tormento que le impidiera pensar con claridad, se daba cuenta de que debería haberle dejado explicarse. Saber qué la había llevado a ocultar las malditas monedas. Se había comportado de manera intransigente y desagradable, algo impropio de él.

Samuel regresó con el pedido entre las manos. Solo entonces recordó que aún le quedaría algo en la vasija de barro que llevaba en el petate.

—¿Cómo te lo pusiste? —indagó Camila.

—Émilie me ponía una gasa sobre la rodilla y luego aplicaba la arcilla encima —contestó sin pensar. Luego, al ver las caras de sus amigos, gimió por dentro al darse

cuenta de lo que había dicho.

—¿Émilie? —observó Armand, pasando a su hija de un brazo a otro. No iba a quedarse sin saber—. ¿Quién es?

—Alguien que conocí durante el viaje —contestó, rezando para que no insistieran.



Había amanecido un día radiante en San Sebastián, de esos que regala el mes de mayo y que impulsa a la gente a pasear por la playa una vez acabadas las tareas. Un grupo de niños jugaba en la arena, formando un pequeño fuerte con las ramas blanqueadas por la sal, que la marea había arrastrado. Gastón distinguió a Samuel y a sus dos inseparables amigos: Martín y María.

Armand caminaba junto a él, en silencio. El matrimonio lo había sosegado y sonreía a todas horas. ¿Se acordaría alguna vez de su primera esposa, que lo había traicionado con el propio Gastón? A juzgar por la serenidad que le acompañaba, parecía que no. Era un episodio completamente olvidado.

—¿Te has arrepentido alguna vez de casarte con Camila o de haberte hecho cargo del huérfano que ella había adoptado? —se encontró preguntando. Dejaban atrás el mar en perpetuo movimiento para dirigirse a intramuros.

—¿Arrepentirme? No, nunca. Doy gracias por haberlos conocido. Y eso que los primeros días estuve tentado de estrangularla varias veces. —Soltó una carcajada—. Camila es mi otra mitad, me complementa.

Gastón escuchó las palabras de su amigo sin añadir nada y los dos volvieron a quedarse en silencio. Cruzaron la Puerta de Tierra y se adentraron por las animadas calles.

—Gastón, hace muchos años que nos conocemos —comenzó Armand, parándose frente a él. Le puso una mano sobre el hombro—. Juntos hemos vivido muchas cosas. Pero hasta ahora nunca te había visto así. Estás diferente.

—No sé a qué te refieres —musitó, mirando más allá de él. Luego, retomó el paseo.

Sí lo sabía, en realidad.

En la última semana las magulladuras habían desaparecido. La herida de su cabeza estaba casi sanada. Apenas sentía una molestia en su rodilla. Su cuerpo empezaba a ser el de antes del accidente. No así su mente ni su ánimo.

Con cada día que pasaba el recuerdo de Émilie lo atormentaba profundamente. Rememoraba su voz, su risa; añoraba sus preguntas, sus besos. Anhelaba estar con ella.

Lástima que el deseo no fuera mutuo. Ella lo había dejado muy claro al rechazar su propuesta. ¡Por Dios, era la primera vez que pedía matrimonio! Que estaba dispuesto a... ¡casarse!

Sí; era cierto que no lo habría hecho de no haber comprometido su reputación de manera irreparable. Pero ella lo había rechazado igualmente. Prefería casarse con otro o, lo que era aún peor: ¡tomar el velo!

Podía entender que él no fuera tan buen partido como el hijo del capitán Rodin;

además, era medio lisiado, pero ¿tomar el velo? ¿Pasar todos los días de su vida encerrada en un convento? ¡Inaudito!

—Anoche, Camila y yo estuvimos hablando de ti —empezó Armand, al entrar en la casa—. Estamos preocupados. Ella también te encuentra extraño. En otra ocasión habrías aprovechado cada momento en que ella te hace las curas para tratar de provocarme celos. Habrías exhibido tu sonrisa llena de hoyuelos para tocarme las narices. Pero nada de eso. Te pasas el día en la casa o ayudándome en la carpintería...

—He venido a visitaros. ¿Qué esperabas? —le cortó Gastón, molesto.

—¡No has salido con mujeres desde que estás aquí! —exclamó, la sorpresa reflejada en sus ojos azules—. ¡Dios Santo! Desde que las descubriste no has dejado de estar con ellas a cada momento. Con una o con dos, y casi estoy por apostar que hasta con tres a la vez. Las has adorado, seducido y amado siempre. ¿Qué te pasa ahora?

Gastón tomó conciencia de que era cierto. No había estado con ninguna mujer desde Émilie; claro que su curioso amigo no lo sabía. ¿Qué le sucedía?

«Ninguna es ella —se dijo en silencio—. Ninguna es Émilie».

—Buen día, caballeros —saludó Camila. Sentada en la biblioteca, se dedicaba a pintar a la acuarela, aprovechando la preciosa luz que entraba por la ventana.

—Buen día, señora —se apresuró a contestar Gastón, mientras su amigo se acercaba a su esposa para besarla tiernamente en la coronilla.

—Le estaba contando lo que hablamos anoche, querida. Él dice que no le pasa nada... —empezó Armand. Camila negó con la cabeza y les señaló los sillones que estaban frente a ella—. Nos has contado que venías de Pamplona. ¿Qué habías ido a hacer allí? —preguntó, una vez que tomaron asiento—. ¿Quién es esa Émilie que mencionaste el primer día?

Gastón primero pensó en contarles cualquier cosa, pero luego sintió la necesidad de explicarles la verdad. Lo que había sucedido durante ese viaje y que al parecer había puesto patas arriba su vida, su corazón y su alma.

Armand y Camila le escucharon sin interrumpirle, cabeceando de vez en cuando para animarle a seguir. Solo al empezar a hablar comprendió que necesitaba sacar todo: sus sentimientos, sus pensamientos, su rencor, su confusión, su anhelo... No se guardó nada. Al terminar estaba vacío y seco por dentro, sin embargo, mucho más tranquilo.

—Sabía que tarde o temprano terminarías cayendo —musitó Armand—. Nunca imaginé que no serías correspondido.

—Pues ya ves... ha sucedido —añadió, desesperado, dejando caer la nuca en el respaldo del sillón. Cerró los ojos—. Ha sucedido.

—No creo que eso sea así —aseguró Camila. Depositó el pincel en el tarro con agua para intervenir en la conversación—. Estáis equivocados.

—Querida Camila, ¿no has escuchado nada de lo que he dicho? —preguntó entre dientes y la miró—. ¡Ella me ha rechazado! ¡Prefiere hacerse monja!

—¡Vaya ironía! —Armand sofocó una risa.

—Ay, estás tan enamorado que el amor te ciega —comenzó ella, ignorando a su marido. Las manos, unidas en el regazo—. Hace poco más de dos años nos ayudaste. Creo que ya es hora de que te devuelva el favor.

¿Estaba enamorado? ¿Ese desasosiego que lo recorría por dentro era amor? ¿Esa incapacidad de pensar en otra cosa que no fuera en su *duende* era estar enamorado?

—Estabais a punto de cometer un error —explicó, para no seguir indagando sobre sus sentimientos—. Tú, casarte con el viudo, y Armand, consentirlo sin hacer nada. No hice gran cosa. Si acaso, provocar que vierais la realidad. —Cruzó por su cabeza el recuerdo de la comida de Navidad, donde había provocado tanto al señor Rodrigo y a Camila que terminaron por anular la boda. Armand lo hubiera matado durante aquella comida; solo cuando vio el resultado de las aparentes meteduras de pata de Gastón comprendió lo que había pretendido su amigo—. Vosotros estáis hechos el uno para el otro. Ya entonces era más que evidente.

—Sin duda, amigo mío. De no haber sido por ti... —Armand cerró los ojos y sacudió la cabeza como si la mera suposición lo atormentara—. Por eso creo que necesitas que alguien te abra los ojos. Tal como tú lo hiciste con nosotros.

—Veo las cosas con total nitidez, Armand. Yo no soy suficiente para ella. ¿Por qué iba a cargar con un viejo soldado lisiado y sin apenas patrimonio?

—¡Virgen del Amor Hermoso! A veces los hombres podéis resultar de lo más obtusos —sentenció Camila, fruncido el ceño. Se levantó del sofá y empezó a pasear por la estancia—. ¿Acaso no has aprendido nada de las mujeres en todos estos años? ¿Qué hacías con ellas?

—¿De veras quieres saberlo? —Gastón tosió con suavidad.

—Vale, no me digas nada. Lo imagino perfectamente. —Ruborizada, se pasó la mano por la frente, buscando inspiración, mirándolo atentamente—. Crees que no te quiere porque ha rechazado tu propuesta. Una propuesta, por otro lado, a todas luces obligada por la situación. ¡Y es todo lo contrario!

—Perdóname, Camila, pero no puedo entender tu planteamiento —aseguró, desilusionado, observando sus movimientos—. Es evidente que no me ama.

—¡Eres un majadero! —Se paró frente a él, los brazos en jarras—. Pues claro que te quiere. ¿Por qué, si no, iba a perder su libertad por dártela a ti? ¿Cuántas veces has dicho que no querías casarte? —Clavó sus ojos ambarinos en él, como si esperase que negara ese hecho—. Yo te lo he oído infinidad de veces; así que imagino que ella también. ¿No es suficiente prueba de amor que ella prefiera perder su libertad en un convento, en vez de obligarte a que te cases con ella? —Chasqueó la lengua—. Querido amigo, debe de amarte mucho para hacer semejante sacrificio.

Gastón sintió que el suelo temblaba y se aferró a los brazos del sillón. Se notaba mareado, igual que al poner el pie en tierra tras pasar unas horas en un barco con mar revuelta.

¿Sería posible que Camila tuviera razón? ¿Podría ser verdad que Émilie lo había

hecho por él? ¿Era cierto? Cerró los ojos para aclarar su mente confusa y mareada.

Al abrirlos, Armand se había levantado y estaba a su lado. Miraba maravillado a su esposa, como si él también hubiera entendido su planteamiento.

—Sin duda, amigo, mi esposa tiene razón. Las mujeres son seres especiales. Capaces de hacer los más grandes sacrificios por las personas que aman. Empiezo a sospechar su juego: nos hacen creer que son más débiles que nosotros para preservar nuestro orgullo de macho, pero en realidad, ellas son las fuertes —puntualizó, palmeándole la espalda—. Durante nueve meses cargan con un bebé sin dejar de realizar otras tareas. Luego dan a luz y, pese al dolor pasado, no se les pasa por la cabeza negarse a tener más hijos. La mayoría de las veces les puede el corazón en lugar de la cabeza. Se entregan completamente y nos regalan un trocito de su alma, sin pararse a pensar lo que haremos con él. —Guardó silencio un momento, observando con tanto amor a Camila que casi podrían vislumbrarse los lazos de cariño que les unían. Luego se volvió a su amigo, más serio—. Ella te quiere, amigo mío. Ahora la pregunta es: ¿la quieres tú?

«¡Por supuesto que sí! —se dijo, antes de levantarse como si fuera incapaz de permanecer sentado tras esa revelación—. Con toda mi alma».

—He de irme —soltó, pasándose la mano por el pelo—. Tengo que hacer muchas cosas.

—¿Ahora? Es media tarde. No podrás avanzar mucho antes de que caiga la noche. ¿Por qué no esperas a mañana? —preguntó Camila, preocupada.

—No puedo. Debo ir lo antes posible.

—Supongo que esa premura contesta a mi pregunta —señaló Armand, sonriendo—. Os deseo a los dos toda la felicidad del mundo.

—Gracias, querido amigo —musitó Gastón, visiblemente emocionado.

El carruaje enfiló la salida de Montbonnet sin haber parado antes. Émilie, sentada en el interior, mantenía la cortinilla de la ventana firmemente cerrada para no ver el pueblo que dejaba atrás. El pueblo al que posiblemente no volvería jamás.

«Lo mismo pensabas cuando saliste de aquí, hace mes y medio —se recordó—. También pensabas que no volverías.

»Lo pensaba, sinceramente.

»Igual que ahora.

»Ahora ya no hay vuelta atrás».

—Hija querida, ¿estás segura de querer hacer esto? —preguntó su madre por enésima vez. Desde que se enteró de que había rechazado a Gastón para entrar en un convento, no dejaba de intentar averiguar lo sucedido entre ellos. Y ella se había mantenido firme en no contarle nada. Era mejor así. Más ahora, ya segura de que lo ocurrido no tenía «consecuencias».

—Ya os lo he dicho antes, madre: es lo mejor —contestó Émilie con cansancio, sin hacerle mucho caso.

—Habríamos podido parar en Montbonnet y pasar unos días. Quizás hubieras cambiado de opinión —dijo su madre. Al ver que no contestaba, suspiró derrotada—. Louis, por favor, habla con ella —solicitó a su marido.

El coronel, sentado frente a Émilie, mantenía los ojos cerrados y la frente fruncida, como si pensara qué hacer con su hija.

—Marie, ya le he dicho que no tiene por qué tomar el velo con tantas prisas. Pero tu hija es terca y obstinada —se quejó, abriendo los ojos y mirando a la joven con intención de intimidarla. Al no conseguir su propósito, gruñó por lo bajo y volvió a cerrar los ojos—. No sé a quién demonios se parecerá con ese carácter.

Émilie esbozó una triste sonrisa ante los reproches de su padre. En los últimos veinticuatro días —los pasados desde que vio a Gastón por última vez—, se lo había repetido hasta la saciedad.

—Padre, no hago otra cosa que cumplir con vuestra voluntad —musitó, cansada de tener que repetir lo mismo—. Por si lo habéis olvidado, me ofrecisteis casarme con el hijo del capitán Phillipe Rodin o entrar en el convento. Ya he tomado una decisión, ¿por qué no la aceptáis?

—Terca, obstinada y sin sentido común —refunfuñó el coronel, cruzando los brazos sobre su abdomen con gesto de fastidio—. No sé qué diablos te hemos enseñado.

Otra de las frases repetidas.

—¿Acaso vos habéis tenido más sentido común que yo? Me habíais prometido a un hombre que ni siquiera dio la cara en todos los días que hemos estado allí —

masculó ella—. ¿Ese era el marido que deseabais para mí?

El hijo del capitán Rodin no se había presentado en el hogar de sus padres. El desaire era bien claro. Así y todo, el capitán insistió para que se quedaran unas semanas en su casa. Al parecer, para consternación de Émilie, que el compromiso se hubiera roto no tenía la menor importancia para sus anfitriones; una pareja, por otro lado, encantadora.

—No te atrevas a hablarme de sentido común, cuando después de haber correteado por toda Francia con él, rechazaste al capitán Bonnet —se defendió el coronel.

Era evidente que no tenía intención de dejarla en paz.

—Os lo he repetido hasta la saciedad, padre. El capitán no es de los que se casan... Seguramente habríamos terminado siendo desgraciados.

—No lo tengo tan claro —sentenció, malhumorado—. Nada claro.

Émilie, segura de haber rebasado el pueblo, abrió la cortinilla y miró el paisaje tan conocido. En menos de una hora estarían en Le Puy y su vida cambiaría para siempre.

Pensó en Marguerite y se arrepintió de no haber parado en Montbonnet para visitarla. No había querido correr el riesgo de ver a Gastón, por si ya hubiera regresado a su casa. En el fondo, habría querido verlo de nuevo. Lo deseaba con todo su corazón, en realidad; sin embargo, sabía que, de tener esa oportunidad, le costaría mucho más olvidarlo.

«¡Olvidarlo, no! Eso nunca —pensó, aguantando las lágrimas que se agolpaban entre los párpados, cerrados con ímpetu—. Aprender a vivir sin él».

Tras proponerse no volver a llorar durante todo el viaje, lo había cumplido a fuerza de voluntad, así que no iba a flaquear ahora que estaba a punto de concluirlo. Inspiró para darse valor, mientras el carruaje devoraba las leguas que faltaban para llegar al convento.

Un nudo de puros nervios se le instaló en el estómago, conforme su tiempo de libertad se acababa. En Pamplona le había resultado muy fácil tomar esa decisión, con tantas leguas de por medio, pero ahora, tan cerca...

Volvió a inspirar, pero apenas le cabía el aire en el pecho. Como si durante el trayecto se le hubiera ido encogiendo hasta hacerse igual de pequeño que el de un pajarillo.

Gastón...

Pensara en lo que pensase, su mente siempre llegaba hasta él. Hasta él y los recuerdos más hermosos que había vivido a su lado. Eran unas vivencias que atesoraba en su corazón y que, de vez en cuando, se permitía rememorar en pequeñas dosis, pues su alma se quebraba un poquito cada vez.

¿Se le habrían curado ya las heridas?, se preguntó, como tantas veces. ¿Habría seguido aplicándose la arcilla?

—Ahora que Clarisse se va a casar, habré de conseguir otra doncella —murmuró

su madre—. Le preguntaré a la madre superiora si conoce alguna muchacha que pudiera cumplir con esas obligaciones. Seguro que ella me puede ayudar.

—¡Marie! No seas frívola —tronó el coronel, mirando a su esposa con encono—. Nuestra hija va a hacerse monja y tú te preocupas por una simple doncella. —Inspiró con las ventanillas de la nariz dilatadas por la rabia y clavó los ojos en su hija—. No sé por qué te lo consiento. Debería obligarte a regresar a Montbonnet.

Émilie sintió que el corazón le daba un vuelco. ¡No podía ir allí! ¿Cómo podría vivir, viéndolo todos los días? Sería una tortura constante. Y luego su padre insistiría en casarla y... ella jamás podría llegar a tener, con otro hombre, un grado de intimidad como el que había gozado con Gastón. Era imposible.

—Padre, no podéis faltar a vuestra palabra. —Su voz sonó como una súplica.

—Émilie, hija, sabes de sobra que jamás te hubiera obligado a tomar el velo —masculló entre dientes—. Nunca se me pasó por la cabeza que terminaras tomando esa decisión.

—No; me prometisteis a un hombre que ni siquiera fue capaz de presentarse y pedir explicaciones —siseó, empezando a enfadarse. Bastante tenía ella con sus propias dudas, para que sus padres siguieran hostigándola con las suyas.

—¡No podía ir, porque no existe! —Tras esa exclamación, el coronel se quedó en silencio al comprender lo que había dicho.

—¿Qué queréis decir?

—Nada —musitó, evitando mirarla.

Una terrible sospecha se fue formando en la mente de Émilie.

—Padre, ¿me estáis diciendo que no había ningún prometido? —Él guardó silencio—. ¿Padre?

—Phillipe no tiene hijos, ni solteros ni de ningún tipo —murmuró, al fin, simulando mirar por la ventana.

Émilie lo miró, sin terminar de creerse lo que le estaba contando su padre. Era demasiado fantástico.

—Decidme que no habíais ideado algo tan ruin.

—No sé a qué te refieres —fingió ignorancia.

—No me toméis por tonta. Sabéis perfectamente a qué me refiero. —No podía creerlo, pero a la luz de los gestos desesperados de su padre, era cierto.

—Solo buscaba lo mejor para ti.

—¿Lo mejor? Esto es... —Incrédula, se sujetó la cabeza con ambas manos—. Me ponéis un ultimátum para que me case con un desconocido que vive a más de ciento setenta leguas con la secreta intención de... ¿de qué, padre? ¿Cuál era vuestra intención verdadera? —inquirió, completamente confundida.

—El día que conocí al capitán Bonnet me pareció el hombre ideal para ti. Era todo lo que necesitabas. El hecho de que tú estuvieras interesada en él me reafirmó ese pensamiento. En los últimos meses, me había dado cuenta de que no le eras indiferente; solo el hecho de no entrar en la categoría de mujeres conquistables

evitaba que diera algún paso.

—¡Olvidáis que él nunca ha querido casarse! —gritó, rabiosa—. Habéis jugado conmigo como si fuera un simple peón en la partida. ¡Soy vuestra propia hija! ¡Santa Madre de Dios! ¿En qué estabais pensando?

—Sí; sabía que Gastón no quería casarse, pero estaba seguro de que, llegado el caso, cambiaría de opinión. Yo lo hice cuando conocí a tu madre. ¡Deja que acabe! —tronó al verla dispuesta a interrumpirle—. Pensé que si os daba el margen necesario para que os conocierais...

—¡No puedo creerlo! No puedo creerlo —repitió ella, negando con la cabeza.

—Hablé con el señor Dubois para que hiciera algo en el carruaje cuando os alejarais de aquí. ¡Nunca le dije que saboteara el eje! Ya le reprendí por semejante irresponsabilidad. ¡Podría haberte ocurrido algo! —Sacudió la cabeza, como si quisiera apartar esos pensamientos de su mente—. Al regresar a Montbonnet, él me contó lo de tu comportamiento tan caprichoso, en vista del cual ideó algo tan drástico por temor a que, de no ser así, te empeñaras en esperar hasta que el carruaje estuviera arreglado. Yo creía que al viajar en la carreta, el viaje se ralentizaría y... No pensé que quisieras huir y que os separaríais del resto.

—Me cuesta creer que no lo previerais, padre. —El sarcasmo estaba implícito en cada una de las palabras—. La estrategia no os resultó como esperabais.

—¡Émilie! No olvides que soy tu padre —la amonestó, enfadado—. Entiendo tu malestar, pero comprende que lo hice buscando lo mejor para ti. Estaba convencido de que haríais un buen matrimonio. No me negarás que lo quieres.

—No —susurró, repentinamente agotada. Habían entrado en Le Puy; el convento estaba a escasa distancia—. No puedo negarlo, padre. Lástima que no contaras con que él no me quisiera del mismo modo.

—Yo no creo que sea así, hija mía. Sé que está interesado en ti. Le he visto mirarte...

—¡Es un hombre! Me mira con...

—¡Émilie! ¿Qué forma de hablar es esa? —farfulló su madre, escandalizada—. Te ruego que controles ese lenguaje, no es lo más indicado para una joven.

—Lo siento, madre —musitó, sumisa—. Os agradecería que dejarais de insistir con eso, padre. Reconoced que os habéis equivocado y aceptad mi decisión.

—Me resulta imposible, puesto que sigo opinando lo mismo —aseguró el coronel, más calmado—. Y si quisierais hacerme caso, ahora mismo daríamos la vuelta y regresaríamos a Montbonnet. Si pasados unos días sigues opinando lo mismo... ¡el Señor no lo consienta!, yo mismo te devolveré aquí.

—Lo siento, pero no.

El carruaje frenó ante la puerta del convento. Con la cabeza gacha para evitar cruzarse con las miradas de conmiseración de sus padres, esperó a que el cochero les abriera la puertezuela.





Gastón se frotó la frente pensando en qué más cosas poner en aquel papel. La oscilante luz de la vela jugaba con las palabras allí escritas.

Unas horas antes, después de la visita que había hecho al coronel Laforet, había tomado la decisión de hacer una lista.

En cuanto se enteró de que los Laforet estaban de vuelta, fue a visitarlos con la secreta esperanza de saber de Émilie. Hubert y Luc le habían dicho que la habían llevado al convento de Le Puy y no podía esperar más sin tener noticias de ella.

Había tenido una larga charla con el coronel, en la que el militar le pidió disculpas por la rocambolesca estratagema que había ideado para emparejarle con su hija. Gastón se había puesto furioso por semejante locura y le recordó el innecesario sufrimiento que le había causado a Émilie, así como el riesgo de haberse matado que ella había corrido por querer escapar de aquel destino. Aún ahora, seguía rabioso por toda aquella chifladura.

Trató de no pensar en ello y concentrarse en la lista que tenía entre manos.

Antes de marcharse, le había pedido permiso para cortejar a Émilie. Era lo que importaba ahora.

—Mañana empezaré —dijo, rotundo, tomando la pluma—. Y no voy a parar hasta convencerla de que se case conmigo. —Anotó otra idea más.

Era la primera noche en su cama y no podía conciliar el sueño. Después de haber dormido en camastros de posada, en jergones de paja, sobre la misma paja en un establo o en el confortable colchón de lana en la casa del capitán Rodin, era incapaz de hacerlo en su propio lecho.

Debería haber estado agotada por el viaje o por las vivencias del día; no obstante, su mente se negaba a dejar de pensar en lo sucedido. En la decisión que debía tomar y de la que seguía sin estar completamente segura.

Había rezado, tal y como le aconsejara la madre superiora, cuando fue al convento con intención de quedarse allí, sin resultado.

—Es un paso muy importante —le había dicho la abadesa—. Quiero que vayas a tu casa y te tomes unos días para orar y pedir ayuda al Señor —ordenó—. Si dentro de siete días aún sigues pensando lo mismo, te aceptaré como novicia. —Esbozó una sonrisa tierna, mientras la miraba como si estuviera en posesión de un secreto—. Confío en que Nuestro Señor te ayudará a encontrar la respuesta.

Tras esas palabras se habían despedido. Luego, para alivio de sus padres, regresaron a Montbonnet y, una vez en el pueblo, ella corrió a visitar a Marguerite. Tenía muchas ganas de hablar con la anciana.

—Dicen que ha puesto unas plantas al lado de la puerta de entrada —le había relatado la anciana, con los ojos brillantes de regocijo—. Y que ha pintado el interior. Las malas lenguas aseguran que han visto a la viuda Fourier merodear por la casona...

Aún ahora, después de haber tenido unas horas para asimilarlo, la idea de que Odette Fourier visitara a Gastón le hacía hervir la sangre.

Retiró la ropa de cama para levantarse y, descalza, caminó por la habitación, incapaz de quedarse quieta.

«Lo rechazaste. ¿Qué te importa quién lo visite?»

Esa debería ser la realidad, pero no era así. Le importaba. Le importaba mucho. La viuda Fourier no tenía ningún derecho sobre él.

«Ni tú tampoco».

Había puesto plantas en la entrada y pintado las habitaciones, ¿qué otras cosas habría hecho en la casa?

Antes de darse cuenta de lo que estaba haciendo, ya se había cambiado el camisón por la camisola y por el vestido gris de viaje que llevara ese día, aún colgado en una silla. No tardó en vestirse. Se soltó la trenza y, tras cepillarse el pelo, bajó de puntillas a la entrada.

Era medianoche pasada y todos dormían. Nadie la vio salir ni cruzar las calles desiertas bajo el cielo estrellado, hasta llegar a la casona. Por una de las ventanas del piso inferior escapaba la luz de las velas y rompía la oscuridad reinante. Los árboles se recortaban contra la negrura como seres fantasmales, con los brazos tratando de alcanzar el cielo. Ascendió por el camino, alegrándose de que no hubiera luna que revelara su transgresión.

En efecto, tal y como le había contado Marguerite, a ambos lados de la entrada, dos plantas aún pequeñas mostraban brillantes hojas dentadas y ramas llenas de espinas, negras a la luz de las estrellas. ¡Eran rosales! ¡Había plantado rosales! ¿Era aquel el secreto de la madre abadesa? Ese tipo de flor se cultivaba en los conventos. ¿Habría ido allí Gastón a buscarlos?

La tristeza se instaló en su vientre. ¿De qué color serían las rosas cuando nacieran? ¿Estaría ella aún allí o tendría que preguntárselo a la hermana jardinera? La simple pregunta la llenó de congoja, e inhaló para contener las lágrimas ardientes.

A través de la ventana lo vio sentado a su escritorio, escribiendo algo en un papel. La luz de una vela iluminaba sus atractivas facciones y acrecentaba el dorado de su pelo. No llevaba casaca ni chupa; la camisa, abierta en el cuello, con los faldones por fuera del calzón. Se hubiera quedado allí, admirando su porte, bebiendo de su imagen para atesorarla en su alma —como tantas otras cosas—, pero corría el riesgo de que él la descubriera y eso no podía ser. Cruzando bajo la ventana iluminada, fue a la parte trasera para ver qué otras cosas había hecho. Allí las sombras lo cubrían todo. Con el siguiente paso, su zapato se enterró en suelo blando. Sus ojos, una vez acostumbrados a la negrura, atisbaron un cuadrado de tierra removida, con los surcos

preparados para recibir las semillas.

¡El huerto!

¿Lo habría cavado él? Imaginar que se había tomado semejante trabajo le entibió el corazón. Se agachó para tomar un puñado de tierra oscura y húmeda; la olió antes de dejar que se le escurriera entre los dedos.

Habría sido tan hermoso compartir aquella casa con Gastón...

De rodillas, en aquel huerto que nunca sembraría, junto a la casa que nunca sería suya, lloró por el hombre que tampoco lo sería. El hombre al que había rechazado y que añoraba con toda su alma. Al que amaría el resto de su vida.

Dejó la pluma a un lado, seguro de haber visto pasar una sombra junto a la ventana. No le había dado tiempo a ver de qué o de quién se trataba. Si era una persona, se había tomado la molestia de agacharse para no ser visto y, sumando que no eran horas para estar paseando por el campo, no le moverían buenos motivos para merodear por su casa.

Sin levantarse —para no alertar al intruso, por si lo vigilaba a través de la ventana—, abrió el cajón de su escritorio y sacó una pistola. Cebarla le llevó muy poco tiempo; con ella en la mano, apagó la vela del candelabro y se dirigió a la cocina para salir por la puerta trasera. No podía llevar luz para no delatar su posición y, con el patio trasero como boca de lobo, no veía nada. Le costó acostumbrar los ojos a la falta de claridad.

No se movía nada allí fuera, pero creyó escuchar un débil gemido. Atisbó cada rincón, buscando el origen de aquel sonido, hasta dar con él.

Primero creyó estar soñando; que, de tanto pensar en ella, la había conjurado. Sin embargo, él nunca la imaginó llorando. En su mente siempre era la mujer con cara de duende, respondona y con una vena pasional que lo había vuelto loco.

—¿Émilie? —preguntó, preocupado, sin saber qué hacía a esas horas allí, de rodillas sobre la tierra removida del huerto.

El gemido cesó de repente y ella se puso con torpeza en pie.

Gastón dejó el arma en el suelo y, con el alma en vilo y la sangre burbujeando por los nervios, descendió los peldaños que les separaban. Ella seguía de espaldas, con la cabeza gacha.

—¿Qué hacéis aquí? —preguntó, sin atreverse a tocarla. Luchando con la necesidad de hacerlo. Se llevó las manos a los faldones de la camisa y los agarró para no sucumbir a su deseo. ¡Qué difícil!

—Marguerite... me ha hablado de todos los cambios que habíais hecho y yo... Quería verlos —explicó, sin volverse. Su voz sonaba tomada por el llanto reciente.

Gastón alzó una mano con intención de acariciar su pelo, suelto por la espalda, pero en el último momento la dejó caer, frustrado.

—Pues habéis elegido un mal momento, *alteza*. No hay luna.

Émilie soltó un bufido a medio camino entre la risa, pero siguió sin volverse.

—Pensaba que ibais a entrar en el convento... —osó decir él, deseando escuchar que lo había pensado mejor y ya no lo haría.

—La madre superiora cree que debo meditarlo más. —Alzó la barbilla y se volvió a medias. La negrura nocturna los convertía en siluetas oscuras—. Pero creo que entrar allí es lo mejor.

«¡No, no es lo mejor! —pensó él, los puños apretados contra la cadera—. ¡Por Dios, no me rompas el corazón! Desiste de esa idea».

—El hijo del señor Rameau ha pintado la biblioteca, ¿queréis verla? —preguntó, en cambio.

—¿Creéis que es prudente?

—Nadie tiene por qué enterarse. Si vos no lo decís, yo tampoco —murmuró, rememorando las palabras que se dijeran aquella noche en el establo abandonado.

Ella debió de recordarlas, pues inspiró hondo y se abrazó a sí misma.

—Entremos —consintió.

Gastón recogió el arma y entró en la cocina para encender un candil con el que iluminar el camino. Los dos parpadearon ante la llama hiriente.

—En cuanto el pintor termine con la biblioteca, seguirá por aquí. Me ha costado mucho convencerle para que volviera a dejarlas del mismo color. Él quería que pusiera papel pintado... —Estaba parlotando, pero no le importaba. Ella estaba allí, en su casa, y deseaba convencerla para que se quedara con él, para compartir aquel lugar... el resto de sus días.

Cruzaron el pasillo hasta el salón. El color verde menta cubría todas las paredes hasta el friso de madera blanca que rodeaba el perímetro de la habitación. Los muebles permanecían tapados con fundas para evitar que se mancharan con la pintura.

—Es el mismo tono de cuando vivía mi abuela. Ella decía que era muy refrescante en verano —comentó, mientras giraba con el candil en la mano para ver todos los detalles.

Pese a lo mucho que le enorgullecía lo bien que estaba quedando con las mejoras, él solo tenía ojos para ella. No podía evitarlo. Su pelo captaba la luz de la llama y resaltaba cual nogal pulido. Sus ojos brillaban como el azogue de los espejos. Y sus labios, entreabiertos, eran tan apetecibles que le estaba costando lo indecible no acercarse para comérselos a besos.

—¿Queréis ver la biblioteca? —preguntó en cambio, para no cometer ninguna locura—. Tal vez podáis recomendarme el mejor tono para ella. Esta tarde, el pintor ha tenido problemas para lograr el tono original.

Entraron en la estancia. En una de las paredes, dos rectángulos de color azul en tonalidades distintas, en otra, otros dos.

—Como veis, no hemos dado con el tono exacto y ahora debo decidirme por uno de ellos.

Émilie estudió una a una las cuatro muestras. Con el candil encendió las velas del candelabro de cuatro brazos que había sobre el escritorio, para así iluminar más la habitación.

Para Gastón era una delicia verla trajinando por allí como si fuera su propio hogar. No veía la hora de convencerla para que se casara con él. Tenía unos días para ello. Y lo iba a conseguir. ¡Por Dios que lo conseguiría!

La vio estudiar las tonalidades con la cabeza ladeada, sin terminar de decidirse por ninguno de ellos.

—Es difícil con esta luz. Sería mejor con la del día.

—¿Vendríaís mañana? —se atrevió a preguntar, acercándose tímidamente. Parecía un muchachito ante su primer amor; sin embargo, no le importaba—. ¿Querríaís verlos a la luz diurna?

—No creo que sea apropiado...

—Invitaré a vuestros padres, si es por guardar las formas —la cortó. La luz de las velas hizo resaltar las pecas que salpicaban las mejillas femeninas. ¡Señor! No iba a poder aguantar todo ese proceso del cortejo. No tenía paciencia. Estaba agonizando—. ¿Por qué has venido esta noche? —Necesitaba saberlo. Anhelaba saber que ella...

—Yo... creo que te debo una explicación —empezó a hablar Émilie. Dejó el candelabro sobre el escritorio y se volvió a mirarle—. Nunca quisiste escucharme, pero necesito explicarte las razones por las que te oculté...

—Chsss. No hace falta que me digas nada —la cortó Gastón con suavidad. Le acarició la barbilla con los nudillos. Era cierto, no necesitaba saber nada más—. Imagino la razón.

Émilie soltó un suspiro; bajó la cabeza. Una lágrima solitaria resbaló por su mejilla y capturó el brillo dorado de las llamas. Él la secó con las yemas de los dedos. Hubiera cortado todas las explicaciones, pero en el fondo sentía que ella necesitaba dárselas.

—Muchas veces pensé en entregarte el dinero. De verdad. Sobre todo cuando te veía cojear de mala manera, pero era mi salvoconducto para escapar —musitó, cabizbaja—. Luego, lo oculté para alargar más el viaje. Nunca quise engañarte. Yo... yo te amo. Creo que estoy enamorada de ti desde aquella tarde, cuando te encontré con la hija del carnicero. Y nunca he dejado de estarlo.

«¿Puede el corazón dar saltos mortales en el pecho? —se preguntó él—. Definitivamente, sí. El mío acaba de hacerlo».

—En ese caso, ¿por qué rechazaste mi oferta de matrimonio? —susurró, alzándole la barbilla con el dedo índice—. ¿Por qué?

Buscó su mirada plateada; ella, por el contrario, ocultó sus ojos, bajando los párpados.

—Realmente, tú no quieres casarte. —Gastón quiso protestar, pero ella le silenció, poniendo un dedo sobre sus labios—. No intentes negarlo. Lo has dicho muchas veces. Pediste mi mano para salvaguardar mi buen nombre, lo sé. Fue muy

caballeroso de tu parte. En cambio, yo no podía consentir que perdieras tu libertad, tu forma de vida, por mí.

Al fin se atrevió a mirarlo. Sus ojos eran como dos espejos idénticos; Gastón se vio reflejado en ellos y sintió que podría perderse allí dentro sin que le importara. Que podría ser feliz en la luz de su mirada.

—Necesitaba decírtelo; creo que por eso he venido aquí, esta noche —continuó Émilie, sin apartar la vista—. Te doy las gracias por haberme descubierto los secretos del amor. Por haber dejado que te amara y... —Guardó silencio al verle la sonrisa. Frunció el ceño antes de separarse de él—. Entiendo que para ti solo soy una conquista más. Otra tonta que se ha dejado seducir, pero no hace falta que te burles de...

—Émilie, amor mío —la nombró, sin dejar de sonreír. No hubiera podido hacerlo de haberlo querido. Se sentía demasiado feliz para ello. Habría reído de alegría, pero aún era pronto—. Quiero mostrarte algo.

La tomó de la mano y, aunque remisa, ella lo siguió hasta situarse al lado del escritorio. Le enseñó el papel donde había estado escribiendo. Arriba de todo, con letra impaciente, podía leerse: «Método para conquistar a Émilie» y, más abajo, una lista de propuestas.

—Esta tarde le he pedido permiso a tu padre para cortejarte como es debido —le explicó, cuando ella lo miró confundida—. Pero no creo que sea capaz de llevarlo a cabo. —Otra vez su rostro se crispó por la tristeza y Gastón no pudo soportarlo más. Abrió uno de los cajones del escritorio para sacar una cajita forrada de terciopelo oscuro. Hincó la rodilla izquierda en el suelo y sin soltarla de la mano, la miró antes de seguir—. Émilie Marie Laforet, te quiero con toda mi alma. ¿Quieres hacerme el honor de casarte conmigo?

Un parpadeo, dos y luego una sonrisa, lenta y resplandeciente. Ni mil lunas hubieran podido competir con la luz argéntea de su mirada.

¡Dios Santo, cómo amaba a su *duende*!

## Epílogo

*Montbonnet, Francia, julio de 1722*

—Bueno, *alteza*, ya has conseguido lo que querías —murmuró Gastón, mirando a su esposa con cariño—. Estamos en el mismo lugar donde nos conocimos.

—No fue idea mía recrear aquel momento, capitán Bonnet —se defendió ella, con las mejillas del color de las amapolas. Trató de cerrar la casaca abierta para cubrir sus pechos expuestos.

Gastón se maravillaba de la inocencia de *Émilie*; era capaz de seguir ruborizándose pese a todo lo que habían vivido juntos. Lo bueno de tenerla medio desnuda en mitad del campo era poder comprobar hasta dónde llegaba ese rubor. Soltó una carcajada antes de sujetarle las manos y de besar la frontera entre la piel blanca y la sonrojada, justo al lado del pezón izquierdo.

—¿Y qué tenías en mente, amor? —preguntó, soplando sobre la punta rosada, sin perder la sonrisa.

—Solo... solo una inocente merienda en medio del campo —musitó ella, con la respiración alterada.

—Pues permíteme que te diga que esta merienda no tiene nada de inocente —aclaró él, señalando la manta y a ellos semidesnudos tumbados encima—. No, no es muy inocente, mi querida esposa.

—¡Yo no me imaginé que ocurriría esto! —protestó ella, sonrojándose aún más.

—Ay, querida mía, no se te da bien mentir. —Le acarició la punta de la nariz con los nudillos—. Sabes que no puedo apartar las manos de tu dulce cuerpo. ¿Qué pensabas que iba a pasar cuando te tuviera sobre una manta, con el cielo como techo y las altas hierbas protegiéndonos de miradas indiscretas?

—No es caballeroso insinuar que yo... que yo... —Empezó a colocarse la camisola para cubrirse, sin mirarle.

—Eres mi mujer, no hace falta que busques excusas para seducirme en medio del campo —susurró, alzándole la barbilla con un dedo para mirarla a los ojos—. Estoy dispuesto a que me seduzcas siempre que quieras. A decir verdad, ya estoy perdidamente seducido.

Ella detuvo sus manos sin terminar de abrocharse los botones de la casaca. Gastón tuvo la satisfacción de ver oscurecerse aquellos ojos mercuriales antes de inclinarse sobre ella para besarla a conciencia. Un beso dulce, lento y tierno.

No se cansaba de besarla, de acariciar cada pulgada de su cuerpo. ¡Por Dios! Era como un cachorrillo enamorado. Y lo mejor de todo era que no le importaba.

El crujido de una ramita al partirse le puso en guardia. Sin levantarse tomó su espada, abandonada a la orilla de la manta, y buscó el origen del sonido. Una niña les



miraba con la cabeza ladeada.

—Buen día, Margot —saludó, más tranquilo, a la hija de Hubert, que ahora vivía en la casona. Volvió a tumbarse y, amparado por el cuerpo de su esposa, procedió a componerse la ropa para no escandalizar a la chiquilla.

—Buen día, señora Bonnet, capitán —recitó ella, sin dejar de mirarlos con curiosidad—. ¿Estabais durmiendo la siesta?

Émilie ahogó un quejido y Gastón hubo de hacer un esfuerzo enorme para no soltar una carcajada ante la cándida pregunta.

—Algo así —terminó por contestar, una vez que tuvo toda la ropa en su sitio—. ¿Quieres quedarte con nosotros?

—Bueno —aceptó ella, acercándose a la manta.

Un rato más tarde, estaba profundamente dormida entre los dos.

—Espero que ella no se enamore de ti, también —musitó Émilie—. Según recuerdo, la última que te vio en estas condiciones cayó prendada.

—¿Prendada, *alteza*?

—Prendada, capitán.

—Me halagáis, señora —confesó, muy ufano. Los hoyuelos, flanqueando la sonrisa—. Bueno, yo puedo decir que la última vez que una mujer me pilló en estas condiciones, me dejó... algo confuso.

—¿Algo confuso?

—Sí. No me podía quitar a ese *duende* de la cabeza.

—¿Duende?

—Es una larga historia, querida. Te la contaré algún día.

## Agradecimientos

A la hora de escribir una novela son muchas las personas que, de una manera u otra, se vuelcan en ayudarte.

Desde aquí, quiero agradecerles su dedicación y su trabajo:

A mi editora, Marisa Tonezzer, por darme otra oportunidad y creer en mi trabajo.

A las lectoras y lectores por sus *e-mails*, sus comentarios en los foros, en el Facebook... Esta novela es por y para vosotr@s.

A las páginas Webs de Romántica, por la excelente labor que hacéis para dar a conocer las novelas y a sus creadores. ¡Muchas gracias!

Como siempre, a mi querida casi-madre, Edith Zilli, por sus consejos, sus correcciones, sus despellejes y por todo su cariño. Esta vez no has necesitado tantos dibujitos, ¿estaré aprendiendo o te has vuelto muy blanda?

A mis estimadas amigas: Ana Iturgaiz, Ana Jaurrieta, Ángeles Ibirika, Hosanna Parra, Laura Fdez. Esparza, Tamara Pelegero, Zuriñe Heras y a mi librería preferida, Iratxe Zabala. Gracias por vuestras críticas sin piedad, por vuestros consejos, por las risas y por estar ahí. Preparad los cuchillos para el siguiente.

También quiero dar las gracias a un excelente pintor y amigo, Xabier Obeso. Por sus consejos de artista y por incluirme en esas ilustradas cenas de los jueves, donde aprender se hace fácil, ameno y divertido. Gracias por todo lo que haces por mí.

A mi querida Lydia Leyte, por los datos sobre esa zona de Francia. Muchas gracias, cielo.

A todas esas personas que han escrito en su blog la experiencia de recorrer la *Via Podiensis*. Leerlos ha sido como pasear con vosotros, de la mano o sobre la bicicleta, por esos lugares. Eso y mi propia experiencia en el Camino de Santiago, me han ayudado a ambientar mejor esta novela.

A mis amigas y amigos (lo siento, no voy a nombraros a todos, sería interminable y no quiero abrumar al lector). Por vuestras muestras de apoyo y por compartir vuestra amistad conmigo entre pinceles, hilos, libros, textos literarios, encuentros, redes sociales, blogs o al amor de un Cola-Cao. ¡Muchas gracias por estar ahí!

Por supuesto a mi familia, a mi madre y a mis hermanos, que os sentís tan orgullosos de mi trabajo, que lo recomendáis a vuestras amistades como si fuera la obra maestra del año. Os quiero mucho.

Y, por último, a las personas más importantes de mi vida: mi marido y mis dos hijos. Sin vosotros no podría dedicarme a esto. Sin vuestra comprensión cuando estoy en medio de una escena particularmente difícil, nunca podría llevarla a cabo. Y sin vuestro incondicional cariño, yo no sería nada. Gracias. Sois lo mejor que me ha pasado.





PILAR CABERO (Donostia - San Sebastián, Guipúzcoa, País Vasco, España, 1967).  
María Pilar Rodríguez Cabero.

Estudió en Rentería (San Sebastián, Guipúzcoa), dónde se casó y tuvo a sus dos hijos, aunque actualmente reside en otro pueblo costero de Guipúzcoa.

Logró publicar su primera novela en 2008 con *A través del tiempo*, y desde entonces ha continuado publicando novelas ambientadas en el San Sebastián del s. XVIII. Con *Algo inesperado* se estrenó con la novela contemporánea.

Entre las aficiones de Pilar se encuentra la pintura, en enero de 2012 fue la ganadora absoluta el 16.º Certamen de Pintura organizado por Pinturas Iztieta, por su obra *Entre luces*.

# Notas

[1] *Via Podiensis*: ruta del Camino de Santiago que parte de Le Puy-en-Velay en Aubernia, Francia, y llega hasta Roncesvalles en Navarra, España. <<